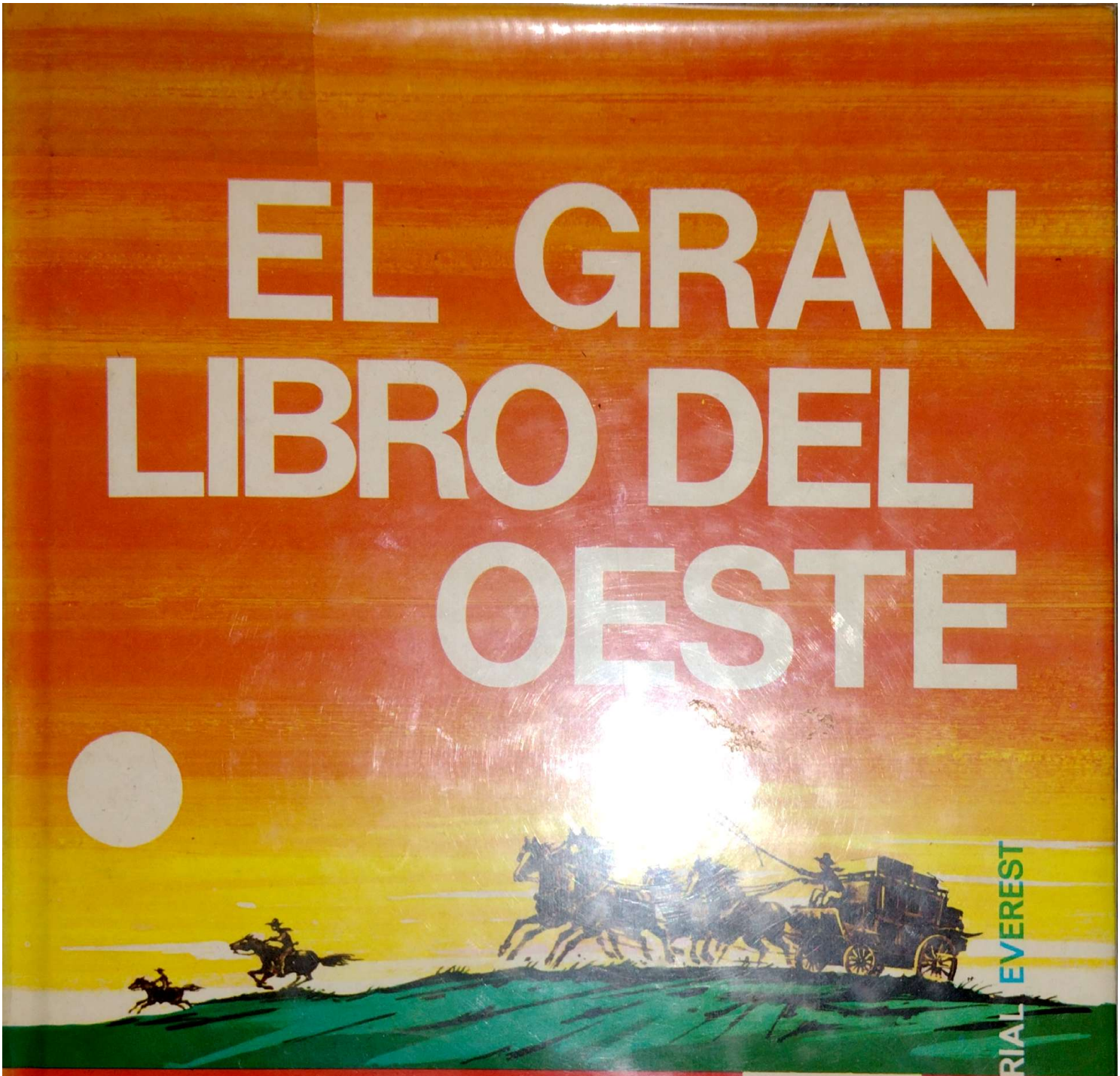
# EL GRAN LIBRO DEL OESTE



UN LIBRO MODERNO PARA LA JUVENTUD

EDITORIAL EVEREST

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

# EL GRAN LIBRO DEL OESTE

Un libro moderno para la juventud

por Ulla Leippe

Dibujos: Hannes Limmer

C.E.P. Nuestra Sra. de la Paz
BIBLIOTECA
Tacna 250 - Magdalena

EDITORIAL EVEREST, S. A.

MADRID • LEON • SEVILLA • GRANADA • VALENCIA • ZARAGOZA
BARCELONA • BILBAO • LAS PALMAS DE GRAN CANARIA • LA CORUÑA

Escaneado con CamScanner

SEGUNDA EDICION
Título original: DAS GROSSE BUCH VON WILDEN WESTEN
Copyright by Südwest Verlag, Neumann & Co. K. G, München
Copyright by EDITORIAL EVEREST - LEON (España)
Depósito Legal: LE.1944-1977
I.S.B.N.: 84-241-5502-5
Printed in Spain
EVERGRAFICAS, S. A. - Carretera León-Coruña, km. 5 - LEON (España)

Escaneado con CamScanner

900-08 -

# INDICE


6 Prólogo
7 Indice alfabético
16 Colón descubre América
25 El Continente desconocido
33 Los pueblos indios
48 Los españoles fueron los primeros
54 En busca de oro
59 Audaces franceses en el río San Lorenzo
65 Los terribles iroqueses
69 Un disparo fatal
74 El Mississipi, padre de los ríos
78 Una princesa india
82 Los mejores jinetes del mundo
88 El nacimiento de una gran urbe
92 Al país de los piadosos a través del mar
96 Inglaterra en las costas de América
102 La guerra del Rey Felipe
106 Los «hombres de los grandes bosques» y los «hombres de la frontera»
114 Pontiac y la guerra entre los blancos
121 La Guerra de la Independencia
128 A través de Norteamérica
132 ¿Tierra de nadie? ¡Tierra de indios!
134 Polainas de cuero
141 Tecumseh
148 Llegan los inmigrantes
151 El destino de las «Cinco Naciones»
157 En el Mississipi
165 Oro en el país de los cheroquis
167 Los vaqueros
172 Los esclavos
176 América crece
181 Oro en Sacramento
187 Los sin ley
192 La Guerra Civil
198 Los ferrocarriles cruzan el país
203 América se convierte en un país moderno
220 Dos guerras mundiales
225 Un mohawk en el rascacielos
231 Astronautas


Escaneado con CamScanner

# PROLOGO

*Al oir o leer algo sobre el «Salvaje Oeste», se piensa inmediatamente en los indios y los vaqueros, en los «sheriffs» y en los bandidos, en las cabalgadas y en los tiroteos. Una tras otra, las películas del Oeste, evocan constantemente una época que pareció estar llena de aventuras y heroicas acciones.*

*Sin embargo, este libro quiere demostrar que «el salvaje Oeste» representa algo más y que la realidad histórica es mucho más amplia, polifacética y colorista pero al mismo tiempo, tan emocionante como todo lo que describen libros y películas. No es otra cosa, sino la descripción de la génesis de los Estados Unidos desde Colón hasta nuestros dias, el camino hacia el salvaje y desconocido Oeste, el avance secular desde el Atlántico hasta el Pacifico —que empieza en los hombres que descubrieron el continente americano y termina en aquéllos que se lanzan por encima de las fronteras de su pais e incluso del mundo, hacia los espacios siderales. En esta descripción, las figuras más interesantes e importantes y los acontecimientos más decisivos, son piedras milenarias que jalonan el largo camino hacia el Oeste.*

*Además, el libro trata de proporcionar a sus juveniles lectores una idea de la variedad de la vida india, a fin de que el carácter de estos pueblos, sus grandes personalidades y su trágico destino despierten su entusiasmo y compasión. Los grabados y el texto, con sus detalles objetivos y el relato de los hechos, contribuirán, sin duda, a la comprensión del «piel roja».*

ULLA LEIPPE



Escaneado con CamScanner

# Indice alfabético


A

Abilene (ciudad) 171
Adobe 42
Adoradores del sol (v. Natchez)
Adornos indios 49
Aguardiente 132, 142
Alabama 144, 157, 160, 174
Alambrada 203
Alaska 33, 44, 177, 178, 180, 187
Albany (río), 115
Albany (ciudad), 158
Alce 27, 32, 62
Algodón 49, 52, 53, 101, 160, 177, 192, 203, 208
Algonquinos 33, 67, 70, 73, 78, 85, 93, 100, 102, 105, 114, 115, 116, 118, 137, 144, 155, 228
Alimento de bellotas 41
Allegheny (río), 204
Amazonas 32
Animales domésticos 32
«Annie get your gun» 191
Antillas 37
Antílopes 27, 41
Apaches 41, 85, 200, 226
Apalaches 28, 77, 88, 108, 114, 134, 136, 157, 204
Arado 154
Arco 43
Arikaras 83
Arizona 177, 178, 187
Armstrong, Louis 174, 175
Armstrong, Neil 238
Assiniboins 85
Astronautas 231, 238
Atraco 189, 191, 201
Autopistas 211, 218, 219
Aves 32
Aviación 211, 216, 231
Aztecas 49, 50, 54, 59, 64, 66
Azúcar de arce 110, 111

B

Bahamas 19, 37
Bahía de Cesapeake 78, 102, 212, 216, 217
Bahía de Hudson 88
Bahía de Tampa 54, 58
Bajamar y pleamar 26
Balboa 25, 49
Baltimore 208
Bandas 187, 188, 190
Bandera estrellada 121, 125
Bandidos 170, 171, 187, 191, 201
Beecher-Stowe, Herriet 174
Behaim, Martin 18
Bell, Graham 208
Billy the Kid 188
Bismarck (ciudad), 27
Bisonte (v. Búfalo)
Black Hills 200
Blizzard
Blocao 107, 110
Bloqueo 197
Bloody Brook 105
Bomba atómica 222, 224
Bombillas 209
Borman, Frank 236
Boston 94, 121, 123, 140, 193
Braddock 115, 116, 117, 118, 124
Brant, Joseph (v. Thayendanega)
Braun, Werner von 236
Brock, Isaac 146
Búfalo 27, 56, 82, 83, 84, 170, 200, 203
Búfalo Bill 191
Buque de emigrantes 150
Buques de guerra 196
Buques de vapor 150, 160, 171

C

Caballos 82-87, 167, 170
Cabellera 66, 151
Cabeza de Vaca 55, 177, 181
Cable ultramarino 208
Cabo de Hornos
Cabo Kennedy 176, 240
Caboto 59
Cacao 50, 53
Cactus 28
Caimán 25, 48, 55, 176
California 29, 41, 55, 177, 178, 181, 184, 185, 186, 187, 188, 209, 214, 226
Calumet (v. Pipa de la paz)
Cambridge 97
Campesinos indios 38, 41, 43, 49, 65, 78, 110, 132, 151, 154
Canadá 20, 25, 30, 69, 77, 116, 121, 142, 180, 200, 230
Canal de Panamá 25, 49
Canales 30, 157, 158, 214
Canoa 33, 69, 105
Cápsula espacial 232, 233, 234, 236, 237, 238, 239
Caravana 149, 150, 157
Carolina del Sur 97
Carta de privilegio 96, 97, 150
Cartier 60, 61, 62




Escaneado con CamScanner

Casa Blanca 128
Castor 60, 62, 135
Cataratas del Niágara 30, 74, 158
Cavernas 43
Cayugas 65, 68, 114
Cayuso 83
Cazadores indios 41, 59, 60, 65, 82, 83, 85, 134
Central atómica 223, 224
Centroamérica (v. Méjico, Aztecas, Yucatán)
Cerámica 37, 38, 52, 226, 227
Cereales 200, 208
Chamán 66
Champlain 69, 70, 71, 114
Chawanos 116, 134, 137, 140, 142 bis, 144, 146
Cheroquees 65, 137, 151, 156, 165, 166, 177
Cheroquis (v. Cheroquees)
Cheyennes 85, 148, 202, 228, 230
Chicasaws 151, 165, 166
Chillicothe 134, 137
Choctaws 151, 165, 167
Cibola 55, 56, 181
Ciervo 27, 32
Cifra de población 148, 157
Cinco Naciones 151, 156, 165
«Cinturón de Leche» 205
«Cinturón de maíz» 208
Ciudades blancas 155
Clark 129, 130, 131
Cleveland 158
Clima 25, 26, 27, 30, 32
Cody (v. Búfalo Bill)
Cohete 234, 235, 238
Colón 16, 18, 19, 20, 24, 25, 37, 49, 69
Colonización 199, 200
Colonos 106, 107, 108, 110, 111
Colorado (estado), 178, 188
Colores de guerra 156
Colt 188, 190
Comanches 41, 200
Comercio de las pieles 60, 70, 72, 74, 180
Conejos 40
Congreso 125, 165
Coníferas 26
Connecticut 92 (g), 97
Conquistadores 49, 53
Constitución 125, 128
Construcción de carreteras 157
Constructores de túmulos 43
Convertidor Bessemer 204
Cooper 134
Cordillera 30
Coronado 56, 58, 177
Coros indianer 85
Cortés 48, 49, 50, 51
«Cotton Gin» 203
«Coup» 84
Coureur (v. explorador)
Creeks 144, 151, 155, 165, 166
Crees 85
Cría de vacuno 27, 167, 177, 203, 208
Cuáquero 100-101
Cuba 49, 180
Cuencas fluviales (mapa) 74
Cueva de Stettson 197

D

Dakota del Norte 27, 22
Dakotas (indios) 85, 130
Dallas 240
Daniel Boone 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 142
Danza del Sol 84
Davo 32, 38, 56
Dayton (ciudad)
Declaración de Independencia 125, 174
Degandawaida 68
Delaware (indios) (v.)
Delaware (estado) 192
Delta del Mississipi 160, 162
Departamentos de asuntos indios 165
Derechos sobre el té 121
Desesperados 188
Desierto 28, 40
De Soto 57, 58, 154
Detroit 211
D'Iberville 77
Dioses blancos 50
Dioses indios 155
Diques 214
Disneylandia 215, 216
Disney Walt 214
Dull Knife 228
Dunas 26
«Dust Bowl» 208

E

Eastman, Charles 230
Ecuador 30
Edad de Piedra 38
Edison, Thomas Alva 209
El Alamo 177
Eldorado 54
Electricidad 208, 216
Elecha 43
Empalizadas 62, 65
Esclavos 98, 99, 101, 132, 151, 154, 160, 172-175, 192, 193, 196
Escorbuto 61
Escritura india 38, 155, 156
Escritura jeroglífica 50
Escudos 44
Espinos 28



Escaneado con CamScanner

Espirituales 174
Esquimales 21, 36, 37, 178
Estado de Illinois 157, 193, 198
Estado de Massachussets 92 (G), 93, 94, 97, 100, 102, 105
Estado de Michigan 198
Estado federal (confederación) 196
Estados Confederados (v. Estados sudistas)
Estados del Norte 192-197
Estados del Sur 192-197, 203
Estampida 170
Estatua de la Libertad 148
Esteban 55, 56, 58
Estrecho de Bering 33, 36
Estrecho del Noroeste 88
Estudio de la Luna 236
Explorador 69, 74, 130
Everglades 26, 176

F

Fallen Timber 132
Fauna americana 32
Fe en los dioses 53, 66, 155
Ferrocarriles 167, 171, 191, 192 198, 202, 203, 208
Field, Cyrus 208, 209
Fieras rapaces 32
Fiestas indias 67, 68, 84, 152-155
Filadelfia 100, 121, 125, 128, 160
Filipinas 180
Flora americana 30
Florida 24, 26, 42, 54, 59, 96, 128, 156, 165, 176, 177, 231, 240
Ford, Henry 210, 211
Fuertes 72
Fort Detroit 119, 137
Fort Duquesne (Fort Pitt) 115, 118, 119, 124
Fort Missimilimackinaw 76, 112, 113, 118
Fort Pitt (v. Fort Duquesne)
Fort Ticonderoga 70, 116
Franklin 125
Frontenac 72, 73, 74
Frontero 111
Fuego del consejo 68
Fuerte Crevecoeur 74, 76
Fulton, Robert 160

G

Garrett 188
General Custer 202
Georgia 97
Gershwin, Georg 175
Globo 19
Globo terráqueo 16
Golfo de Méjico 26, 48, 77, 160, 162, 214
Gramófono 208
Gran Cañón 29
Grandes lagos 30, 76, 114, 158, 176, 203
Grandes llanuras 27, 28, 157, 181, 200, 203, 208
Grant, Ulises 193, 196
Groenlandia 20
Guatimozín 53
Guerra civil 192, 197, 198
Guerra de los Siete Años 115
Guerras mundiales 221, 222
Guisar en piedra 41

H

Habana 20
Haití 20
Hannibal (ciudad) 164
Harrison 143, 144, 146, 155
Hawai 176, 180, 184
Hickock 190
High Plain (v. Grandes llanuras)
Historias de «Lederstrumpf» 65
Hollywood 214
Houston (ciudad) 237
Houston, Sam 177
Huckleberry Finn 161, 164
Hudson, Henry 88
Hunkpapa-Tetons 85
Huracanes 212
Hurones 62, 63, 64, 65, 70, 114

I

Iceberg 21
Idaho 178
Idiomas indios 33
Iglú 36
Imperio inca 54
Indiana 143, 144, 157, 190, 198
Indias Occidentales 19, 49
Indias Orientales 19
Indios 33
Indios Brulé 85
Indios de las costas nordoccidentales 44, 45, 46, 47
Indios de las praderas 82-87, 227, 228
Indios Eries 65
Indios Haida 44
Indios Hopi 43, 225
Indios Illinois 143
Indios Massachussets 93
Indios Miamis 116, 132, 143
Indios Natchez 76, 77
Indios Nutka 44
Indios Ottawas 116, 118, 143
Indios Susquehannock 102
Indios Tlingit 44



Escaneado con CamScanner

Indios Tuscarora 65
Indios Utes 40, 82
Indios Zuñi 43, 56
Industria 199, 203, 204, 205, 208, 209, 210, 211, 214, 215, 216, 220
Industria del automóvil 210
Inmigrante 148, 150, 204, 205
Iowa 199
Iroqueses 33, 62, 64, 65, 66, 67, 68, 70, 71, 72, 76, 78, 90, 102, 105, 114, 116, 118, 141, 151, 230
Isabel de España 18

J

Jackson, Andrew 155, 156, 165, 176
Jaguar 32
Jamestown 78, 81, 98
Jefferson, Thomas 125, 129
Juez de paz 188

K

Kansas 171, 192, 193
Kaskadengebirge 28, 29, 30
Kennedy, J. F. 240
Kentucky 134, 135, 136, 137, 157, 192
Keule 70
Killer 188
Kindertrage 45
King, Martin Lutero 174, 175
Kiwa 43

L

«La Cabaña del Tío Tom» 173, 174
Lafayette 124
Lago Champlain 158
Lago Erie 30
Lago Hurón 30, 118
Lago Michigan 30, 76, 118
Lago Ontario 30
Lago Superior 30, 76
Lagos salados 28, 40
Langhaus 41
Langosta 40
La Salle 74, 75, 76, 77, 129, 157, 158, 160
Laulewasika (v. Tenkswatana)
Lazo 167
Lee, Robert Edward 193, 196
Leguis (v. polainas)
Leif Eriksson 20
Lenapas 90, 100, 101, 143
Lewis 129, 130, 131
Libertad de impuestos 121
Lincoln, Abraham 192, 196, 197, 198
Lindbergh, Charles 211
Little Wolf 228
Llama 32, 38
Llanura 25, 26, 28
Lobos 28, 76, 137, 170
Logan 137
Long Island 91
«Lo que el viento se llevó» 196
Lowell, James 236
Luisiana 76, 77, 114, 116, 129, 140, 157, 160, 176, 209

M

Mac Intosh 154, 156
Magallanes 25
Maine 192
Maíz 42, 49, 65, 78, 154, 258
Mamut 33
Mandanes 83
Manhattan 88, 90, 91
Manitú 66
Mapache 135, 137
Mapas de descubrimiento 18, 48, 54, 60, 69
Mark Twain 162, 164
Marmota 40
Maryland 102, 192, 208
Máscaras 45, 66
Massasoit 93, 94, 95
Mastodonte 33
Mayas 50, 64, 66
Mayflower 92, 93
«Medias de cuero» (v. Boone, Daniel)
Medio Oeste 128
Méjico 48-53, 54, 56, 59, 177, 178, 184, 185, 200
Menonitas 250
Mesetas 28
Metacomet 93, 102, 104, 105, 118, 119
Metropolitan Opera 214
Miami 176
Michinikikwa 132
Mico 154
Mimbre 41, 42, 45, 226, 227
Minería 38, 203
Mingos 65, 70
Minnewitt 88
Misioneros 61, 72, 74
Mississipi (Estado) 157, 160
Mississipi (río) 26, 27, 30, 44, 58, 59, 61, 74-77, 82, 114, 119, 128, 129, 134, 140, 143, 156-165, 176, 203, 212
Missouri (Estado) 181, 192, 193
Missouri (río) 30, 129, 158
Mitchell, Margaret 196.
Monos 32, 48
Mocasines 44, 65
Moctezuma 50, 51, 52, 53



Escaneado con CamScanner

Mohawks 65, 68, 114, 142, 225, 229, 230
Mohicanos 88, 90, 100
Monougahela (río) 115
Monstruo de Gila 32
Montana 187
Montañas de Cumberland 135, 137
Montañas Negras 200
Montañas Rocosas (v. Rocky Mountsins)
Montcalm 116
Monterrey (ciudad) 185
Montreal 61, 72, 74, 76
Mormones 178
Morsa 60, 61
Morse, Samuel 208
Mustang 83

N

Namengebung 64
Napoleón 129
Narragansetts 93, 103, 105
Narváez 54, 55, 58
Navajos 226, 227
Navegación en torno a Africa 16
Nebraska 192
Negros (v. esclavos)
Nevada 177, 178, 224
Niña, La (carabela) 18
Normandos 20
Noruegos 21
Nueva Amsterdam 90, 91
Nueva Francia 114
Nueva Orléans 77, 140, 160, 162, 164
Nueva York 30, 88, 89, 91, 105, 121, 128, 140, 158, 204, 210, 216, 224
Nuevo Méjico 59, 177, 178
Nutria 60

O

Oahu (isla) 180
Oak ridge 223, 224
Oberth, Hermann 236
Obsidiana 52
Obtención del acero 204
Océano Artico 36
Océano Atlántico 16, 19, 25
Ogalalas 85
«Ohi jesa» 230
Ohio (río) 114, 115, 118, 119, 134, 135, 143, 158, 203, 204
Ohio (Estado) 198
Ojibwehs 143
Oklahoma 165, 166, 210, 228
«Oleoductos» 209
Oneidas 65, 68, 114, 142
Onondagas 65, 68, 114, 142
ONU 224
Opossum 38, 56
Oregón 178
Orenda 66
Oro, buscador de 38, 49, 54-59, 165, 166, 180, 181, 185, 182, 202
Osceola 156, 165

P

Palomas torcaces 135, 214, 217
Pantano del Tennessee 213, 216
Papagayo 48
Parque nacional 214
Parshall 190, 191
Paz de París 116, 125
Pearl Harbour 180, 221, 224
Película 208, 214
Pemmikan 84
Penn, William 100
Pensacola 177
Pensilvania 100, 160, 204
Pequods 93, 100, 102
Período glacial 33
Perú 54
Perros 32, 37
Pesca 21, 44, 94
Pesca de la ballena 44
Pesca india 42
Petróleo 178, 210
Pez Negro 137, 138, 139, 140
Pingüino 60, 61
Pinkerton, William 190
Pinta (carabela) 18
Pintura del rostro 156
Pioneros 92
Pipa de la paz 43, 68
Piragua 45, 142
Pirámides 50
Pittsburgo 115, 204, 205
Plantas trepadoras 43
Plata 38
Plymouth 93, 95, 107
Pocahontas 79, 80, 81, 101
Pohattan 79, 80, 81
Polainas 44, 65, 68
Pontiac 118, 119, 143
«Porgy and Bess» 175
Portaaviones 216, 217, 239
Portage 69, 157
Portsmouth 158
Poste de tortura 64, 120
Poste totémico 33, 45
Potlatch 45, 46, 47
Potomac (río) 102
Práctico, piloto 162
Praderas 27, 38, 52, 82-87, 143, 200
Providence 94
Pueblo 41, 42, 43, 55, 56, 225-227
Puentes 212
Puerco espín 65



Escaneado con CamScanner

Puma 32, 170
Puritano 92, 93, 94, 104

Q

Quebec 72
Quivira 56

R

Rancho 177
Raza mongólica 36
Rebelión del té de Boston 123, 126, 127
Red Cloud 200
Reiss, Philipp 208
Reno, bandidos 190
Reservas 165, 200, 227
Revista del Oeste 191
Revista infantil 191
Revólver 167
Rey Felipe (v. Metacomet)
Rhode Island 94
Río Colorado 29
Río Columbia 130
Río Delaware 88, 91, 124
Río Grande 56, 177
Río Hudson 88
Río Illinois 76
Riquezas minerales 132, 203, 204
Roanoke (isla) 78
Rockefeller, John D. 210, 220
Rocky Mountains 46, 82, 129, 181, 200, 210
Roedores 27
Rolfe, John 80, 81, 101
Roosevelt, Franklin D. 220, 224
Ron 94
Rueca 154
Rueda 37

S

Scajawi 130, 131
Sachem 68
Sacramento (río) 181, 182, 183, 184, 187
Sacramento (ciudad) 199
Sal 111
Salas de juego 187, 188
Salem 94
Saloon 171
Salt Lake City 178
Samoset 93, 94
San Francisco 184, 185, 186, 187, 188, 214, 218, 219
San Lorenzo (río) 30, 60, 61, 69, 70, 96, 114, 158
San Luis 158, 204
San Salvador (isla) 16, 18, 19
Santa Fe 59
Santa María (carabela) 18, 19
Santo Domingo 20
Sarmientos, vides 21
Sassako 100
Sassamon 104
Satélites 234, 235
Schurz, Carl 148, 228
Scott, David 238
Scott, Dred 193
Scouts 200
«Selfmademan» 209
Selva 26, 27, 48, 50-69
Seminolas 41, 42, 151, 156, 165, 176, 230, 231
Senecas 65, 68, 114, 142
Sequoyas 155, 156, 166
Serpientes 32
Serpiente cascabel 55, 170, 171
Sheriff 187, 190, 191
Shoshones 82
Sierra Nevada 28, 29
Sioux, 33, 85, 119, 140, 144, 200, 202, 228, 230
Sitting Bull 202
Skalp 33, 137, 154
Smith, John 79, 80
Sondas espaciales 234, 236
Squaw 33
Stalking Turkey 154
Steuben 124
Stuyvesant 89, 90
Submarinos 197
Sutter, Johann August 181, 184

T

Tabaco 42, 78, 80, 81, 96, 101, 192, 208
Táctica guerrera india 62
Tala 108, 109
Tartanas 108, 181, 198
Técnica 203-216
Tecumseh 133, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 155
Tejas 55, 167, 177, 178, 179, 192, 210
Teléfono 208
Telégrafo 208
Tempestad de nieve 30
Templo 50, 52, 53
Tenkswatana 141, 142, 144, 146
Tennessee (río) 134
Tennessee (Estado) 157
Tenochtitlán 50, 51, 52, 53
Terranova 21, 24
Terremotos 212
Territorio 128
Territorio Indio (v. Oklahoma)
Territorios del Noroeste 178
Territorios del Oeste 121, 123, 128
Thayendanega 142, 143
The Hounds 187
Thrope, Jim 227



Escaneado con CamScanner

Tipis 40, 42, 78, 84
Tipos de viviendas indias 39, 40 41, 63, 67
Tippecanoe 143, 144
Tomahawk 33, 43
Tomate 53
Tom Sawyer 162, 164
Tonti, Henri 74, 75, 76, 77
Tramperos 106
Transporte de reses 167
Trata de esclavos 101, 172
Trineos tirados por perros 45
Túnel 211
Twavoi 45

U

Unión (v. Estado Federal)
Unión Pacífico 199, 200
Unkas 100
Utah 28, 177, 178

V

Vapor a rueda 159, 160, 162, 163
Vaqueros 167, 171, 177, 179, 188, 200, 228
Verrazano 59, 60
Vespuccio, Américo 20, 25
Vestidos indios 37, 60, 65, 84
Viajes de descubrimiento
Vigilantes 187, 190
Vikingos 20, 21
Vinland 21
Virginia 78, 81, 92, 94, 97-99, 106, 174, 192
Virginia Occidental 192
Viviendas excavadas en roca 38, 43
Vuelos espaciales (v. astronautas)

W

Wabash (río) 143
Wakonda 66
Waldseemüller 19
Wampanoags 93, 102, 104
Wampum 62, 64, 119
Washington, George 115, 116, 117, 123, 124, 128, 231
Washington (Estado) 128, 157, 165, 178, 186, 196, 208
Watling (isla) 19
Weatherford 144, 155
White 236
Wigwam 33, 40, 42, 66, 78, 143
Wikeyup 40, 41, 42, 135
Williams, Roger 94
Wilson, Thomas 220, 222
Wonded Knee 202
Wright, Hermanos 211
Wyoming 178

Y

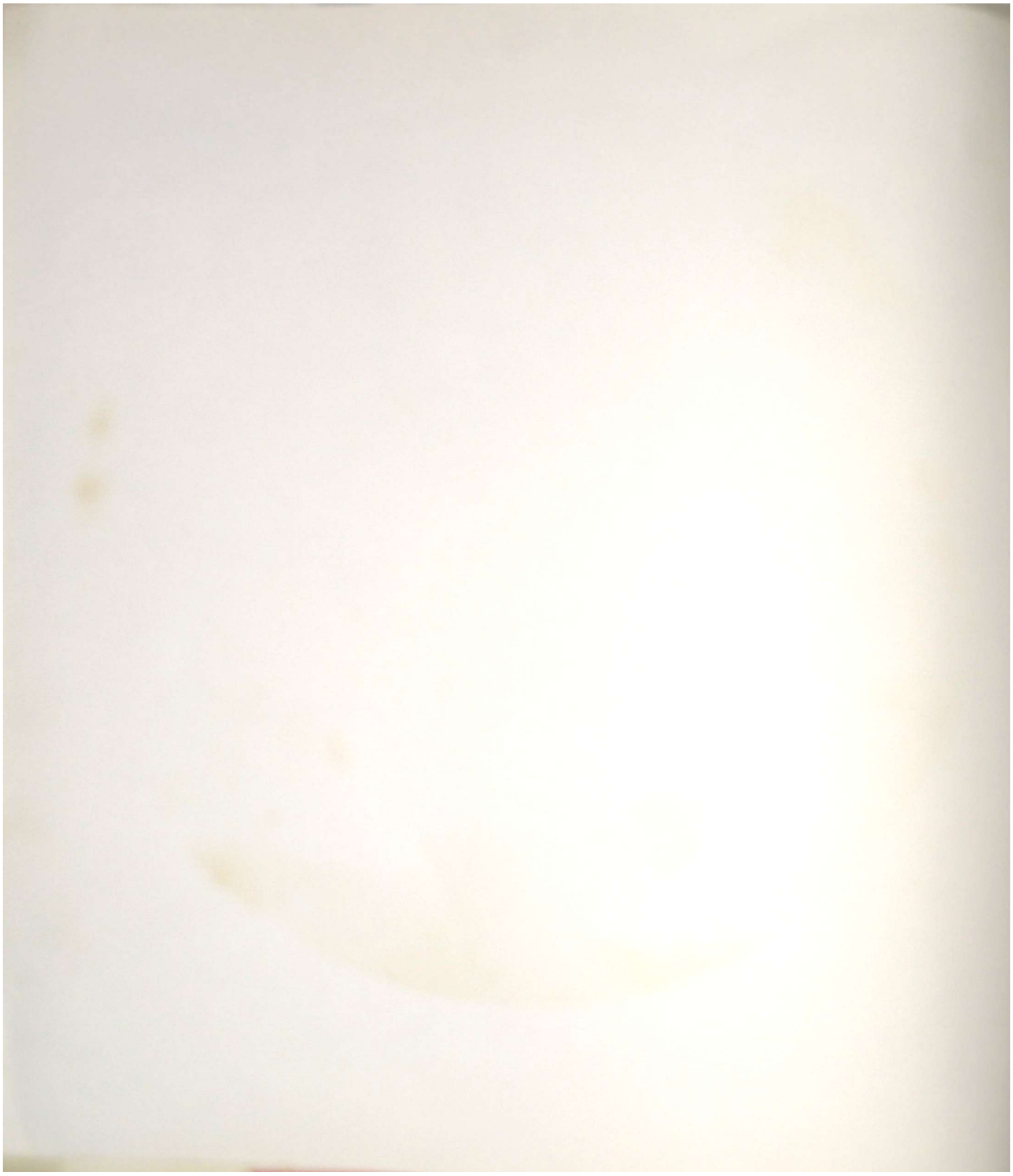
Yankee Doddle 122, 123, 124
Yerba Buena 184, 185, 187
Yucatán 49

Z

Zapatos de nieve 110, 119



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

C.E.P. Nuestra Sra. de la Paz
BIBLIOTECA
Tocna 250-Magdalena

Nuestra panorámica de la esfera terrestre, con el océano Atlántico en su centro, muestra arriba la ruta de las naves vikingas que, hacia el año 1000, partiendo de Noruega, descubrieron Spitzberg, Islandia y Groenlandia y llegaron hasta la costa noroccidental de América. Abajo, la ruta de Colón en su primer viaje.



Escaneado con CamScanner

# Colón descubre América

El 12 de octubre de 1492 desembarcó Colón en una de las islas que se hallan en el Océano Atlántico frente al continente americano: acababa de descubrir América. Esto lo sabe hoy cualquier niño, aunque el propio Colón lo ignorara.

Aún realizó otros tres viajes a través del Océano, en los que estableció una colonia en la isla de Haití y llegó también a poner el pie en el continente. Todavía pudo ver cómo otros navegantes seguían su ejemplo e inauguraban el comercio entre Europa y las tierras recién descubiertas, aunque al morir, en 1506, cerró sus ojos en la creencia de haber encontrado un nuevo camino hacia «Cipango» (Japón). Nunca llegó a saber que, entre las islas a las que había sido el primer europeo en llegar y Asia, existe un amplio continente, toda una parte del mundo.

Su error procedía de que se había imaginado la tierra mucho menor de lo que es en realidad. Los sabios sobre cuyos cálculos y mapas se apoyaba ignoraban, como él, que, además de Europa, Asia y Africa, hay otros continentes (partes del mundo) y pensaron que, yendo hacia el oeste, se podía llegar a China en pocos días. Ninguno se pudo imaginar nunca que Colón, al desembarcar no había recorrido ni siquiera la mitad del camino hacia el Japón. Sólo en tiempos de Colón, en el siglo XV, recordaron los sabios una antigua verdad: que nuestra tierra tiene la forma de una esfera y no es plana. A Colón, este conocimiento le indujo a abordar una temeraria empresa. Se decía: «Si la tierra es redonda como una manzana, igual da ir hacia el este que hacia el oeste, con tal que haya agua bajo la quilla de mi nave. Alguna vez habré dado la vuelta al mundo llegando al mismo punto de donde partí. Por tanto, puedo también encontrar «el este en el oeste», es decir, llegar a las Indias navegando hacia poniente».

Al hablar de las Indias pensaba en los países asiáticos, aún poco conocidos pero con el atractivo de poseer grandes tesoros, como sedas, perlas, especias y azúcar, productos que no había en Europa. No obstante, el camino hacia Asia era largo, difícil y lleno de peligros y el viaje por mar, dando la vuelta a Africa, tampoco se conocía bien y resultaba asimismo largo y erizado de peligros. Por eso debía ser tentadora la idea de encontrar un camino nuevo y más cómodo.

Más de un científico de la época consideraba posible tan audaz empresa. Tampoco era Colón el único navegante que se sentía atraído por la aventura, pero sí fue el único en emplear todas las energías de su vida en llevar a cabo el viaje. Este es su mérito, lo que le da su especial importancia y lo que le distingue de los muchos otros descubridores que hubo en su tiempo.

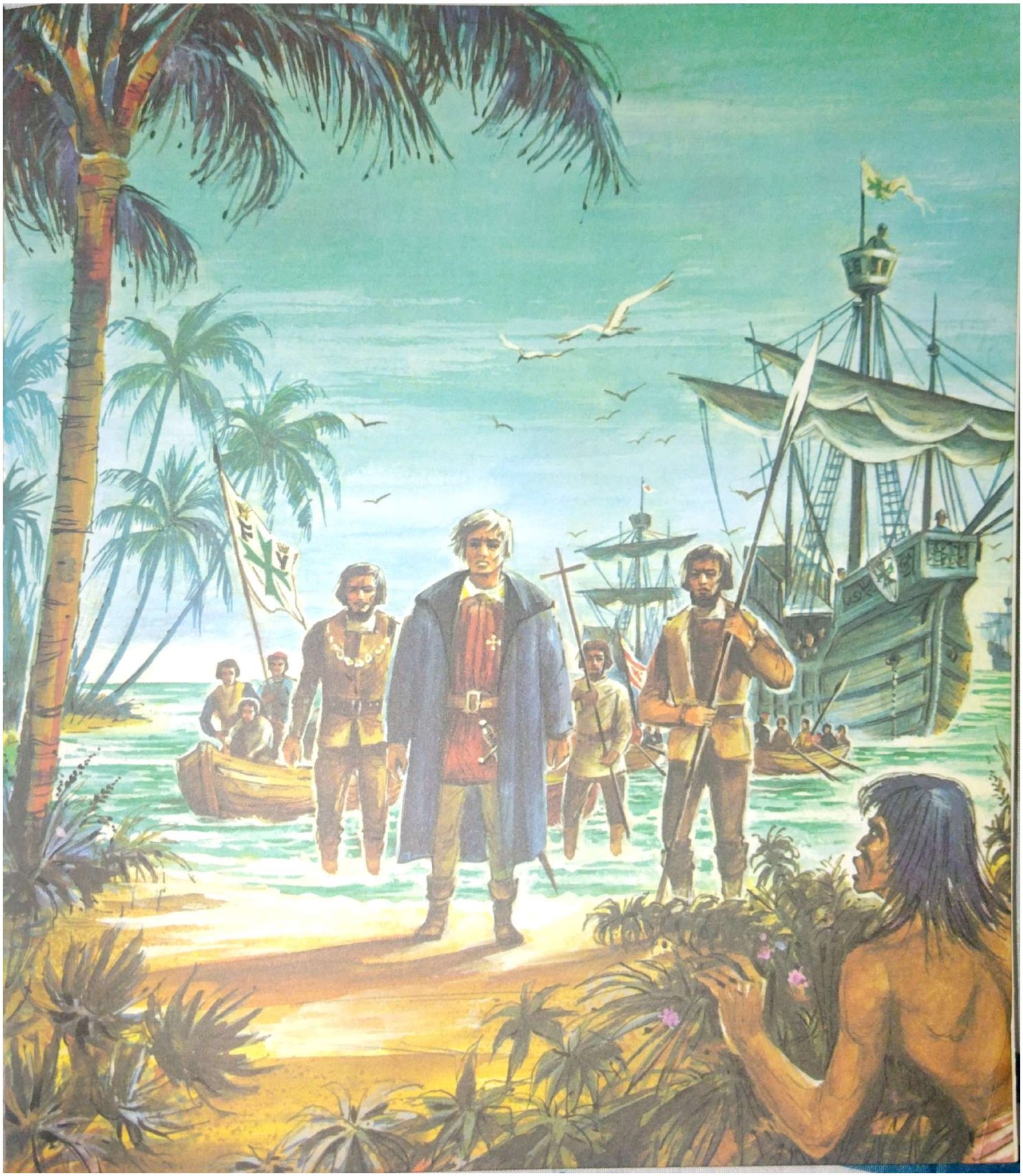
Probablemente —no lo sabemos con exactitud—, nació Colón en 1451 en la ciudad italiana de Génova. Se la bautizó con el nombre de Cristóforo Colombo, que, al españolizarse, se convirtió en Cristóbal Colón. Hijo de un tejedor de lana, se mostró dispuesto a dedicarse al comercio; en sus viajes por el Mediterráneo y a lo largo de las costas de España y Portugal, aprendió a navegar y se aficionó a ese arte, y cuando, al fin, se estableció por bastante tiempo en la capital de Portugal, Lisboa, oyó tantas cosas sobre la valerosa navegación de los portugueses por aguas desconocidas, que se apoderó de él la idea de un viaje hacia el oeste. Tal idea jamás le abandonó.

Mas para realizar semejante proyecto le era

Colón desembarca en la isla de San Salvador. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

Colón entró por primera vez en contacto con el suelo americano en una isla de las «Indias Occidentales», la isla de San Salvador.

preciso obtener la ayuda de los príncipes, necesitado como estaba de barcos, tripulaciones, dinero y víveres. El rey de Portugal, ocupado en otros proyectos, no le prestó atención y Colón se dirigió entonces a la Reina de España, Isabel, con idéntica proposición. Hubieron de transcurrir algunos años de amarga espera hasta que Isabel se halló en disposición de apoyar al navegante. Los Reyes concluyeron con él un contrato por el que quedaba nombrado almirante, dignidad transmisible a sus descendientes. En el contrato no se hablaba de ningún punto de destino determinado, sino de «los países y reinos que se descubrieran y conquistaran en el Océano»; había de tomar posesión de ellos en nombre de los soberanos españoles, a quienes Colón representaría como «virrey y gobernador». Lo que los reyes de España esperaban del viaje se pone de manifiesto en otra cláusula de las estipulaciones, según la cual correspondería a Colón la décima parte de todos los tesoros que se encontrasen en las tierras descubiertas, especialmente las perlas, piedras preciosas, oro y plata.

¡Oro y plata! Aún habremos de hablar mucho de esto, ya que la búsqueda de tales tesoros fue lo que impulsó a los primeros conquistadores del nuevo mundo a atravesar el continente a través de desiertos y pantanos.

Los soberanos españoles entregaron a Colón un solemne mensaje, escrito de su propia mano, que había de entregar a los emperadores y reyes aún desconocidos como un saludo de los poderosos reyes de España.

El 3 de agosto de 1492 partió Colón del puerto español de Palos. Eran tres las naves que se dirigían hacia lo desconocido: la nave almirante o buque insignia —la «Santa María»— y otras dos llamadas la «Pinta» y la «Niña», un barco de alto bordo pero también un cascarón de nuez, si la comparamos con los gigantes del océano que hoy conocemos.

La «Santa María» tenía velas transversales como los posteriores veleros de tres palos; las otras dos eran carabelas.

Hasta poco tiempo antes no se había aprendido a colocar lateralmente los mástiles, de forma que fuera posible navegar también con viento de costado manteniendo la dirección. Esta mejora de los buques de navegación a vela y el empleo de algunos aparatos destinados a determinar la situación del barco en medio de las aguas, hicieron posible el viaje. Colón no llevaba consigo ninguna esfera terrestre, ya que ésta la inventó aproximadamente por aquella época Martín Behaim en Nuremberg. Tanto el hombre que emprendió aquel gran viaje como el que, por primera vez, construyó el globo terrestre, habían aprendido lo que sabían sobre la situación de los países gracias a los mismos sabios, y hubieron de conformarse con estos insuficientes conocimientos.



Escaneado con CamScanner

Colón redactó un «Diario de a bordo», es decir, un informe para los soberanos de España, y gracias a él sabemos exactamente cómo transcurrió el viaje. En él leemos cómo la tripulación fue perdiendo poco a poco la calma a medida que el viaje se prolongaba y se iban alejando cada vez más de la patria sin avistar ninguna costa. También el almirante hubo de asombrarse de que el Océano fuese en realidad mucho más extenso de lo que había supuesto. Por su parte, se vio forzado a engañar a sus hombres, indicándoles diariamente que se había recorrido una distancia menor de la calculada por él; hoy, no obstante, sabemos que estas cifras menores se acercan más a las reales que las que el almirante obtuvo gracias a sus insuficientes instrumentos. Hacia el diez de octubre volvieron todos a recuperar ánimos: en torno a las naves flotaban maderas, hierbas y flores; sobre ellos volaban aves que no se suelen alejar de la costa. El almirante recomendó a sus hombres una cuidadosa vigilancia: el que primero descubriese la tierra recibiría en el acto un jubón de seda (lo que para aquellos hombres, que iban descalzos, suponía un espléndido regalo) y más tarde una pensión vitalicia de los Reyes. Aunque, al parecer, fue Rodrigo de Triana, no sabemos exactamente quién descubrió al fin, en la madrugada del viernes 12 de octubre, una isla. Colón esperó a que clarease del todo, y acompañado de algunos hombres desembarcó en aquellas riberas desconocidas. Inmediatamente se vio rodeado por un grupo de indígenas desnudos. No entendía su idioma, pero, por sus gestos y sus voces, supo que la isla se llamaba «Guanahaní». Era hermosa, poblada de bosques y abundante en agua, y Colón la bautizó con el nombre del Redentor, «San Salvador». Sin embargo, muchos mapas la designan con el nombre de un pirata inglés, Waltling, y es una de las del grupo de las Bahamas.

Colón recorrió todo este grupo de islas de mayor o menor extensión creyendo que pertenecían a las costas de Asia y supuso que se trataba de las Indias. Por tanto, denominó a sus habitantes indios, nombre que conservaron aún después de que, más tarde, se descubriera el error. Advertido dicho error, se llamó a estas tierras «Indias Occidentales», a diferencia de las orientales, es decir, de las verdaderas Indias, que se hallan en Asia.

Fue muy curioso lo que ocurrió con el nombre del nuevo mundo, considerado en conjunto. ¿Por qué no se llamaron aquellas tierras con el nombre de Colón, que fue el primer europeo que se atrevió a hacer el viaje y las descubrió?

El nombre que recibieron fue el de un compatriota de Colón, un hábil navegante llamado Américo Vespucio, que siguió las huellas de Colón pero más al sur y recorrió las costas de Sudamérica. La costa seguía y no se podía saber dónde acababa, así como tampoco cómo ni dónde podía doblarse. Cuando Vespucio volvió a Europa, afirmó haber visto un nuevo continente que no podía ser Asia. El joven científico Waldseemüller, que confeccionó un mapa sobre el informe de Vespucio, bautizó por su cuenta aquellas tierras con el nombre de «América», que ha conservado definitivamente. Sin embargo, ni Vespucio ni Waldseemüller sabían que las «Indias Occidentales» pertenecían a dicho continente y ambos tuvieron a aquéllas por territorio asiático. Por esta razón, no se aplicó el nombre de Colón a ningún continente. Sin embargo, la magnitud de su hazaña, su valor, la confianza interna y la energía que supo aplicar encontraron reconocimiento en tiempos posteriores. Hoy hay en Sudamérica un Estado que lleva su nombre (Colombia), y en Norteamérica grandes extensiones, ríos, montañas y ciudades cuya denominación es un homenaje a Colón.

El propio Colón obtuvo honores y fama de su primer viaje, pero el éxito no le permaneció fiel.



Escaneado con CamScanner

Nūc ẏo & hę partes ſunt latius luſtratæ/& alia quarta pars per Americū Veſputiū(vt in ſequenti bus audietur )inuenta eſt/quā non video cur quis iure vetet ab Americo inuentore ſagacis ingenij viro Amerigen quaſi Americi terrā / ſiue Americam dicendā:cū & Europa & Aſia a mulieribus ſua ſortita ſint nomina.Eius ſitū & gentis mores ex bis binis Americi nauigationibus quæ ſequunt liquide intelligi datur.

Fragmento del Mapamundi de Waldseemüller.

Por orden del Rey, volvió de su tercer viaje cargado de cadenas y acusado de haber administrado mal la isla de Haití. Cierto es que logró recuperar el favor de su soberano, pero no sus cargos de virrey y gobernador. Aún emprendió un cuarto viaje y, al volver, vivió dos años enfermo y atormentado por la amargura. Finalmente, falleció en Valladolid en 1506.

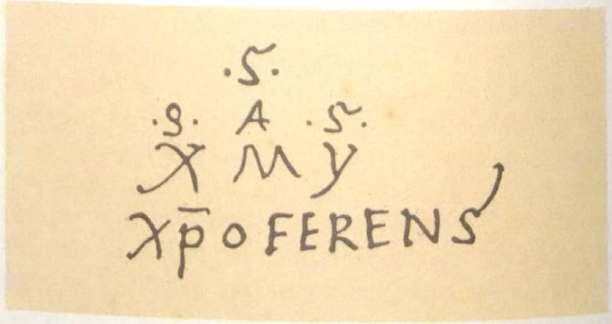
Sus restos volvieron a atravesar el mar. Había deseado ser enterrado en las Indias, y treinta años después de su muerte se le trasladó a Santo Domingo. La isla pasó después a manos de los franceses y, al abandonarla los españoles, llevaron consigo el sarcófago a La Habana. Al perderse ésta también, los restos de Colón hicieron su último y definitivo viaje a través del mar: desde 1898 reposan en Sevilla.

Por lo demás, no fue Colón el primer europeo que llegó a América. Ahora bien, el hecho de que algunos audaces marinos hubiesen llegado a aquel continente quinientos años antes que él no disminuye en nada su fama, porque Europa había olvidado tan completamente estos viajes que los relatos de los antiguos libros islandeses se consideraban como simples fábulas.

Nos estamos refiriendo a los normandos y los vikingos, marinos y guerreros nórdicos, que cruzaron todos los mares y asaltaron y asolaron las costas de Europa, aunque también fundaron reinos duraderos. Partiendo de Noruega, se establecieron en Islandia y más tarde en Groenlandia.

La travesía desde Groenlandia hasta las costas del Canadá no es larga. Del hijo de un poderoso señor, Erik *el Rojo*, llamado Leif Eriksson, se sabe que navegó hacia el oeste. Los buques de los vikingos eran abiertos y estrechos, de forma que las olas del mar los cubrían; la proa y el codaste subían a gran altura y la borda, muy baja, se elevaba con ayuda de los escudos. Las tablas estaban unidas al armazón del buque mediante cuerdas, lo que daba tanta elasticidad al cuerpo de la nave que la hacía capaz de navegar en mar revuelta sin quebrarse y sin perder impermeabilidad. Leif Eriksson cuenta haber llegado a «Vinlandia» —País del Vino— nombre con el que bautizó la fértil y hermosa costa a la que le condujeron sus naves después de pasar junto a los icebergs. De hecho, el suelo oriental de América estaba ya antiguamente cubierto de vides.

Los antiguos libros nos relatan varios viajes en los que participaron incluso mujeres, y nos cuentan también las luchas que sostuvieron aquellos navegantes con los indígenas. Pero gran parte de esas narraciones se tuvieron por




Firma de Colón en un documento: «X (Chri) stoferens».



Escaneado con CamScanner

Colón con los instrumentos náuticos de su tiempo. Al fondo, Américo Vespucio, que dio su nombre al continente recién descubierto.

increíbles e imaginarias. Hace algunos años, sin embargo, un investigador noruego partió en viaje de exploración y estudió concienzudamente las costas de América del Norte en busca de las huellas de los vikingos.

Al final, en la punta septentrional de la isla de Terranova logró descubrir los restos de una colonia vikinga, comprobando dónde se hallaban las viviendas y dónde la herrería. Asimismo halló un pequeño objeto que, sin duda, procedía de los noruegos: era el pequeño volante de una rueca. Los expertos, que reciben el nombre de arqueólogos, confirmaron que se trataba de un poblado que no procedía de los indios ni de los esquimales y añadieron que, con ayuda de un nuevo método, se podía incluso determinar la antigüedad de estos objetos.

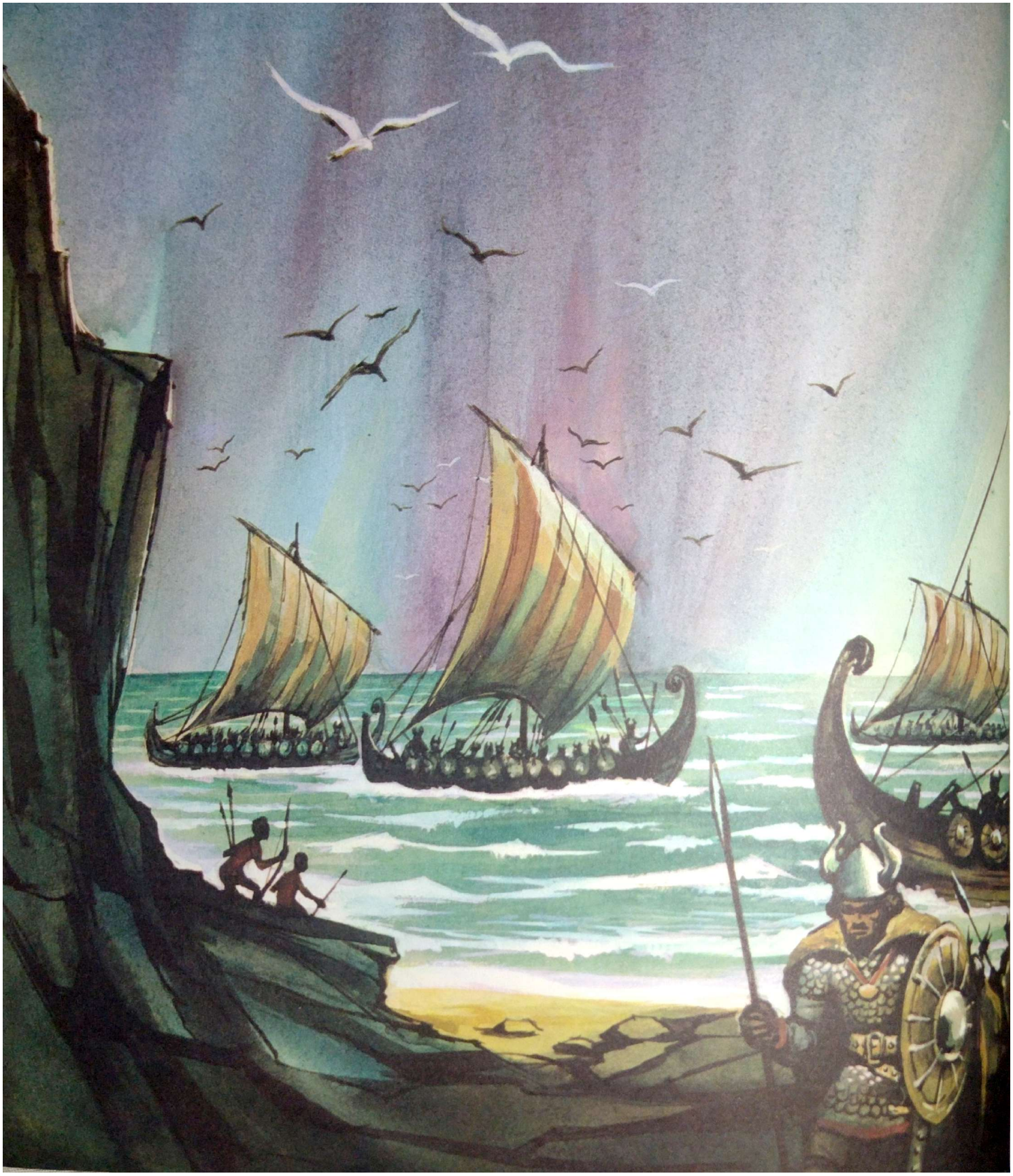
Helge Instadt, ese noruego de quien hablamos, demostró que los antiguos libros de sus antepasados no narraban ninguna fábula, sino historias realmente sucedidas, y que los vikingos no sólo habían desembarcado en Terranova, sino también vivido, trabajado e incluso tejido lana en ella. Sostiene que los vikingos no temían los icebergs ni las tempestades, sino el salvajismo de los indios, cuyos estridentes gritos de guerra ya habían podido conocer.

Se ha afirmado también que los pescadores de la costa francesa de Bretaña conocían los ricos bancos de pesca de Norteamérica, pero no lo revelaron a nadie. Es posible, porque poco tiempo después del descubrimiento de América, aparecieron año tras año grandes flotas pesqueras de Europa para pescar en aquellas ricas costas. Tal vez antes de Colón llegasen ya valerosos pescadores hasta las

Página siguiente: Los vikingos habían llegado con sus → naves a las costas de Norteamérica quinientos años antes que Colón.



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

costas americanas, pero parece sorprendente que se alejasen tanto de su patria. ¿Cómo podían transportar su rico botín, que les empujaba a atravesar al Atlántico por su parte norte, sin que se corrompiese?

En resumen, fuese quien fuese el que llegase a América antes que Colón, no dio cuenta de nada que pudiese facilitar la empresa del genovés; realmente, Colón descubrió América para nosotros.

*Las costas de Florida.*

Escaneado con CamScanner

# El continente desconocido

Los navegantes que siguieron las huellas de Colón y emprendieron el viaje hacia el oeste buscaban, lo mismo que él, el camino de Asia. Pero, forzados a reconocer que ese camino estaba cortado por un gigantesco continente, empezaron a buscar un paso hacia el Océano Pacífico. Lo mismo que Américo Vespucio, recorrieron las costas de América del Sur sin encontrarlo. Es cierto que el portugués Magallanes descubrió el estrecho de su nombre, pero estaba tan al sur que hacía demasiado larga la ruta marítima hacia Asia: se necesitaba un paso por el norte. Por esa razón, exploraron el archipiélago de islas de América Central y bordearon sus costas. Tampoco ahí encontraron ningún paso, pero descubrieron que América tenía un punto muy estrecho que podía atravesarse por tierra; en este punto se halla hoy el canal de Panamá, que une al Océano Pacífico con el Atlántico, y en él hay un puerto que ha recibido el nombre del descubridor del Océano Pacífico, Balboa.

También en la costa de Norteamérica, la desembocadura de algunos ríos hizo creer a los navegantes en la existencia de un estrecho que los condujese al otro Océano, creencia, sin embargo, que se vio amargamente desvanecida.

La mayoría de los descubridores se interesaban muy poco por cómo era el país que se hallaba tras los bordes costeros. El desembarco, en efecto, era siempre peligroso (no conocían la resaca, los bancos o los escollos ocultos que podían hacer naufragar la nave), y eso les hacía dudar de desembarcar.

Sólo los conquistadores, los buscadores de oro, los comerciantes en pieles y, finalmente, los colonizadores se interesaron por el interior del continente, que, sin embargo, continuaron desconociendo durante siglos. Cuando surgieron los actuales «Estados Unidos», nadie hubiera podido decir con exactitud cuán extenso era el territorio, qué tesoros ocultaba el suelo ni qué condiciones de vida se ofrecían al hombre.

Por el momento, todo eso constituía el desconocido Oeste. Lo que los europeos establecidos en las costas del Atlántico llamaban «Oeste» era solamente la parte oriental del país. El mapa de la página 27 muestra la extensión de Norteamérica, y en él se han señalado la situación y las distancias recíprocas entre las capitales europeas.

Este libro trata sobre todo de Norteamérica, es decir, de la parte del doble continente constituida por Canadá y los Estados Unidos de América, «United States of America». Canadá se halla al norte, aunque la punta noroccidental del continente, Alaska, pertenece a los Estados Unidos.

El inmenso espacio se compone de grandes territorios de análogas características, como se puede ver en el mapa de las páginas 34 y 35. Europa se caracteriza por las muchas cordilleras y cadenas montañosas que discurren en diferentes direcciones y se divide en varias zonas de menor extensión; Norteamérica, en cambio, constituye una enorme llanura que se extiende uniformemente de norte a sur y se halla limitada en sus bordes oriental y occidental por cadenas montañosas. Esta constitución es importante para el clima y, por ello, para las condiciones de vida de animales, plantas y seres humanos.

Los hombres que pusieron su planta por primera vez en suelo norteamericano no conocían nada de las grandes llanuras. La península de Florida, al sudeste del país, ofreció a su vista una espesa maleza pantanosa con árboles de hoja perenne cubiertos de musgo empapado, raras aves y caimanes en los canales. Era el país



Escaneado con CamScanner

La costa norte del océano Atlántico.

de los *Everglades*, de los pantanos en los que apenas se puede distinguir el agua de la tierra firme y en el que, tras sangrientas luchas, pudo afirmarse una valerosa raza de indios de la que más tarde hablaremos. El dibujo de la página 24 muestra un aspecto de la costa de Florida.

Más al norte, la costa es blanca a causa de las dunas arenosas. Las corrientes marinas han venido arrastrando, durante siglos, la arena hacia el norte y la han almacenado en forma de lenguas de tierra ante la verdadera costa, obstruyendo así las amplias desembocaduras de los ríos. Por su parte, las mareas han derrubiado las desembocaduras cada vez más profundamente, ensanchándolas y convirtiendo la costa en algunos puntos en un verdadero pantano. Por todo ello era difícilmente accesible. El dibujo de la parte superior de la página da una idea de cómo era la costa cuando apareció ante los ojos de los navegantes del este. Tras la costa hay una planicie litoral bastante ancha por su parte sur y un paisaje de colinas, tras el que aparece gradualmente la cordillera de los Apalaches. Estas montañas no son muy elevadas, pero constituyen una barrera que impide el paso al interior del país. Para los europeos que pretendían avanzar hacia el oeste desde la costa, las cadenas montañosas de los Apalaches resultaban grandes obstáculos, porque estaban cubiertas de una espesa selva virgen. Toda Norteamérica estaba cubierta de bosques de coníferas al norte y de árboles de hoja a medida que se avanza hacia el sur.

Al oeste de los Apalaches, el terreno va bajando hacia la llanura en dos escalones. También aquí había espesos bosques. Exceptuando algunas zonas, la capa de bosques se extendía hasta más allá del río Mississipi y constituía una inmensa reserva de caza. El que quería establecerse allí como agricultor tenía que empezar por desbrozar penosamente el terreno.

La llanura se pierde en la lejanía; desde la frontera del Canadá hasta el golfo de Méjico se extiende sobre una distancia que equivale a la que hay entre Oslo y Roma, y no es menor su extensión en la dirección este-oeste.

Sin embargo, no está uniformemente constituida. Si la hubiéramos sobrevolado antes de que el hombre blanco la hubiese transformado, habríamos visto que, pasado el Mississipi, se aclaraba cada vez más la espesura: del bosque



Escaneado con CamScanner

se pasaba a los grupos de árboles aislados y al final sólo había árboles en los húmedos valles de los ríos. El terreno era demasiado seco. La ciudad de Bismarck, en el Estado de Dakota del Norte, se halla a una longitud de 100 grados y constituye la frontera del clima seco, que empieza al oeste de la misma.

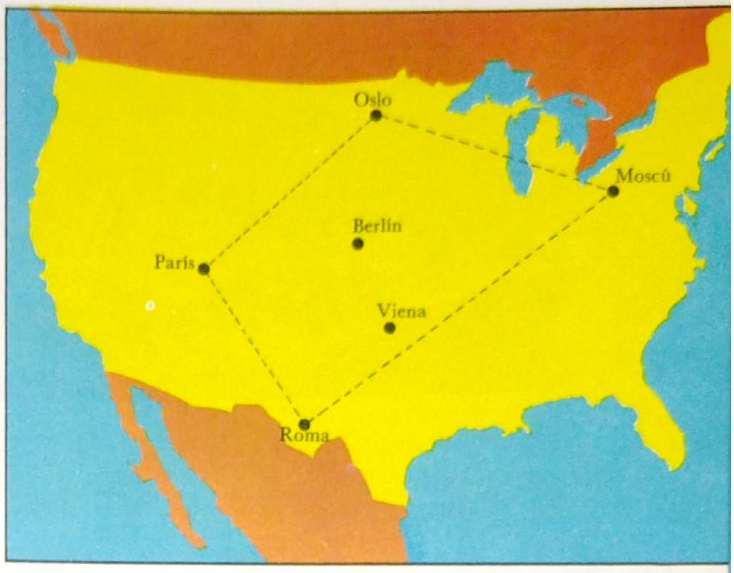
Donde llueve lo suficiente se extiende la *prairie*, el territorio de los pastos altos y jugosos.

*Prairie* es el término francés que significa «pradera», y ésta se extiende infinita y ligeramente ondulada y provista de hermosa hierba. En algunos Estados llega incluso más allá del Mississipi.

La *prairie* era el paraíso de los búfalos. El búfalo americano —bisonte— era el ejemplar de ganado vacuno típico de Norteamérica, donde no existía otra especie. Desde hacía decenas de miles de años venían pastando los rebaños de bisontes en las praderas, cuyo suelo hacían aún más fértil con su estiércol y sus cadáveres. El suelo de América posee hoy magníficos campos de cereales.

También los ciervos aprovechaban el pasto de las grandes praderas. Se trataba de una especie de ciervo a la que los americanos llamaban «alce». Tan grande como el alce polar, no debe, sin embargo, confundirse con él; la cornamenta del ciervo americano es cilíndrica, mientras que el alce *(moose* en americano) tiene paletas planas.

Bisonte en actitud de ataque.



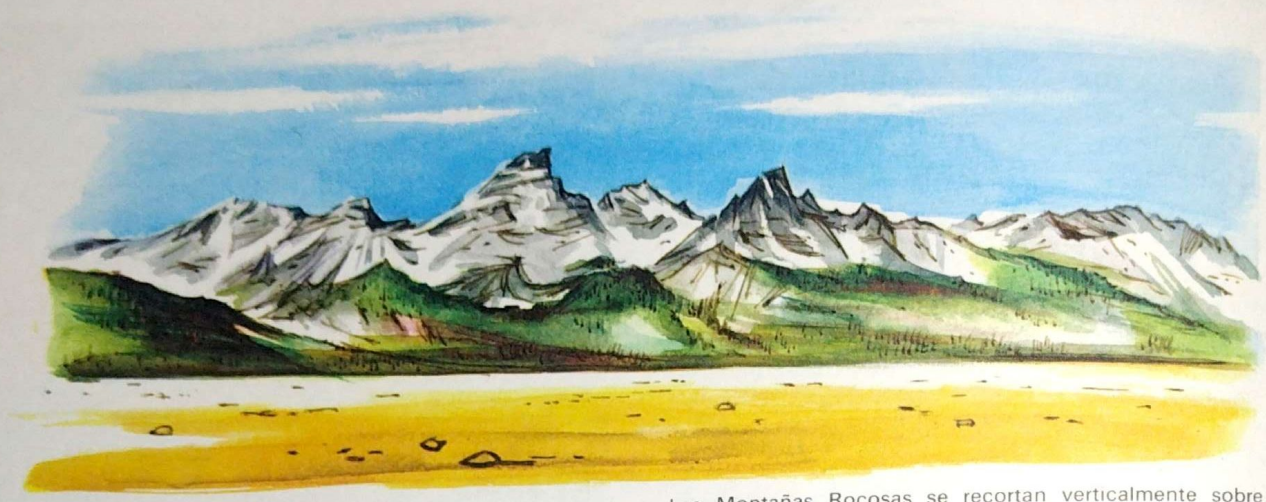

Distancias entre algunas ciudades europeas en relación con los Estados Unidos.

En la pradera, a los territorios de hierba larga suceden los de hierba corta. Se trata de las Grandes Llanuras, que se extienden desde Tejas a Canadá y en cuyo límite occidental se alzan las Montañas Rocosas. Esas zonas secas de hierba corta también eran aprovechadas por los bisontes, ya que la escasez de lluvias impedía que se formasen gruesas capas de nieve y los animales encontraban pasto seco aun en pleno invierno y sin grandes trabajos. En las Grandes Llanuras vivían antílopes, lobos y numerosos animales pequeños, como los llamados «perros de las praderas», que pertenecen a una especie de roedores. Por lo demás, las Grandes Llanuras no son siempre llanas, puesto que su monotonía queda rota en algunos sitios por grupos de colinas.

Las Grandes Llanuras se van elevando, pero lo hacen tan imperceptiblemente que ningún viajero podría notarlo. Cuanto más se avanza hacia el oeste, más seco es el país y más corta y dura la hierba. El suelo pelado va dominando



Escaneado con CamScanner



Las Montañas Rocosas se recortan verticalmente sobre la llanura.

a la hierba, y de aquellos escasos pastizales se pasa poco a poco al desierto, en cuya parte meridional no hay más vegetación que zarzales y cactus.

Por fin, viajando hacia el oeste, aparece un buen día el final de la meseta, y sobre la llanura se alza poderosa, reluciente y cortada a pico una enorme cordillera. Al principio se la conoció por el nombre de «Cordillera reluciente», a causa de sus elevadas cúspides, cubiertas de nieves. Hoy se las llama Montañas Rocosas (en inglés, *Rocky Mountains* o simplemente *Rockies)*. A diferencia de los Apalaches del este, mucho más bajos, las Rocosas son fáciles de cruzar, y en algunos puntos la meseta se prolonga entre los diferentes grupos de montañas.

Muy al oeste de las Rocosas se extiende de norte a sur otra cordillera: son las Montañas de las Cascadas (llamadas así por los muchos saltos de agua que hay en ellas) y Sierra Nevada (que recibió su nombre castellano porque sus cimas están cubiertas de nieves perpetuas). Entre las Montañas Rocosas y estos dos sistemas montañosos, hay extensos territorios que tienen características muy distintas a los que acabamos de recorrer con la imaginación: son altas mesetas, muy secas y de carácter desértico en su mayor parte. Al norte, hay salinas y lagos de agua salada, residuos de la desecación. Hoy sabemos todos que en el gran Lago Salado del Estado de Utah se prueban los automóviles más veloces del mundo.

Al sur hay un gran valle que forma un paisaje notable y excitante, sin igual en el mundo, producto de un río no muy importante, el Colorado. También su nombre es español y procede de las diferentes capas de piedras, de distintos colores, que atraviesa y de las que sus aguas toman su color.

La ilustración inferior muestra cómo es este paisaje. Durante millones de años, el río ha ido erosionando las capas de piedras, ayudado por la fuerza de raspado de los cantos rodados. Al fundirse la nieve, la erosión es violenta, pero aun en la estación seca, continúa el río erosionando, con más lentitud, pero incesantemente. La roca más dura ha resistido y la más



Escaneado con CamScanner

blanda ha sufrido los efectos de la erosión, siendo arrastrada por las aguas. De esta forma, el valle del Colorado, que tiene una anchura de setenta a ochenta kilómetros, ofrece un espectáculo extraño e irreal; las diferentes rocas sobresalen como torres, adoptando formas maravillosas. Sus paredes verticales reciben el nombre de «Cañón», y la más profunda de ellas, el de «Gran Cañón».

Pero América no termina al oeste con las Montañas de las Cascadas y Sierra Nevada. El terreno baja abruptamente hacia un extenso valle que se extiende de norte a sur: es California. La ladera occidental de las montañas recibe abundantes lluvias, ya que el aire húmedo del Pacífico asciende por ellas, se enfría y pierde su humedad en forma de lluvia. En este húmedo clima crecen las sequoias (grabado superior), gigantescos árboles que pueden tener 100 metros de altura y 11 de grosor. Se ha podido comprobar que estos árboles viven hasta tres mil años. El valle de California, hermoso, cálido y fértil, está limitado al oeste por la cadena costera. Esta sí que forma el lado occidental del continente. A sus pies se halla el Océano Pacífico.

Hasta aquí, pues, la orografía de Norteamérica, el continente del que sus descubridores, durante muchísimo tiempo, sólo conocieron la parte oriental, una franja al sur y su río más importante.

Este río es el Mississipi, «padre de los ríos», al

El valle del Colorado.



Escaneado con CamScanner

Una gigantesca sequoia de las Montañas de las Cascadas.

que afluyen la mayor parte de los demás ríos orientales y occidentales. El más importante de estos afluentes es el Missouri, «río del barro» que vierte sus turbias aguas al Mississipi, cuyo curso es más tranquilo. Una mirada al mapa de las páginas 34 y 35 nos muestra los grandes ríos que riegan las tierras y forman las vías hidrográficas de Norteamérica.

Si bien los europeos no avanzaron hacia el oeste más allá de los montes Apalaches, sí profundizaron en el país por otros puntos del sur y del norte, en el territorio de lo que hoy es Canadá. El río San Lorenzo avanza, hacia el oeste, hacia la región de los grandes lagos (Erie, Superior, Hurón, Ontario y Michigan). El lago Superior constituye la superficie de agua dulce mayor del mundo, si bien los otros son también enormes mares interiores. Los lagos Erie y Ontario están unidos por un río, el Niágara. Sin embargo, los primeros europeos que intentaron explorar la región de los lagos pudieron comprobar muy pronto que el Niágara no podía llevarlos muy lejos, porque tiene que salvar un profundo escalón del terreno y forma dos grandes cataratas. Una de ellas se halla en territorio canadiense y tiene una altura de 48 metros y una anchura de 900. La otra, en los Estados Unidos, es más estrecha, porque sólo tiene 300 metros de anchura, pero su altura es de 60 metros. En la página 31 el grabado muestra estas cataratas.

Los navegantes y descubridores eran hombres valerosos que no temían los esfuerzos, peligros y aventuras. Estaban preparados para las cosas más extraordinarias y fabulosas, pero no habían contado con algo que les iba a resultar especialmente peligroso, sobre todo al principio: el clima de Norteamérica.

Por clima entendemos el conjunto de manifestaciones atmosféricas que corresponden a cada época del año, tales como la irradiación solar, el calor, la lluvia o la nieve, la niebla o el rocío, los vientos, la presión del aire, etc. En estos aspectos, América reservó grandes sorpresas a los europeos. El mapa superior demuestra claramente que los Estados Unidos se hallan situados en su mayor parte en zonas templadas o cálidas. Comparándolos con Europa, veremos que Nueva York se encuentra a la altura de Nápoles y que los territorios colindantes con Méjico están tan próximos al Ecuador como el norte de Africa. Por tanto, tendrían que ser zonas muy cálidas. Sin embargo, las condiciones climatológicas son distintas.

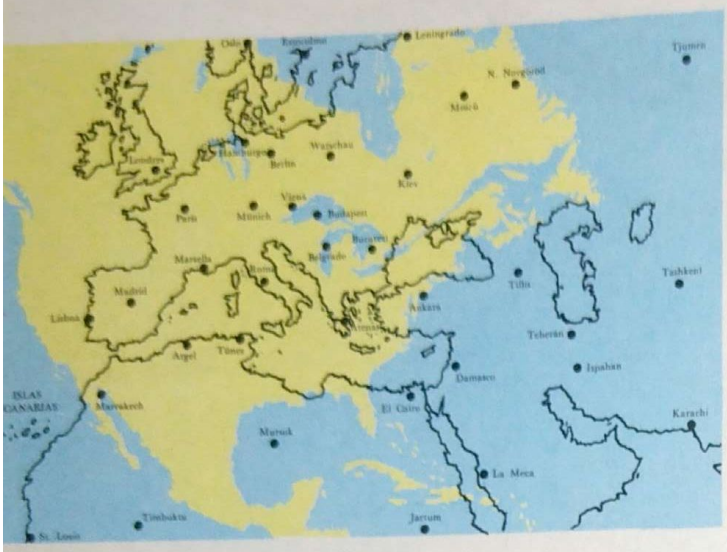
El clima de Europa está equilibrado a causa de la proximidad del mar, que hace que los veranos sean más húmedos y los inviernos más templados. En cambio, el enorme continente americano sólo experimenta estos efectos del mar en sus costas. Por otra parte, en Europa, las numerosas montañas detienen los vientos, especialmente los helados vientos del norte, mientras que en América las tempestades de

Las cataratas del Niágara. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner




El mapa, en el que se han superpuesto Europa y los Estados Unidos, demuestra la posición meridional de USA.

nieve barren el continente desde el Artico hasta el golfo de Méjico sin encontrar ningún obstáculo. Algunos europeos extraviados se derritieron materialmente en el calor del verano o se congelaron en el rigor del invierno. De las plantas y animales del Nuevo Mundo aún habremos de hablar mucho. Apenas existían animales susceptibles de domesticación; no había vacas, burros, cerdos ni caballos, ya que el eohippo, que vivió en otros tiempos en el continente americano (era un caballo del tamaño aproximado de una liebre), se había extinguido ya hacía mucho tiempo. El perro y el pavo, en cambio, eran animales domésticos para los indios.

Tampoco encontraron los europeos los animales tropicales que ya conocieran de Africa y Asia. Unicamente en Sudamérica existía una especie de camello, la llama. No había elefantes, ya que su antepasado, el mamut, se había extinguido. En cuanto a los felinos y fieras, citemos el puma, que puede cambiar en pleno salto su dirección, y el jaguar, que tiene su guarida en los pantanos del Amazonas sudamericano. En cambio, eran ejemplares típicos de la fauna de América, las serpientes y los monos, las aves tropicales, distintos animales de río y tierra o de montaña, numerosos roedores y los ciervos, corzos, alces y antílopes, así como el único saurio venenoso: el «monstruo de Gila».

El continente desconocido encerraba numerosísimas plantas y animales de todas clases, unos peligrosos y otros no. El que se los mostró y ofreció fue el indígena, el indio.



Escaneado con CamScanner

# Los pueblos indios

Colón llamó «indios» a los hombres que encontró en las islas del Nuevo Mundo y los consideró como habitantes de Asia, a la que conocía por «las Indias». El nombre de «indios», por tanto, procede de un error, pero lo cierto es que ha pasado a ser el de los aborígenes de América, tanto septentrional como Central y meridional. Pensamos en el «tomahawks» y el «scalp», los «wigwams» y las «squaws», los postes totémicos y las canoas, como si todos los indios viviesen de la misma forma. Esto es un enorme error. Lo mismo que en Europa hay pueblos de distinto origen y diferente lenguaje, también los había en América, sólo que allí existían muchas más lenguas y más distintas entre sí que el ruso y el inglés por ejemplo. Solamente en Norteamérica se ha comprobado la existencia de unas treinta lenguas; en realidad, se trataba de familias lingüísticas, esto es, de grupos de lenguas emparentadas entre sí y, por tanto, parecidas. Familias lingüísticas de este tipo eran las constituidas por los algonquinos, los iroqueses, los sioux y otros de los que ya hablaremos. Tampoco las formas de vida de los indios eran las mismas en todas partes. ¡También en Europa un noruego se viste y alimenta de otra manera que un español! Para entender la historia, el modo de ser y el destino de los indios, hay que hacerse una idea de cuán variada era la vida de aquellos pueblos.

Los indios llegaron a América emigrando de otras zonas. No se ha encontrado resto alguno del tipo humano más antiguo que ellos, pero sí restos óseos de los animales que les precedieron.

El hombre llegó a América siglos más tarde, cuando ya había aprendido a fabricar instrumentos de piedra y a cazar con armas y cuando no se daba por satisfecho con la piedra rudamente tallada, sino que sabía poner puntas aguzadas a sus lanzas de madera.

Los primeros emigrantes llegaron a América, no desde oriente, como los posteriores, sino desde el oeste, y no desembarcaron, sino que llegaron a pie. Esto parece increíble, porque todos sabemos que entre Asia y América se encuentra el Océano Pacífico. Incluso en el punto en que más cerca atan ambas partes del mundo, se halla el estrecho de Bering, con una anchura de unos noventa kilómetros, como puede verse en el mapa de la página 36.

Sin embargo, en la época en que los primeros hombres llegaron a América, el estrecho de Bering estaba seco. Tal cosa hubo de suceder hace unos quince o veinte mil años, durante una glaciación. En estos períodos glaciares, el clima de la tierra varió profundamente, de forma que quedaron enormes extensiones de terreno cubiertas de nieve y hielo. El agua, que se había evaporado en la superficie de los mares cálidos, cayó en forma de nieve sobre las zonas frías y, en el transcurso de siglos, las convirtió en glaciares de elevada altura. Todo ese hielo no se evaporaba ni volvía a fluir al mar a través de arroyos y ríos, con lo que, al disminuir la cantidad de agua, el nivel del mar descendió en toda la tierra en unos sesenta metros. Esto fue suficiente para desecar el estrecho de Bering.

Sobre esta llanura desecada pasaron a América los gigantescos mamíferos de Asia: el mamut y el mastodonte, antepasados del elefante, los gigantescos búfalos y el enorme perezoso, que buscaban pastos libres de hielo y los encontraron en algunos extensos valles de Norteamérica. Tras sus huellas llegaron a América los hombres cazadores.

La inmigración duró milenios. Constantemente llegaban pequeños grupos de cazadores a través del estrecho y es seguro que algunos



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

de ellos regresaron a sus puntos de partida para volver después acompañados por sus familias. En algún momento, sin embargo, se interrumpió la comunicación entre los hombres de Asia y los de América, probablemente al final de la edad glaciar. No se han encontrado hasta hoy indicios de que se haya intentado nunca franquear en botes el estrecho de Bering.

Ciertos rasgos anatómicos de los indios nos recuerdan su origen asiático y nos permiten encuadrarlos en la raza mongólica: sus pronunciados pómulos, su cabello liso y oscuro, su escaso bozo, sus ojos rasgados y, a veces, oblicuos, su nariz chata y el color amarillento y castaño de su piel. Sin duda, la piel de los indios puede adquirir al sol un color rojo de cobre, pero cualquier blanco que padezca una insolación es mucho más rojo que un «piel roja», nombre que no procede de tez, sino de la pintura roja con que se untan la cara muchas tribus. No todos los indios tienen aspecto mongólico y algunos parecen incluso europeos, especialmente los que poseen una aguileña nariz «romana».

El estrecho de Bering, que une el Océano Pacífico con el Artico y separa Siberia de la península norteamericana de Alaska.

Aparte de los indios, también llegaron del oeste los esquimales, que se establecieron al borde del Océano Artico. Asimismo los contamos entre las razas mongólicas, pero son más pequeños y rechonchos que los indios y sus rostros parecen más planos, ya que el esqueleto está recubierto por una gruesa capa de grasa. Indios y esquimales han sido vecinos con frecuencia, pero nunca se apreciaron. La palabra «esquimal» procede del idioma indio y tiene un sentido despectivo: significa «comedor de carne cruda», ya que la carne cruda y la sangre fresca de los peces y mamíferos marinos, constituyeron y constituyen aún un alimento muy importante para ellos, porque les proporciona materias necesarias para la vida de las que, de otra forma, carecerían.

Los esquimales son el único pueblo del globo que se ha adaptado a vivir en medio del frío y de una oscuridad de meses de duración. Son seres pacíficos y de carácter muy alegre y se dedican a la caza y la pesca, actividades que realizan con gran habilidad. Los blancos que tienen que vivir en el Polo, en su mayoría científicos o técnicos, aprenden a vestirse, alimentarse y habitar como ellos. Así, viven en «iglús», como se llaman las casas de los esquimales, hechas de grandes bloques de nieve (ilustración superior).



Escaneado con CamScanner

Un iglú, vivienda esquimal hecha de bloques de nieve.

Los indios se esparcieron por el gigantesco continente. Se trasladaron primero a las zonas templadas de América Central y Sudamérica y después pasaron a las zonas calientes, hasta llegar por fin, en dirección sur, hasta la húmeda, brumosa y gris Tierra del Fuego. Igualmente se repartieron hacia el este y el oeste, llegaron al Atlántico y se establecieron en las islas de esa costa, como las Bahamas y las Antillas. Buenos pescadores y comerciantes, también salieron al mar, pero, por lo que sabemos, nunca atravesaron los océanos. Por esa razón, permanecieron aislados de la evolución de las restantes partes del mundo. Eso es, en todo caso, lo que creemos hoy, pero es posible que dentro de algunos años los científicos hallen pruebas de que los indios, antes de la llegada de Colón, mantuvieron relaciones con Asia e incluso con Europa, cosa que por el momento no se puede probar.

En Europa, en Asia y Africa del Norte, los hombres prehistóricos inventaron cada vez más cosas con objeto de facilitarse la vida; intercambiando experiencias, aprendieron unos de otros y perfeccionaron lo que ya habían obtenido. Parece ser, en cambio, que los aborígenes de América quedaron excluidos de todo intercambio cultural hasta la llegada de Colón.

Como es natural, los indios inventaron por su cuenta muchas cosas. Muy pronto supieron domesticar el perro, aprendieron a cultivar los cereales —invención muy importante y comienzo de toda una fase evolutiva de la civilización—, descubrieron la fabricación de vasijas de barro y se vistieron con tejidos de fibra vegetal o lana.

No obstante, desconocieron otras cosas muy importantes para nuestra vida; no conocían, por ejemplo, la rueda, sin la cual no hay coches ni pequeños carros. Sin la rueda —un disco que gira en torno a un punto fijo— tampoco son posibles la mayor parte de las máquinas. Consideremos cuántas ruedas funcionan en un molino y nos daremos cuenta del trabajo que suponía para la aldeana india pulverizar y moler el grano con una piedra.

Tampoco conocieron el arado hasta la llegada de los blancos, a pesar de que muchas tribus eran excelentes agricultores. Por otra parte, carecían de animales de tiro para utilizar



Escaneado con CamScanner

con el arado. Tampoco tenían ganadería de leche. El búfalo americano no podía domesticarse. Cierto es que los indios suramericanos domesticaron la llama, que les servía para llevar cargas y les daba una finísima lana, pero el ganado susceptible de ordeño sólo llegó con los blancos. La cría del cerdo también era desconocida; en cambio, los pavos vivían en sus casas como animales domésticos y en algunos sitios los niños indios jugaban con dóciles opossums, pequeños roedores de hermosa piel. El pavo y el opossum están representados en los grabados de la página 56.

Otra de las cosas que los indios desconocían era la rueda de alfarero, utilizada ya hace cinco mil años por los egipcios, pese a que algunas tribus contaban con magníficos ceramistas.

Los indios se habían quedado detenidos en una fase de la civilización conocida en general como la «edad de piedra»; no utilizaban instrumentos ni herramientas de metal, sino que trabajaban con piedra, hueso o madera. Las tribus que poseían oro, plata o cobre lo utilizaban como adorno.

Tampoco conocían otro arte muy importante para la vida de relación: la escritura. Claro que empleaban distintos procedimientos para enviar mensajes o fijar las condiciones de un convenio, pero se trataba de una especie de procedimiento mnemotécnico y no de la exacta reproducción de palabras o frases. Sólo en una ocasión logró una tribu desarrollar una escritura capaz de representar los sonidos de su idioma... y fue demasiado tarde. Pero de esto ya hablaremos en el capítulo «El destino de los cinco pueblos».

Los indios tenían, pues, una civilización muy distinta a la de los europeos, pero no se debe deducir de eso que todos fuesen «salvajes». Por el contrario, muchas tribus vivían en poblados tan prósperos y organizados, y con un género de vida tan refinado y elevado que causó el asombro de los blancos. Otras, en cambio, hay que reconocerlo, se hallaban en un estado de evolución humana muy poco desarrollado.

Los indios se adaptaban fácilmente al país en que vivían. Nosotros obramos de otra forma y transformamos el terreno según nuestras necesidades: plantamos cereales donde anteriormente no había más que bosque, regamos los terrenos secos y desecamos los pantanosos, construimos canales y tendemos puentes. El indio no hacía nada de esto. Naturalmente, también talaba una zona de bosque para cultivar su maíz y su tabaco, pero en cuanto se había agotado la fertilidad del suelo lo abandonaba de nuevo a la selva y talaba otra zona. Prendía fuego a la pradera para poder cazar más fácilmente a los animales fugitivos, pero no configuraba el terreno en forma duradera y fundamental; sólo se adaptaba a él y tomaba lo que la naturaleza le ofrecía. Realmente, era maestro en el arte de la adaptación y podía vivir en lugares donde el blanco, pese a estar mejor provisto de todo, terminaba por perecer.

Incluso en los terrenos más estériles de los Estados Unidos vivían indios que apenas recuerdan a los de nuestros libros. Al oeste de las Montañas Rocosas se extiende un desierto cruzado por cadenas de colinas, donde abundan los lagos de agua salada. Escasean la vegetación y el agua, el suelo está cubierto de matas de salvia y abundan los conejos y otros roedores, así como insectos y reptiles. En tiempo de los indios era frecuente encontrar también veloces antílopes. Las tribus que vivían en aquella zona, quizá las más pobres de todas, dominaban empero el arte de explotar las escasas posibilidades de alimento de que disponían. Estas zonas hoy son de regadío y, gracias a la minería y otras industrias, han surgido grandes ciudades donde en otros

Antiguos poblados de las rocas, hace mucho tiempo → abandonados.



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Tipi.

Wikeyup.

Wigwam.

tiempos había indios semidesnudos. Entre ellos los shoshones y los utes, que buscaban todo aquello que pudiese saciar su hambre: reunían insectos y cavaban en busca de raíces comestibles (por lo que los blancos los llamaban despreciativamente «excavadores»), asaban las langostas y las molían hasta formar una especie de harina y cogían conejos y marmotas mediante redes, ojeando también a los antílopes. Sus viviendas eran muy primitivas: se limitaban a construir una especie de techo con matorrales para protegerse de los fríos vientos nocturnos, y esta vivienda constituye el tipo más sencillo del «wikeyup», tipo que hemos de encontrar aún más adelante. En la ilustración adjunta se recogen dos de sus formas.

Aquellos hombres no podían vivir en grandes grupos, porque las posibilidades de alimentación eran escasas; cada familia consumía rápidamente cuanto había de comestible en las cercanías de su vivienda y se veía obligada a desplazarse. De cuando en cuando, las familias se reunían para cazar antílopes, pero nunca constituían comunidades duraderas, con una organización sólida y un caudillo a su cabeza. Les faltaba brío y tiempo para emprender expediciones guerreras, pues bastante tenían con saciar su hambre.

Sin embargo, también estos indios, que carecían poco menos que de todo, tenían sentido para hacer cosas bellas: sus mujeres tejían cestos de todos los tamaños con fibras vegetales, matas y hierba, y era tal su habilidad que los cestos no sólo eran impermeables, sino que mostraban hermosos motivos decorativos. Los cestos eran casi la única riqueza de estos hombres semidesnudos, que incluso llegaban a cocinar en ellos. Es evidente que los objetos de fibra vegetal no se pueden colocar sobre el fuego, pero los indios idearon un hábil expediente: calentaban piedras sobre el fuego y las echaban después en el agua que contenían sus cestos. Lo propio hacían otras



Escaneado con CamScanner

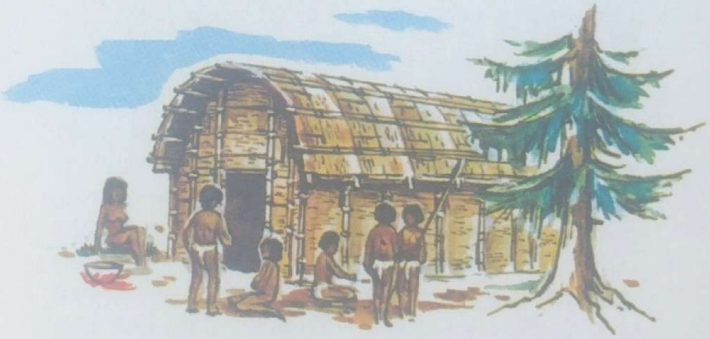
muchas tribus, dando origen a un procedimiento culinario que se llama cocer a la piedra.

Estos indios y sus vecinos del norte, que podían encontrar alimentación mejor y más abundante junto a sus ríos, vivieron durante milenios en forma tan rudimentaria como la expuesta. Pero, bajo la influencia de los blancos —que llevaron a América los caballos— muchas tribus se vieron obligadas a cambiar repentinamente su forma de vivir; a ellas nos referiremos al hablar de los temidos apaches y comanches.

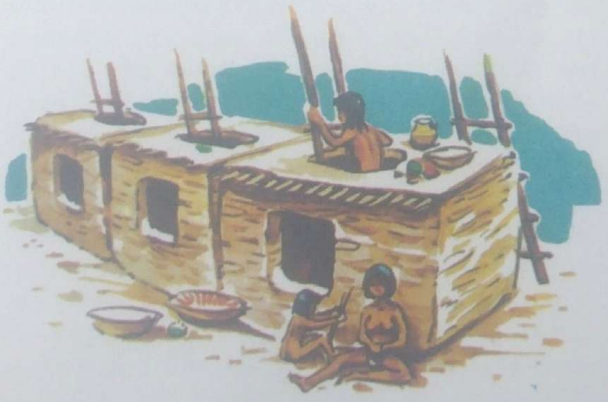
A los restantes indios, las mejores condiciones de vida les habían hecho evolucionar algo más, si bien no sabían todavía cultivar los granos. Un buen ejemplo lo ofrecen los indios de California, que vivían repartidos en pequeñas tribus de distinto origen y diferentes lenguas al pie de las altas cordilleras de la costa del Pacífico. Apenas pescaban, si bien cogían cangrejos y moluscos que abundaban en todo tiempo en las playas. Pero, sobre todo, conocían una especie de recolección, aunque no la hubieran sembrado y plantado ellos mismos; recogían ansiosamente las bellotas, que abundaban en sus regiones. Las bellotas son tan amargas que generalmente resultan incomestibles, pero las mujeres indias las pulverizaban y molían, regando después aquella nutritiva harina con agua, hasta quitarle todo su amargor. Estas tribus encontraban tan abundante alimento que no necesitaban quebrarse la cabeza para procurárselo. Vivían en poblados y construían chozas esféricas que consistían en un armazón de varas cubierto de tierra y hierba. En los poblados reinaba el orden y estaban bajo la autoridad de los caudillos. Las mujeres indias de California tejían cestos más bellos que las de la Gran Cuenca y, a veces, utilizaban para adornarlos plumas de aves a modo de piedras preciosas.

Las distintas formas de las viviendas de los indios nos dan idea de las muchas diferencias existentes entre sus modos de vivir y del

Vivienda de los seminolas.



Casa alargada.



Pueblo.



Escaneado con CamScanner

Maíz: floración y mazorca.

Planta del tabaco.

sentido práctico con que estaban organizados. En las ilustraciones de las páginas 40 y 41 se representan estos tipos de viviendas: el «wikeyup» se construía muy rápidamente, casi tanto como la tienda de cuero, el «tipi» de los indios de la pradera, si bien las largas varas y las pesadas pieles con que se cubrían constituían una carga incómoda y pesada. Sólo los que poseían algún vigoroso animal de carga podía pensar en trasladar un tipi en sus marchas; por eso, constituía éste la vivienda peculiar de los indios que poseían caballos. Distinto era el «wigwam», que no se podía construir tan rápidamente y que constituía por ello, la vivienda típica de las tribus sedentarias. Tribus enteras del este del Canadá y de los Estados Unidos reciben el nombre de «gentes del wigwam» por lo extendido que estaba entre ellas este tipo de viviendas. Se construía colocando en círculo una serie de estacas unidas por su extremo superior hasta formar un armazón al que se daba solidez mediante barras transversales, y se cubría el conjunto con una piel de vaca, esteras de junco o cuero.

En las zonas cálidas, como Florida, los indios renunciaban a las viviendas herméticas de paredes cerradas; la vivienda de los seminolas permitía el paso de la brisa, por pequeña que fuera. A los agricultores sedentarios les interesaba tener casas sólidas y grandes, y por eso construyeron los iroqueses sus largas viviendas.

Es famosa la civilización de los «pueblos», a la que pertenecían los zuñis y los hopis. Aún hoy viven perdidos en el Oeste al norte de la frontera mejicana y continúan llevando una existencia parecida a la que conocían cuando llegaron los blancos a sus tierras. Los españoles aplicaron la palabra «pueblos» a aquellos indios que, con gran sorpresa por su parte, hallaron establecidos en poblados sólidamente organizados. Eran pacíficos y buenos cultivadores de maíz e incluso de algodón; se distinguían por su habilidad artesana y construían sus casas con adobe, una especie de barro cementoso. Probablemente en tiempos antiquísimos habían vivido en cuevas, porque sus casas, estrechas, estaban construidas a modo de colmenas y no tenían puertas, sino una especie de agujero de entrada en su techo, al que sus habitantes llegaban mediante largas lianas. Los «pueblos» construían y siguen construyendo



Escaneado con CamScanner

el «kiwa», una especie de local social o club, como diríamos hoy, en el que se reunían los miembros de una determinada asociación. Las reuniones estaban limitadas a los varones y, en su origen, los kiwas, cuya mayor parte se encuentra parcialmente bajo tierra, fueron cuevas.

Algunas tribus indias se habían extinguido ya al llegar los blancos y nadie sabe qué ha sido de ellas: hacia 1880, los hermanos Wetherill descubrieron en la meseta del Colorado enormes poblados situados sobre escarpadas montañas al abrigo de las rocas, como se ve en la página 39. Estos poblados son hoy objeto de estudio por parte de los investigadores, forzados a realizar una labor muy arriesgada, ya que no hay ningún sendero ni escalera que lleve a las alturas desde donde las mujeres indias debían bajar diariamente para

Arco y flechas indios.

Tomahawk.

buscar agua y sembrar sus campos. De estos lugares debieron marcharse hacia 1330, pero ¿adónde fueron a parar?

También han desaparecido los «constructores de túmulos», que situaban sus poblados en las colinas del amplio valle del Mississipi y de sus afluentes orientales. Todavía se pueden ver hoy sus «túmulos pintados», unas paredes de tierra, artificiales y largas, en cuya cara plana se representaban con tierra figuras gigantescas de animales, entre ellas serpientes.

Para terminar este capítulo, hablaremos de unos indios que no han tenido ninguna

Pipa de la paz.



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Escudos indios.

importancia en la historia del salvaje oeste y que, impermeables a toda influencia por parte de los blancos, llevaron y llevan aún hoy una vida absolutamente propia.

Nos referimos a los grupos que viven en la costa nordoccidental de los Estados Unidos y del Canadá, hasta Alaska. Aunque viven muy al norte, no se ven obligados a combatir el frío porque una corriente marina les proporciona un aire templado. Profundas bahías se adentran en tierra y, al pie de las montañas, rodeados de umbríos bosques, viven los nutkas, los tlingits, los haidas y otras tribus indias. Son todos ellos buenos pescadores que parten a la pesca de la ballena y han inventado varios métodos para cobrar peces. Los árboles caídos de los bosques les proporcionan abundante madera, que ellos trabajan admirablemente. Hace mucho ya que en esta zona los hombres viven en sólidas casas de madera construidas con postes y planchas y alineadas unas junto a otras formando auténticas calles. Estos indios sabían fabricar magníficos botes con los que podían adentrarse por las tempestuosas aguas del Pacífico. Los botes eran canoas hechas con un tronco de árbol vaciado, como se ve en el grabado de la página 142. Para ello se ayudaban con fuego y piedras para raspar y

Polainas de cuero que usaban los indios.

Mocasines.

cincelar. Estas tribus tienen más sentido artístico para las representaciones plásticas (figuras talladas, cinceladas o fundidas, en lugar de pintadas) que la mayor parte de las demás. Sus máscaras, destinadas a las danzas religiosas, sus hachas, remos, vasijas y cestas, estaban adornadas con figuras talladas y, a veces, pintadas. Casi siempre representaban figuras espantosas y siniestras, aunque a veces

Niño indio.

reproducían fielmente la realidad. Cuando moría un caudillo, su sucesor le elevaba un poste totémico, una gran columna de madera en la que se tallaban el signo de armas o los acontecimientos de la vida del fallecido. Los objetos de mimbre y las bellísimas mantas tejidas con pelo de cabra montesa, son testimonios de la habilidad artesana de los indios de las costas del noroeste.

Los caudillos tenían y tienen aún gran prestigio y, cuando uno de ellos quería mostrar a sus vecinos su poder o sus riquezas, convocaba a todos a una gran fiesta, el «potlatsch».

Los habitantes de la aldea traían cuanto poseían para obsequiar principescamente a sus invitados y el propio caudillo hacía a sus gentes amontonar mantas, armas, preciosas bandejas de cobre, en una palabra, todo cuanto constituía su orgullo, y después obsequiaba, entre gestos grandilocuentes, regalo por regalo, a sus invitados, que le miraban admirados. Algún caudillo quedó más pobre que las ratas a consecuencia de una fiesta de éstas, pero sus gentes estaban orgullosas de él y convencidas de recibir regalos semejantes en la fiesta de algún vecino. Peor era la cosa cuando la presunción iba tan lejos que, en lugar de hacer regalos, se destruían los objetos; incluso existía la horrible costumbre de sacrificar un esclavo, artículo muy caro, con un hacha especialmente consagrada al efecto.

Un twavoi, especie de trineo tirado por perros.

Páginas siguientes: un «potlatsch». →



Escaneado con CamScanner

Pavo de Indias.

montada por pacientes indios según las órdenes de Esteban. Finalmente llegó a la tribu de los zuñis, pertenecientes a los pueblos, y se enteró que habían matado al negro por su insolencia, su codicia y su proceder violento. Asustado, regresó, pero no se atrevió a declarar el fracaso de la expedición; antes bien, afirmó haber llegado a la fabulosa Cibola y haber visto más oro y piedras preciosas de las que pudieran encontrarse en Méjico y Perú juntos.

Ante estos informes, el virrey organizó una brillante expedición. Su jefe, Coronado, condujo con seguridad a su gente a través del desierto, llegó al país de los pueblos y, por fin, a las famosas siete ciudades de Cibola. Pero su decepción fue enorme cuando volvió a encontrar los habituales poblados pueblo, en cuyas casas de adobe no había que buscar ni un gramo de oro, piedras preciosas o perlas.

Un opossum con su cría.

Sin embargo, no se dio por vencido. Los españoles pasaron el invierno junto a los prósperos indios del valle del Río Grande, si bien a principios del año siguiente, los mismos indios les indujeron astutamente a proseguir: «Id hacia el norte, hermanos. Allí está el país del oro, Quivira, donde os haréis ricos». Coronado partió con treinta hombres a caballo en dirección norte, llegando hasta el actual Kansas. Cabalgó a través de las praderas, viéndose obligados los caballos a hallar el camino entre las altas hierbas, que semejaban olas, y a lo lejos pudo divisar las manadas de los búfalos y oír sus bramidos. Pero cuando llegó a Quivira, advirtió que se trataba de otra aldea zuñi. ¡No había tesoro alguno!

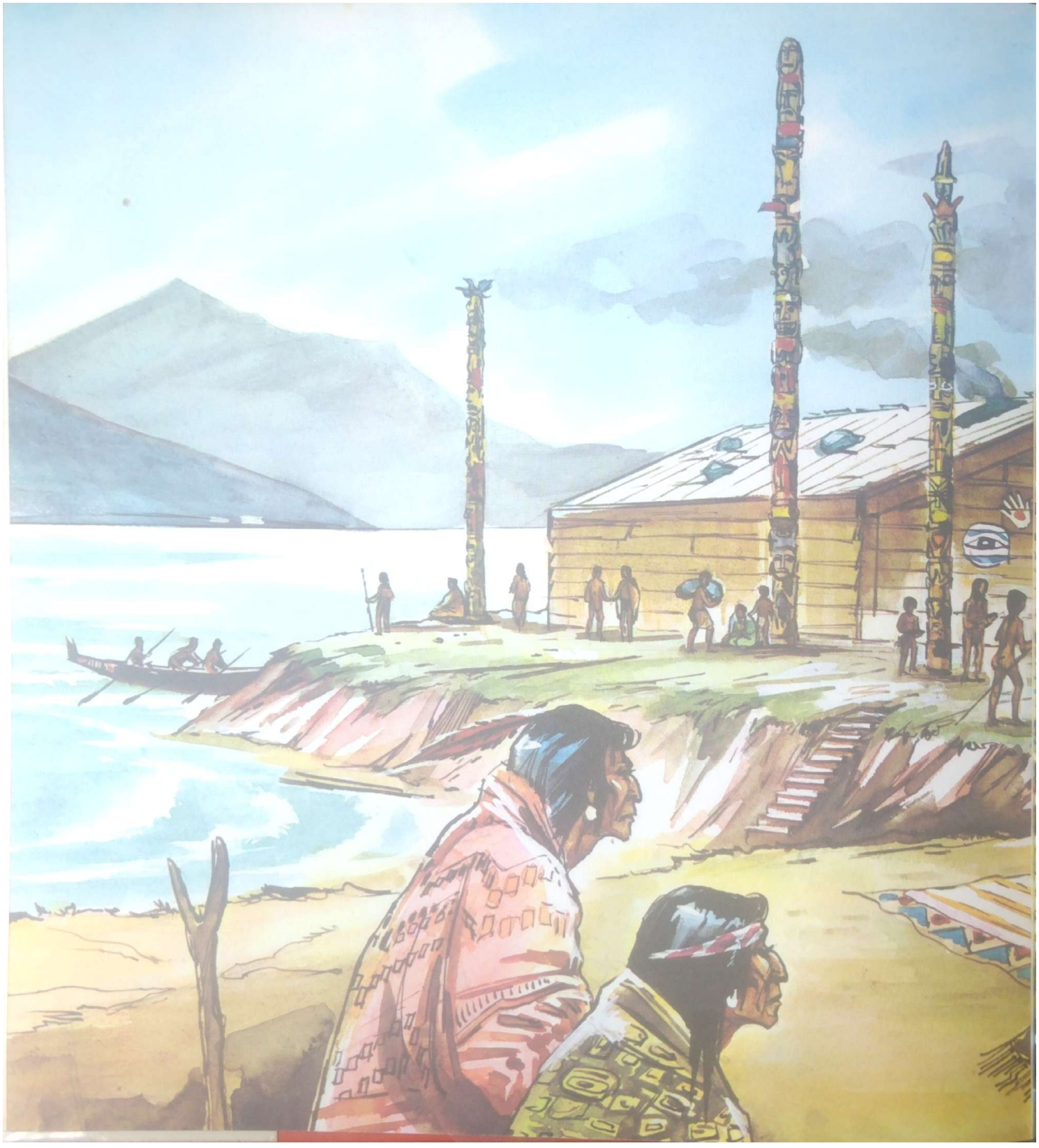
A su regreso a Méjico, nadie se interesó por sus relatos sobre la vida de los indios pueblo, sobre los búfalos o sobre las praderas. La única pregunta que le dirigió el virrey fue la de dónde se podía encontrar oro y, cuando Coronado contestó que no lo había, no se le creyó. Complicado en una revuelta y acusado de crueldad con los indios, perdió sus cargos, muriendo en 1554.

Por la misma época partió Hernando de Soto en busca de oro al mando de la expedición más numerosa y mejor provista que hasta entonces se había organizado. Como Narváez, desembarcó en Tampa y avanzó con seiscientos hombres, caballos, perros bracos y esclavos indios como porteadores a través de los pantanos y bosques de Florida, en dirección norte. Llevaban también algunos cerdos, conducidos por indios remolones, porque Soto quería tener siempre carne fresca para sus soldados. Tuvo suerte, porque llegó al país de una rica princesa india que recibió amistosamente a los blancos y les regaló cestos llenos de perlas. Mas tampoco estaba allí Eldorado y Soto continuó su marcha. Silenció a sus gentes la noti-

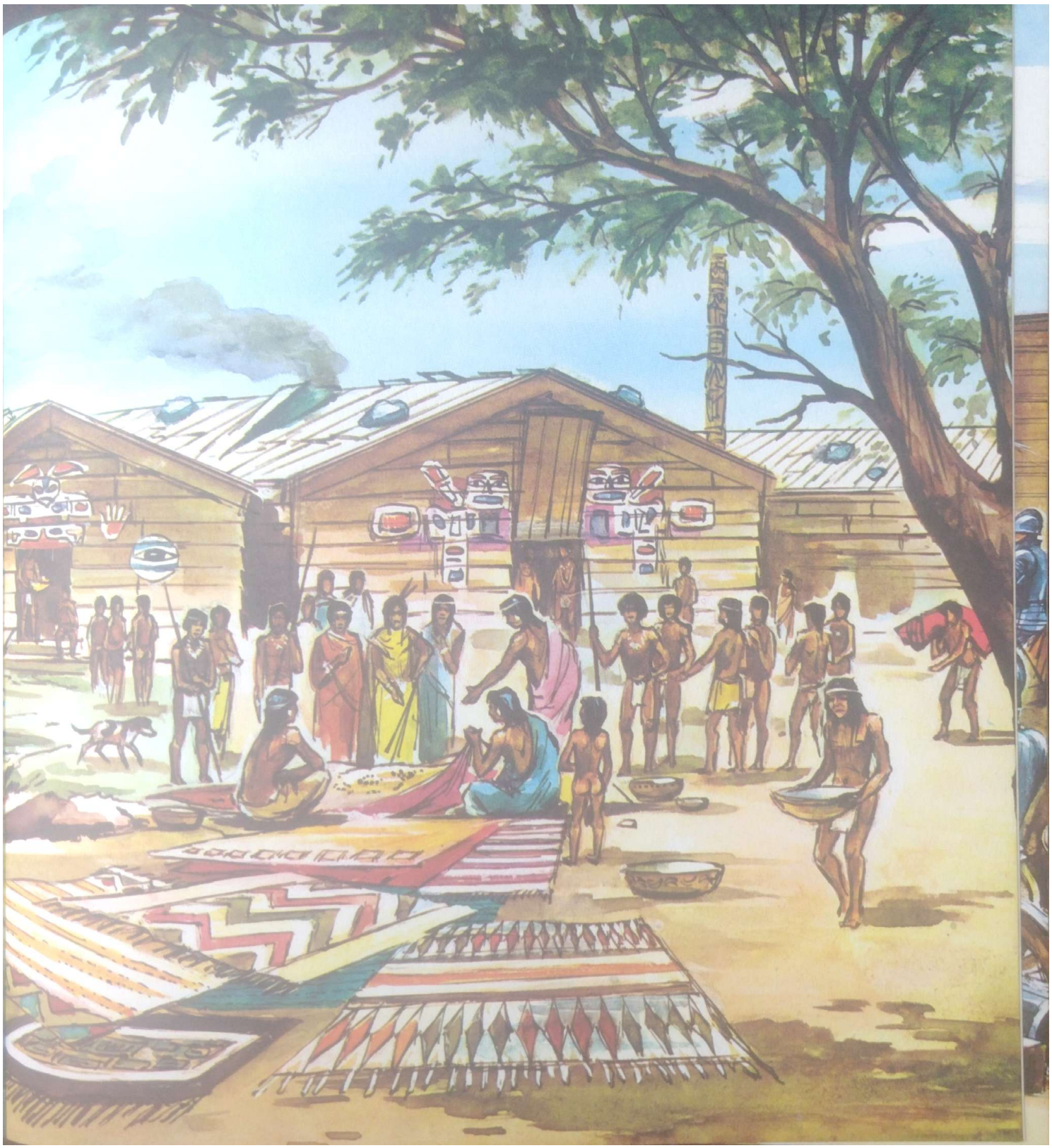
Expedición de Hernando de Soto. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

# Los españoles fueron los primeros

Un caluroso día de 1519, los atentos ojos de los vigías indios miraron, absortos, desde el espeso bosque de la ribera hacia las aguas del golfo de Méjico. Algo extraño se estaba aproximando a la costa: parecían ser unos templos relucientes que se deslizaban sobre las aguas impulsados por alas gigantescas. Inmóviles, los indios observaron cómo aquellos vehículos se detenían, cómo se plegaban sus alas y cómo un pesado objeto —el ancla— se hundía chirriando en el agua. A continuación, unos hombres barbudos avanzaron hacia tierra. Brillaban y relampagueaban al sol sus armaduras, sus espadas y sus picas. Al fin, aparecieron unos extraños animales, tan grandes como ciervos, pero sin cornamenta; los hombres montaron en ellos y los hicieron avanzar. Un terror súbito acometió a los centinelas: ¿Eran dioses extranjeros que se aproximaban a la orilla, como brillantes seres de seis patas?

El más anciano de los indios hizo rápidamente unos dibujos en una hoja de papiro crudo: unos hombres barbudos, unos barcos con alas y unos ciervos sin astas. Uno de los jóvenes tomó el mensaje y emprendió la carrera a través de la selva, en la que florecían las orquídeas, chillaban los monos y los papagayos y vigilaban los caimanes desde las numerosas vías de agua. Al llegar a una aldea, fue relevado, haciéndose cargo del despacho otro mensajero.

Los extranjeros recién desembarcados no sospechaban nada de esto: no habían visto a los ocultos vigías y no sabían, por lo tanto, que la noticia de su llegada circulaba ya por el país.

El oficial español, Hernán Cortés, reunió a sus

Escaneado con CamScanner

hombres en la orilla. Quería llevar la fe cristiana a los desconocidos habitantes del continente, pero igualmente deseaba descubrir nuevas tierras y conquistarlas para su señor, el rey de España; al propio tiempo, esperaba para sí fama, poder y riquezas.

Las islas de las «Indias Occidentales» que Colón descubriera veintisiete años antes, estaban ya dominadas hacía tiempo por los españoles. Los indígenas debían trabajar para ellos, pero se resistieron, se hicieron indolentes y perezosos y perdieron rápidamente su habilidad en muchos terrenos. Era evidente que no podían ser utilizados como esclavos.

Sin embargo, continuaban llevando pendientes de oro, collares de perlas y joyas de oro y plata. La vista de estos tesoros excitaba la codicia de los españoles. ¿De dónde los sacaban? De las islas pasaron los españoles rápidamente al continente, a la península del Yucatán, donde, para sorpresa suya, no encontraron ya indios medio desnudos, sino graves personajes vestidos con largas túnicas de algodón. Mas no lograron avanzar hacia el interior desde allí. Unicamente algo más al sur, donde hoy se encuentra el canal de Panamá, que une el Atlántico con el Pacífico, logró el español Balboa atravesar el continente en 1513. Fue el primer europeo que, yendo hacia el oeste, pudo contemplar la inmensidad del mar, y a sus orillas descendió, completamente armado, tomando posesión de él, en nombre del rey de España, «a perpetuidad».

Mas tampoco Balboa pudo descubrir el país del oro.

Ahora le llegaba el turno a Hernán Cortés, con sus treinta y cuatro años. Fue uno de esos conquistadores que avanzaron por el mundo entero sometiendo países extraños al imperio europeo y que, de esta manera, inauguraron la edad moderna, sacando a la luz un mundo unitario que abarcaba a todas las partes de la tierra.

Estatuilla azteca de un hombre.

Aún continuaban inmóviles los vigías indios en la espesura, pero su mensaje se había extendido hacía ya tiempo. Vacilantes, iban llegando poco a poco los indios de los poblados a fin de saludar a los extranjeros y predisponerlos favorablemente. Cortés contempló admirado los ricos dones. Había traído víveres de Cuba, pero se vio agradablemente sorprendido al encontrar en el nuevo país alimentos mejores y más abundantes: allí conoció el maíz, cereal que los indios venían cultivando desde hacía siglos en treinta especies, adecuadas a diversos climas y clases de suelo. Había maíz blanco, amarillo, rojo y hasta negro. Sin duda alguna, el maíz es la contribución más importante que ha aportado América a la alimentación de la humanidad.

Los indios ofrecieron además a los extranjeros magníficos frutos, calabazas, piñas, colocados



Escaneado con CamScanner

Pirámide maya con su templo.

en paños tejidos; todas ellas eran golosinas totalmente desconocidas para los españoles. Las judías, secas y frescas, la miel y una bebida perfumada —el cacao— demostraron a Cortés que no había llegado a un país de salvajes. Su mirada se deslizó rápidamente por los vestidos de los indios. ¿Llevaban oro y plata? ¿Tenían perlas? Lo que vio le dejó satisfecho: había descubierto un país rico.

La marcha hacia lo desconocido empezó a través de la asfixiante selva, y después continuó por la elevada cadena montañosa. Cortés envió intérpretes a todos los poblados a preguntar por las condiciones del país. No siempre obtuvieron respuesta; muchas veces, los indígenas permanecían mudos ante los mensajeros. Pero otros les informaban de buena gana sobre lo que los españoles querían: detrás de las montañas, sobre una meseta, había un país muy rico: el poderoso imperio de los aztecas. Su soberano, Moctezuma, vivía en la ciudad de Tenochtitlán, en la que abundaban los tesoros. Los ojos de Cortés brillaron. ¡Ese debía ser el país del oro!

A todo esto, Moctezuma recibía diariamente información exacta sobre todos los pasos que el extranjero daba con sus hombres...

Al llegar a la elevada meseta, los españoles descubrieron asombrados calles sólidas y bien conservadas, mientras atravesaban campos floridos y prósperos poblados. A dos días de marcha de Tenochtitlán, apareció en la madrugada un grupo de hombres ante ellos: era una delegación que, en nombre de Moctezuma, venía a dar la bienvenida a los extranjeros, les traía regalos y se ofrecía a conducirles a la capital del soberano.

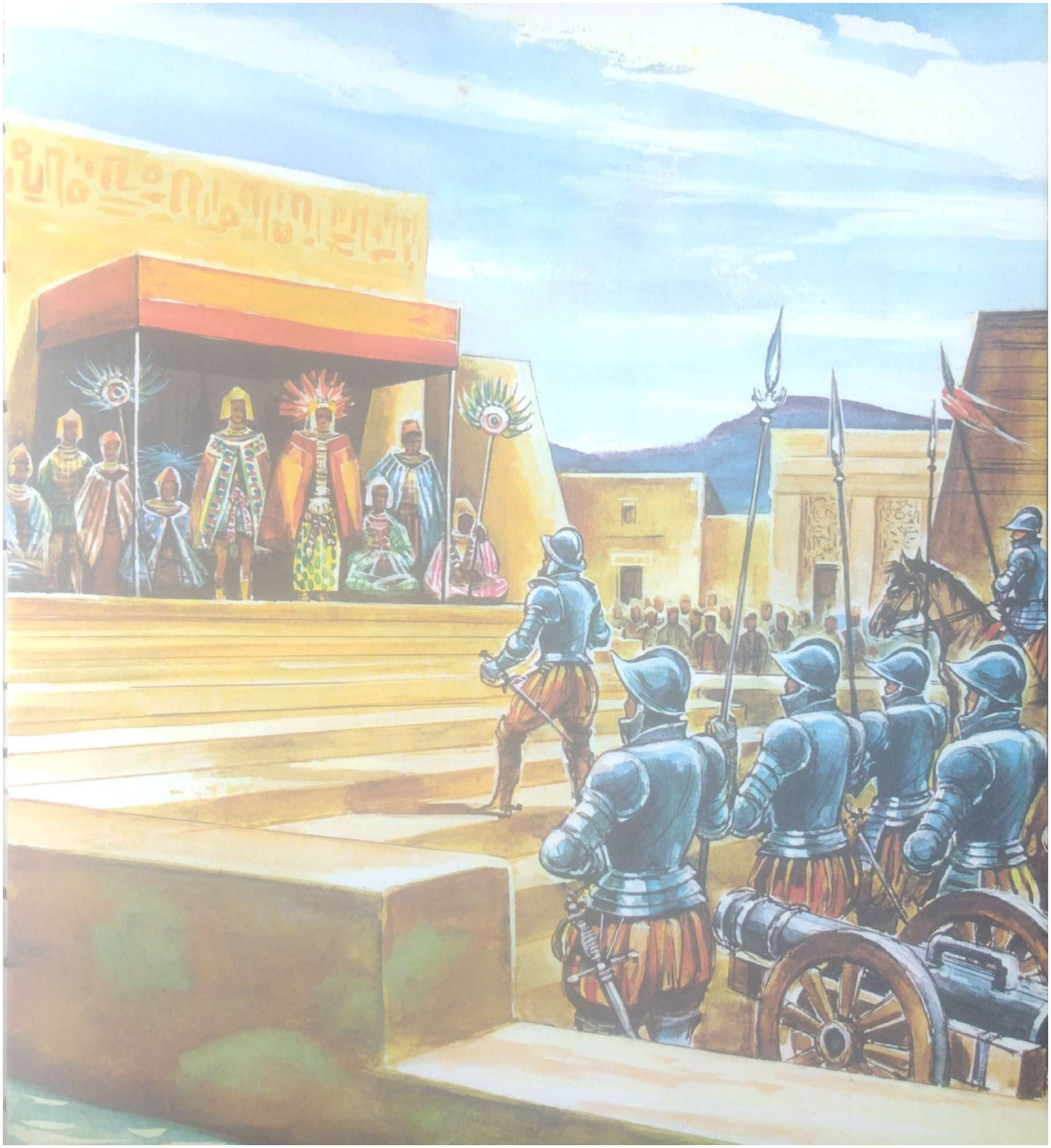
Los aztecas habían llegado al país unos cien años antes y eran unos parientes salvajes, pobres, de las miserables tribus de la Gran Cuenca. Habían conquistado aquel país, poblado por gentes de antigua y refinada cultura, de carácter pacífico y aficionados a la ciencia y al arte en servicio de sus dioses. Para los aztecas fue fácil asumir le hegemonía y dominar a todos los pueblos que vivían entre el Atlántico y el Pacífico. Cada tribu debía pagar elevados tributos, que servían a los aztecas para comerciar en el Norte y en Sudamérica. Mas también asimilaron la civilización que habían encontrado. Las pirámides de los templos, las joyas, las esculturas y los jeroglíficos son muestras de esas antiguas civilizaciones que dominaron en el territorio del actual Méjico.

Moctezuma tuvo miedo, porque se le había predicho ya la ruina de su pueblo; en efecto, las antiguas leyendas hablaban de unos dioses blancos que habían desaparecido y que habían de volver para restaurar su dominación. ¿Serían los blancos recién llegados los dioses que se esperaban? En favor de tal suposición hablaban algunos detalles, como su dominio del rayo (los cañones) y los extraños animales a los que parecían soldados cuando cabalgaban. Había que atraerse el favor de los dioses y por eso hizo entregarles regalos como los españoles jamás habían visto. Consistían en planchas de oro y plata con adornos del tamaño de ruedas de carros, figuras de animales de oro

Cortés se presenta a Moctezuma. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

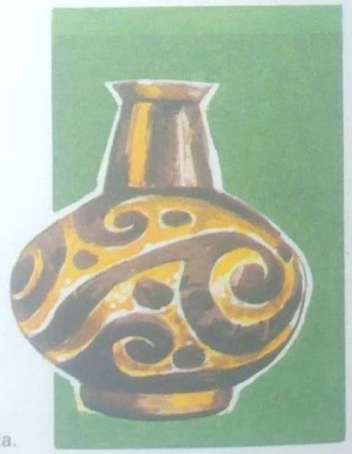
Disco de oro del antiguo Méjico.

y plata, joyas, túnicas con perlas. ¡Qué rico debía ser aquel país! Hubo otros dones que los españoles, lógicamente, rechazaron horrorizados: los mensajeros les ofrecieron prisioneros que habían de ser sacrificados para que los dioses pudiesen gustar su sangre.

Cuando Moctezuma se enteró de que los blancos se negaban a beber sangre, dudó mucho de que fuesen realmente dioses, porque los aztecas creían que los dioses necesitaban víctimas humanas para poder vivir y agraciar a los indios con abundantes cosechas, calor y lluvia. La ciudad de Tenochtitlán estaba situada donde se halla hoy la de Méjico, en una gran laguna seca ya hacía mucho tiempo. Tres amplios diques conducían a la ciudad insular y estaban cortados por puentes, lo que permitía aislarla. Jamás habían visto los españoles una urbe tan magnífica. Entre las filas de edificios grandiosos, se extendían amplias y limpias calles, y por encima sobresalían unas pirámides, truncadas, en cuya cima se hallaban los templos. Pero lo más notable era la abundancia de mercados. Los vendedores ofrecían algodón crudo, pero también hilo y paño ya tejido. En otros lugares se vendían objetos de oro, plata y cobre, joyas, cuchillos de afilada obsidiana —una especie de cristal natural obtenido de la lava de los volcanes— objetos de cerámica, pieles y cueros, labores de tejido, y cada cosa en su correspondiente lugar. Había asimismo mercados de fruta y legumbres, de maíz y miel, de pescado. Diariamente visitaban los mercados unas sesenta mil personas y el tráfico se basaba en el intercambio de objetos, porque no existía el dinero, como en nuestros países.

He ahí todo lo que pudieron ver los españoles, orgullosos y acostumbrados a vencer.

Moctezuma le señaló un palacio a Cortés y recibió solemnemente a los extranjeros. Con cortesía se inclinó el oficial español ante el poderoso príncipe. La conversación fue traducida por Marina, una india que siempre iba en compañía de Cortés. Moctezuma subió con su invitado a una de las pirámides, desde donde se ofrecía una maravillosa perspectiva de la ciudad y el lago. Los españoles pudieron ver incluso la tubería que traía el agua dulce desde el campo a Tenochtitlán, pero lo que presenciaron a continuación les cortó el aliento: fueron conducidos a un pequeño y oscuro templo, donde, ante horribles ídolos, se encontraban los corazones de hombres sacrificados. Cortés se indignó e hizo decir a Marina: «Vuestros dioses son perversos demonios. De-



Vasija de barro pintada.



Escaneado con CamScanner

jadme edificar aquí un templo al Dios verdadero y único». El azteca respondió: «Nuestros dioses son buenos. Si hubiese sabido que ibas a ofenderlos, nunca te hubiese traído aquí». Ambos hombres supieron desde aquel momento que no podrían convivir pacíficamente.

Cortés quería dominar, y para ello tenía que acabar con el poder de los aztecas. Pronto surgieron las disensiones. Cortés rogó a Moctezuma que acudiese a visitarle y le hizo prisionero. Inmediatamente comenzaron las sublevaciones. Los indios, arrojando flechas ardiendo, incendiaron el palacio de Cortés, que

El tomate procede de América.

obligó al soberano azteca a mostrarse desde lo alto del palacio para tranquilizar a sus gentes. Una piedra alcanzó a Moctezuma, que cayó gravemente herido, sucumbiendo un par de días después; nada le importaba la vida, porque sabía que la ruina de su pueblo estaba próxima.

Por el momento, las gentes de Tenochtitlán dominaban la situación y obligaron a los españoles a retirarse de la ciudad hostigándoles desde sus botes cuando los extranjeros marchaban por el dique.

La guerra tuvo diversas vicisitudes y hubo tribus que ayudaron a los españoles, mientras otras les combatían. Cortés llevó consigo como rehén al sucesor de Moctezuma, el joven Guatimocín. Tenochtitlán estaba ya en ruinas cuando el español, recorriendo el país de un lado a otro, hizo matar al último príncipe azteca

Planta del algodón, con los copos.

para acabar con la resistencia de los naturales. Hizo, pues, matar al joven, noble y digno Guatimocín, a quien quería como a un amigo.

Los conquistadores adquirieron para Europa toda la América central y meridional, pero destruyeron civilizaciones que ya nunca pudieron recuperarse. La población de Méjico se compone aún hoy día en gran parte de indios que en parte conservan algo del saber de sus antepasados, pero ya no hubo nunca ningún imperio indio.

Planta del cacao, con la sección del fruto.

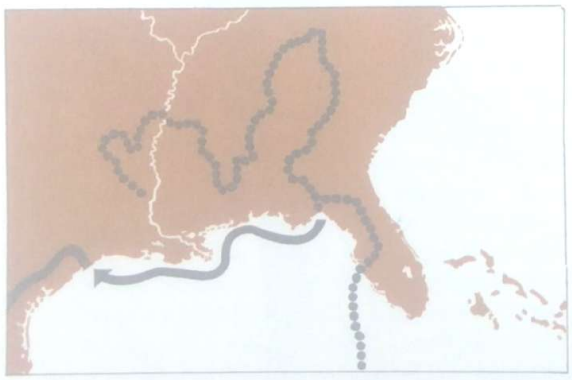


Escaneado con CamScanner

# En busca de oro

Méjico, el imperio de los aztecas, se hallaba firmemente sometido al dominio de los españoles y gobernado por un virrey en nombre del lejano soberano español. Los sabios de Europa se inclinaban ya sobre mapas en los que estaba incluido el nuevo continente, llamado «América». Ninguno de los navegantes sabía cómo eran los países que había detrás de las costas, pero, como hombres del siglo XVI que eran, esperaban cosas maravillosas del mundo recién descubierto.

Uno de aquellos exploradores partió en busca de la fuente de la eterna juventud que, según los relatos indios, se hallaba en la península de Florida. No la encontró, como tampoco encontraron los demás el famoso Eldorado. Ni en Méjico ni en Perú, donde los conquistadores se habían adueñado del imperio inca, existían los inmensos tesoros de que hablaban continuamente los indios. ¿Dónde se hallaban las ciudades del oro? En 1528 fue el capitán español Pánfilo de Narváez el que reunió hombres y dinero para buscar en América fama y riquezas, desembarcando en la costa occidental de Florida, en la bahía de Tampa. Narváez, que era pelirrojo y tuerto, llevó sus tropas a tierra entre maldiciones y ordenó alinearse a sus cuatrocientos hombres con sus armas, bagajes y caballos, pues la marcha debía empezar inmediatamente. Los indios les orientaron hacia el norte y afirmaron que allí había ricas tribus que vivían en grandes ciudades. Ni un solo músculo de sus pétreos rostros traicionó la alegría que sintieron cuando el guerrero extranjero ordenó la inmediata partida. Los barcos debían navegar hacia el norte, a lo largo de la costa, y los soldados cruzar la península a pie. Muy pronto se demostró la imposibilidad de la empresa, porque tras la blanca arena de la playa y sus palmeras empezaba una selva espesa e impenetrable, en la que los hombres se hundían en un suelo pantanoso disimulado bajo la hierba.



Expediciones fallidas en busca de oro:
●●●●●● De Soto, 1539; ——— Cabeza de Vaca, y Narváez, 1528.

Agotados, hambrientos y consumidos por la fiebre, los españoles continuaron, advirtiendo que la dirección de la costa no los llevaba hacia el norte, sino hacia el oeste. Pánfilo de Narváez hubo de reconocer que su empresa había fracasado; tenía que regresar y encontrar las naves que le habían traído a Tampa. Pero no las halló; habían desaparecido.

No le quedó, pues, otra solución que hacer construir unas nuevas naves. Se cortaron árboles y se construyeron cinco buenos bergantines. Un tempestuoso día de noviembre zarparon para dirigirse a Méjico costeando, pero las borrascas y las corrientes les arrastraron a alta mar, donde naufragaron. Ni una sola de las naves llegó a puerto, pereciendo el propio Narváez. Mejor fortuna tuvo un joven oficial que mandaba uno de los bergantines, Cabeza de Vaca, que logró regresar después de varios años de odisea. También su bergantín



Escaneado con CamScanner

Serpiente cascabel.

se había ido a pique, pero él, con ochenta hombres, llegó a la costa del actual Estado de Tejas, donde unos indios muy primitivos le acogieron en principio amistosamente. Los españoles no estaban de acuerdo entre sí sobre el camino a seguir y se separaron. Cabeza de Vaca se dirigió con algunos hombres, entre ellos el negro Esteban, en dirección oeste, a lo largo de la costa. Sin embargo, la actitud de los indios cambió repentinamente; atacaron a los indefensos españoles y les hicieron esclavos. El orgulloso oficial se vio obligado a buscar moluscos e higos chumbos y a extraer raíces para unos salvajes medio desnudos. Huyó, fue capturado y volvió a huir con otros tres, consiguiéndolo al fin e iniciando una espantosa peregrinación de varios años. Como muy pronto se vio que el camino de la costa era impracticable a causa de los grandes pantanos, decidió Cabeza de Vaca marchar por el interior, en busca del Océano Pacífico. ¿Cómo iba a saber que se oponían a su camino extensos desiertos y elevadas cordilleras? Sin embargo, logró coronar la empresa y un buen día cuatro hombres, tres españoles y el negro Esteban, se hallaron en las orillas del golfo de California. ¡Eran los primeros europeos que habían atravesado América del Norte!

En su camino habían encontrado indios de un alto grado de civilización; eran agricultores y habitaban en poblados. Pronto pudieron los españoles entenderse con ellos y, como las oraciones de los blancos tenían la virtud de sanar a los enfermos, se les consideró como magos y recibieron los correspondiente regalos y honores. Incluso llegaron los indios a informar a Cabeza de Vaca de que en el norte estaban las siete ciudades de Cibola, donde había al parecer enormes cantidades de oro y piedras preciosas. Era una noticia capaz de levantar los ánimos más caídos y, como los españoles tuvieron además la suerte increible de encontrarse con una patrulla de jinetes, compatriotas suyos, que iba en busca de esclavos indios, Cabeza de Vaca no sólo logró regresar sano y salvo, sino llevar además a Méjico la gran noticia de dónde estaba el país del oro. Fue comisionado a España para informar al rey y sus informes sobre Cibola movieron al monarca a autorizar un nuevo viaje de exploración, cosa que, por su lado, también hizo el virrey de Méjico. Así, pues, partieron al mismo tiempo dos grandes expediciones en busca de oro.

El virrey era hombre precavido. Antes de gastar demasiado dinero envió por delante a dos exploradores, el negro Esteban y el monje Marco. Esteban conocía más o menos el camino y sabía también cómo entenderse con los indios. Impaciente, se adelantó y convino con Marco en colocar diariamente en el camino una cruz de madera para orientarle a éste. Cuanto más grande fuese la cruz, mejores serían las noticias sobre Cibola. Esteban partió y Marco fue encontrando diariamente la cruz prometida,

Caimán.



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

El negro Esteban hace colocar cruces para señalar el camino de la expedición.

cia de que las naves que enviaba su esposa les esperaban en la costa, porque no quería regresar por muy cansados, agotados y malhumorados que estuviesen sus hombres. Entonces se dirigió hacia el oeste. Su gente disminuía cada vez más; muchos murieron en las luchas contra los belicosos indios, otros perecieron de fiebre o agotamiento y muchos desertaron, prefiriendo acogerse a las tribus de las cercanías en calidad de «indios». Siempre marchando hacia poniente, Soto fue el primer europeo que descubrió al «padre de los ríos», el caudaloso Mississipi. El río no constituyó ningún obstáculo para el español, que lo atravesó con sus hombres y caballerías en botes rápidamente improvisados. La peregrinación continuó y no se encontraba nunca Eldorado, aunque los indios hablaban constantemente de lejanas riquezas para impulsar más a los españoles. La suerte había abandonado a Soto. Cuando, después de meses de peregrinación, por las praderas situadas al oeste del Mississipi, se halló ante las orillas del río Rojo, le acometió la fiebre y murió. El resto de la expedición, después de vagar un año en busca de Eldorado, pudo llegar por fin a la colonia española de Pánuco, en Florida.

Esta fue la mayor expedición que se organizó en busca de oro, y también la última. Después, los españoles se dedicaron a las verdaderas riquezas del país, sus productos minerales y sus fértiles campos. Fundaron ciudades: la primera erigida en territorio americano fue en 1565 en Florida, recibiendo el nombre de San Agustín. Unos treinta años más tarde, un grupo de colonizadores se dirigieron con sus ganados y aperos, acompañados de algunos misioneros, hacia Nuevo Méjico, hoy perteneciente a los Estados Unidos. Allí surgieron ciudades que muestran aún su origen hispánico. Los españoles trataban a los indios sin altivez y muchos de ellos se casaron con mujeres indias



Escaneado con CamScanner

convertidas al cristianismo. Sin embargo, obligaban a los indígenas a trabajar, y eso fue causa de sangrientas guerras. En un primer momento, terminaron con la victoria de los indios, pero al fin, la resistencia fue vencida por la superioridad en número y armas de los blancos y por su mayor coordinación. En la ciudad de Santa Fe los vencidos, como señal de sumisión definitiva, hubieron de levantar una cruz gigantesca en la plaza mayor y los blancos salieron al encuentro de la cruz marchando entre filas de silenciosos indios.

## Audaces franceses en el río San Lorenzo

Los entusiasmados relatos de los navegantes indujeron a los príncipes europeos a enviar buques hacia el oeste. Los italianos Caboto, padre e hijo, buscaron por encargo de Inglaterra un canal situado hacia el norte que condujese del Atlántico al Pacífico, y en su infructuosa búsqueda exploraron parte de la costa septentrional del Atlántico. Después lo hizo Verrazano, que se titulaba capitán del rey de Francia, pero que no era más que un pirata, pues un día, navegando ante las costas de Méjico, logró apresar un barco español y lo llevó a Francia. El buque iba cargado de regalos aztecas destinados al rey de España, por lo que no es extraño que el rey de Francia permitiese a Verrazano organizar un nuevo viaje, prometiendo, por su parte, encontrar el ansiado paso hacia el Pacífico.

En su viaje, desembarcó por primera vez en la costa del actual Estado de Carolina del Norte y continuó su navegación en dirección norte. De los campesinos indios del sur, pasó a los cazadores vestidos de pieles del norte, que habitaban en los bosques septentrionales, y fue recibido hospitalariamente en todas partes. Las tribus danzaron en su honor en sus fuegos de campamento porque era un hombre amable que respetaba el sentido de la dignidad y buen comportamiento de los indios.

Aunque su viaje no produjo conquistas ni tesoros, permitió hacer observaciones muy importantes, por las que Francia no se interesó apenas. Entonces, Verrazano invirtió sus últimos bienes en un nuevo viaje, pero jamás se le volvió a ver en Francia. Sólo mucho más tarde pudo saberse su destino por medio de unos antiguos documentos españoles. Había caído en sus manos y le habían dado el tratamiento que, a sus ojos, merecía: como pirata, murió en una horca española.



Escaneado con CamScanner

Los tres viajes de Jacques Cartier, de 1534 a 1541.

Unos diez años después, en 1534, partió el francés Jacques Cartier en busca del paso; se dirigió hacia el norte y arribó a la península del Labrador, donde los franceses descubrieron extraños animales. En aquellas islas, rodeadas de vientos y tempestades, anidaban millones de aves acuáticas, entre las que hay que contar el gran pingüino. Las morsas se deslizaban hábilmente hacia el agua, los castores y las nutrias poblaban los ríos y los alces nadaban en los lagos. Los habitantes se alimentaban de la caza y Cartier hubo de admirar su hermosa vestimenta: aquellas pieles de castor o de ciervo podrían obtener magnífica venta entre los elegantes de París. En consecuencia, cambió un par de hermosas pieles por un par de ollas de cocina de hierro y zarpó de regreso llevando consigo dos indios destinados a servir de intérpretes, pues Cartier pensaba volver.

Nutria

En efecto, volvió al año siguiente a América y atracó esta vez algo más al sur, en la anchísima desembocadura de un gran río que los franceses llamaron después San Lorenzo. Cartier había atravesado el océano con tres buques: la «Grande Hermine», la «Petite Hermine» y «Herminette». Cuando la corriente del río salió al encuentro de sus naves, se alegró el corazón del navegante: aquello no podía ser sólo un río, tenía que ser el Océano Pacífico. Hizo llenar un cubo con aquel agua y la probó mojando la mano; con un gesto ordenó que la tirasen. Lo que había probado era agua dulce. No estaba, pues, en ningún océano nuevo sino en la desembocadura de un río.

El San Lorenzo es la vía hidrográfica interior de más tráfico del mundo. En su tiempo, fue un río de mucha importancia para los franceses, que se establecieron en sus orillas y exploraron desde allí el desconocido continente hasta la desembocadura del Mississipi y, en dirección al oeste, hasta el pie de las Montañas Rocosas. Cartier remontó el curso del río y asentó su campamento; se aproximaba el largo y riguroso invierno canadiense, y durante cinco meses las aguas del San Lorenzo estuvieron arrastrando hielo; los franceses p decieron mucho a causa del frío, la oscuridad y la temida enfermedad del escorbuto. Muchos estaban ya mortalmente enfermos cuando, al fin, los indios mostraron a los blancos un árbol del que se podía obtener un remedio contra el escorbuto.

A pesar de ello, pasaron mal el invierno, presos del temor que les inspiraban las siniestras



Escaneado con CamScanner

miradas de los indios. Era cierto que los indígenas les traían bellas pieles y se dejaban pagar con objetos europeos, pero no por ello dejaban de mostrar claramente que los extranjeros no eran bien vistos. Por noticias sueltas se fue enterando Cartier de que río arriba había una ciudad india, grande y floreciente, que deseó conocer. Tan pronto como dio a conocer sus propósitos encontró miradas hostiles, pero no se arredró por ello. Seguido de algunos leales, navegó por el San Lorenzo con la «Herminette» hasta encontrar una gran ciudad indígena: estaba situada en un paraje tan hermoso que Cartier la bautizó con el nombre de «Mont Royal» (Monte Real). De ahí se deriva el nombre de una de las más hermosas ciudades canadienses: Montreal.

Cartier regresó a Francia llevando consigo a otro indio: el cacique Donakona. Más tarde volvió a Canadá con algunos misioneros, para que enseñasen a los indios la doctrina cristiana y pusiesen los fundamentos de las primeras colonias europeas en aquellos territorios. Estos planes, sin embargo, sólo pudieron realizarse mucho más tarde.

La inmensa zona de bosques del este americano estaba entonces habitada por varias razas de indios. No les fue fácil a Cartier y a sus sucesores orientarse en aquella mezcla de pueblos y más de un incidente desgraciado se debió a la incomprensión y al desconocimiento. Vivían muchas tribus del grupo idiomático de los algonquinos, casi todas en «wigwams». Las tribus algonquinas de la costa del Atlántico fabricaban las solicitadísimas perlas *wampum*, que servían como dinero en las transacciones

Pingüinos.

Morsa.

Escaneado con CamScanner

Alce.

que se celebraban entre las tribus de los diversos pueblos. Cortaban pequeños discos rectangulares de una concha y los arrollaban afilándolos en arena hasta darles la forma de un rollo, perforándolos entonces y convirtiéndolos en una cuenta de collar. Las perlas lila, muy raras, eran las más apetecidas. Como se ve en las ilustraciones de la página 64, los indios alineaban las cuentas *wampum* formando una especie de tejido que tenía determinados significado. De esta forma era posible fijar los detalles de un contrato. Ya Cartier y sus hombres conocieron estas cuentas *wampum*.

Castor.

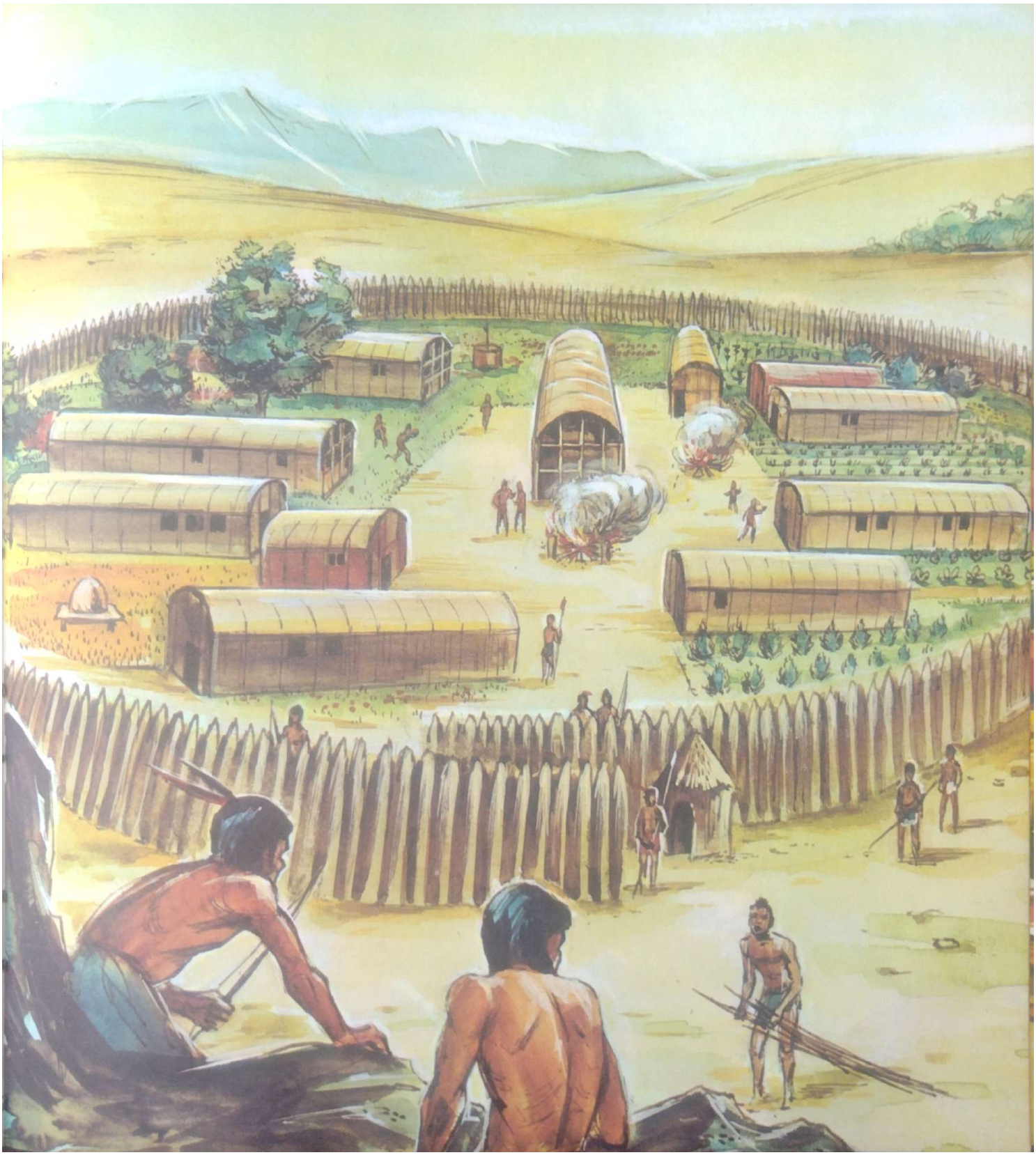
Igualmente vieron los amplios poblados de los iroqueses hurones. En la página contigua se representa uno de estos poblados hurones protegido por empalizadas. Los hurones y los algonquinos comerciaban con los franceses, pero se odiaban entre sí. Las turbulencias y las constantes luchas que se producían entre las tribus indias acabaron por ser su perdición, porque, más tarde, cuando la presión de los blancos se hizo intolerable y fue resultando cada vez más reducido el territorio destinado al «piel roja», no supieron dejar de lado sus enemistades para resistir unidos al intruso. La belicosidad y la hostilidad fueron sin duda la causa de las guerras en las que todas las tribus, con excepción de algunas muy pacíficas, se vieron envueltas, pero a ello hay que añadir también su sed de gloria y aventuras. No eran guerras tal como nosotros las concebimos, y no había por tanto grandes movimientos de tropas que avanzasen y combatiesen con arreglo a un plan ya trazado. La guerra entre los indios consistía en celadas y asaltos, en combates entre pequeños grupos o entre individuos. Antes del amanecer, el grupo se ponía en marcha y se deslizaba en fila india para que nadie pudiese adivinar por el número de huellas los efectivos de la tropa, dirigiéndose hacia el poblado enemigo. Sus gritos de guerra despertaban de su sueño a los habitantes del poblado, las flechas incendiarias volaban en dirección a los tejados de las chozas y las hachas de guerra y los cuchillos de escalpar funcionaban a más y mejor.

No hay que creer que los indios quisieran matar siempre a todos sus enemigos. Cuando advirtieron que los blancos mataban en combate el mayor número posible de enemigos para lograr una victoria rápida y definitiva, fue grande su asombro. A ellos, lo que les interesaba era

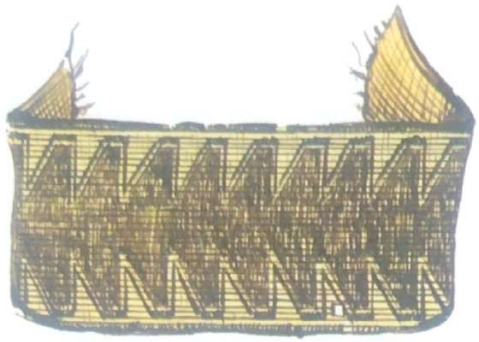
Un poblado hurón al amparo de la empalizada. →



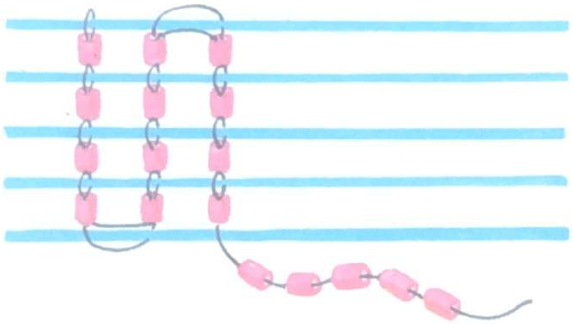
Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner



Un cinturón de *wampum*.



Así se confecciona un cinturón de cuentas de *wampum*.

hacer prisioneros, pues les necesitaban por varias razones. Los aztecas y los mayas querían ofrecérselos a sus dioses; otras tribus adoptaban como hijos no sólo a las mujeres y a los niños, sino también a los guerreros adversarios; otras, en fin, y entre éstas hay que contar precisamente a las más civilizadas y ricas, pretendían llevar a sus prisioneros al poste de tortura. Sobre esto tendremos que hablar más adelante.

Claro que un «scalp» —un cuero cabelludo con sus cabellos— era un codiciado botín y, cuando un joven guerrero traía uno a su tribu por primera vez, podía deponer solemnemente su nombre de infancia y recibía otro que recordase su hazaña.

Es comprensible que en los poblados indios reinase siempre el temor a los asaltos, la preocupación o el luto, pero casi nunca se exterminaban totalmente las tribus entre sí ni se llevaba una guerra encarnizada, aunque sí cruel. El panorama cambió totalmente al llegar los blancos. Las guerras se hicieron más sangrientas, participó en ellas mayor número de hombres y el empleo de armas más eficaces —las armas de fuego— aumentó el número de bajas. La desesperación y el instinto de conservación hicieron más violentas las luchas, porque se trataba de luchar por el territorio, que se iba haciendo cada vez más pequeño. Unidos, tal vez hubieran podido resistir a los blancos por más tiempo; pero, como no lo estaban, tuvieron que sufrir, no sólo por el avance de los extranjeros, sino también por su propia belicosidad. Así pudo ocurrir que los hurones fueran exterminados por sus parientes los iroqueses.



Escaneado con CamScanner

# Los terribles iroqueses

Quien haya leído las aventuras de los cazadores de pieles sabe qué gran pánico se apoderaba de los indios cuando resonaba la voz de alarma: «¡Que vienen los mingos!» También los blancos aprendieron a respetar a aquellas tribus belicosas, crueles y taimadas que llamaban iroqueses, pero tuvieron que reconocer que eran hombres inteligentes y leales a sus amigos. Los primeros europeos que establecieron contacto con los iroqueses describían con asombro sus elevadas y finas figuras, los hermosos rasgos de sus rostros y su altiva actitud.

En el territorio del actual Estado de Nueva York vivía una serie de tribus de lengua iroquesa. Procedentes del sur, algunos de sus afines, como los tuscaroras y los cheroquis vivían aún en las zonas meridionales, en tanto que otros, como los hurones, y los eries, se habían establecido junto a los lagos que llevan su nombre.

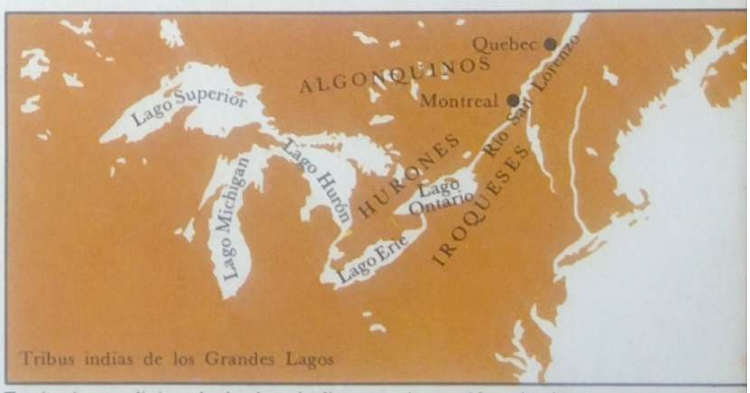
Las cinco tribus que vivían en el actual Estado de Nueva York eran los senecas, los cayugas, los oneidas, los onondagas y los mohawks. Eran hábiles cazadores y buenos agricultores, porque habían traído de su patria meridional el arte de cultivar varias clases de maíz y muchas especies de calabazas y judías. La vida en sus poblados, rodeados de empalizadas (vallas hechas con postes) era activa y alegre. Los niños iroqueses recibían una educación más severa que los demás niños indios, pero se les dejaba mucha libertad.

En las grandes casas de madera de los iroqueses vivían juntas varias familias acogidas a su techo abovedado o puntiagudo. Como se ve en la ilustración de la página 67, el fuego del guiso ardía en medio de la habitación. A lo largo de las paredes, cada familia disponía de su correspondiente espacio, una especie de camarote.

El iroqués no se complicaba la vida con muchos vestidos en su casa ni en la estación cálida; iba casi desnudo, con un taparrabos ceñido a la cintura, y calzaba mocasines. En la estación fría se ponía las polainas, que en estas tribus llegaban hasta las caderas y se sujetaban con lazos al cinturón, semejando unos pantalones de cuero sin delantero ni fondillos. El taparrabos ocultaba lo que quedaba al descubierto, y encima llevaba un corto faldón de cuero. En invierno, tanto los hombres como las mujeres llevaban hermosas camisas de piel de ciervo con flecos y se adornaban con púas de puercoespín coloreadas y con perlas obtenidas de las conchas.

Los iroqueses se afeitaban la cabeza, dejándose solamente un pequeño mechón en la parte superior, a un lado o detrás, sobre las vértebras cervicales. Este mechón, al que se podía añadir una pluma o un rabo de ciervo pintado de color como testimonio de alguna hazaña, tenía como misión provocar al enemigo: «¡Ven! ¡Arrebátame la cabellera!»

Jamás rehusaban el combate. Como eran intrusos en una zona donde vivían otras tribus




Territorio tradicional de los indios en la región de los Grandes Lagos.





Escaneado con CamScanner

Máscara iroquesa.

de distinto origen, hubieron de sotener muchas luchas, pero en todo caso les gustaba la guerra, el asalto en las horas grises de la madrugada, el brillar de los cuchillos de piedra y el silbido de las flechas. No trataban de matar a todos sus enemigos, porque necesitaban prisioneros. Las mujeres y los niños de la tribu enemiga eran adoptados; pero, sobre todo, necesitaban enemigos para torturarlos. Lo que hacía tan temible a este pueblo era su salvajismo en el combate y su implacabilidad después de la lucha. No podemos comprender bien por qué los iroqueses y otras tribus gozaban tanto con esas torturas. Cuanto más fuerte era un prisionero, mejor, pues se le podía torturar por más tiempo y cuando, agotado se desvanecía, hombres y mujeres le reanimaban amistosamente y le daban comida y bebida... para volverle a atormentar de nuevo. Sentían admiración por el prisionero que dominaba su propio dolor e incluso intentaba entonar un himno de muerte, pero no por eso le libertaban, sino que le torturaban aún más con métodos más refinados. Sin embargo, los iroqueses eran en otras ocasiones buenos amigos y generosos adversarios. No sabemos por qué, al igual que otras tribus indias de elevado nivel de civilización, desarrollaron tan crueles costumbres; tal vez los guiase una idea semejante a la de los aztecas y los mayas, que creían un deber realizar sacrificios humanos, pues también los iroqueses eran piadosos y ordenaban su vida conforme a mandamientos religiosos.

Rezaban hermosas oraciones que sonaban como poesías, pero no las dirigían a un Dios, sino a los espíritus que podían favorecer o castigar, a fuerzas naturales como el trueno y el rayo, la lluvia o la sequía, la fertilidad, la victoria o la muerte. Lo que cada uno de ellos necesitaba era la fuerza, la energía que actúa en todas las cosas y todos los seres y, en grado menor, en el hombre, que, por ello, necesitaba adquirirla de las cosas y los acontecimientos. Los iroqueses designaban esta fuerza con el nombre de «Orenda», mientras que los algonquinos la llamaban «Manitú» y los sioux, «Wakonda».

Todo iroqués rogaba por obtener la «Orenda» y la revelación de cómo adquirirla; para ello ayunaba, se retiraba a la soledad y esperaba un sueño o una aparición, un «rostro» que habría de ver estando despierto y que le revelaría cómo recibir la «Orenda». Los hechiceros le interpretaban el sueño y le imponían determinados mandamientos, mientras que los «chamanes», especie de magos y médicos, bailaban y cantaban para dominar a los malos espíritus. Los iroqueses temían a los fantasmas y, por eso, algunos hombres escogidos danzaban cubiertos con máscaras fantasmales, como se ve en la ilustración, a fin de espantarlos.

En lo más crudo del invierno celebraban su fiesta mayor, la fiesta del fuego nuevo, que se desarrollaba en forma parecida a la fiesta análoga celebrada en el sur y que se representa en el dibujo de las páginas 152 y 153.

No siempre el cacique era un guerrero que se había distinguido en la guerra; muchas veces ocupaba este cargo un hombre prudente a quien los demás escuchaban con respeto; el

Vivienda iroquesa. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

El abeto, símbolo de la «Gran Paz».

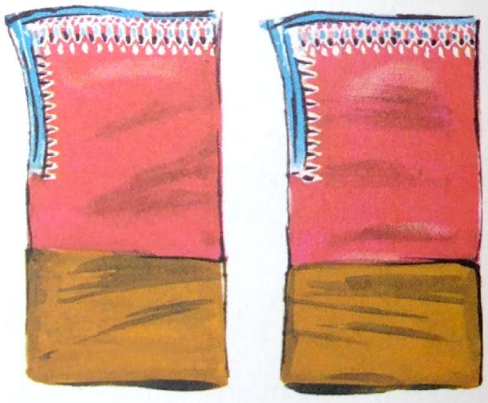
cacique no ordenaba por sí ni solo, sino que discutía con el consejo lo que había de hacerse.

Las cinco tribus siempre habían vivido en discordia consigo mismas y con los vecinos. Sin embargo, un día, mucho antes de aparecer los blancos, surgió entre ellos un gran hombre: Degandawida. Había visto en sueños un altísimo abeto, que pasó más tarde a ser el símbolo común, tal como se representa en la ilustración superior. En el sueño se le había ordenado procurar que todos los iroqueses se uniesen entre sí como las ramas del abeto y conviviesen pacíficamente. Fue Hiawatha quien llevó a cabo lo que se le había revelado a Degandawida, pues logró concluir la célebre «Gran Paz» entre los oneidas, los onondagas, los cayugas, los senecas y los mohawks, paz a la que más tarde se adhirieron los tuscaroras en calidad de sexta nación. Fue una alianza tan sólida que aún subsiste hoy día.

Anualmente se reunían los cincuenta «saquems», caciques de las Cinco Naciones, alrededor del fuego del Consejo, en el territorio de los onondagas. En medio del humo del «calumet» la santa pipa o «pipa de la paz», deliberaban sobre los asuntos de interés común hasta ponerse de acuerdo y poder comunicar la resolución a sus gentes respectivas. Los asuntos familiares, entendiendo aquí por tales los grupos de familias emparentadas entre sí, no eran competencia de la Gran Paz, pero sí lo eran los problemas de la guerra y de la paz y el puro y piadoso servicio religioso, ambos objeto de deliberaciones en el Consejo. Esta organización se mostró tan eficaz que hasta los blancos la admiraron, y se dice que los hombres que dieron a América su primera organización política, su primera constitución, siguieron el ejemplo de los iroqueses en más de un aspecto.

La Gran Paz terminó con las luchas entre las tribus y con las pequeñas celadas inesperadas, así como con los asaltos a cielo abierto. A partir de entonces, la guerra se proclamaba solemnemente y se comunicaba al adversario. Es preciso tener esto en cuenta para comprender los acontecimientos que vamos a narrar en el próximo capítulo.

Polainas iroquesas.





Escaneado con CamScanner

# Un disparo fatal

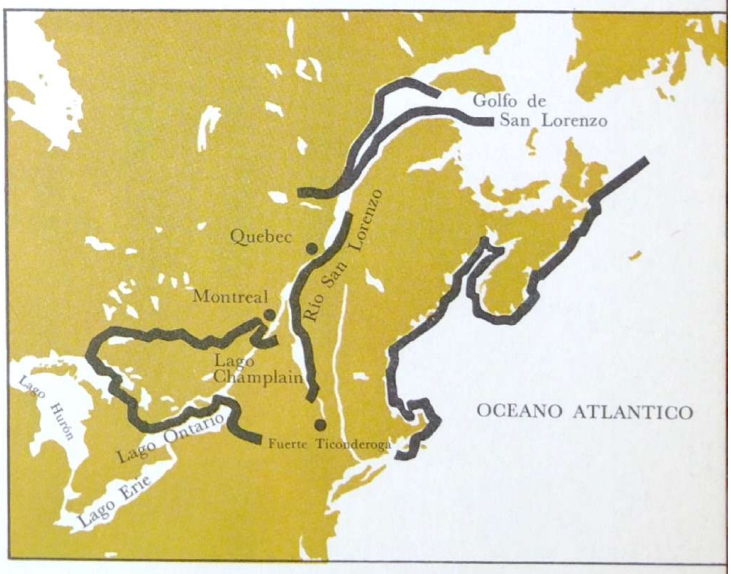
Cien años después que Colón mostrara el camino que lleva a América, el norte de esta parte del mundo era casi desconocido, puesto que sólo en el sur se habían establecido los europeos, sobre todo los españoles. La costa del Océano Atlántico se había explorado en algunos puntos, pero no se conocía el interior del país ni se tenía noción alguna de la extensión del continente. Es cierto que los pescadores bretones ya habían lanzado sus redes en las fértiles aguas de la costa canadiense, y que algunos audaces franceses habían navegado por el río San Lorenzo, adquiriendo de los indios pieles preciosas y volviendo a desaparecer con ellas. Pero a nadie se le ocurrió establecerse permanentemente porque los bosques eran demasiado espesos, el verano demasiado corto y el invierno excesivamente largo y riguroso.

Sin embargo, hubo un hombre de carácter enérgico que convenció a sus compatriotas de que, a pesar de todo, se podía vivir allí: Samuel Champlain, que en 1603 pisó por primera vez suelo americano. Por encargo de su rey, buscó, como otros muchos, un paso hacia el Océano Pacífico y cuando, decepcionado por el fracaso, regresó a Francia, sentía tan hondamente el atractivo de aquellos países desconocidos que acabó por volver a ellos.

Con él empieza la larga serie de investigadores, misioneros, aventureros, comerciantes de pieles y tramperos franceses que hicieron de América su patria y que lograron convivir con los indios al tratarles con cortesía y sin altivez.

Partiendo del San Lorenzo, los franceses exploraron el país en largas franjas, para lo cual la ligera canoa india de corteza de abedul fue de inapreciable ayuda. Obsérvese en la página 104 cómo se construía. Cuando no había abedules a mano, se podía utilizar también la corteza de olmo, algo más pesada. Los franceses bogaron, tal como habían aprendido de los indios, a lo largo de los numerosos ríos y lagos. Si la canoa se iba a pique, quedaban extraviados porque los bosques eran sumamente espesos. Cuando, a causa de algún rápido o del paso al lecho de otro río, tenían que andar algún trecho, era fácil transportar aquella ligera canoa a hombros. Los franceses llamaban «portages» a los puntos por los que había que transportar el bote y «coureurs», a los tramperos que, al igual que los indios, penetraban en los bosques y descubrían sus sendas secretas.

Champlain estableció una base fija para las empresas francesas en Norteamérica junto al río San Lorenzo, la ciudad de Quebec, y aprendió a superar el rigor del invierno con su hambre, su escorbuto y su frío inmisericorde.




Las cuatro campañas de Champlain, de 1603 a 1611.



Escaneado con CamScanner

Las tribus de los algonquinos y los hurones temían la Gran Paz de los iroqueses, cuyo poder llegaba hasta el Canadá. Eran los hurones, que intervenían en todo el comercio de pieles con los franceses, los que más sentían la amenaza constituida por los iroqueses, ya que éstos también estaban interesados en el mismo comercio. Mas también los algonquinos tenían gran interés en enfrentarse a los iroqueses con armas eficaces y lograr alguna vez la victoria contra la Gran Paz. Viendo la excelencia de las armas de los blancos, que hacían salir de sus mosquetes rayos y truenos, y llenos de confianza, enviaron una embajada a Champlain: «Nuestro hermano blanco es fuerte. Los mingos son malos. Nos amenazan. También atarán al hermano blanco al poste de tortura. Nuestro hermano blanco combatirá a los iroqueses; tendrá fama y muchas cabelleras. Quitaremos a los mingos sus provisiones de maíz y nadie tendrá hambre cuando venga el invierno».

Champlain se dejó convencer para seguir, con dos franceses, a la tribu en su guerra contra los iroqueses. Desde mucho tiempo antes, los vigías de la Gran Paz sabían que los blancos estaban con sus enemigos. Junto al lago Champlain, donde después había de erigirse el fuerte Ticonderoga, se enfrentaron ambos bandos, pero como ya era tarde y oscurecía, se decidió aplazar el combate hasta el día siguiente, llenándose la noche con salvajes cánticos de guerra. Los insultos, destinados a irritar al contrario, se sucedían alternativamente sobre las silenciosas aguas del lago. Era una noche de julio del año 1608.

Hacha con gancho de los algonquinos.

Al amanecer del día siguiente aparecieron a la orilla tres caudillos iroqueses magníficamente ataviados para declarar la guerra conforme a la costumbre de la Gran Paz. Erguido, Champlain los contempló de pie en el calvero. El, por su parte, estaba solo frente a ellos, porque todos los demás, indios y blancos, se habían escondido.

—¡Dispara! —murmuró alguien junto a Champlain—. El hermano blanco debe disparar.

Champlain alzó el mosquete y cuatro disparos silbaron en el bosque; dos de los caudillos iroqueses cayeron muertos.

Inmediatamente se produjo un tremendo ruido. Entre disparo y disparo se oían los gritos de cólera y de dolor. Las flechas volaban en todas direcciones, pero los iroqueses estaban tan confundidos que, por primera vez, sufrieron un severa derrota.

Al volver al poblado indígena, Champlain pudo ver con horror la crueldad con que sus aliados procedían con sus prisioneros, que entonaban con su voz profunda sus himnos de muerte. Todos sabían lo que les esperaba: iban a pagar todo lo que su pueblo había hecho a los vencedores.

Jamás perdonaron los poderosos iroqueses a los franceses estos disparos; a sus ojos, era una cobarde y alevosa traición de la que se vengaron siempre que pudieron en los franceses y sus amigos indios. Cuando más tarde, se disputaron ingleses y franceses la posesión de Norteamérica,

Champlain dispara contra los caudillos iroqueses. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Simbolos tribales de los iroqueses.

la actitud de los iroqueses fue decisiva; se pusieron del lado de los ingleses y, con su astucia e implacabilidad características, bloquearon definitivamente a los franceses el camino de los Grandes Lagos hacia el Atlántico. Mientras el anciano Champlain se hallaba en Francia, se cumplió el triste destino de los hurones, que tuvieron que huir de un lugar a otro acompañados de sus fieles jesuitas y terminaron por perecer casi todos. No se hubiera producido esta catástrofe si hubiesen tenido paciencia y hubiesen sitiado los poblados de los iroqueses por el sistema de los blancos. También las otras tribus indias se hallaban como paralizadas. Se hallaba casi interrumpido el lucrativo negocio de las pieles y los jesuitas sólo enviaban a Francia noticias inquietantes. Champlain volvió a ponerse en camino y con la rapidez incomprensible con que se propagaban las noticias entre los indios, se difundió la nueva de su regreso por el país; entonces volvieron los indios a Quebec y Montreal con sus pieles más hermosas. Dos años después, en 1635, murió Samuel Champlain en Montreal.

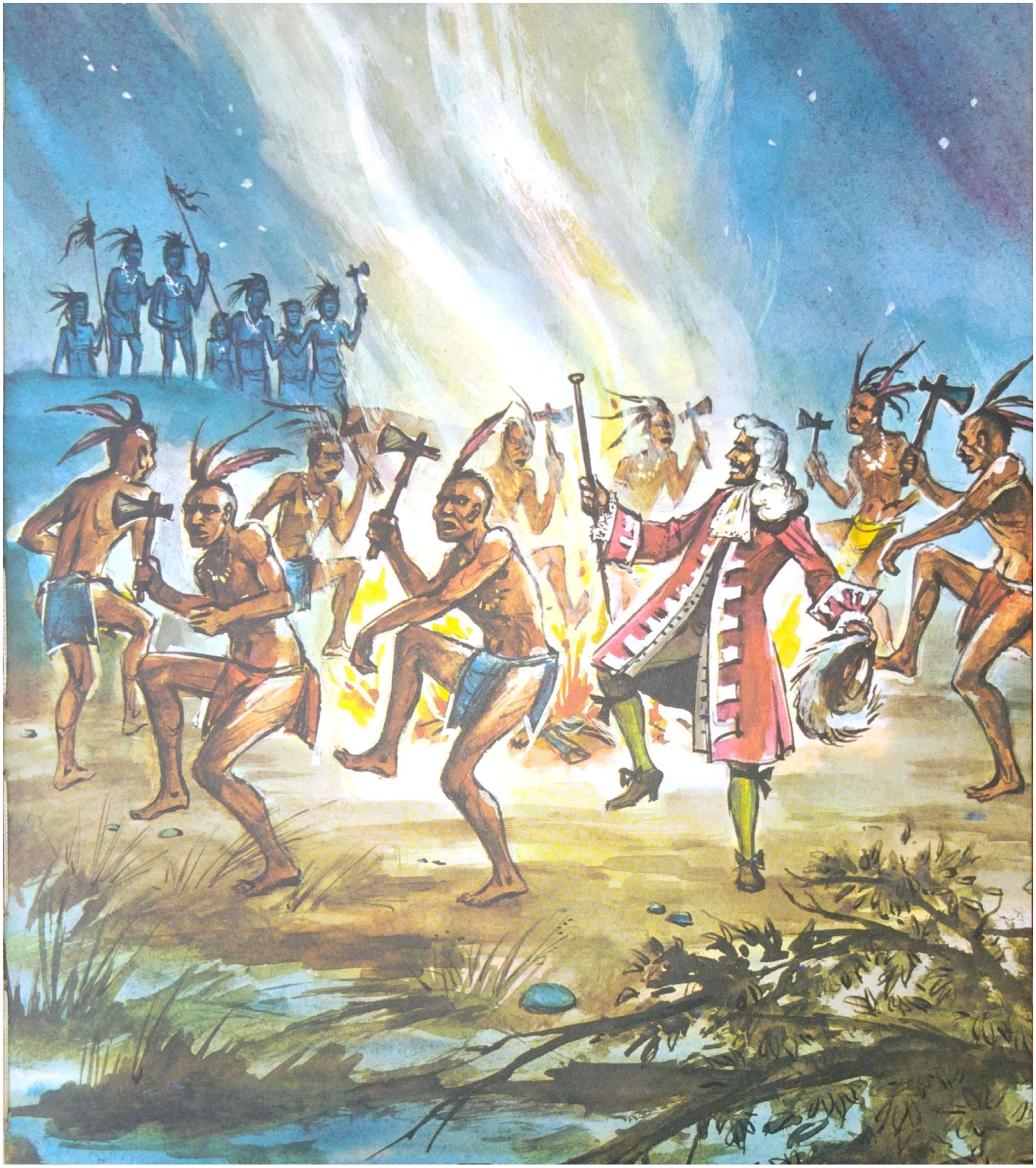
Habría mucho que decir de los valerosos misioneros, que realizaban también una labor investigadora, compartían el hambre y los peligros con los indios e incluso acudieron a los iroqueses cuando una de las tribus solicitó repentinamente misioneros. Muchos sufrieron martirio y algunos, tras espantosas torturas, lograron escapar mutilados.

Sin embargo, las colonias francesas se afirmaban en América. Hacía ya mucho que estaban llegando al país gentes decididas a establecerse definitivamente, y que empezaban a amar al Canadá como a su patria. Una serie de fuertes, las famosas fortalezas rodeadas de empalizadas y guarnecidas de tropas, como se ve en las páginas 114/115, constituían el firme núcleo en que se apoyaba el poder de Francia. El célebre gobernador Frontenac, que ya no llamaba a los indios «mis queridos hermanos», sino «mis queridos hijos» y que bailaba sus danzas guerreras con casaca y peluca, fue uno de los hombres que más se interesaron por el estudio del nuevo continente y más apoyó a los audaces descubridores. Así fue posible que en 1665 se fundase una misión a los 91 grados de longitud, punto situado tan al oeste como la punta más occidental del Lago Superior. Mas los franceses se dirigieron entonces principalmente hacia el sur.

El gobernador Frontenac toma parte en una danza guerrera. →



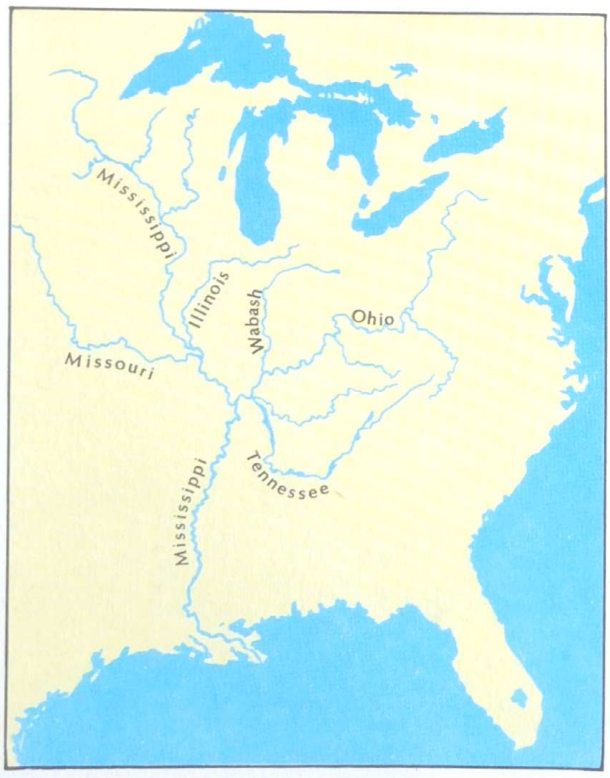
Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

# El Mississipi, padre de los ríos

Misioneros franceses, traficantes de pieles, tramperos y soldados partieron en viajes de exploración y cada uno se convirtió en un descubridor. El más importante fue Robert Cavelier de La Salle. Nacido en 1643 en la ciudad francesa de Rouen, partió a América siendo aún muy joven. Allí se estableció en el río San Lorenzo, en su parte superior, y como era un hábil comerciante pronto hizo fortuna. Cuando oyó hablar del «agua atronadora» y de los grandes ríos del oeste, se despertó en él la ambición de encontrar el gran camino acuático.




El conde de Frontenac, gobernador de la América francesa, apoyó con gusto los planes de La Salle y le confió el fuerte Frontenac, situado junto al lago Ontario. No estaba el fuerte muy lejos de las cataratas del Niágara y, un buen día, se plantó La Salle en las «aguas atronadoras», siendo, pues, probablemente el primer europeo que llegó allí. Pensativo, contempló la caída del agua y la abundante espuma: las cataratas interrumpían el camino desde los Grandes Lagos al San Lorenzo, y por eso era sumamente importante encontrar una salida hacia el oeste o, por lo menos, hacia el sur.

Frontenac envió a La Salle a París para exponer sus planes. Allí recibió licencia para organizar una expedición al Mississipi, pero a su costa. Cuando abandonó París, había conseguido un fiel acompañante, el leal Henri Tonti. Ambos hombres navegaron Mississipi abajo, tomando parte en la empresa blancos e indios. Sin embargo, hacía frío, las aguas del río arrastraban bloques de hielo y los indios de las riberas se mostraban hostiles. Finalmente, algunos franceses acabaron por perder el ánimo y se retiraron secretamente de la empresa. Tanto amargó su deserción a La Salle que bautizó el fuerte que había erigido en Illinois con el nombre de Fort Crevecouer. Tonti permaneció en él con un pequeño grupo y La Salle regresó porque necesitaba refuerzos de Montreal. Entre tanto, se había venido encima lo más crudo del invierno, los ríos se habían helado y no eran navegables, teniéndose que decidir los hombres a regresar andando.

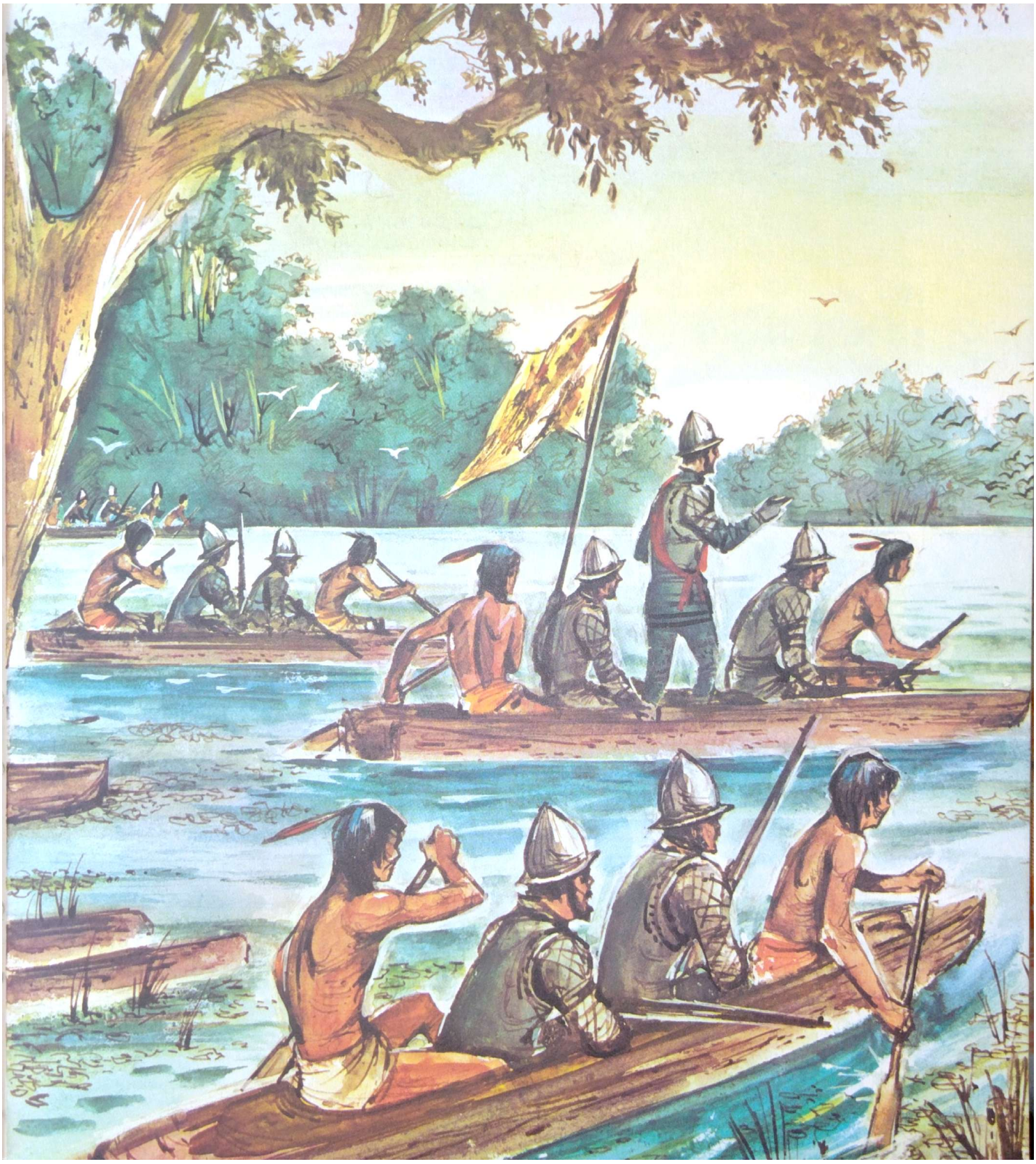
¡Fue un viaje verdaderamente horrible! Durante más de nueve semanas hubieron de marchar trabajosamente por una gruesa capa de nieve, siempre a buen paso y sin descanso,

La cuenca del Mississipi.

La Salle en el Mississipi. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

La Salle.

acuciados por el hambre, el frío y el temor a los lobos y a los indios.

Solamente sobrevivió uno, el propio La Salle. Los demás se desplomaron y murieron en la nieve, pero él logró llegar a Montreal. Ocho meses más tarde volvió a partir, ya en el año 1680. Muy pronto, al poco de abandonar el fuerte Frontenac, se le acercaron dos tramperos con la horrible noticia de que el fuerte Crevecoeur había sido asaltado por los indios, la guarnición había hecho causa común con ellos y todo había sido desvalijado. ¿Qué había sido de Tonti? La Salle suspendió todos sus planes y se dedicó a buscarle. El fuerte Crevecoeur estaba en ruinas y río abajo, en el Illinois, podían verse poblados indios totalmente asolados: en su campaña contra los indios, habían pasado por allí los iroqueses y habían tropezado por casualidad con el fuerte. Pero de Tonti no había ni rastro. La Salle bajó por el Illinois hasta salir al ancho Mississipi, pero lo que en otras circunstancias le hubiese llenado de alegría, no hizo sino acrecentar su preocupación por Tonti. Dio marcha atrás y, al fin, encontró al extraviado en el fuerte Missimilimackinaw (hoy solamente Mackinaw) entre el lago Michigan y el Superior.

Finalmente, en 1682, emprendió La Salle el gran viaje por el valle del Mississipi abajo y logró llegar al gran río navegando por el Miami.

La Salle y los suyos se dejaron llevar por la corriente y tuvieron tiempo suficiente para observar la orilla y conocer otras tribus indias. Mucho más al sur vieron a los adoradores del sol, los indios natchez (véase la página 77), pueblo que desapareció por completo en los cien años siguientes, ya que entró en conflicto con los franceses y fue totalmente exterminado.

El Mississipi arrastra consigo grandes maderos; además los cantos y el barro que amasa su corriente se adentran poco a poco en el mar. Así se va formando su delta, que se compone de muchos brazos. La Salle escogió uno de ellos y desembarcó allí. Estaba tan seguro de lo que hacía que había traído un notario, del cual se sirvió para acreditar la solemne erección de un nuevo imperio. En aquel día de abril de 1682 fundó la Luisiana, así denominada en honor de Luis XIV. Una placa de cobre conservó el recuerdo de aquel día para la posteridad. La Salle no hubiera podido concretar la extensión del citado territorio, del que el actual Estado de Luisiana sólo constituye una pequeña parte, pues llegaba desde los Grandes Lagos hasta el desconocido límite del no menos desconocido oeste.

La Salle se dio cuenta de la necesidad de levantar en la desembocadura una fortaleza para



Escaneado con CamScanner

defender eficazmente la nueva Francia, pero necesitaba ayuda para ello. Por esta razón marchó a París, donde encontró gratitud y admiración por sus hazañas y se hizo conceder por el rey barcos, tripulaciones, víveres y colonos: con ellos quería poblar el nuevo imperio y hacerlo fructífero para Francia. El viaje de regreso al Nuevo Mundo debía conducirles a la desembocadura del Mississipi a través del Atlántico, pero fue un viaje sumamente desgraciado. Un barco de provisiones fue capturado por los españoles, y otro se perdió al desembarcar, pero lo peor fue que La Salle no había llegado al Mississipi, como creía, sino mucho más al oeste, porque las corrientes habían desviado a las naves. ¿Qué hacer en aquella situación? La Salle decidió avanzar a pie a lo largo de la costa a fin de llegar hasta la desembocadura del Mississipi, pero las terribles playas, los trampales y las desembocaduras de los ríos hicieron imposible la marcha. La Salle dejó parte de sus desgraciados hombres en una especie de colonia, donde perecieron todos, mientras él, nunca desanimado, proseguía el viaje con un par de hombres hacia el Canadá a través de América. Aquella empresa desesperada volvió locos a sus acompañantes, que, fuera de sí por el hambre, la sed y el miedo, se vengaron en el causante y asesinaron a La Salle. Su muerte revistió caracteres de verdadera tragedia, pues solamente se encontraban a dos semanas del Mississipi. Tonti le buscó desesperadamente y logró encontrar a los últimos superviviente de la aventura; por otra parte, había enviado también unos indios en su busca y les había dado una carta para él. Su amigo jamás pudo recibir la carta, pero trece años más tarde aparecieron unos indios en la ciudad francesa de Nueva Orleans, en la desembocadura del Mississipi: solicitaron ser recibidos por el gobernador y éste, el señor d'Iberville, recogió una carta en muy mal estado y apenas legible: era el mensaje de Tonti para La Salle, cuya obra había de continuar él.

Pero ni los españoles ni los franceses eran ya los únicos europeos que se asentaron en América.

Un indio natchez con manto de plumas.



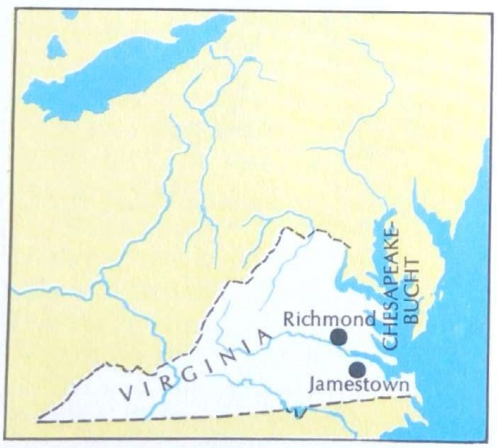
Escaneado con CamScanner

# Una princesa india

Hasta los niños saben lo que es una «squaw» y conocen las palabras «tomahawk», «wigwam» y «wampum»; no obstante, la lengua de la que proceden casi ha desaparecido porque los pueblos que la hablaban han sido poco menos que exterminados. Nos referimos a los algonquinos, habitantes de las boscosas regiones del norte, donde se hallaban en constante guerra con los iroqueses.

Los algonquinos vivían sobre todo de la caza y de la pesca, pero también cultivaban maíz, judías y tabaco, aunque no tan a fondo como los iroqueses. Su vivienda típica era el «wigwam», no siempre abovedado, pues a veces tenía forma esférica y recordaba a un «tipi» cubierto con una piel de ternero.

Tribus algonquinas fueron las primeras que conocieron los franceses en el Canadá, pero otras, las asentadas en la costa atlántica, habían sufrido ya antes la presión de los blancos cuando ingleses y holandeses comenzaron a establecerse en la costa.




Los ingleses habían venido intentando poner pie en la costa atlántica desde 1584. Ya se conocían muchos puntos para ello en la faja, y en la isla Roanoke, ante la costa del actual Estado de Carolina del Norte, se fundó la primera colonia inglesa, apoyada en principio por indios amistosos y hospitalarios.

No obstante, la segunda oleada de ingleses fue mal recibida, porque los indios pensaban que los extranjeros abusaban de su hospitalidad y no se esforzaban en alimentarse a sí mismos. Llegó un buque inglés conducido por un tal White, que ya había fundado una colonia en América y había dejado allí a su mujer y a su hija —el primer niño blanco nacido en América— cuando volvió a Inglaterra para reclutar nuevos inmigrantes. Horrorizado, buscó su casa, los campos y los hombres que había dejado allí, pero era como si nunca hubiese habido edificios ni campos sembrados. Unicamente pudo White leer en la corteza de un árbol lo siguiente: CROATOAN, nombre de una isla cercana. A ella se dirigió esperanzado, pero tampoco halló señal alguna de que los blancos hubiesen pisado nunca aquel territorio.

Sin perder el ánimo, los ingleses repitieron constantemente sus intentos de establecerse. En 1607, penetraron tres barcos en la bahía de Chesapeake, situada en el actual Estado de Virginia. Allí encontraron un país apto para la colonización y decidieron establecerse. El río que desembocaba en la bahía recibió el nombre de James y la ciudad que fundaron, de Jamestown. Fue una compañía inglesa privada la que se ocupó de la fundación y asumió los gastos; su cabecilla era el aventurero John Smith, que ya había combatido en Europa contra los turcos y anhelaba nuevas experiencias en países nuevos, libres y desconocidos. Ciertamente iba a encontrarlas.

John Smith ante Pohattan. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

El suelo era fértil y no demasiado desagradecido, aunque el invierno resultaba muy duro para los europeos.

A principios de año, quiso John Smith buscar de nuevo el paso hacia el Océano Pacífico, en compañía de algunos indios. Repentinamente, se le clavó una flecha en el muslo. Cayó al suelo y fue rápidamente maniatado, siendo conducido a presencia del jefe Pohattan.

Este era un caudillo poderoso que gobernaba treinta tribus y, por lo menos, doscientos poblados. Varios miles de guerreros cumplían sus órdenes, órdenes que aquel poderoso jefe solamente impartía cuando habían sido aprobadas por el consejo, entre cuyos miembros era el más prudente y sensato, por lo que su voto tenía un peso especial. Los ingleses conocían su poder, le llamaban rey o emperador y le ofrecieron una corona que Pohattan rechazó con orgullo.

Pohattan había hecho apresar a John Smith para demostrar que no toleraría espías ingleses en sus dominios; el prisionero estaba destinado a morir para servir de ejemplo a los blancos.

El soberano estaba sentado, ataviado con su corona de plumas, en un «wigwam» y a su alrededor se agrupaban mujeres y guerreros. Había una hoguera encendida. Smith, con las manos atadas, fue derribado al suelo y su cabeza colocada sobre un tronco; ya había un guerrero dispuesto a descargar su hacha para hendirle el cráneo, cuando de detrás del jefe surgió una muchacha que se arrojó junto al prisionero. El indio bajó el arma y la muchacha se levantó y volvió a su puesto detrás del caudillo. Pocahontas, la princesa de doce años, había salvado la vida de un prisionero según la antigua costumbre. A partir de aquel momento, John Smith le pertenecía y quedaba integrado en la tribu. Se le quitaron la ligaduras y, asombrado, contempló cómo los indios, poco antes tan torvos, le acogían amistosa y alegremente comiendo y bromeando con él. Poco después volvió a Jamestown.

Mucho trabajo le esperaba allí; él soldado y descubridor, tuvo que obligar a trabajar a las holgazanas, tímidas y altivas gentes de Jamestown; tuvo también que implantar orden y tomar medidas para prevenir futuras épocas de hambre. La sociedad le nombró presidente de la colonia, pero cayó enfermo y tuvo que regresar a Inglaterra... Inmediatamente volvió a surgir el caos que había evitado. Después de un riguroso invierno, sólo sobrevivieron sesenta personas de las quinientas que había. Unicamente la llegada de nuevos inmigrantes logró hacer florecer de nuevo la colonia, cuyo producto más valioso era el tabaco, que se daba allí maravillosamente.

No obstante, la colonia era una espina para los indios, y mucho le costaba a Pohattan mantener la paz. Pocahontas mantenía su predilección por los blancos, les enviaba ayuda y les avisaba de los asaltos que se planeaban; un buen día conoció al joven John Rolfe, el primer hombre que cultivó el tabaco y lo envió a Europa. Amaba a Pocahontas y ésta, por su amor, se hizo bautizar con el nombre de Rebeca. Una vez casada con él, vistió siempre una larga túnica blanca de tejido europeo y ciñó la diadema de plumas de los indios. Los primeros colonizadores emprendían con frecuencia el viaje de regreso por el océano, porque aún consideraban a Inglaterra como su patria; también así regresó John Rolfe con su joven esposa. La bella e inteligente princesa india recibió una entusiasta acogida en la corte inglesa, que consideraba un honor poder obsequiarla y agasajarla. De esta época data su retrato con un rígido cuello de encajes. (Ilustración de la derecha.)

No obstante, John Rolfe no pudo permanecer largo tiempo en Europa, porque le atraía su nuevo, libre y extenso mundo y le preocupaban sus campos de tabaco; por su parte, Poca



Escaneado con CamScanner

hontas añoraba desde hacía mucho tiempo a sus compatriotas. Antes de embarcar, Pocahontas cayó enferma y murió, seguramente a consecuencia de la tuberculosis. John Rolfe se vio, pues, obligado a emprender el viaje sólo con su hijito Thomas, de quien descienden hoy conocidas familias americanas orgullosas de su origen.

La paz con los pueblos que Pohattan gobernaba no duró mucho tiempo: los indios sentían gran desconfianza por el creciente número de blancos, que disponían de máquinas de hierro, armas de fuego y grandes buques y que cada vez se adentraban más en el país. ¡Había ya ochenta pequeñas aldeas alrededor de Jamestown!

En 1622 estalló inesperadamente la revuelta. Por la mañana temprano, aún acudieron los pacíficos indios a realizar sus negocios de trueque; por la noche, ardían setenta y dos pueblos y trescientos cincuenta hombres perdieron sus vidas.

Fue una pequeña guerra, sumamente sangrienta y encarnizada; la paz había desaparecido definitivamente y uno de los dos adversarios tenía que bajar la cabeza. ¡Si los indios hubiesen estado unidos! Tal vez hubiesen podido entonces expulsar del país a aquellos pocos blancos. Pero nunca lograron unirse y el pueblo de Pohattan se encaminó hacia su ruina.

La colonia florecía; fue adoptada por la corona inglesa, y se convirtió así en la primera colonia real que Inglaterra poseyó en suelo americano: Virginia. Pero no se reconstruyó la ciudad de Jamestown, que había sido incendiada por unos blancos amotinados, y también John Rolfe, el yerno del viejo caudillo, pereció asesinado.

La princesa india Pocahontas, en Londres.





Escaneado con CamScanner

# Los mejores jinetes del mundo

En la gran llanura pastan unos búfalos; la hierba es corta y dura, como el suelo. Los animales se alimentan tranquilamente y los cuerpos de los bisontes despiden un vapor acre que se extiende por encima del rebaño. A cierta distancia, los lobos observan a los bisontes, pero no se atreven a acercarse a los grandes animales; se limitan a acechar a algún ternero débil y enfermo que pueda quedar rezagado. En realidad, los bisontes sólo tienen un enemigo: el hombre.

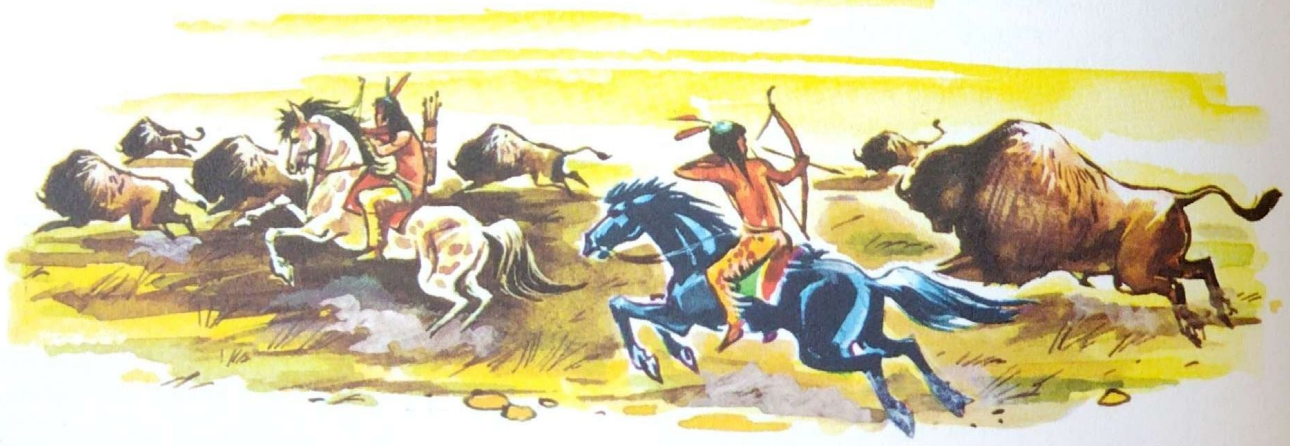
Y éste se acerca. Desde muy lejos, viene cabalgando un grupo de indios tan silenciosamente como les es posible. Los bisontes ventean el peligro y los grandes machos alzan inquietos sus negras cabezas... De pronto empieza la cacería. Con estridentes gritos, los indios galopan en dirección a la manada, sembrando en ella la confusión. Los animales más adelantados se ponen en movimiento, otros huyen ciegos arrastrando consigo, empujando y desplazando a los demás. La manada, compuesta de mil cabezas, galopa por la pradera entre mugidos. Mas los indios han logrado aislar a algunos animales, galopan rodeándolos y los agrupan, escogiendo cada uno su víctima.

¡Agiles, rápidos y valerosos caballos! Son caballos que no tienen miedo de aquellas fieras ni de sus poderosas pezuñas; caballos que saben perfectamente lo que pretende su jinete. En plena carrera, el cazador tiende su arco y dispara una flecha al corazón del bisonte; galopa junto al agonizante animal y le asesta el golpe definitivo con su lanza. Después sigue, en busca de una nueva pieza. Gritos, ruido de pezuñas, mugidos y sordos bramidos llenan el amplio espacio hasta que, finalmente, quedan tendidos un par de cientos de bisontes. Los hombres se apean de sus caballos, arrojan el cabestro a un muchacho y se ocupan de destripar y despedazar al animal.

Había muchas jornadas felices como ésta. ¡Qué más quería el indio que tener bisontes y caballos de sobra! Desde el Mississipi hasta las Montañas Rocosas se extendía el imperio de los bisontes, que pasó al dominio de los indios cuando éstos lograron disponer de caballos.

Cierto es que anteriormente vivían algunas

Indios dando caza a los bisontes.





Escaneado con CamScanner

Caza del bisonte con disfraces de lobo.

tribus en las Grandes Llanuras. Muy al oeste, los pobres utes y los shoshones recogían raíces y pequeños roedores y, junto a los ríos, habitaban hábiles agricultores como los aricaras y los célebres mandanes, que hablaban una lengua sioux. Aricaras, mandanes y pawnees salían en ocasiones a las estepas para cazar bisontes, difícil y peligrosa empresa para gentes que no tenían caballos. Los indios, disfrazados con pieles de lobo (grabado superior), se acercaban silenciosamente a las bestias, pero también las cazaban desde las rocas o incendiaban la pradera para poder acabar con los animales fugitivos. Eran pequeños cazadores y modestas presas. Pero, de pronto, apareció el caballo.

Los primeros caballos traídos por los españoles, que tanto asustaron a los indios, no tuvieron ciertamente descendencia en América. Mas, cuando poco antes de 1600, comenzó la colonización española de Nuevo Méjico, se importaron más caballos y se lograron buenos troncos. Algunos indios aprendieron muy pronto a criarlos; lo hicieron tan bien que algunas razas de caballos han recibido el nombre de ciertas tribus indias, como ocurre con el de los «cayusos», que los vaqueros han dado a ciertos caballos.

A veces leemos que los indios cazaron y conservaron para sí caballos escapados y vueltos al estado salvaje. Pero lo cierto es que no les agradaban nada esos «mustangs», porque era muy difícil volverlos a domar y el piel roja creía que no podrían soportar el humo del fuego del campamento. El indio montaba sobre una almohada de cuero rellena de crin de caballo. Algunas tribus no utilizaban nunca estribos ni espuelas; otras domaban los caballos a la europea y otras, en fin, se contentaban con sujetar la brida a la mandíbula del caballo.

Fueron, sin duda, colosales jinetes. Cuando se lanzaban al asalto se escondían tras el costado del caballo, de tal forma que sus enemigos creían que lo que venía era una manada de mustangs salvajes sin jinetes. Además, ataban una cuerda a la crines del animal, apoyándose sólidamente con un pie en ellas, mientras se sujetaban con el dedo gordo del otro pie a la grupa y disparaban sus flechas por debajo del cuello del caballo (grabado inferior).

El caballo cambió por completo la vida de los indios y atrajo cada vez más tribus hacia las Grandes Llanuras. Ahora podían recorrer largos trayectos, ya que ya no era el perro el que arrastraba su carga, con la ayuda de dos barras, a través de la corta hierba. La tienda de cuero, el «tipi», se hizo mayor y más bonita.

El caballo fue quien facilitó al piel roja la caza del bisonte; por tanto, bisonte y caballo se corresponden.

Habilidades hípicas de los indios.

Escaneado con CamScanner

«Tipis».

En verano se cazaban los bisontes a causa de su carne; en invierno, para usar sus pieles. Se aprovechaba todo el bisonte, del que comían su carne, su lengua y sus entrañas, muy ricas en vitaminas.

La carne, secada al aire, se picaba y se mezclaba con frutos secos y grasa para constituir el famoso «pemmikan».

Las laboriosas mujeres indias tensaban las pieles y cosían de ocho a veinte en forma de lona de tienda de campaña. Cada «tipi» iba pintado con determinados signos que representaban los hechos y acontecimientos de la familia que vivía en él. Los «tipis» esféricos, colocados de forma que dos barras extendiesen los cabos exteriores de las pieles y permitieran la respiración, brillaban como faroles en la oscuridad de la noche.

Los vestidos eran de piel de ciervo, flexible y más suave que la del bisonte; las mujeres se cosían dos pieles por los hombros formando una especie de camisa larga y recta; en cambio, los mocasines y, sobre todo, las pesadas matas de piel de los abrigos de invierno eran de bisonte. Los escudos indios se hacían con la piel del pecho del bisonte; las mujeres ahumaban la piel adelgazada y la redondeaban poniéndola al vapor, sobre una vasija de barro.

Los indios trataron por todos los medios de reservarse su fuente de riqueza y de felicidad: el bisonte. En el verano celebraban la danza del sol, que debía mantener el orden en el mundo y atraer a los bisontes, y en la cual los jóvenes guerreros danzaban alrededor de un gran poste.

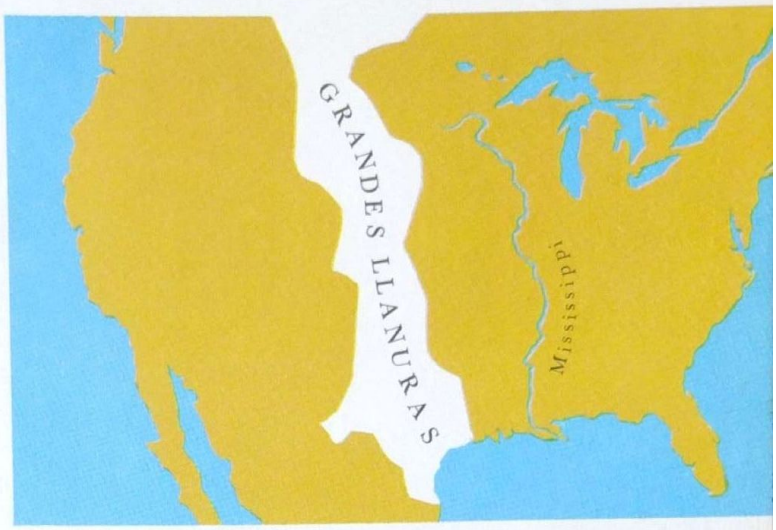
Las tribus de las praderas, pueblos de jinetes, no eran crueles. Claro está que daban mucha importancia a que el joven adquiriese un nombre de hombre por medio de alguna hazaña, y ¿qué hazañas más audaces que las realizadas en la guerra? No obstante, la mayor parte de las tribus que se reunían para cultivar la pradera desconocían las horribles torturas a que otras sometían a sus prisioneros; más importante que una cabellera era para ellos el «coup» (golpe), es decir, el tocar a un enemigo armado con la mano o con un palo. ¡Ya podía presumir el que hubiese realizado una acción tan peligrosa! Podía golpear sobre un poste por cada hazaña que realizase, pero ¡ay de él si mentía!

Mientras las tribus vivieron sin ser molestadas por los blancos, tenían mucho tiempo, mucho alimento y mucha fuerza, y este exceso de energías, junto con sus innatos instintos belicosos, les conducía a sostener constantes guerras entre ellos. Las tribus que en un momento dado estaban en paz se visitaban mutuamente,



Escaneado con CamScanner

y entre danzas y fiestas, pasaban días maravillosos. Su civilización se desarrollaba a tenor de la forma de vida de las distintas tribus y de las condiciones de una vida libre de pueblos cazadores. A los primitivos asentamientos se fueron añadiendo poco a poco las famosas tribus sioux de los dakotas (entre ellas los hunkpapa-tetones, los ogalalas, los assiniboines, los craws, los brulés, etc.), pero también algunos pueblos algonquinos como los cheyennes, los pies negros (también había pies negros en el grupo de los sioux, pero no tenían nada que ver con ellos) y los crees. Por último, llegaron otros pueblos, pobres, primitivos y ladrones, cuyo nombre adquirió una fama horrible: los apaches y los comanches, tribus nómadas, que como jinetes llegaron a ser las tribus más




Las «High Plains» o Grandes Llanuras.

Un indio con la cabellera de un enemigo.

salvajes y crueles. Todas estas tribus se entendían entre sí en un idioma de signos que era utilizado a su vez por los comerciantes blancos, porque muchos blancos aventureros y sedientos de libertad acudieron a las comarcas del bisonte, hicieron amistad con los indios, comerciaron con ellos y les enseñaron mucho en la época feliz en que el diluvio de blancos no había empezado todavía a desplazar a los indios. Esta civilización de las praderas se fue desarrollando poco a poco y hasta el siglo pasado no alcanzó su bella y prometedora culminación.

Sin embargo, al llegar ese momento se hallaba ya próxima a su ruina. La era moderna la ha aniquilado, sin posibilidad alguna de recuperarse.

Páginas siguientes: Los indios eran los mejores jinetes → del mundo.



Escaneado con CamScanner

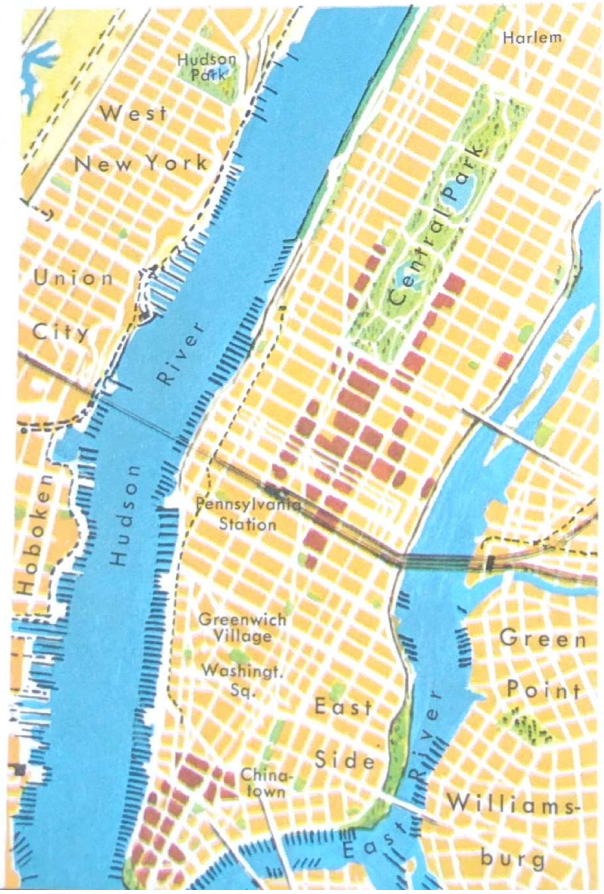
Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

# El nacimiento de una gran urbe

También el capitán Henry Hudson estuvo buscando en vano un paso que condujese a través de Norteamérica. Al hacerlo, llegó muy al norte, hasta el mar interior canadiense conocido más tarde con su nombre: la bahía de Hudson. Si hubiese continuado navegando hacia el noroeste, tal vez hubiese encontrado el famoso «paso del noroeste» y logrado doblar el continente. Su informe sobre el hermoso río y sus fértiles riberas, río conocido también con su nombre, indujo a su mandante, una sociedad comercial holandesa, a erigir una colonia allí.

La isla de Manhattan, la parte más antigua de la ciudad




En 1621 llegaron los inmigrantes holandeses al territorio comprendido entre los ríos Hudson y Delaware. Poco a poco se fueron dando cuenta de lo muy favorable que era el sitio escogido, porque desde el Hudson se podía pasar al San Lorenzo por medio de «portages» y porque uno de sus afluentes cruzaba los montes Apalaches, tan difíciles de atravesar de otra forma.

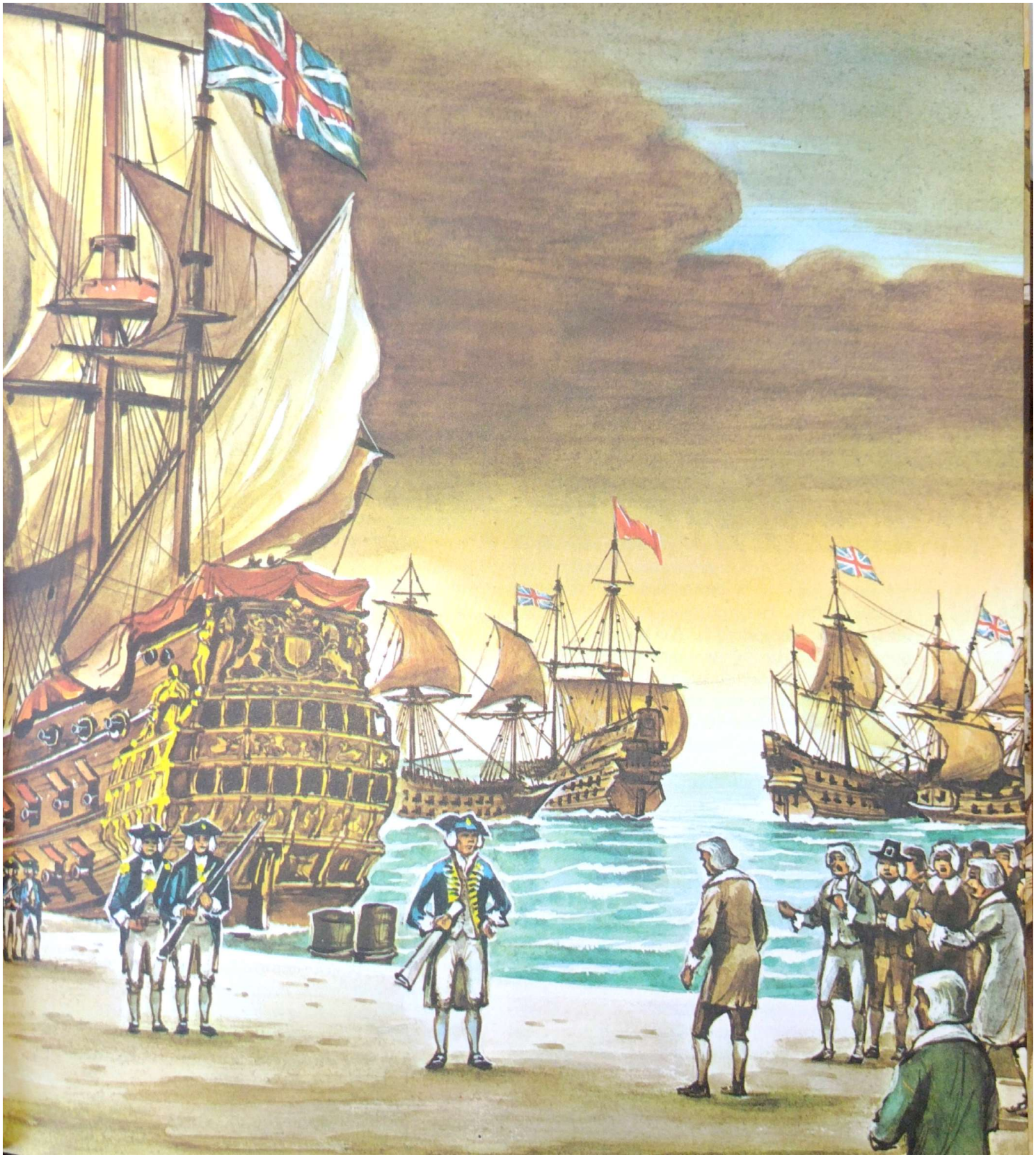
La ribera izquierda de la desembocadura del Hudson está formada por una isla alargada en la que hoy se elevan los famosos rascacielos de Nueva York. Entonces, cuando los holandeses llegaron, sólo encontraron unos cuantos indios que vivían en «wigwams» y que parecieron muy pobres a los blancos. Pese a ello, negociaron con ellos y Peter Minnewitt, nacido en Alemania, les compró la isla a cambio de artículos de hierro por valor de sesenta florines. Hasta hoy no se ha podido aclarar si la tribu vivía realmente en la isla o se hallaba en ella de paso y, por lo tanto, vendió algo que no era suyo.

La tribu de la isla se denominaba a sí misma con un nombre que sonaba algo así como «Manhattan» y con esa denominación fue bautizada la isla sobre la que se levanta hoy la parte más antigua de Nueva York.

Cuando los holandeses erigieron un fuerte para defender su establecimiento, aguas arriba del río, se encontraron en pleno teatro de operaciones en la guerra entre iroqueses y algonquinos. Entonces cometieron el error que ya habían cometido antes los franceses: se dejaron convencer para ayudar a los más débiles, aliándose con los algonquinos mohicanos. Mas los mohawks ya habían notado quién se les enfrentaba, se apoderaron de un blanco bien nutrido y le devoraron. A pesar de ello, «Nueva Amsterdam» floreció espléndidamente y atrajo a muchos emigrantes de todos los países de

La entrega de Nueva York a los ingleses. →

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

La isla de Manhattan en 1621.

Europa. Ochenta establecimientos fueron rodeando la pequeña pero activa ciudad. No parecía haber dificultades con los indios y, sin pensar en lo que hacían, los holandeses les entregaron los codiciados fusiles a cambio de pieles.

Poco a poco, los indios fueron mostrando signos de inquietud, porque cada vez acudían más barcos cargados de inmigrantes. Nunca hubieran podido pensar que hubiese tantos seres humanos en el mundo, y cuando los europeos empezaron a colonizar los valles de los ríos se dieron cuenta los indios del peligro que corrían de verse desplazados.

El primer incidente se produjo a causa de un cobarde asesinato, cometido por un soldado holandés en la persona de un indio para apoderarse de su hermosa piel de castor. El hijo del muerto juró vengarse, conforme a la costumbre india, y así lo hizo; abatió al primer blanco que vio, y con ello dio comienzo una larga y sangrienta guerra.

Las disensiones existentes entre los indios daban a los holandeses una oportunidad que, por desgracia, aprovecharon de una forma horrible: cuando los iroqueses exterminaron a los mohicanos, se dirigieron contra los lenapas, también llamados delawares. Los amenazados huyeron, buscando la protección de los blancos, y se establecieron frente a Manhattan, en la ribera del río; el director de la sociedad vio una oportunidad favorable para escarmentar de una vez a todos los indios: por la noche hizo que los soldados atravesasen el río y apresasen o matasen a todos los indios que se hallaban durmiendo.

Al fin, las tribus algonquinas, a las que pertenecían también los lenapas, se unieron. Aquella pequeña guerra amenazaba convertirse en una terrible rebelión contra los blancos. Una mañana se acercaron los pacíficos indios a realizar sus trueques, pero esa misma noche ardieron los tejados de 80 colonias y 350 personas encontraron la muerte. Más de dos años duró la guerra, en la que, al fin, las tropas inglesas ayudaron a los holandeses a lograr la victoria.

En Nueva Amsterdam había asumido entre tanto el gobierno un nuevo gobernador, Peter Stuyvesant. Era hábil y enérgico, pero no muy popular, pues se le consideraba altivo y duro. Por lo demás, ya había dado pruebas de su energía en la lucha contra los suecos que se habían establecido un poco al sur de Nueva Amsterdam. Los suecos y los holandeses combatieron en suelo americano por este territorio



Escaneado con CamScanner

El actual Manhattan, en el corazón de Nueva York.

hasta que, en 1655, vencieron los segundos.

La ciudad de Nueva Amsterdam se convirtió en una floreciente urbe comercial, con un intenso tráfico naval. Sin embargo, un buen día, el rey de Inglaterra planteó con toda clase de argumentos sus pretensiones a la posesión del territorio.

Peter Stuyvesant se echó a reír desdeñosamente cuando los enviados ingleses le comunicaron la noticia y le declararon que el rey de Inglaterra había donado la ciudad y el territorio a su hermano, el duque de York, por lo que la ciudad ya no debería llamarse Nueva Amsterdam, sino Nueva York. Sin embargo, a Stuyvesant se le pasaron pronto las ganas de reír cuando, un día del año 1664, apareció una flota inglesa de cinco fragatas y fondeó ante Long Island, que protege a Manhattan de las tempestades y oleajes del océano Atlántico. Casi cuarenta cañones apuntaban a la ciudad que, de esta manera, se encontraba aislada por el mar.

Aunque la defensa de la ciudad y sus piezas de artillería estaban descuidadas, Peter Stuyvesant quería luchar. Pero los ciudadanos de Nueva Amsterdam no se mostraron dispuestos. «¡Entrega la ciudad, Peter Stuyvesant! ¿Quieres que destruyan nuestras casas, nuestros silos, el astillero, los molinos de viento y los barcos anclados en el puerto?»

Entre los que coaccionaban al gobernador había muchos inmigrantes ingleses a quienes complacía la idea de volver a vivir bajo su soberano. El comandante de las fragatas esperaba con paciencia y se imaginaba lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Durante una semana, sus barcos estuvieron sin disparar un solo cañonazo... y ocurrió lo que ya había previsto: un grupo de ciudadanos salió de la ciudad con Peter Stuyvesant, erguido y rígido, a la cabeza. Tras él, cordiales y satisfechos, iban los ciudadanos que se habían pronunciado por la soberanía inglesa, entre ellos el hijo del propio Stuyvesant.

La entrega de la ciudad se realizó pacíficamente y nadie sufrió el menor daño (véase la página 89), pero la ciudad recibió un nuevo nombre: Nueva York.



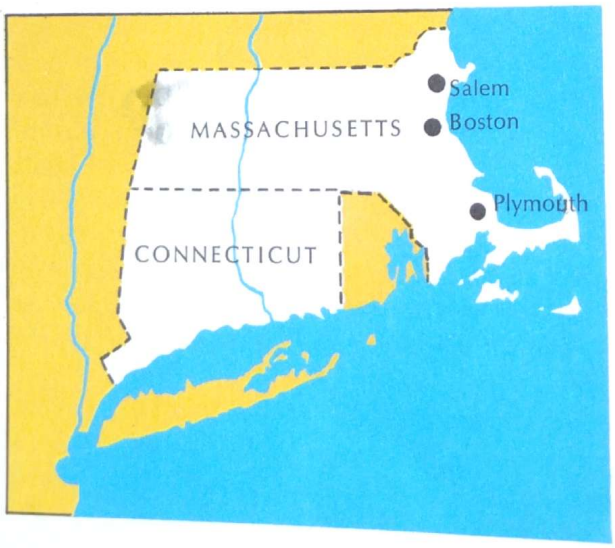
Escaneado con CamScanner

# Al país de los piadosos a través del mar

¿Por qué abandonaron tantos europeos su patria, sus parientes y amigos y el orden establecido en sus ciudades y pueblos para exponerse a los peligros desconocidos de un país extraño? Hacía ya mucho que no eran solamente los aventureros, los buscadores de oro, los navegantes y los descubridores o los traficantes de pieles los que se dirigían a América, sino que un número creciente de tranquilos ciudadanos y campesinos emigraban a aquel continente para crearse una nueva vida.

No era muy agradable la vida en la Europa del siglo XVII. En las ciudades había normas muy severas que impedían prosperar a muchos hombres hábiles y las zonas agrícolas eran escasas, ya que estaban asoladas por las guerras que azotaban a los países. América, con su extensión y su libertad y con la posibilidad que ofrecía de crear un orden nuevo en el que cualquier hombre honrado pudiera vivir independiente y próspero, era una tentación para innumerables personas. Claro que para emigrar hacía falta audacia y los emigrantes tenían que estar impulsados por un espíritu de pioneros. «Pioneros» son los primeros en correr un riesgo, facilitando así el camino a los demás. Los colonizadores y los posteriores americanos tenían espíritu de pioneros que les ayudó a acabar de conquistar el inmenso y desconocido continente.

Las fundaciones de los puritanos.




También los hábiles obreros ingleses que emprendieron en septiembre de 1620 el viaje a América tenían espíritu de pioneros; tenían especiales motivos para volver las espaldas a su patria, porque en Inglaterra, a su juicio, no se procedía con la suficiente piedad y rigor; su idea de la fe cristiana era mucho más pura —por eso recibieron el nombre de «partidarios de la doctrina pura» o «puritanos»— y no querían poner en peligro su eterna salvación conviviendo con gentes ligeras y sometiéndose a sus costumbres.

Muchos cientos de hombres emprendieron la navegación con el pequeño buque «Mayflower», en medio de las tempestades del otoño. Su meta era la floreciente colonia de Virginia, pero no la alcanzaron, porque entonces todavía no se podía determinar y mantener el curso de la nave con tanta exactitud como hoy. Desembarcaron mucho más al norte, en las rocas de una áspera costa en la que la selva llegaba hasta la misma orilla.

Pero los emigrantes —los peregrinos a la tierra de los piadosos— decidieron darse por satisfechos con aquel punto de desembarco septentrional; seguramente era voluntad de Dios que se estableciesen allí. Ya a bordo habían celebrado entre sí un contrato por el que prometían someterse fiel y honradamente al ordenamiento que iban a dar a las nuevas tierras.



Escaneado con CamScanner

El «Mayflower».

Querían convivir modesta, rigurosa, laboriosa y piadosamente.

Cuando desembarcaron los primeros, vestidos con casco y armadura, surgió de la espesura una figura con gran sorpresa de todos. «¡Buenos días!» —oyeron decir en inglés— y vieron aparecer a un indio sonriendo amistosamente. Era Samoset, que había aprendido inglés con los pescadores de la costa y se hallaba observando el desembarco del «Mayflower» por encargo de su jefe Massassoit.

Los inmigrantes consideraron que el saludo era un buen agüero.

En esta parte de la costa vivían tribus algonquinas, pequods, massachussets (que ya habían desaparecido antes de la llegada de los blancos, a causa de una epidemia), narrangassets y wampanogas, mandados por su poderoso caudillo Massassoit.

Massassoit dominaba muchos poblados y grupos de tribus e hizo anunciar su visita a los blancos por medio de Samoset. Quiso visitarles en Plymouth, la primera ciudad fundada por los puritanos, y cuando apareció, alto, escasamente vestido y seguido por sesenta indios pintarrajeados, no fue pequeño el susto que se llevaron los habitantes. ¿Cómo podrían vencer a los indios con sus miserables casas? El capitán Standish, jefe de la colonia, trotaba esforzadamente con sus cortas piernas junto al severo piel roja. Después se celebró una comida y se concluyó un tratado de amistad y comercio. Durante cuarenta años al pueblo de Massassoit vivió en completa armonía con los blancos, forzado a ello por la vigorosa mano del caudillo. Sólo de Massassoit dependía que los indios se mostrasen amistosos y eso se demostró después cuando su hijo Metacomet asumió la dignidad de cacique.

Los primeros tiempos de esta colonia, que recibió el nombre de Massachusetts, fueron difíciles. Había que talar y roturar cada pulgada de suelo, pero también el bosque tenía sus ventajas, porque sus gigantescos y magníficos árboles eran muy buenos para la construcción de barcos; sobre todo, se obtendrían de ellos maravillosos mástiles, cosa que los ingleses sabían estimar mejor que nadie, porque en su patria no había semejantes árboles. De esta forma se dedicaron a construir barcos y a pescar, de manera que pudo decirse que la merluza y la Biblia salvaron a Massachusetts.



Escaneado con CamScanner

Samoset saluda a los emigrantes.

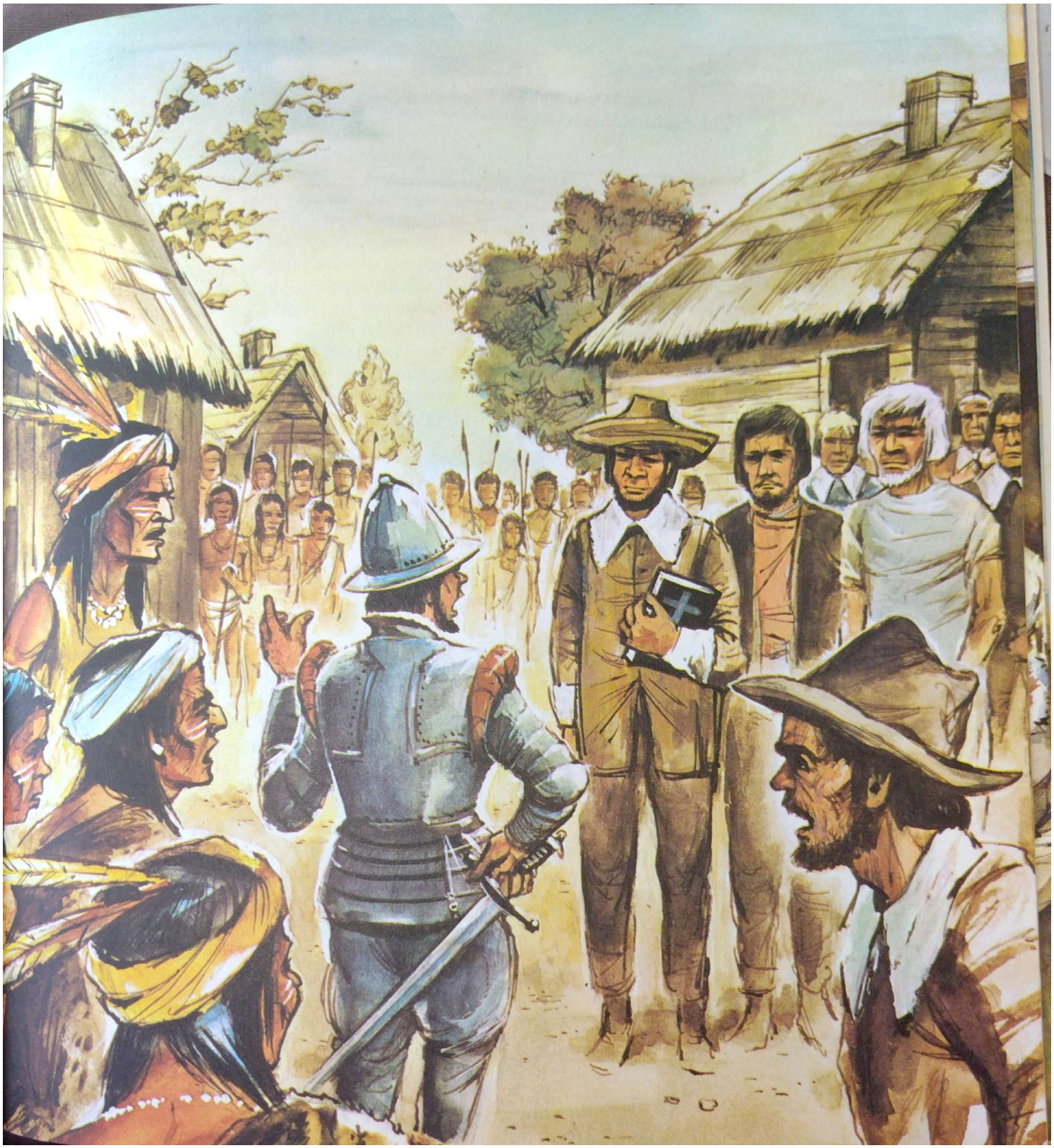
Los colonos acabaron por extender sus viajes marítimos hasta las islas de las Indias Occidentales, donde vendían pescado y compraban azúcar y melaza para el ron. Pronto nacieron otras ciudades como Salem y Boston; en esta última se elevó tanto el nivel de vida que ya en 1636 se fundó la primera escuela pública de latín a la que los niños bien dotados podían asistir gratuitamente. A la industria naviera se añadieron fábricas de ladrillos, de vidrio e industrias de forja del hierro, creándose así trabajo y posibilidades de prosperidad para las personas trabajadoras. No es, pues, extraño que cada vez acudiesen más europeos al país de los piadosos. Massachusetts se transformó en una floreciente colonia, por más que el país pareciese menos atractivo que el de Virginia.

Los puritanos exigían de todos los ciudadanos que viviesen ateniéndose estrictamente a las normas de su doctrina y sólo admitían como ciudadanos con plenitud de derechos a los que se sometían puntualmente a la Iglesia. El que abrigase ideas de revuelta podía contar con verse contemplado con desconfianza y acusado. Eso le ocurrió al joven pastor Williams, que predicaba que cada uno debía obedecer solamente a su conciencia y no al juez y al alcalde. Además, declaró que la carta de franquicia del rey de Inglaterra era injusta, porque el territorio pertenecía a los indios y era preciso comprárselo. A Williams se le obligó a abandonar el país en el primer barco que zarpase a principios de año, y entre tanto se le prohibió predicar. No obstante, no se calló, y prefirió refugiarse en lo más crudo del invierno junto a Massassoit, donde intentó fundar una misión de indios. Así erigió la ciudad de Providence que constituyó el núcleo de la nueva colonia de Rhode Island. Hoy Rhode Island es el Estado de la Unión de territorio más reducido, pero más densamente poblado. Williams vivió muchos años feliz entre los indios, pero tampoco su armonía con ellos duró para siempre, como aún hemos de ver.

El caudillo Massassoit en Plymouth. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

# Inglaterra en las costas de América

En el siglo XVII no había todavía radio ni teléfono; tampoco existían líneas telegráficas, rápidos o aviones; solamente pequeños navíos de vela navegaban por el océano en travesías que duraban semanas enteras. Sin embargo, las noticias sobre la floreciente vida americana se difundieron con extraordinaria rapidez y tentaban a cada vez más hombres a osar la travesía del Atlántico y establecerse definitivamente en el Nuevo Mundo. Una vez expulsadas Holanda y Suecia de América, aquellas gentes llegaban a territorio inglés si se establecían entre el territorio francés del San Lorenzo y la frontera de la Florida española; toda la costa pertenecía a Inglaterra.

Los particulares y las sociedades comerciales, y a veces también enviados del rey, fundaban colonias y procuraban que los inmigrantes las poblasen. El rey de Inglaterra, que consideraba que todo el país del Atlántico correspondía a su soberanía, otorgaba aquellos hombres o a las sociedades las llamadas cartas de privilegio, asignándoles un territorio determinado, fijando sus derechos y los de la Corona. Las cartas de privilegio de las colonias eran muy diferentes entre sí, según la forma en que se llevaba a cabo la colonización y según el partido o comunidad religiosa que poblasen el país. De esta forma, las colonias —que son territorios de un Estado fuera de su propio suelo— tenían derechos muy diferentes, diferentes condiciones económicas y diferentes constituciones. Pero el soberano del país era el rey de Inglaterra, que podía intervenir en los asuntos de las colonias por medio de su

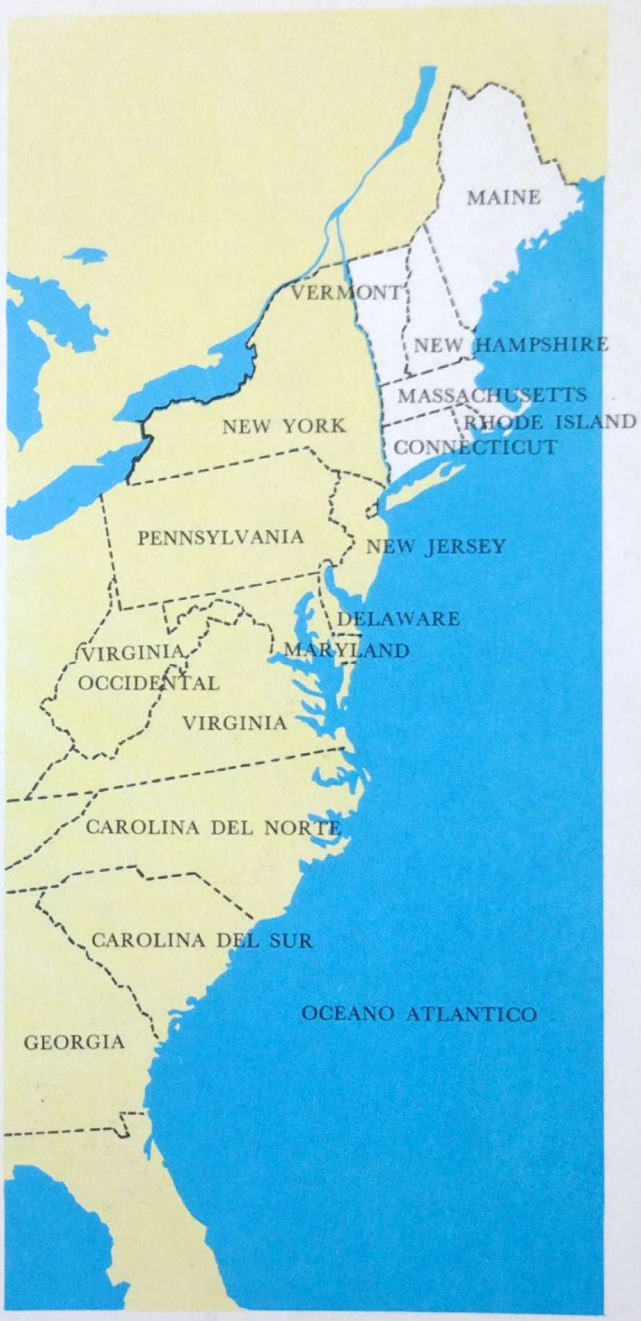
Recolección del tabaco en Virginia.

Escaneado con CamScanner

gobernador y las protegía, como es natural, con su ejército y su flota de los ataques de las potencias extranjeras.

Al sur de la más antigua de las colonias, Virginia, surgieron las dos Carolinas, del Norte y del Sur, y, en 1733, Georgia, la última colonia del Atlántico. La vida en el norte del país era muy distinta a la de los territorios del sur, donde existían grandes plantaciones. También la organización de las ciudades del norte del Atlántico era distinta a la de las europeas: ya en 1636 pudieron asistir los estudiantes a la universidad de Harvard, y a partir de 1704 se publicaba en Massachusetts un periódico.

Los inmigrantes que no fueron a las ciudades, sino a territorios libres y sin cultivar, descubrieron que los mejores puntos para establecer colonias eran los valles de los ríos. Era corriente que un grupo se hiciera independiente y fundara una colonia propia: así, precisamente Massachusetts tenía varias colonias filiales que se independizaron. Treinta y seis familias partieron con todos sus bienes hacia el valle del Connecticut y fundaron allí una nueva colonia que recibió el nombre del río. En 1639 se dieron a sí mismos una constitución que consideran hasta hoy como la primera constitución liberal que hubo en América. En ella se establecía que no era el rey el que nombraba al gobernador, sino que éste se elegía por los propios ciudadanos, lo mismo que las personas que habían de deliberar y decidir en nombre de todos. La colonia logró oponerse con éxito a las pretensiones del rey, su soberano. Un día, el rey, irritado por diversos incidentes ocurridos en Connecticut, envió un delegado que había de revocar la carta de privilegio, lo que hubiera supuesto el fin de la constitución liberal y hubiera hecho posible que el rey dominase arbitrariamente a sus súbditos. Los ciudadanos se declararon dispuestos a entregar al monarca de Londres su carta de privilegio e invitaron a su enviado a la solemne ceremonia de la



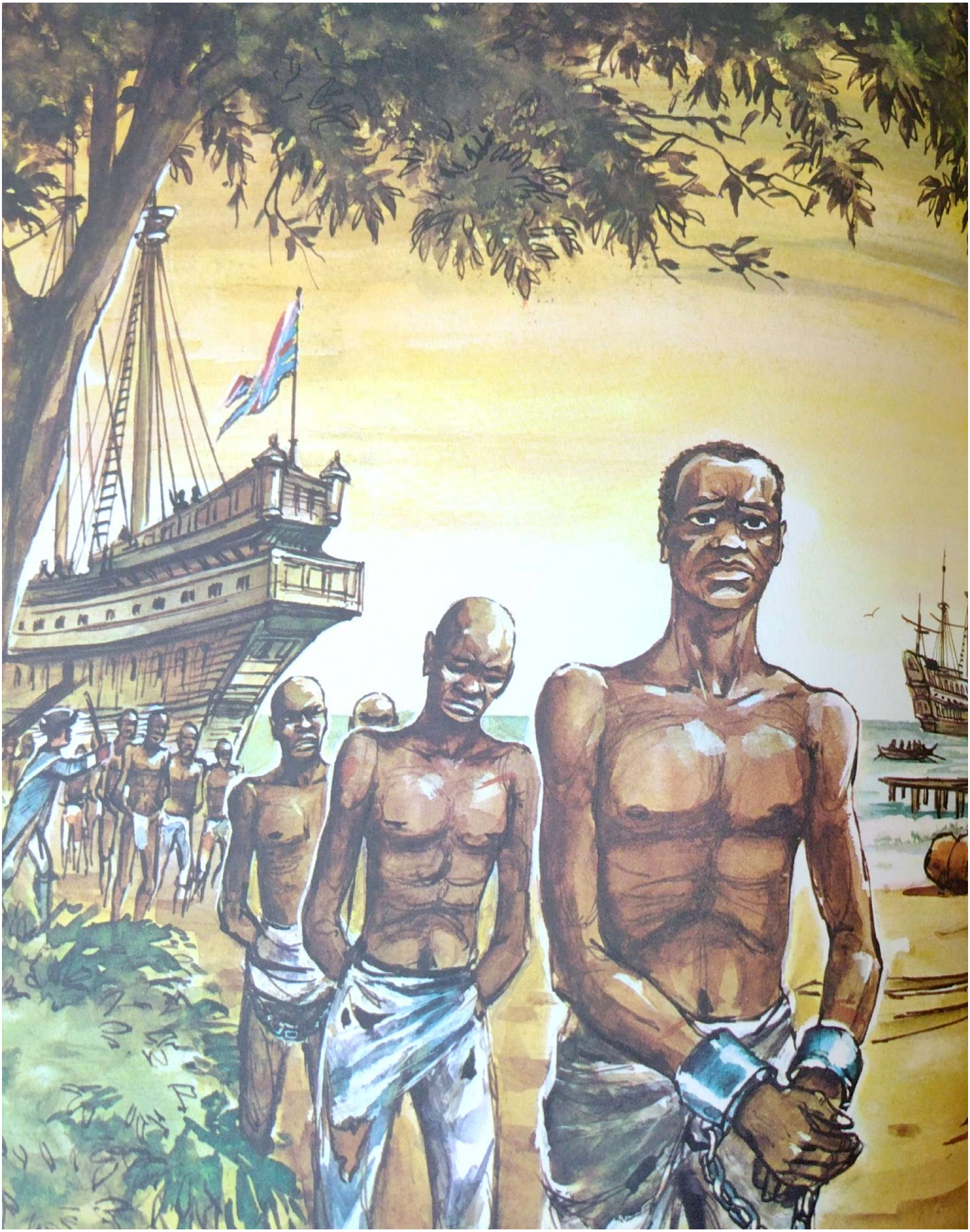

Los Estados de la costa oriental.

Desembarco de los primeros esclavos negros en Jamestown. →

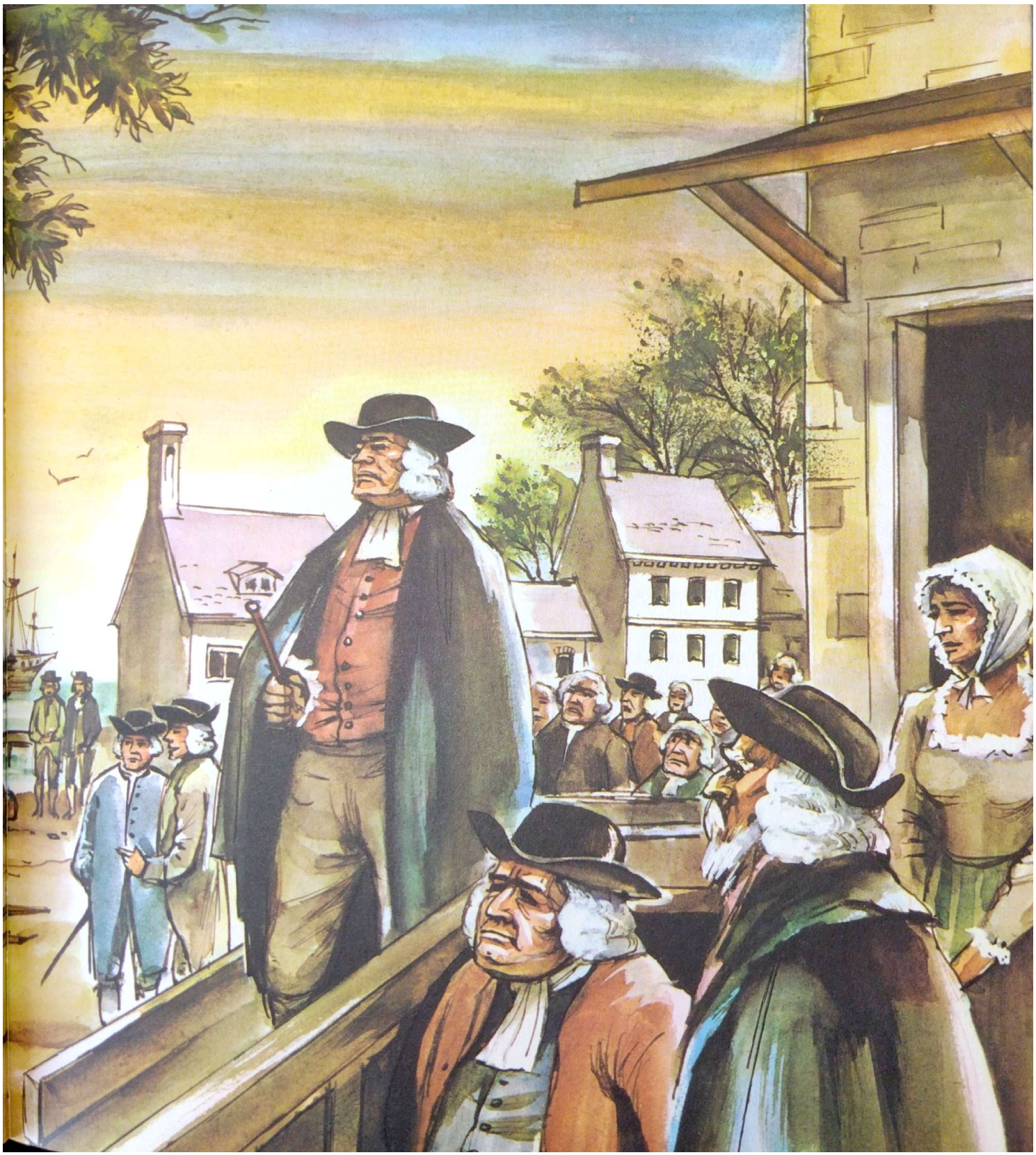




Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

entrega, que había de realizarse en el Ayuntamiento. A la luz de innumerables bujías, brillaba el pergamino y relucía el sello real del documento, que estaba depositado sobre un cojín de seda, pero cuando el enviado echó mano a él, se apagaron de repente todas las luces y se hizo una densa oscuridad. Ello produjo un tremendo escándalo en la sala; en medio de aquella confusión, los hombres corrían y tropezaban unos con otros; cuando, al fin, alguien gritó que se encendieran las luces, se fue aclarando poco a poco el panorama: el alcalde se hallaba aún con el cojín entre las manos, pero sobre él no había nada. La carta de privilegio había desaparecido y nadie sabía dónde estaba ni quién la había cogido. El iracundo enviado hubo de regresar a Londres sin haber conseguido nada y, al ver desaparecer tras el horizonte las velas de la nave que le conducía, los ciudadanos, llenos de alegría, avanzaron procesionalmente por la ciudad hasta llegar a una encina hueca, sacando entonces el documento de su escondite con toda solemnidad.

Pero las mayores dificultades de aquellos años no provenían de las relaciones con la madre patria, sino de los indios, que llenos de amargura y preocupación veían venir cada vez más barcos de emigrantes. Ya al principio de la colonia había estallado una guerra, en la que se unieron los algonquinos. Esta vez se trataba de los pequods, cuyo emperador, como decían los blancos, Sassako, había ordenado un ataque repentino a la colonia en las horas de la madrugada. Pasado el primer susto reaccionaron los blancos, se agruparon y buscaron ayuda en otras tribus indias. Por desgracia, hubo un traidor, un mohicano llamado Unkas que hizo causa común con los enemigos de su pueblo y guió a los colonos contra los «wigwams» de los pequods. Como en ambas partes había indios se produjo un combate horrible; casi todos los pequods perdieron la vida y Sassako buscó asilo entre los iroqueses, que le mataron. Esta «campaña de castigo» proporcionó a los colonos cuarenta años de paz con los indios.

Hubo otra colonia que se llevaba pacíficamente con los pieles rojas: Pennsilvania (significa «Bosque de Penn»). Era una colonia de cuáqueros fundada por William Penn. El territorio era tan grande como un reino y Penn lo había recibido del rey de Inglaterra, pero lo convirtió en un refugio para los cuáqueros que se veían perseguidos en Europa e incluso en América, en Massachusetts, porque no querían someterse a ninguna norma de fe y, desde luego, se negaban a hacer el servicio militar. Desde 1682 pudieron vivir sin ser molestados en Pennsilvania. Penn fundó la ciudad de Filadelfia «Amor fraterno» y marchó a Europa a reclutar inmigrantes, tarea en la que no fracasó. Pueblos enteros de Alemania se le adhirieron, de forma que la población de la nueva colonia estuvo durante algún tiempo compuesta por una tercera parte de alemanes. El que no tenía dinero para comprar a Penn un terreno, prestaba sus servicios hasta poder adquirirlo.

William Penn trató también como hermanos a los indios y celebró con los delawares algonquinos un célebre tratado. Todavía hoy se puede contemplar el «wampum» sobre el que los pieles rojas inscribieron las cláusulas del mismo: mano a mano se ve un hombre delgado —el indio— y uno gordo con sombrero —el blanco—. Más tarde se dijo que este tratado, no sancionado con juramento porque los cuáqueros lo rechazaban, ha sido el único que jamás fue violado. Cuando más tarde una serie de crueldades horribles separaron para siempre a blancos e indios, podía un cuáquero andar tranquilamente por la soledad del país: ningún indio tocaba un solo cabello de su cabeza.

En el norte vivían los ciudadanos y los campesinos que sacaban de su propio suelo lo que



Escaneado con CamScanner

William Penn firma el tratado con los delawares

necesitaban y al sur surgieron las grandes fincas en que se cultivaba el algodón y el tabaco. Desde que John Rolfe, el marido de la princesa Pocahontas, había enviado a Europa las primeras balas de tabaco, este producto era una enorme fuente de ingresos, que más tarde llegó a superar el algodón. Sin embargo, el blanco no podía trabajar a causa del calor que hacía en aquellos parajes. Los indios no servían como mano de obra y los blancos pobres que llegaban de Europa sólo trabajaban hasta pagarse su pasaje y poder establecerse por sí mismos.

En 1619 atracaron en el puerto virginiano de Jamestown dos barcos que transportaban un cargamento muy peculiar: uno de ellos traía honradas vírgenes de Inglaterra dispuestas a casarse con un granjero; el otro llevaba hombres que no venían por su voluntad: eran esclavos negros procedentes de Africa. La trata de esclavos comenzó con treinta negros y floreció durante siglos.

Los granjeros necesitaban esclavos y éstos eran caros. Pero todavía más cara era la mano de obra que había que emplear para vigilarlos; en realidad, sólo merecía la pena cuando se disponía de muchos negros y, por eso, el granjero blanco compraba cuanto «oro negro» le era posible al otro lado de los mares. ¡Ay del plantador americano cuando llegaban malos tiempos y no podía vender suficiente algodón o tabaco! En tal caso, le iba peor que a los campesinos del norte, que podían fabricar por sí lo que necesitaban.



Escaneado con CamScanner

# La guerra del Rey Felipe

Cuando los pequods fueron derrotados y casi exterminados en Connecticut, pudo creerse durante casi cuatro décadas que los indios ya no se atreverían a lanzar grandes ataques. Mas los blancos y los pieles rojas no se fiaban unos de otros y, mientras los indios contemplaban con temor y preocupación el gran número de blancos que llegaban al país, los colonos, por su parte, temían a los extraños, astutos e impenetrables indígenas. Sin embargo, la gran revuelta no se produjo porque las tribus, como siempre, se hallaban divididas.

En 1670, una tribu algonquina vino a establecerse en Maryland, expulsada de sus territorios, una vez más, por los iroqueses. Maryland, colonia situada en la bahía de Chesapeake, junto al río Potomac, había sido fundada cuarenta años antes en la vecindad de Virginia, la más antigua de las colonias. Al intentar crear una nueva patria en el Potomac, estallaron constantes luchas entre los colonos y los susquehannocks, y cuando, en 1675, un colono resultó muerto en un enfrentamiento con los indios, vieron los blancos llegada la anhelada ocasión de emprender una «expedición de castigo» contra aquella tribu.

Esta se había retirado a un poblado fortificado y protegido por empalizadas y vio tranquilamente cómo una tropa de blancos armados se disponía a sitiar el poblado. Cinco caudillos, hombres orgullosos y valientes, salieron al día siguiente y solicitaron tratar con los ingleses, pero los indignados y atemorizados colonos se rieron de ellos; con los indios no se podía tratar. Lo que había que hacer era expulsarlos. Sonaron unos disparos y los cinco caudillos cayeron muertos.

Sin embargo, la guarnición del fuerte indio no se rindió. Aguantó el asedio semana tras semana, soportando el hambre y la sed, hasta el punto de que los blancos se preguntaban si quedaba alguno con vida. Una mañana, se dieron cuenta los colonos de que los indios se habían escapado; por la noche habían evacuado el fuerte con sus mujeres y sus hijos. Pero fue realmente un siniestro descubrimiento, porque cuando aún estaban deliberando sobre lo que convenía hacer, empezaron a arder las primeras casas de los colonos y a gemir las víctimas bajo los escalpelos de los pieles rojas.

También fueron las discordias la causa de la ruina del «rey Felipe». Su historia se desarrolló en el Norte, en Massachusetts.

Los blancos llamaban rey al poderoso caudillo de los wampanoags, a causa del crecido número de guerreros que poseía y también porque su imperio parecía estar sólidamente establecido en sus territorios. Mientras vivió, Massassoit mantuvo la paz con los ingleses; era suficientemente inteligente para reconocer su poder y esperaba que su pueblo recibiera algo de la fuerza de los extranjeros si adoptaba sus costumbres y conocimientos. Por esta razón envió a su hijo y sucesor Metacomet a una escuela puritana y le hizo educar en el cristianismo, con la esperanza de que los blancos respetasen a un cacique cristiano.

Pero los puritanos no tenían comprensión alguna para los orgullosos, inteligentes y físicamente bien constituidos wampanoags; estaban tan ocupados en afirmar su colonia, extender su comercio y sus rígidos principios por todas partes, que sólo veían en los indios unos niños perezosos e ignorantes a quienes había que dirigir en todo. Metacomet que, tras la muerte de su padre, recibió la dignidad de caudillo, pudo observar muy pronto que su cristianismo

El asalto al poblado de los narragansetts. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Muerte de Metacomet.

no le servía de nada. Es cierto que los blancos le llamaban «rey Felipe», pero cuando, según las leyes indias, castigaban a algún delincuente de su pueblo, los blancos le acusaban de criminal ante sus propios tribunales. Sólo la ley de los blancos era válida, tanto para éstos como para los indios. No sabemos si ya entonces Metacomet empezó a pensar en la resistencia, pero seguramente discutió con su hombre de confianza, el bautizado Sassamon, sobre estas ofensas.

Sassamon le traicionó. Mas antes de que los puritanos hubiesen tenido tiempo de reflexionar sobre el informe de Sassamon, Metacomet, enterado de su traición, le hizo ejecutar. Fueron blancos los que encontraron al ejecutado y blancos también los que juzgaron a los tres indios que habían cumplido las órdenes de Metacomet. Los tres fueron ejecutados a su vez conforme a la ley de los blancos.

Para Metacomet había llegado la hora de actuar, porque nadie le hubiese obedecido si permitía que sus órdenes fuesen anuladas por extraños y si, como caudillo, no podía ya castigar conforme al antiguo derecho indio. El «rey Felipe» conferenció con las tribus vecinas, porque era lo bastante inteligente para comprender que solamente una gran fuerza podía tener posibilidades de éxito contra los blancos. En junio de 1675 comenzó la lucha con constantes provocaciones por parte de los indios hasta lograr que fuesen los blancos quienes disparasen el primer tiro.

En el territorio vivían cuatro veces más blancos que indios, y al principio de la guerra fueron los wampanoags los que hubieron de soportar todo el peso de la lucha. Por el contrario, las colonias, que generalmente no estaban en buenas relaciones, formaron eficaces tropas conjuntas contra los indios. La guerra, que consistió en constantes asaltos y pequeñas escaramuzas, acabó por extenderse hasta Nueva York y por ambas partes se realizaron horribles crueldades, como sucedía siempre que había indios por medio.

Poco a poco se fueron adhiriendo más tribus a la lucha de Metacomet, lo que causaba



Escaneado con CamScanner

gran preocupación a los blancos. El temor de que se uniese también la tribu de los narragansetts a los planes de Metacomet, les decidió a acabar definitivamente con tales propósitos Cierto día, se hallaban durmiendo los narragansetts en su campamento, totalmente descuidados, sin pensar que el lago helado no podía protegerlos. A veces fallaba también la famosa prudencia de los indios. Los blancos se aproximaron, incendiaron los «wigwams», muriendo en el incendio las mujeres y los niños, y mataron a todos los fugitivos. Los indios pelearon con encarnizada bravura y lograron derribar a un par de cientos de ingleses, pero fueron los blancos los vencedores y los narragansetts, presas de profundo terror, renunciaron incluso a perseguir a los enemigos en su retirada. La estampa de la página 103 muestra el asalto al pueblo indio.

Metacomet ya no conoció más triunfos, porque fueron ahora los iroqueses los que le atacaron siguiendo su costumbre. Además, los algonquinos padecían hambre y estaban hartos de luchar. Todavía se realizó un horrible asalto a unos blancos que transportaban maíz. En el «Arroyo de la Sangre» (Bloody Brook), murieron muchos de ellos de mano de los indios.

La mujer y los hijos del «rey Felipe» cayeron prisioneros de los blancos; sus gentes padecían hambre, los asaltos eran cada vez más inútiles y Metacomet perdió todas sus esperanzas. No parece que fuese muy belicoso. Finalmente, atraído a una celada, cayó bajo el fuego de la carabina de un indio...

Su destino se repitió a menudo, como veremos.

Con su muerte se apagó la resistencia por mucho tiempo, aunque no definitivamente, pues en ciertos puntos, aún estallaban algunos combates; no obstante, poco a poco se fueron tranquilizando los hambrientos y errabundos indios; por fin reinaba la calma en Massachusetts y sus vecinas colonias.

Construcción de una canoa con piel de ternero.



Escaneado con CamScanner

# Los «hombres de los grandes bosques» y los «hombres de la frontera»

Para referirnos hoy a los colonizadores del Oeste, diríamos que eran «provincianos», gente que vivía muy apartada de las zonas pobladas y que no tenía ni la menor idea de cómo son las cosas del mundo. Pero apenas hay ya gente así, ni aquí ni en América. La televesión, la radio y la prensa comunican al pueblo más insignificante y apartado con el resto del mundo.

En cambio, el «provinciano» americano era realmente un ser que vivía como Robinsón, pero no en una isla, sino en la maleza, en una «isla» creada por él en el inmenso bosque.

La expresión inglesa que designa a aquellos hombres es la de «backwoodsmen», que podríamos traducir más o menos por «hombres de los grandes bosques». En realidad, se trataba de gente que vivían en remotísimas regiones. Los ricos plantadores de tabaco de Virginia, los acomodados comerciantes, los armadores y los obreros de Nueva York, Boston y Plymouth llamaban «backwoodsmen» a los valerosos hombres que fueron los primeros en atreverse a hollar las estribaciones y los valles de los montes Apalaches; eran los labradores, los «granjeros», los colonizadores, todos los hombres y mujeres que, desde la costa, se lanzaron al interior del país y lo conquistaron, no con cañones y rifles, sino con su trabajo, su laboriosidad, su constancia. Navegantes, descubridores, coureurs, cazadores y tramperos exploraban el país; los colonos tomaban posesión de él.

En el siglo XVII se afirmaron las colonias inglesas en el Océano Atlántico; en el siglo siguiente, se extendieron hacia el oeste. Claro es que, al principio, no era tentador para muchos abandonar las zonas pobladas para trasladarse a la selva, porque ¿quién sabía los peligros que les podrían acechar allá? ¿Qué podía esperar un agricultor de un terreno que había que roturar y desbrozar palmo a palmo y en el que las hojas de los árboles no permitían el paso de los rayos del sol? ¿Qué se le había perdido al agricultor en un terreno que abundaba en animales salvajes y que estaba siempre en la ruta de los indios, con sus sendas secretas?

En verdad, no era una decisión fácil la de hacerse «hombre de los grandes bosques». Pero el que se hallaba incómodo en la activa vida de la ciudad y prefería hacer cultivable el suelo, sentía la tentación de tan buen terreno como había; más de uno venía de Europa, donde vivía en la pobreza y las privaciones; tal vez

Norteamérica, según un mapa del siglo XVII.

La casa de troncos en el calvero. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

algún otro necesitaba ocultarse por temor al castigo de algún delito. Finalmente, llegaron comunidades enteras de hombres que profesaban una fe determinada y esperaban poder vivir en el Nuevo Mundo sin que nadie les molestase.

Siempre que se reunía un grupo cualquiera, podía apoyarse en los demás; todos ayudaban al vecino y podían estar seguros de recibir su ayuda en correspondencia. Muchos colonos partieron, sin embargo, solos, acompañados solamente por su familia y los bienes estrictamente necesarios. Lo que todos encontraban era una vida totalmente libre, en la que nadie podía meterse, en la que no había ningún gobierno que exigiese impuestos o que implantase el servicio militar, pero que, como también es lógico, tampoco podía ayudar al colono cuando le iba mal en medio de su soledad.

La aventura ya empezaba en el viaje, con la búsqueda de un camino. Los senderos indios, muy estrechos, que discurrían a través de la espesura, eran conocidos por muy pocos blancos y, por otra parte, tampoco eran apropiados para grandes carros. Al otro lado de las montañas, los futuros emigrantes podían viajar por el río y confiar sus pertenencias a una balsa, lo que hizo perderlo todo a algunos cuando el curso del río estaba interrumpido por algún remolino. En cambio, los que viajaban desde la costa del Atlántico hacia las montañas no tenían la posibilidad de aprovechar el curso de los ríos, ya que éstos fluían en dirección contraria a la que llevaban. Durante algún trecho, los valles de los ríos eran suficientemente amplios para subir por ellos, pero cada uno tenía que arreglárselas para continuar. Estos viajes no eran sólo de días, sino de semanas. Un caballo y, en ocasiones una vaca, tiraba de la carreta que llevaba todo lo que pertenecía a la familia, pero en alguna ocasión los propios hombres tuvieron que engancharse a sí mismos a los carros.

Los primeros colonos encontraron su nueva patria en la ladera oriental de las cadenas de los Apalaches; otros se dirigieron hacia las montañas y llegaron a los profundos valles longitudinales, ocultos entre las diferentes cadenas montañosas. Aquí fueron surgiendo poco a poco poblados nuevos.

No era fácil encontrar el lugar apropiado. Era necesario que hubiese abundancia de agua y que fuese relativamente accesible. El claro sobre el que había de alzarse la casa no podía ser muy desigual y tenía que ofrecer protección contra el viento y las tempestades de nieve. Algunos colonos partieron de nuevo, después de algún tiempo, en busca de un lugar más adecuado. ¡Con cuánta alegría encendía la madre el primer fuego, al que los niños echaban leña! ¡Con cuánta curiosidad andaban chicos y chicas de aquí para allá para conocer su nuevo hogar! El primer trabajo de los hombres consistía en hacer un calvero en el bosque. No era difícil derribar los gigantescos árboles con las hachas de hierro, pero, por lo que hace a los campos, no se podía plantar en seguida y era frecuente seguir la costumbre de los indios (véase la página 109). Estos, que hasta la llegada de los blancos tenían que conformarse con utensilios de piedra, «marcaban» los árboles durante el otoño, es decir, les hacían una ancha franja en la corteza, de forma que la savia no pudiera subir mucho al año siguiente y así no les salieran hojas a las ramas. Entonces daba por primera vez el sol en el suelo del bosque: ahí, entre los desnudos troncos, sembraban los indios, y como ellos los colonos, los primeros granos. Poco a poco iban muriendo los árboles, que caían al suelo y eran apartados. Así, de esta forma relativamente cómoda, que se empleaba para las grandes extensiones, se roturó la mayor parte del suelo americano.

Indios talando. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Con los primeros árboles derribados, construían los hombres una casa de troncos para la familia. Los troncos se clavaban en tierra y se añadían vigas a las paredes, sin clavar, naturalmente, porque los clavos, como todos los objetos de hierro eran preciosos. Había que encajar las vigas entre sí de modo que las juntas fuesen lo más pequeñas posible y fáciles de tapar con musgo. Las aberturas para las ventanas quedaban casi siempre abiertas, pero el que tenía tiempo se procuraba una piel de animal muy fina, que se colocaba en invierno en las ventanas y que, no obstante, dejaba pasar la luz. El humo que ascendía sobre el horno de ladrillo salía por el agujero destinado al efecto, si bien, cuando hacía buen tiempo, la mujer prefería guisar al aire libre, ante la casa.

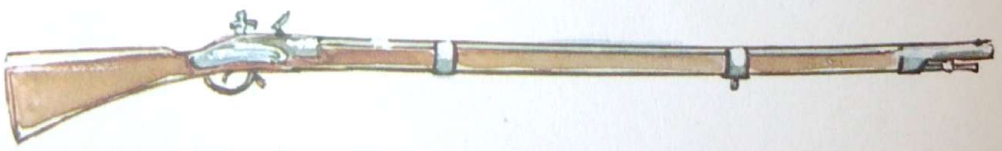
La familia tenía que hacérselo todo: construir, sembrar, atender al ganado, y procurarse vestidos. Los trajes, los abrigos y las capas se sacaban del bosque porque también el colono, como el indio, aprendió muy pronto a aprovechar todo lo que le ofrecía el bosque: los colonos eran también cazadores y ya de pequeños aprendían sus hijos a cazar ardillas, localizar los castores y seguir las huellas de los zorros con el trineo cuando el invierno arrojaba las capas de nieve sobre el suelo. Los trineos consistían en unos aros tensados por medio de una red entretejida. (Página 119.)

En sus camisas de piel, sus mocasines y sus gorras de mapache, los colonos no se distinguían gran cosa de los indios, los tramperos y los coureurs. La mujer del colono hacía con lana y lino un áspero material y con él lucía en los días oscuros las velas fundidas de grasa de ciervo.

Realmente, la vida daba cuanto necesitaba al que era trabajador. Ningún colono compraba azúcar, porque podía obtenerla del arce, como se ve en la figura de la página 111; practicaba un corte por el cual el jugo del arce caía en una vasija sin que el árbol sufriere daño alguno. El arce, su azúcar y su jarabe fueron tan trascendentales para Norteamérica que el Canadá lo adoptó en su escudo. (Grabado a la derecha.)

En cambio, sí tenía el colono que comprar sal, pues era muy necesaria, no sólo para vivir, sino para mantener frescas las provisiones de carne y para la alimentación diaria de personas y animales. La mayor parte de las veces el colono hacía un largo viaje hasta la costa, a una de las ciudades. Su caballo de carga avanzaba bajo el peso de las pieles que su dueño llevaba a la ciudad, porque el colono pagaba con pieles y, aunque no supiera nada de las nuevas modas, conocía perfectamente el valor de su mercancía y luchaba encarnizadamente por su precio. Lo que traía al regreso era, además de sal, unos clavos que siempre podían hacer

La Biblia, el hacha y la carabina.





Escaneado con CamScanner

falta, una pequeña botella de ron para casos de enfermedad y, sobre todo, pólvora y plomo para su imprescindible arma. No sólo el agricultor sabía manejar el rifle; también las mujeres y los niños tenían que saber disparar para poder defender sus vidas contra los «tomahawks», los cuchillos de escalpar y las flechas si en alguna ocasión se oía por la noche el temible grito de guerra y las primeras flechas incendiarias alcanzaban el techo de la casa.

Pues donde vivía el colono tenía su patria el indio. La primitiva historia del granjero americano está poblada de enfrentamientos con los indios, una cadena de acontecimientos terribles y sangrientos llenos de incomprensible crueldad.

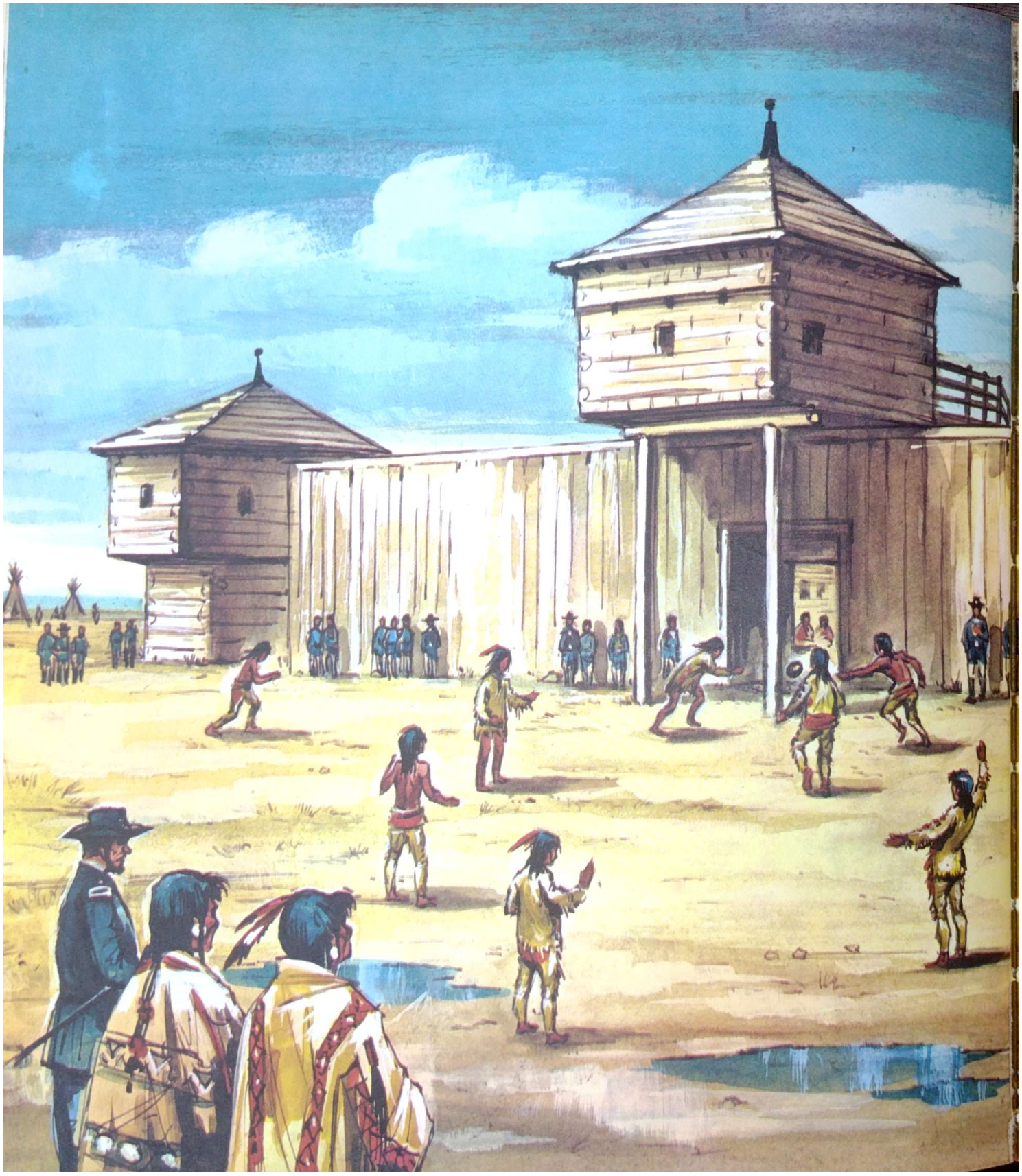
Al que se establecía en la «frontera», es decir, en el límite último de los territorios poblados por los blancos, se le llamaba «hombre de la frontera». La frontera se iba desplazando cada vez más hacia el oeste. Los hombres de que hablamos eran colonos siempre en busca de lo desconocido y lo despoblado. Llegaban, se creaban un claro de bosque, construían una casa de troncos, lograban entenderse hasta cierto punto con los indios o los escarmentaban y vendían su casa cuando otros colonos llegaban a su territorio. Entonces se volvían a marchar, volvían a construirse un hogar y volvían a abandonarlo. Eran eternos emigrantes que, sin embargo, hacían siempre lo más permanente del trabajo, preparando el terreno a los que iban tras ellos y se retiraban de nuevo a la soledad, a un país donde pudieran vivir a su modo. Son los colonos y los «hombres de la frontera» quienes conquistaron América; pero la conquistaron pacíficamente.

Izquierda: Hoja de arce del escudo del Canadá.
Derecha: Aprovechamiento del arce.

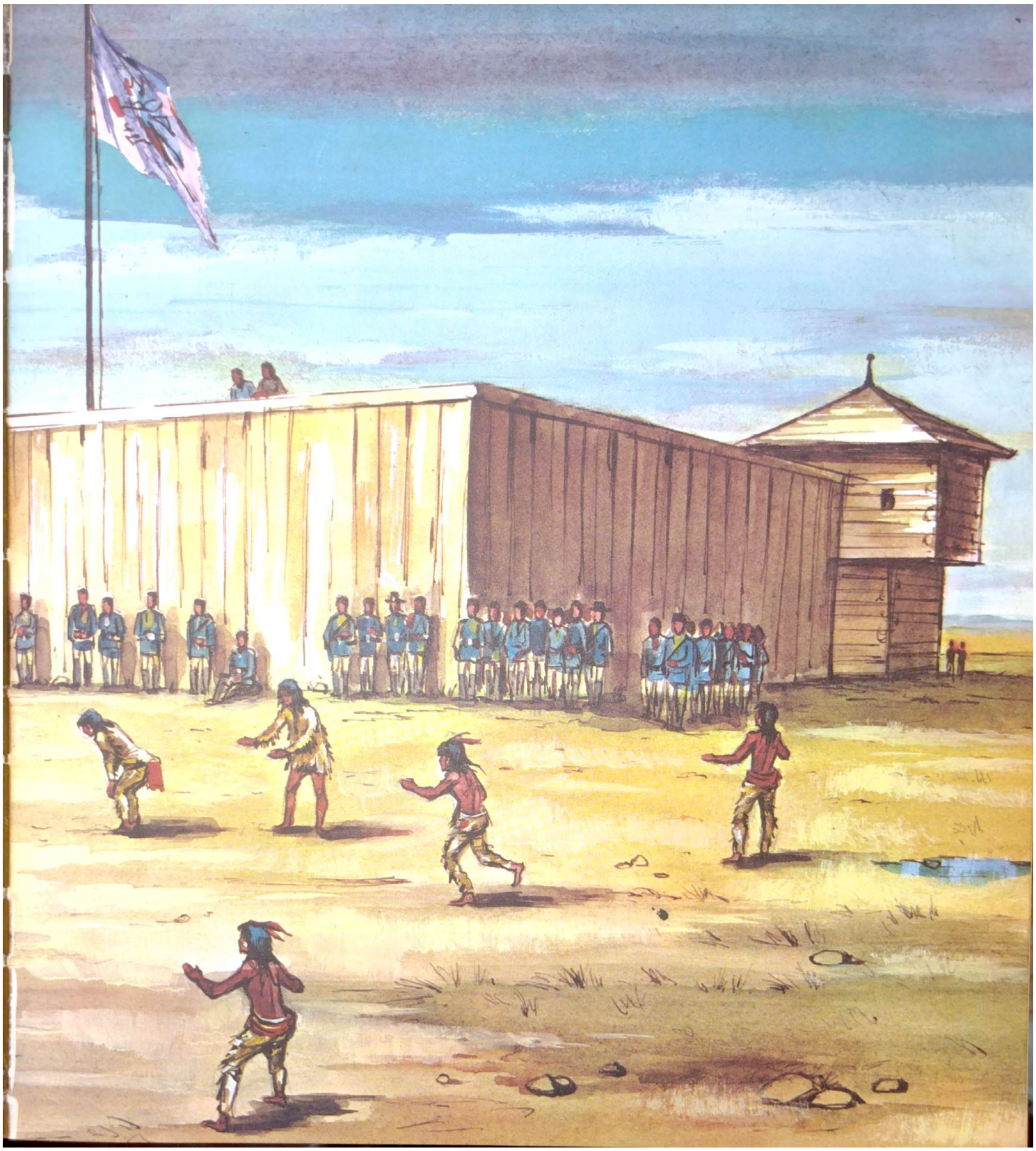
Páginas siguientes: Indios jugando a la pelota ante el → fuerte Missimilimackinaw.



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

# Pontiac y la guerra entre los blancos

Cuando los ingleses, partiendo de sus colonias del Atlántico avanzaron hacia el oeste, más allá de los montes Apalaches, llegaron a un territorio donde no eran nada bienvenidos: los franceses lo reclamaban como suyo. Habían fundado su Nueva Francia desde el San Lorenzo y los Grandes Lagos hacia el sur, cuyo camino más importante era el Mississipi. Podemos imaginarnos la importancia del gran río comparándola con la de la espina dorsal para el cuerpo humano. Era el Mississipi quien conservaba el gran imperio, la Luisiana de La Salle. Nadie podía decir lo grande que era en realidad la Luisiana, porque aún no se conocía con exactitud su extensión hacia el oeste. Sin embargo, una cosa era segura para los franceses: Desde el Mississipi hasta la vertiente occidental de los Apalaches, el territorio pertenecía a La Luisiana y, por tanto, a Francia. No estaban dispuestos a renunciar precisamente a los fértiles valles del Ohio y de otros afluentes del Mississipi, valles muy codiciados por los colonos.

No eran muchos los franceses que vivían en Norteamérica, porque eran muchas menos las personas que habían emigrado de Francia que de Inglaterra, pero las pequeñas colonias inglesas del Atlántico eran independientes, divididas entre sí y celosas unas de otras y, además pertenecían a territorios muy diferentes, mientras Francia mantenía poderosas fortalezas en los ríos y en los Grandes Lagos. Por eso no le resultó difícil a Francia contener al principio a los ingleses.

Como es natural, los indios habían observado hacía ya mucho que los blancos no podían verse entre sí y, por lo menos los iroqueses, habían decidido aprovecharse de esta situación. Si los blancos se hacían la guerra unos a otros, ellos participarían.

Francia tenía frente a los indígenas una actitud muy distinta a la de las demás potencias colonizadoras; los indios, algonquinos y hurones, de su territorio eran para los franceses una especie de súbditos infantiles a quienes se dejaba en paz e incluso se protegía. Por el contrario, los iroqueses eran auténticos enemigos y su territorio era como territorio extranjero.

Ya sabemos que los iroqueses eran los eternos enemigos de los franceses desde aquel irreflexivo disparo de Champlais y comprendemos que se pusieran al lado de los ingleses cuando las luchas entre franceses e ingleses se fueron haciendo más frecuentes. Por desgracia, los ingleses dotaron a los iroqueses de armas de fuego. La mayor parte de las tribus algonquinas se adhirieron a los franceses, pero se cansaban en seguida de combatir y, cuando su aliado blanco sufría una derrota, estaban dispuestos a abandonarle inmediatamente. Esto no es, claro, una cualidad bonita, pero ¿tenían alguna razón los indios para permanecer fieles hasta la muerte a los blancos que, después de todo, sólo querían expulsar a los pieles rojas? Llegó incluso a suceder que algunas tribus iroquesas, los mohawks, los oneidas, los onondagas, los cayugas y los senecas, mostraron repentinamente deseos de olvidar su odio a los franceses y abandonar la causa inglesa después de haber obtenido Francia una serie de victorias.

Todas estas luchas entre franceses e ingleses revistieron caracteres de horrible salvajismo debido a la participación de los indígenas; no había misericordia ni humanidad por ninguna de las partes. Cuando los europeos no lograban



Escaneado con CamScanner

frenar a sus aliados —y la mayor parte de las veces ni siquiera lo intentaban—, se veían mezclados en esa confusa competencia de crueldades. Sólo profesaban un principio: matar y destruir. Cuando estalló la guerra en América, los adversarios se hallaban también enfrentados en Europa, a causa de la llamada guerra de los Siete Años, pero el que allí oía cómo procedían ingleses y franceses en unión de sus aliados indios movía incrédulo la cabeza: ¿era posible que aquellas barbaridades fuesen ciertas?

En 1755 estalló la verdadera guerra después de muchas escaramuzas aisladas. Con ayuda de las tribus algonquinas, los franceses expulsaron a los colonos ingleses que se habían establecido esperanzados en el hermoso valle del Ohio. Avanzando profundamente en territorio inglés, llegaron con los indios hasta la propia Nueva York, llenando de terror a sus habitantes.

Sin embargo, el monarca inglés acabó enviando soldados experimentados a proteger a las colonias americanas y, por otra parte, los colonos terminaron uniéndose en la hora del peligro. El comandante de los soldados era el general Braddock, oficial curtido en los campos de batalla de Europa a quien nadie podía enseñar cómo se dirige una guerra. Desde luego; el general Braddock sabía perfectamente cómo dirigir la guerra en Europa, pero... América era otra cosa muy distinta.

Braddock partió con sus soldados contra el fuerte francés Duquesne, situado en la confluencia de los ríos Monongahela y Albany (son las dos fuentes del Ohio) y en cuyo lugar se alza hoy la «ciudad del humo», Pittsburgh. Con el ejército de Braddock, marchaba la «milicia» de Virginia, tropa de ciudadanos armados y algunas colonias atlánticas al mando de un joven llamado George Washington, de cuyo nombre hemos de tomar buena nota. Washington conocía a los indios, de los que

La zona fronteriza entre Canadá y los Estados Unidos.

el general Braddock, como es natural, no sabía nada, y vio con disgusto lo poco que los ingleses trataban de adaptarse al terreno. En medio del tañer de las trompetas marcharon los soldados europeos por el país y, aunque tropezaban constantemente con las raíces, continuaban, sin embargo, valerosamente su marcha a paso ordinario en dirección adonde se hallaban los franceses y sus aliados indios. Sus rojas casacas brillaban a través del bosque, sus botas, como había comprobado por la mañana el general satisfecho, estaban relucientes y las coletas empolvadas colgaban limpiamente sobre la parte posterior del cuello. Detrás de las tropas marchaban los pesados carromatos en los que el general Braddock había cargado la munición, las cocinas de campaña, las tiendas y sus propias cosas. ¡Aquello era una marcha! En la página 117 se representa la comitiva. Preocupado, el joven oficial Washington se acercó al general y le dijo que seguramente habría indios escondidos. «No debíamos marchar en orden cerrado, mi general. Permítame que envíe observadores antes de continuar.»

Pero el altivo general se limitó a mirar despreciativamente al salvaje de América: «Queréis enseñarme táctica».



Escaneado con CamScanner

Por tanto, continuaron su marcha entre pífanos y redobles de tambor hasta que, repentinamente, el bosque cobró vida. De detrás de cada árbol apareció un indio, silbaron las flechas y los disparos y, antes de que los soldados hubiesen comprendido lo que ocurría, se encabritaron los caballos, arrojaron a los jinetes de sus sillas, atropellaron a los soldados de a pie y los indios, con sus rostros pintados, gestos desfigurados y horribles gritos, se lanzaron a arrancar la cabellera de los caídos.

No. Aquello no fue una batalla como la que había planeado Braddock. Solamente las milicias de Washington impidieron la desbandada general, se escondieron tras los árboles y contestaron a los disparos. Braddock perdió la vida en el combate. Habían sido los algonquinos los autores del triunfo y los miamis, ottawas y chawanos; los franceses no tuvieron que mover un dedo.

La guerra continuó por siete años largos y los indios habían perdido sus ganas de lucha. Sólo la potencia iroquesa compuesta de varios cientos de guerreros instruídos y veteranos permanecía inconmovible en estado de guerra al lado de los ingleses, si bien algunas tribus, como ya hemos indicado, vacilaron al principio a causa de las victorias de los franceses. Los iroqueses se volvieron sobre todo contra las tribus partidarias de los franceses, asaltaron sus poblados, raptaron sus mujeres y sus niños, robaron sus víveres y destruyeron sus wigwams. Todo esto fue lo que más quebrantó el ánimo de los algonquinos, que querían regresar a sus tierras, volver a plantar sus campos y proteger a sus familias.

Poco a poco aprendieron los ingleses a comprender la guerra de los indios. En ambas partes había capitanes hábiles y valientes, pero Francia apenas mandaba refuerzos y soldados; los escasos colonos franceses apenas podían ya alimentarse y lo propio les ocurría a las tropas. Los franceses lo pasaban mal. Al fin Inglaterra llegó a enviar una escuadra. Cuando el fuerte francés Ticonderoga, la puerta del Canadá, cayó sin presentar resistencia y cuando Quebec, situada junto al San Lorenzo se vió asediada por tierra y por mar, se inició la última etapa de la guerra. Al general inglés Wolfe, se oponía el francés Montcalm. Inglaterra fue el vencedor y los dos generales citados encontraron la muerte. Se dice que, en el momento de expirar, ambos generales dieron gracias a Dios: el uno, porque le había permitido llegar a conocer la victoria, el otro, porque no tenía que sobrevivir a su derrota.

La paz, que se firmó en París en 1763, costó a Francia sus posesiones americanas. Inglaterra adquirió el Canadá y todos los territorios franceses hasta la parte occidental de Luisiana, que pasó a manos de los españoles.

Los iroqueses podían creerse vencedores, aunque no obtuvieron ventaja alguna. Por su parte, los algonquinos sabían que habían sido vencidos lo mismo que sus aliados los franceses. Habían tenido graves pérdidas de hombres y su país, sus poblados, estaban asolados. ¿Qué había de ser de ellos?

Cuando los primeros exploradores del territorio situado más allá de las montañas habían intentado entenderse con los indios, un caudillo había preguntado: «Los franceses, nuestros padres, quieren el territorio a la derecha del Ohio, los ingleses, nuestros hermanos, quieren el territorio de la izquierda. ¿Qué le va a quedar al piel roja?» En efecto; ¿qué quedaba después de la victoria sobre los franceses?

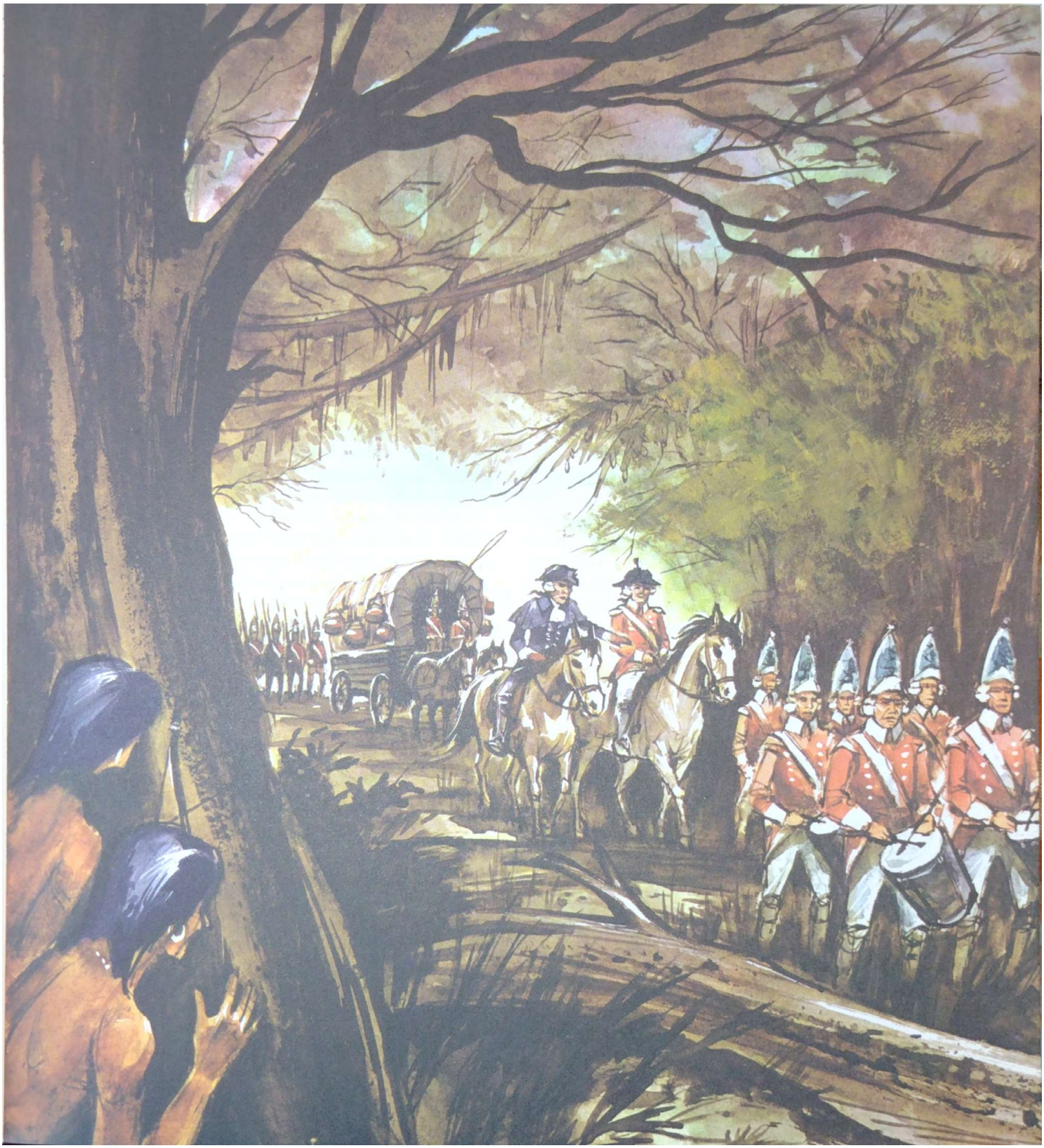
El cacique de los ottawas, Pontiac, sabía muy bien lo que le esperaba a su pueblo.

Pontiac había luchado con lealtad al lado de los franceses y fue de los pocos que permanecieron fieles después del desastre. Podía ufanarse de haber sido el vencedor del general Braddock, pues era él quien mandaba a los

El general Braddock avanza contra Fort Duquesne. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

indios que habían llevado a cabo aquella celada ante Fort Duquesne. Pontiac sabía, además, que la victoria inglesa había de atraer al país masas de colonos, pero no por eso se desesperaba.

Creía que los indios debían despojarse otra vez de todos los blancos y de sus costumbres. En los siete largos años de guerra, el piel roja se había adaptado excesivamente al blanco, había bebido sus licores, había olvidado honrar a los espíritus y ya no observaba sus antiguas costumbres piadosas.

Andando y en canoa, Pontiac se dirigió a una y otra tribus para unificar a los algonquinos, como ya lo había intentado anteriormente el caudillo Metacomet. Sabía que solamente una gran coalición sólida y experta en la guerra podía resistir a los blancos y que, por ello, ya no se trataba de realizar rápidos golpes de mano y apoderarse de cuantas cabelleras fuese posible. Los ingleses ignoraban lo que se tramaba contra ellos y tampoco fueron advertidos por los iroqueses. Pontiac quería enviar todas sus fuerzas contra el mayor número posible de fuertes y ciudades para atacar a los blancos en un frente muy amplio y extendido debilitando así su potencia. Para poder comprar munición y armas, pagaba con pieles mientras pudo y, después, dio a los comerciantes «unos reconocimientos de deuda» consistentes en trozos de piel con su signo, una nutria, y otros signos que representaban las cantidades adeudadas. El prestigio de Pontiac era tan grande entre los comerciantes que le aceptaron sus trozos de piel de ternera ennegrecidos por el humo y confiaron en que, más tarde, pagaría sus deudas con pieles. Así logró el gran sachem proveer a sus hombres de armas y, un buen día, se lanzó al ataque. El trecho que dominaba tenía una longitud de 1.600 kilómetros, y llegaba desde el lago Michigan hasta Fort Duquesne, llamado ahora Fort Pitt y más allá hacia el Oriente.

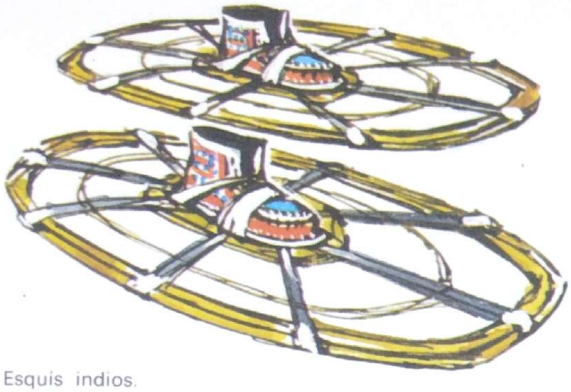
La gran victoria de Pontiac se logró por la astucia. Sus hombres se presentaron ante los desprevenidos comandantes de la fortaleza, que les dejó entrar... y cada visita terminaba con una matanza y el cautiverio de muchos hombres.

Las páginas 112/113 muestran cómo realizó la más divertida de sus estratagemas: se trataba en esta ocasión del fuerte Missimilimackinaw, situado en el paso del Lago Hurón al Michigan. El comandante de este fuerte era muy precavido y no admitió en el fuerte a Pontiac y a sus muchos jóvenes indios que venían a hacer una visita. Sólo un par de squaws penetraron en el patio bajo sus mantas. Pontiac, fuera, en el calvero, hablaba con los oficiales sobre las pieles que sus gentes querían vender y los muchachos indios, que no tenían nada que hacer, empezaron a jugar a la pelota, espectáculo que hizo salir del fuerte a muchos soldados. De cuando en cuando, rodaba la pelota a través de la puerta abierta del fuerte y un par de jóvenes pieles rojas tenían que correr detrás a cogerla, mientras que Pontiac movía vivamente la cabeza desaprobando tanta torpeza. Cada vez iba la pelota con mayor rapidez por el aire, cada vez era más ardoroso el juego cuando, de repente, llegó el momento: todos los indios corrieron a la vez por la pelota y se metieron en el fuerte. Cerraron la puerta y los indios, ya dentro del fuerte, pudieron disparar contra la guarnición, que se encontraba fuera...

En el más importante de los fuertes, en Detroit, el plan de Pontiac fracasó, probablemente, porque fue traicionado por una india. El comandante sabía que los indios que le iban a visitar con Pontiac a la cabeza, llevaban armas ocultas bajo sus mantas. También sabía que Pontiac había de darles la señal de atacar entregándole a él un wampum con su cara verde vuelta hacia arriba. Cuando llegó el momento en que el caudillo alargó el wampum por su parte verde, se abrieron las puertas del cuarto



Escaneado con CamScanner



Esquis indios.

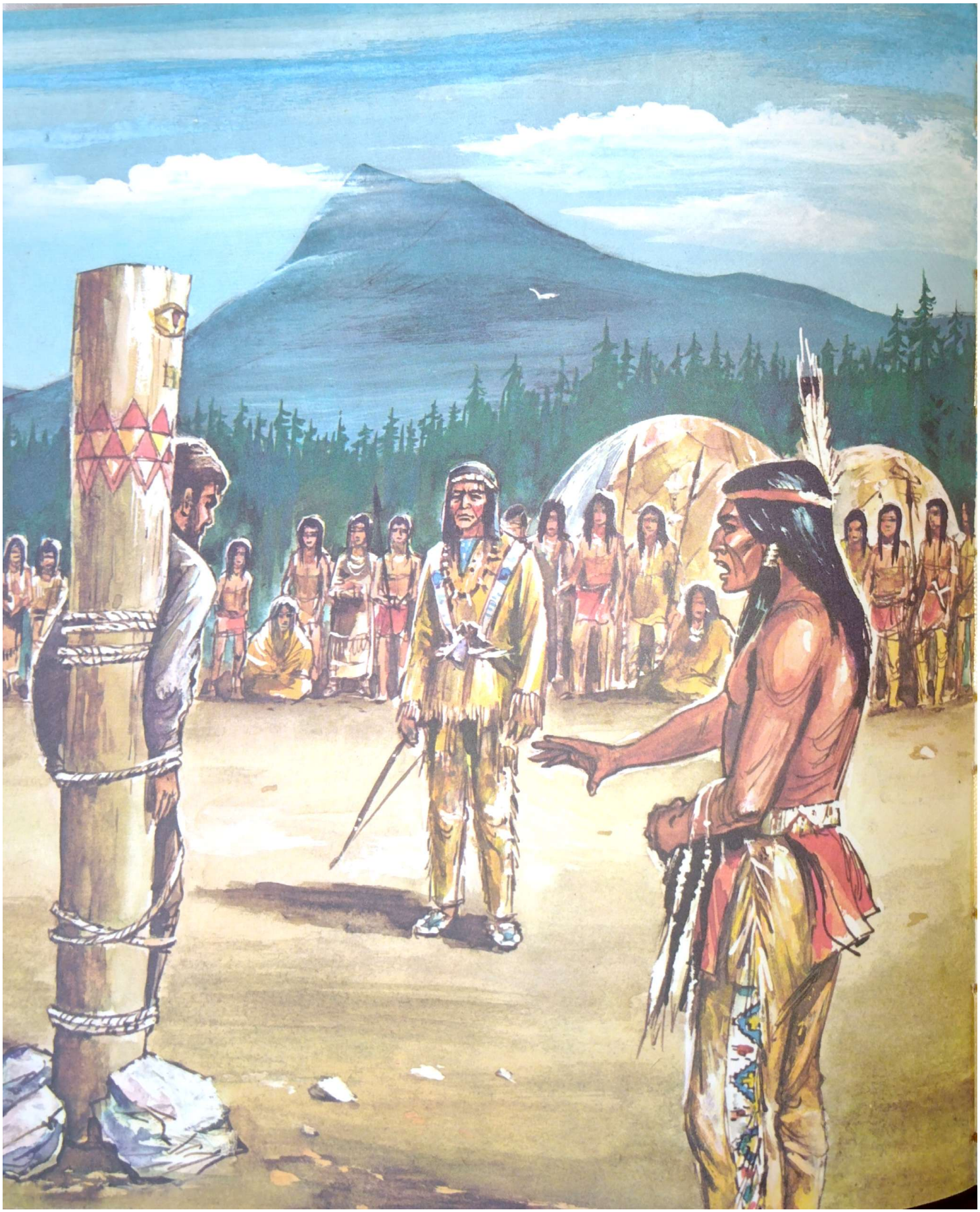
y veinte rifles apuntaron a los indios. Rápido como el rayo, Pontiac volvió el wampum pero era tarde. La estratagema había fallado. Pese a ello, el comandante inglés, rojo de ira pero justo y generoso, dejó marchar a los indios. Pontiac exclamó al partir: «¡Pontiac va a sitiar el fuerte y mantendrá el cerco por siete años si es preciso!» Así lo hizo, pero Fort Detroit no cayó como Fort Pitt en manos de los indios.

Pontiac tenía a sus órdenes más de veinte tribus y logró poner la vida difícil a los ingleses. No faltaban nunca víctimas blancas para el poste de tortura (página 120). Las granjas solitarias sufrieron horriblemente. Por lo demás, muchas mujeres y niños fueron adoptados por por las tribus indias y se encontraban tan bien allí que nunca más quisieron volver con los blancos. Hubo en aquellos tiempos muchos destinos verdaderamente aventureros y otros muy tristes. Había mucha gente que ya no sabía a qué lado estaba, si era blanca o india. Sin Detroit y sin Pittsburgh, la victoria de Pontiac era incompleta. De nuevo se hartaron de guerra los indios, desistieron y volvieron a sus casas. Los indios nunca pensaban en el futuro. Por su parte, Pontiac pasó el Mississipi y buscó nuevos aliados entre los sioux.

Entonces los ingleses pusieron a alto precio su cabeza y no dejaron de encontrar un alevoso indio que lo asesinó por la espalda. Así terminó aquel gran sachem como años antes había perecido también Metacomet. El traidor asesino lo pasó mal, porque los irritados algonquinos exterminaron su tribu, pero la guerra que tan magníficamente había comenzado estaba ya perdida para el piel roja, los fuertes habían quedado libres y los ingleses volvieron a ocuparlos.



Escaneado con CamScanner



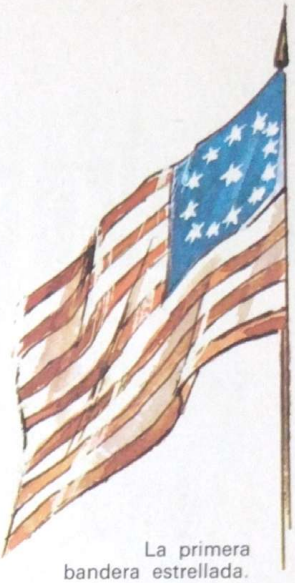
Escaneado con CamScanner

# La Guerra de la Independencia

Inglaterra había ganado la guerra contra Francia, había combatido en los fuertes contra los indios de Pontiac, se había apoderado de Canadá, donde los franceses pudieron quedarse acatando el nuevo orden de cosas, tenía mano libre en casi toda Norteamérica y se proponía administrar los territorios a su voluntad.

Al intentarlo, el gobierno de Londres inició una viva polémica con las trece colonias americanas, que querían ante todo colonizar al fin a fondo el territorio del Ohio. En Londres, en cambio, se dictó una disposición por la que el territorio situado al oeste de los Apalaches se declaraba como «Western Territory» (territorio del Oeste) y quedaba reservado a los indios. Los habitantes de las colonias del Atlántico estaban irritadísimos porque no creían, por una parte, que el gobierno de Londres hubiera dictado esa disposición por amor a los indios y, por otra, los americanos consideraban que no hacía ninguna falta reservar especialmente ningún territorio a los pieles rojas. No querían de ningún modo soltar los hermosos valles del Ohio. En cambio, en Londres se había pensado en realidad sólo en una norma transitoria y existía el proyecto de dejar libre el «Western Territory» poco a poco y con arreglo a planes detallados.

Pero las colonias no sólo estaban molestas por esta disposición. Las guerras cuestan dinero e Inglaterra había tenido que pagar mucho para poder combatir eficazmente a los franceses. Es cierto que habían participado milicias ciudadanas, pero Inglaterra había tenido que soportar la carga principal y ahora pretendía cobrarse de las colonias parte de los gastos habidos.



La primera bandera estrellada.

En una palabra, Londres quería recaudar una parte del patrimonio de los habitantes de las colonias en forma de impuestos y, así, atacar la libertad fiscal de las colonias. Este plan provocó tal tempestad de protestas que el gobierno de Londres renunció a él y propuso otra forma de gravamen, según la cual se introduciría una tasa por determinadas mercancías que se importasen de Inglaterra. También esta protesta tropezó en América con una resistencia tan decidida que, finalmente, sólo quedó subsistente una tasa sobre el té. Como para no irritar a los colonos se había abaratado el té por otras medidas, de forma que se podía comprar té en Boston, Filadelfia, Nueva York y en otros muchos sitios de América a menos precio, se creyó que eso bastaría para dar satisfacción a todos.

Pero entonces se demostró que no se trataba en realidad de impuestos o tasas de ninguna clase, sino de que las colonias no querían ser gobernadas por Londres. Por muy diferente que hubiese sido el origen y la evolución de las colonias, los ricos comerciantes del norte y los prósperos plantadores del sur estaban de acuerdo, estaban conformes en que eran súbditos del rey de Inglaterra, pero no querían ser gobernados por el gobierno de Londres. De esta repugnancia se desarrolló más tarde, en el transcurso de los sucesos el sentimiento

← Un blanco atado al poste de tortura.



Escaneado con CamScanner

# Yankee Doodle

Fa - ther and I went down to camp, A - long with Cap-tain

Good-ing, And there we saw the men and boys, As thick as hast-y pud-ding.

Chorus

Yan - kee Doo-dle, keep it up, Yan - kee Doo-dle dan - dy,

Mind the mu - sic and the step, And with the girls be han - dy.

Escaneado con CamScanner

claramente percibido de su independencia: «¡Queremos ser independientes!». Se produjeron diversos choques entre los ciudadanos y los soldados ingleses, pero la resistencia se puso de manifiesto en la famosa «rebelión del té». La ilustración de las páginas 126/127 muestra claramente cómo ocurrieron las cosas. Algunos apasionados oradores del norte que con sus fogosas frases habían logrado arrastrar a los más serenos, declararon por todas partes que nadie debía comprar el té abaratado cumpliendo así la voluntad de Inglaterra. Cuando tres naves cargadas de té atracaron en Boston y esperaban ser descargadas, bogaron hacia los buques unos bostonianos disfrazados de indios que lograron arrojar las cajas de té por la borda. El té húmedo reventó las cajas y a la mañana siguiente el puerto presentaba el aspecto que los cabecillas de la revuelta habían pronosticado: en efecto, el puerto parecía una verdadera tetera...

Realmente Inglaterra no podía tolerar semejante cosa y en un día de diciembre de 1773 comenzaron los acontecimientos que tuvieron por resultado la independencia de las colonias y la creación de un Estado americano independiente.

Toda América soltó la carcajada cuando los londinenses reclamaron indemnización por valor de unos dos millones de pesetas a nuestro cambio y cuando, como castigo, la flota inglesa bloqueó el puerto de Boston, nadie se asustó lo más mínimo. Hasta los granjeros, que hacía mucho tiempo que encontraban las mercancías inglesas demasiado caras y estaban indignados por lo del territorio del oeste, tenían tan a mano sus carabinas que «en un minuto» podían ponerse en marcha y se llamaron por eso los hombres del minuto.

No hay que creer que se produjese en seguida una guerra con grandes marchas y gigantescas batallas. Durante mucho tiempo no se pasó de combates aislados que terminaban unas

Jorge Washington.

veces a favor de los ingleses y otras a favor de los americanos. Los americanos estaban faltos de instrucción y sabían desenvolverse en rapidísimos ataques a la manera india, pero no les era fácil oponerse a las disciplinadas tropas inglesas. De esta época es el himno «Yankee Doodly Dandy» con el que un oficial inglés pretendía burlarse de los soldados civiles. Se cuenta que el oficial había observado cómo los muchachos, con su grosero traje de trabajo, con chalecos de piel y mocasines se concentraron y cómo una muchacha colocó una hermosa pluma en la gorra de su hermano para que pareciese un poco más belicoso. «En verdad era un dandy, un pollo pera» —se burló el inglés—. En el himno cuyo texto y partitura se encuentran en la página 122, cuenta nuestro dandy cómo se había encontrado con su padre y muchos camaradas en el lugar de concentración y cómo querían todos marchar discipli-



Escaneado con CamScanner

Paso de Washington por el Delaware.

nadamente al compás de la música. La palabra «Yankee» procede de «jingli», que era la forma que tenían los indios de pronunciar la palabra «english». Los americanos pusieron un nuevo texto a la alegre melodía y cuando terminó la guerra la cantaban alegremente al ver desfilar prisionera una unidad inglesa.

También se burlaba la canción del general Washington, a quien hemos visto acompañando al general Braddock en Fort Duquese. Los ingleses no tenían la menor idea de la clase de enemigo que era aquel hombre. Reflexivo y decidido, con gran dominio de sí mismo y al mismo tiempo fogoso, fue Washington (grabado página 123) quien logró realizar una tarea casi imposible: tenía que hacer la guerra a un enemigo superior sin que sus soldados tuvieran la menor instrucción. Por tanto, lo que le interesaba era instruir el mayor número de hombres posible, a lo que le ayudaron algunos oficiales europeos como el francés La Fallette y el alemán Federico Guillermo von Steuben. Por lo demás, por el lado inglés luchaban también soldados alemanes que, por decirlo así, habían sido vendidos por dinero por sus soberanos y enviados sin más a la lejana América. Washington llevó sus tropas al campo con mucha habilidad y suerte. Su paso del Delaware (grabado superior) en invierno es considerado por los americanos como un momento crítico de la guerra porque aquella audaz empresa dio confianza a las tropas y señaló el comienzo de empresas más felices. No se puede olvidar que eran trece pequeñas colonias las que se hallaban en guerra con una gran potencia y que sólo gradualmente se dieron cuenta del objetivo de la lucha: la independencia. No querían seguir siendo vasallos y expresaron este sentimiento considerando a cada colonia como un Estado y dándose una constitución propia; pero como no podían subsistir por separado tenían que luchar juntas. En un principio los representantes de doce Estados se reunieron en congreso en Filadelfia con la misión, que duró varios años, de reclutar soldados, dirigir la guerra y encauzar la acción común de



Escaneado con CamScanner

las colonias. El Congreso hizo elaborar la célebre «Declaración de independencia» para fijar con palabras claras la autonomía de las colonias. Fue fundamentalmente obra de Thomas Jefferson (grabado de la derecha) y no representa solamente una declaración contra Inglaterra, sino que expresa también principios válidos sobre la libertad del individuo incluso contra el Estado, lo que hace de ella un documento trascendental. El Congreso la adoptó el 4 de julio de 1776, por lo que ese día de julio ha pasado a ser la fiesta nacional de los Estados Unidos.

El Congreso actuaba también en el exterior como un gobierno. Envió a Benjamín Franklin (grabado inferior), inventor del pararrayos, a París, donde procuró lograr la alianza de las colonias con Francia. Franklin triunfó en su misión y la guerra de Inglaterra contra sus colonias americanas, se convirtió en un conflicto entre muchos Estados que después de años y muchas alternativas, terminó con la derrota de Inglaterra confirmada por la paz de París de 1783, en la que Inglaterra tuvo que reconocer la independencia de sus colonias americanas. Estas, considerándose Estados independientes, se habían dado ya sus propias constituciones, pero ahora tenían que agruparse en un sistema político común. Un par de años después surgieron los «United States of América» (Estados Unidos de América), cuya enseña, la bandera estrellada, presidirá en adelante todos los acontecimientos históricos del país. La página 121 muestra la primera forma de la bandera estrellada, en la que figuran agrupadas en círculo las trece estrellas, una por cada Estado.

Thomas Jefferson.

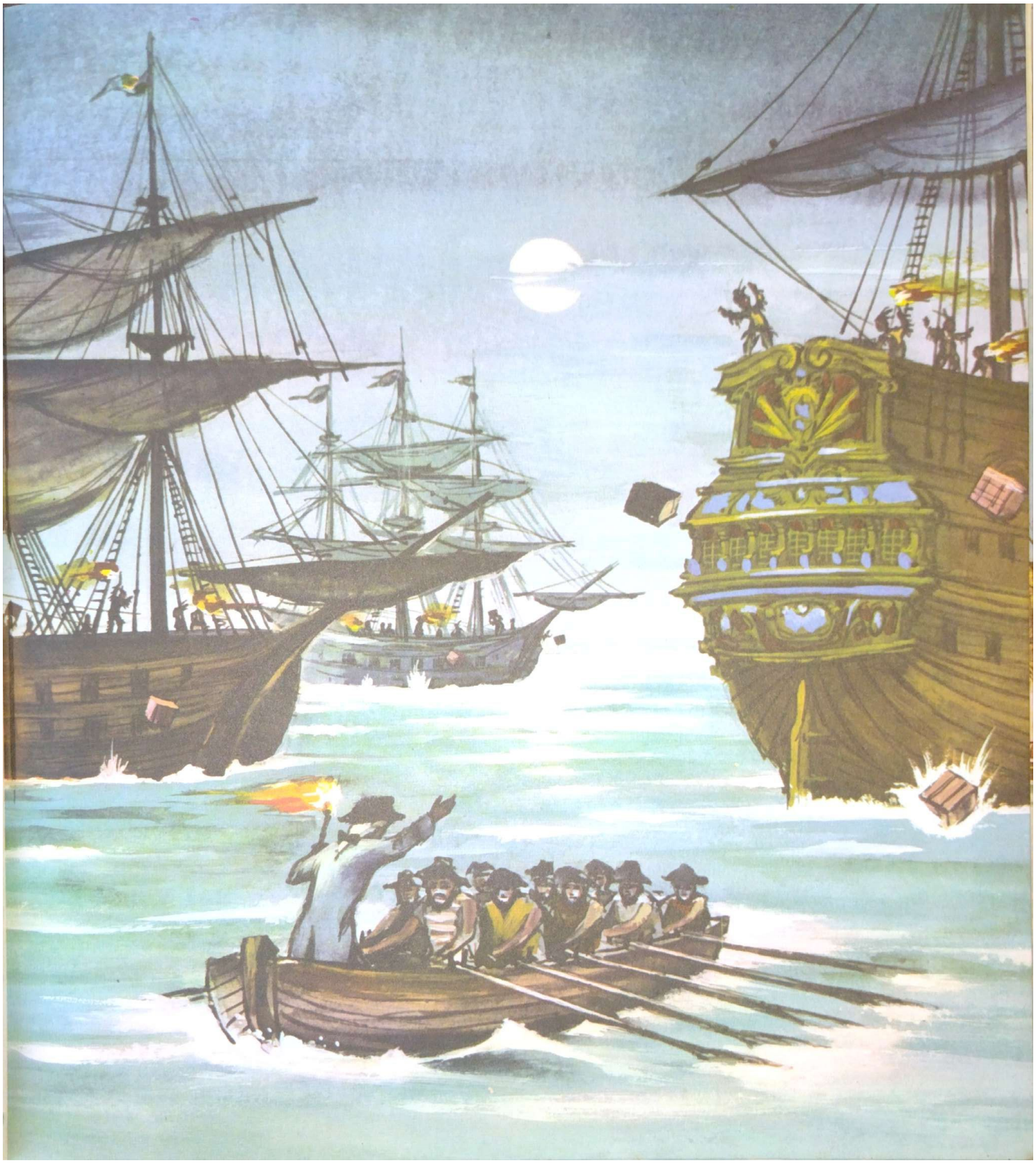
Benjamín Franklin.

Páginas siguientes: «La rebelión del Té», en Boston. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

# A través de Norteamérica

En 1789, Jorge Washington fue elegido primer presidente de los recién nacidos Estados Unidos. Terminada la guerra habían tenido que pasar aún casi seis años hasta que la superficial unión de las trece antiguas colonias lograse convertirse en una sólida federación. No les fue fácil a Washington y sus amigos satisfacer los deseos de los Estados y darles, además, una configuración política estable. Sin embargo, sus esfuerzos fueron fecundos y la constitución americana es hoy la más antigua, de todas las que se fijaron por escrito, la que más tiempo lleva vigente. Reserva a los diferentes Estados todas las libertades posibles, especialmente en materia legislativa, pero el Congreso, representación popular de todos los Estados de la Unión, tiene que regular todas las cuestiones de interés general, como, por ejemplo, las cuestiones de guerra y paz.

Jorge Washington desempeñó sus funciones hasta 1797. Su labor y la de sus primeros sucesores no tuvo nada de fácil porque los años de la postguerra demostraron que la independencia también tenía sus lados desfavorables. Inglaterra no pensaba en apoyar o ayudar el comercio americano, la deuda pública era grande y muchas zonas del país estaban asoladas por la guerra o se habían quedado sin sembrar.

La sede del gobierno federal fue en principio Nueva York; después, lo fue la ciudad de los cuáqueros, Filadelfia, y, desde 1800, lo es Washington, una ciudad de nueva construcción y dotada de magníficos edificios. En el Capitolio se reunían y se reunen aún los representantes del pueblo y la Casa Blanca es la residencia oficial del presidente.

Ante los trece nuevos Estados, había un gigantesco continente. Por fin podían dirigirse a él, explorarlo y colonizarlo. Todavía hubo de transcurrir algún tiempo hasta que los ingleses evacuaron los fuertes que tenían aún ocupados en el «Western Territory»; también el Mississipi era una frontera, porque el territorio que había al oeste del río pertenecía a España.

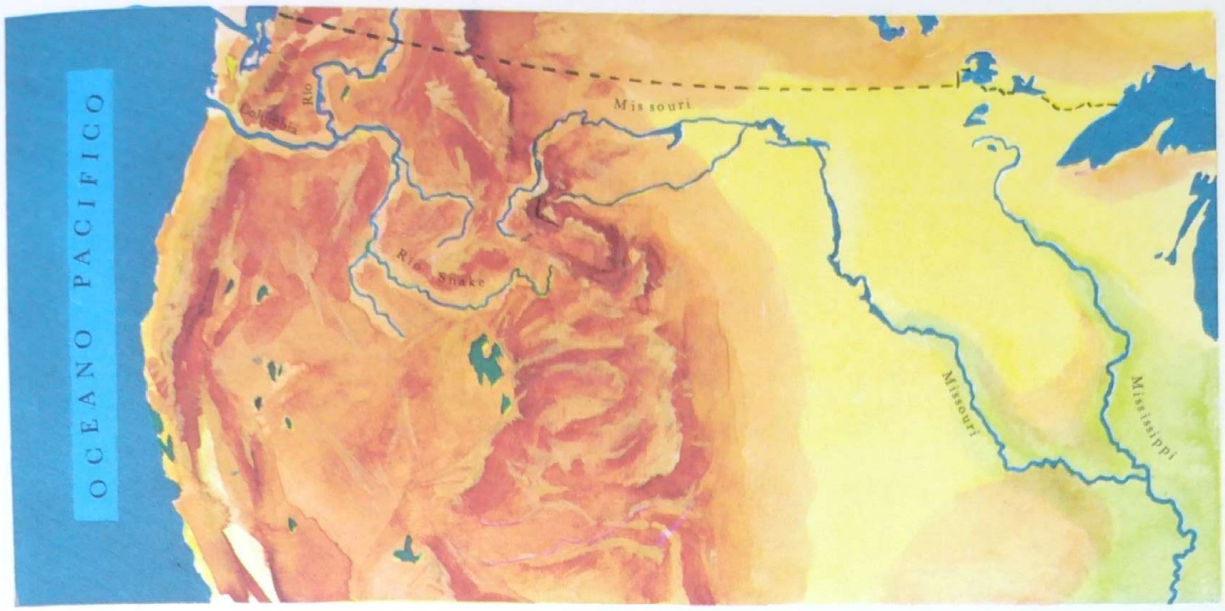
Antes de que los Estados Unidos se hubiesen dado su definitiva configuración, sabían ya perfectamente cómo tenían que conquistar definitivamente el oeste. Por su propia historia sabían que las nuevas fundaciones tienden a desarrollarse en tamaño y potencia y acaban por obtener su independencia; no querían, pues, crear colonias que pudieran después independizarse de los Estados Unidos. Por esa razón, ya en 1787 dictaron una importante disposición: Cuando un nuevo territorio tenga una población superior a sesenta mil habitantes, debe poder solicitar ser reconocido por la Unión como Estado miembro con igualdad de derechos. Hasta ese momento, estaría administrado como colonia, como territorio, por un gobernador. Sin embargo, el resto de país, que tan desconocido y extenso había al oeste, no pertenecería a ningún Estado, sino a la Unión.

Poco a poco se fueron entregando territorios para la colonización, empezando por el llamado «Medio Oeste».

Una muestra de que la distribución y colonización del territorio se ha llevado con arreglo a un plan, es que las fronteras son rectilíneas, como trazadas a regla, como puede verse en el mapa de América de las páginas 206/207.



Escaneado con CamScanner




La ruta de la expedición de Lewis y Clark.

Aun antes de que los Estados Unidos conociesen exactamente su extensión y los parajes que habían de pertenecerle en el futuro, adquirió un extensísimo territorio: En un acuerdo secreto, España había cedido a Francia los territorios situados al oeste del Mississipi. No era interés de los Estados Unidos que Francia pudiera impedir la navegación por el Mississipi; no querían ninguna otra potencia extranjera en suelo americano. Por ello, cuando en 1801, el gobierno de Napoleón Bonaparte ofreció en venta toda la Luisiana, el entonces presidente, Thomas Jefferson, el mismo que había redactado la declaración de independencia, aprovechó inmediatamente la ocasión y la compró por quince millones de dólares, que Francia podía aprovechar mejor que un lejano país; por tanto, todo el territorio comprendido entre el Mississipi y las Montañas Rocosas pasó a los Estados Unidos. ¡Era nada menos que la magnífica fundación de La Salle, un tercio del futuro territorio de los Estados Unidos! Para poder aprovechar la nueva adquisición y, de modo general, los territorios del oeste, era necesario conocerlos. De nuevo surgió el pensamiento de un gran canal que atravesase América. Ya en 1793 había llegado una expedición de mediciones al Océano Pacífico. Ahora, en 1804, el presidente Jefferson encargó a dos hombres hábiles, uno oficial y el otro alto funcionario, encontrar una comunicación fluvial con el Pacífico, ya que una vía hidrográfica hubiese servido mucho mejor que cualquier camino por tierra. Lewis y Clark eran hombres hábiles y emprendedores y sentían el placer de la aventura. Medio vestidos de indios, con gorras de mapache, mocasines y camisas de cuero con flecos, se pusieron en camino.

En canoas, bogaron río Missouri arriba y los remeros indios hubieron de esforzarse enor-



Escaneado con CamScanner

Un vigía indio.

memente, ya que el «río del barro» tenía una fuerte caída y una corriente a veces arrolladora. Al caer el invierno con sus tempestades de nieve sobre la llanura, vivían Lewis y Clark en las tiendas de los dakotas, a los que también pertenecen los sioux, cuya lengua aprendieron. De esta forma, no sólo vieron los territorios, sino que aprendieron a conocerlos mejor de lo que nadie hasta entonces había conseguido. Vieron pueblos que años después habían desaparecido, exterminados por enfermedades contagiosas traídas por los blancos. La enfermedad que más estragos produjo fue la viruela.

A principios de año, los dos exploradores reanudaron su marcha. El viaje se fue haciendo cada vez más difícil y peligroso y, casi siempre, había que transportar las canoas. A la altura de las Montañas Rocosas, de las que arrancan tres afluentes del Mississipi, llegaron al punto del que partían los ríos hacia el oeste.

Lewis y Clark buscaron una vía de agua que les condujese hacia el océano, pero antes hubieron de trasponer varios desfiladeros. Sacajawi, una joven india shoshona tomó a su hijo en brazos y sirvió fielmente a los blancos como guía, intérprete y maestra en todas las cosas necesarias para vivir en la soledad. En la página 131 vemos cómo la expedición de Lewis, Clark, Sacajawi, y el servidor negro York bajan por el río Columbia. El país era maravilloso y los gigantescos árboles y la riqueza de la espesura entusiasmaron a los americanos que habían emprendido orgullosos su marcha en nombre de la bandera estrellada.

El rápido río Columbia condujo a la expedición al Océano Pacífico. Es cierto que se había demostrado que era posible el viaje por el Missouri y el Columbia y que los trechos que había que recorrer por tierra eran relativamente cortos, pero Lewis y Clark afirmaron también que ese camino no era interesante para emigrantes y buscadores de terrenos.

No obstante, pudieron dar al gobierno una noción de las distancias que había y de la naturaleza del terreno y eso era un importante resultado de la expedición, la primera que había emprendido el nuevo Estado.

Lewis y Clark durante su navegación en canoa. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

# ¿Tierra de nadie? ¡Tierra de indios!

¡Cuántos no se habían combatido ya en el continente americano! Ingleses, franceses, españoles, holandeses, suecos... Ahora se había formado un pueblo que, al principio, resultaba muy inglés en muchos de sus rasgos, pero que se fue haciendo cada vez más propio porque el mismo país formaba a sus hombres: era el americano.

Sabemos que eran hombres ansiosos de terrenos, que aun antes de establecer su sistema político ya pensaban en los extensos territorios del oeste y en su colonización. ¡Por fin quedaba libre el camino! ¡Adelante hacia los territorios libres!

Sin embargo, aquéllas no eran tierras de nadie eran tierras de los indios.

Naturalmente sabían los americanos que había muchas tribus indias en los bosques, en los lagos, en los ríos, en las praderas y lejos, muy lejos, también en las Montañas Rocosas y en el Océano Pacífico. Pero ¿qué les importaba eso? Los indios debían ceder sus mejores terrenos, porque lejos, en el oeste, había suficientes terrenos que nadie quería.

Los indios ocupaban mayores extensiones que los blancos porque necesitaban más espacio, pero lo aprovechaban menos que los hombres llegados de Europa. Los cazadores necesitaban extensas zonas para que la caza se pueda alimentar; los agricultores indios tenían que volver a sembrar siempre de nuevo sus campos porque, en su mayoría, no sabían fertilizarlos con abono. Las sencillas tribus de recogedores del salvaje oeste sólo podían encontrar víveres emigrando continuamente. Sabían los americanos que la mano del hombre blanco y el trabajo de los esclavos negros podían obtener mil veces más del suelo y alimentar mejor a mil veces más hombres que los que podía imaginarse un indio...

Y aquellas zonas que hasta para el arte agrícola de los blancos parecían estériles y secas, ocultaban tesoros minerales como oro, plata, hierro, cobre, petróleo, que poco después harían de estas regiones zonas sumamente codiciadas, de forma que el piel roja tampoco pudo encontrar allí una patria. Mas, al mismo tiempo que lamentamos que aquel pueblo orgulloso y especial tuviera que abandonar su forma de vivir, hemos de pensar también en lo que América de la mano de los blancos, representa para el mundo: patria para muchos, libertad para muchos, pan, trabajo y espacio para la ciencia y la investigación en favor de muchos, muchísimos seres humanos.

Los indios no se entregaron por las buenas a su destino; por todas partes se produjeron levantamientos y los valientes caudillos de casi todas las tribus llevaron a sus hombres al combate. Pero eran pocos, no tenían constancia y permanecieron divididos. El caudillo miami Michinikikwa («Pequeña tortuga») infligió a las tropas americanas dos severas derrotas, pero en 1795, en la famosa batalla de Fallen Timber, sufrieron los miamis tan tremenda derrota que hubieron de concluir un tratado que los expulsó de sus territorios. Eso les sucedió a muchos.

Muchos fueron los tratados que se celebraron y los indios accedieron porque no se daban cuenta clara de lo que significaban. Creían que vendían su suelo sólo hasta la próxima cosecha, porque los indios nunca piensan en el porvenir, mientras los blancos sostenían que los habían vendido definitivamente. Cuando los comerciantes llegaban con el aguardiente,



Escaneado con CamScanner

Primero aguardiente, después, el contrato.

que proporcionaba aquella agradable borrachera y hacía olvidar todas las penas, los indios se hallaban dispuestos a todo. Después de 1812, escenas como la representada en el grabado superior eran muy corrientes.

Los pieles rojas fueron expulsados con contratos aparentemente legales. Las consecuencias de ello eran la miseria y el desamparo.

Los dos próximos capítulos sobre Tecumseh explican cómo los blancos exploraron y se apoderaron del país y cómo los indios defendieron sus derechos patrios.



Escaneado con CamScanner

# Polainas de cuero

La historia de Daniel Boone muestra lo que ocurría cuando los colonos tomaban posesión de un nuevo territorio. Aun el que no haya oído nunca este nombre, sabe mucho de él, del hombre que lo usó, pero lo conocerá con el de Natanael Bumppo, a quien los indios llamaban Ojo de Halcón, Matador de fieras y Buscador de Huellas, y los blancos, Medias de cuero a causa de sus polainas de piel de ciervo.

Medias de Cuero es un ser imaginario, pero Daniel Boone ha existido realmente y, aún después de su muerte, era tan famoso, querido y admirado que el escritor James Fenimore Cooper pensó en él y lo tomó como modelo para sus historias sobre Medias de Cuero. Lo que Daniel Boone vivió es en realidad tan emocionante y asombroso como lo que Medias de Cuero hace, piensa y realiza en la novela. Por otra parte, Cooper conocía tan bien el país y sus hombres que mediante sus historias, se puede conocer perfectamente aquella época.

Daniel Boone está estrechamente relacionado con la historia de Kentucky, que fue el décimocuarto Estado de la Unión. Por tanto, es la primera nueva fundación posterior a la independencia, aunque ya había sido colonizado anteriormente.

Kentucky, que llega hasta el Mississipi y cuya frontera norte es el Ohio, era, por tanto, el territorio de colonización tan apetecido por las trece colonias del Atlántico. El que lo llegasen a conocer fue ante todo un mérito de Daniel Boone. Este era un frontero, un granjero joven y valeroso que había fundado muy pronto una familia y construyó su hogar en el bosque, en la ladera oriental de los Apalaches. Era la época en que los fronteros osaban llegar a los valles de los ríos, pero no a la cima de las cadenas montañosas.

Lo que había más allá de las montañas sólo lo conocían muy pocos hombres: tramperos, comerciantes de pieles y cazadores. Estos hombres llegaban a las cabañas de los troglo-ditas después de semanas de marcha y hablaban después de los indios que vivían al otro lado de los montes, de las muchas piezas de caza que había y de los hermosos valles que regaban los ríos.

Entre los ríos Ohio y Tennessee apenas vivían seres humanos. Seguramente había habido indios allí, probablemente shawanos, pero habían sido expulsados por otras tribus más poderosas. Los shwanos vivían en la época a que nos referimos al norte del Ohio, donde se hallaba también su gran ciudad Chillicothe.

El magnífico territorio situado entre los dos ríos pertenecía a los animales y a los cazadores indios. Era casi todo bosque, aunque también había zonas abiertas, ligeramente onduladas donde se alzaban elevados árboles en grupos

Kentucky, el escenario de las hazañas de Medias de Cuero.

Escaneado con CamScanner

aislados como si fuese un parque. Numerosos ríos cruzaban el territorio; espumeantes, bajaban de las montañas de Cumberland, zona montañosa situada al oeste de los Apalaches, hasta el llano, penetrando a veces tan profundamente en el blando terreno que formaban zanjas; en otros puntos, discurrían suavemente por el ondulado terreno. Al norte del Ohio, la hierba era tan jugosa, espesa y de un color verde tan especial, que recibía el nombre de «hierba azul»; era el país de la Hierba Azul, que se caracteriza por la composición química del suelo. Los propietarios de los grandes ranchos de Kentucky crían hoy allá hermosos caballos de pura sangre.

En los lagos, pantanos y ríos, volaban las aves acuáticas, construían sus guaridas los castores y se amontonaban las ardillas en los nogales, los castaños y las encinas. Las palomas emigrantes, que ya no se encuentran en Norteamérica apenas, volaban en bandadas de millones de individuos, en grupos tan espesos que oscurecían el sol. Los zorros, los mapaches (pág. 137) y los osos pardos vivían en el espeso bosque y los ciervos se dirigían en manadas hacia la famosa «Hierba Azul» de Kentucky, porque también las reses salvajes necesitaban sal y tienen a veces que hacer largas marchas para llegar a una salina. Los indios encontraban en esta zona abundancia de carne y pieles, sin que, por sus expediciones de caza, disminuyesen la fauna en los más mínimo. En aquel tiempo, Kentucky era algo así como un territorio de caza común a todas las tribus que vivían en sus extensos alrededores.

Hoy hay allí grandes ciudades industriales, entre las que aún se extienden grandes plantaciones de tabaco y pastos, así como granjas de caballos y cría de cerdo.

Un día, un pequeño grupo de hombres emprendió la marcha hacia la zona. Entre ellos, iba Daniel Boone, a quien se aceptaba con gusto porque la seguridad de su pulso y su

Daniel Boone.

aguda mirada eran famosas ya desde hacía mucho tiempo entre los fronteros y todo el mundo sabía que aquel hombre silencioso, piadoso y honrado era fiel a lo que había dicho y prometido.

Los hombres querían conocer el fabuloso país del otro lado de los montes. No temían las penalidades, que eran enormes, porque hacían falta semanas para atravesar la cordillera. Había que encontrar agua, pues para la caza bastaba con la escopeta y para dormir no se necesitaba más que un lecho de musgo protegido del viento por un wikeyup indio. El tajo del Cumberland, producido por erosión y por el río Cumberland, llevó al fin a la caravana a terreno libre. Después de ellos, el tajo del Cumberland había de servir a millares de gentes como puerta de paso al oeste.

Les gustó mucho aquel hermoso país con sus bosques y parques, pero casi perdieron la cabeza cuando, al llegar junto a la salina, vieron las manadas de reses de caza, entre ellas incluso bisontes. Inmediatamente comenzaron a disparar y las pieles se fueron amontonando; la carroña quedó sobre el campo, porque no



Escaneado con CamScanner

La cabaña destruida.

necesitaban tanta carne para comer; sin embargo, Boone y otro cazador no participaron en la salvaje matanza. Daniel Boone estaba extrañado de no haber visto ningún indio. ¿Es que los pieles rojas no conocían aquel maravilloso coto de caza? Mientras los otros tres hombres levantaban una cabaña y guardaban en ella las pieles, antes de proseguir la cómoda cacería, Boone y su amigo se excavaron una profunda cueva en el tajo del río. Con pieles de oso se prepararon un confortable lecho y, detrás, amontonaron las pieles que les correspondían. Querían pasar allí el invierno y emprender el largo camino de regreso a través de los Apalaches en la primavera siguiente.

Pero no se hizo así. Como de la nada, apareció un buen día un grupo de indios que hizo prisioneros a los dos. Eran los primeros indios que Boone había visto por aquella zona. El hábil y experto Daniel logró huir con su amigo; se escaparon y buscaron el camino hacia la cueva que servía de alojamiento a los otros tres. Lo que encontraron era horrible: la cabaña había sido incendiada; los utensilios y las provisiones habían desaparecido y tampoco aparecían los tres hombres (véase el grabado de la izquierda). Todo parecía indicar que había tenido lugar una encarnizada lucha con los indios y Boone se podía imaginar perfectamente lo que había sido de sus compañeros.

Después de larga y penosa marcha, lograron llegar los dos hombres a su segura cueva del tajo. Nadie había estado allí, los indios no la habían descubierto. Cuando cayeron las primeras nevadas, se vivía bastante cómodamente en aquella cueva.

En primavera, los dos hombres emprendieron la marcha y atravesaron el hermoso país de Kentucky. Cuando el padre se reunía por fin de nuevo con su familia, la bienvenida estaba llena de alegría, porque, durante muchos meses, no habían sabido nada unos de otros...

Daniel Boone informó a los suyos de lo que era Kentucky y logró convencer a muchas familias para que se trasladasen al nuevo territorio y se estableciesen allí como fronteros, granjeros y cazadores. Todavía pasaron dos años hasta que los emigrantes estuvieron dispuestos, pero, entonces, se formó una lenta caravana de carromatos que emprendieron la penosa marcha por las montañas.

No llegaron lejos. Los gritos de guerra hicieron encabritarse a los caballos y, antes de que los hombres pudiesen formar el círculo con los carros, les cayó encima una verdadera lluvia de flechas. El ataque fue rechazado y la certera puntería de Daniel Boone logró abatir más de un piel roja, pero, cuando los pieles rojas se retiraron, entre los muertos se contaba el hijo del propio Boone.

La mayor parte de los viajeros se desanimaron, pero Boone continuó adelante. En Kentucky encontró un buen sitio, acotó un trozo de terreno para su ganado e hizo que su familia se cuidase de los campos mientras él, casi siempre, se hallaba vagando de un sitio para otro.

Daniel Boone tropezó frecuentemente con los indios. Eran los cheroquíes quienes habían realizado el ataque y también fueron ellos los



Escaneado con CamScanner

que, más tarde, vendieron a un empresario blanco el territorio que, en realidad, pertenecía a todas las tribus. Sin embargo, el peligro para los colonos procedía ahora de los shawanos. Muy irritados, contemplaban ahora los caudillos cómo atravesaba los montes un número cada vez mayor de colonos, y, por el río Cumberland, llegaban al oeste estableciéndose cerca de donde vivía Daniel Boone. Los indios respetaban a Daniel porque les gustaba el valor con que se movía en la soledad y su certera puntería. Además, era un hombre tranquilo, que trataba amistosamente a los pieles rojas, por lo que casi siempre le dejaban en paz. Pero también es cierto que Boone no se fiaba de esta calma y edificó una alta empalizada en torno a su cabaña; era una fortaleza en pequeño. En efecto, un buen día estalló una gran guerra contra los indios, dirigida por el cacique Logan. Después de espantosos ataques y mutuas bajas —también los fronteros arrancaron cabelleras enorgulleciéndose de ello—, se llegó a una auténtica batalla cuyo resultado fue indeciso.

En aquel tiempo, Kentucky era conocido por el «los motivos oscuros y sangrientos».

Daniel Boone hubo de experimentar que no sólo había crueldad e inhumanidad. Un

Un lobo.

Un mapache.

día, fue hecho prisionero con otros treinta fronteros por los indios, cuando cribaban sal al aire libre, pero ni fueron atados al poste de tortura ni muertos. Los shawanos habían pensado algo mucho más hábil: era la época de la guerra de la independencia; los ingleses combatían a los colonos. Seguramente se alegrarían si se les entregasen treinta enemigos capaces de defenderse. Por lo demás, los shawanos, un pueblo algonquino, se habían visto obligados por los iroqueses a luchar al lado de los ingleses. De esta forma, el caudillo Pescado Negro, siguiendo sendas ocultas y complicadas, marchó con sus treinta prisioneros hacia Fort Detroit, donde los vendió por pólvora, plomo y escopetas. Como es natural, los ingleses aceptaron el trato, aunque no fuese más que por no abandonar a los americanos a un destino horrible: los colonos pudieron al fin volver a casa. Sin embargo, uno de ellos no estaba en venta: Daniel Boone. «¡Escucha, hermano blanco!» —dijo Pescado Negro al oficial inglés— «Pescado Negro te da a guardar este hombre. Cuando los días sean largos, vendrá otra vez Pescado Negro y recogerá su prisionero».

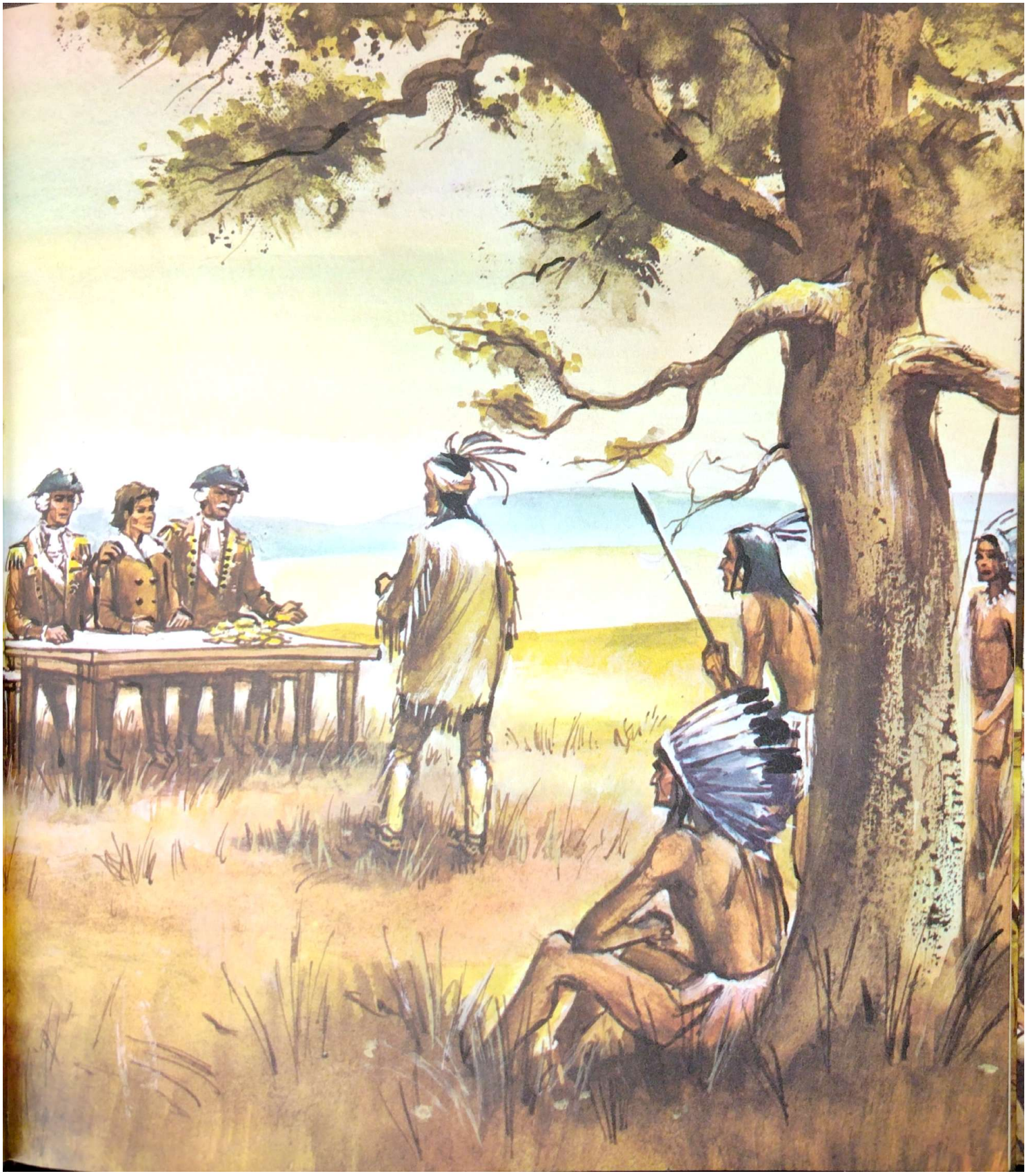
El caudillo tenía buenas intenciones para con Daniel Boone. No quería dejarle libre, pero no se atrevía a llevarlo al poblado para no exponerle a la vengaza de su gente; en primavera, cuando los indios no durmiesen en sus wigwams y partiesen a la caza, su humor res-

Páginas siguientes: Pescado Negro recoge a su prisionero. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

pecto a un prisionero blanco sería mucho mejor.

Por tanto, Boone permaneció en el fuerte un par de meses, enseñando a los soldados a leer las huellas, a cazar reses raras, a despellejar castores y a remover el fuego. Pero un día volvió Pescado Negro al fuerte para recoger a su prisionero. Los oficiales ingleses, que le habían tomado cariño a Boone, ofrecieron al shawano dinero, mucho dinero por su prisionero, pero el caudillo permaneció silencioso y firme en su propósito. Daniel Boone sabía lo que le pasaba; si el cacique no volvía con su prisionero, perdería el respeto de su tribu. Tranquilamente, se levantó el frontero: «El jefe Pescado Negro tiene razón. Soy su prisionero y voy con él». ¿Cómo pudo suceder que el impenetrable rostro del indio reflejase su alegría y satisfacción?

En una piragua, regresaron el indio y el frontero como buenos amigos. Los shawanos honraron a su cautivo adoptándole en su tribu y, durante muchos meses, vivió Daniel feliz con sus hermanos rojos. Fue grande la decepción de éstos cuando, un día, vieron que había desaparecido... Boone quería volver a su hogar y logró huir por su astucia y habilidad. Los indios se disgustaron, pero, a pesar de todo, le querían e incluso tribus extrañas conocían su nombre y buscaban su amistad.

Eso era muy importante para Boone, porque cada vez le gustaba menos vivir en las ciudades de los blancos y, por ello, continuó avanzando hacia el oeste. Pasó el Mississipi hacia el Missouri y llegó a un fértil valle, creándose allí un nuevo hogar. El territorio pertenecía aún a los españoles que consideraron un honor regalar a hombre tan célebre un verdadero reino. Como el viejo frontero no tenía ganas de bajar por el padre de los ríos hasta Nueva Orleans para recibir el documento de donación, fue el propio gobernador español quien llegó para entregárselo...

Los hábiles amigos de Boone defendieron su posesión contra los codiciosos colonos que habían seguido al frontero y se habían establecido en torno a él. Cuando los Estados Unidos compraron la Luisiana, acudió todavía más gente hacia el oeste pasando el Mississipi y fue necesario que el gobierno se acordase del hombre que había abierto el camino hacia el oeste y protegiese la propiedad que le habían regalado los españoles.

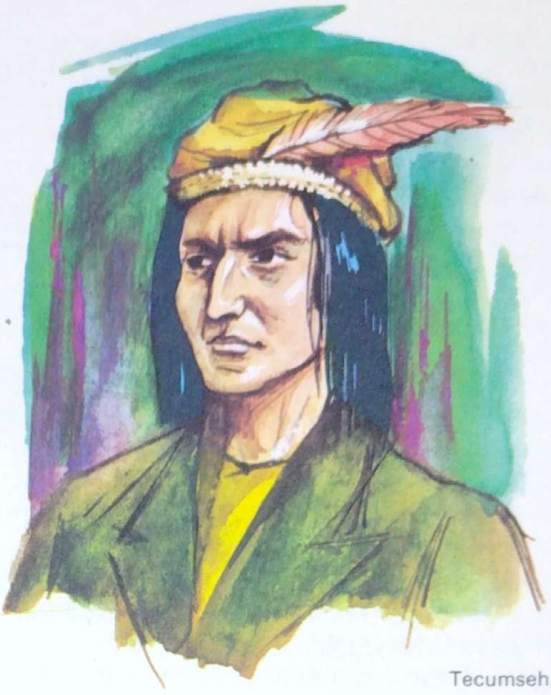
Todavía continuó Daniel Boone recorriendo el territorio, esta vez, las praderas, acogido y acompañado por los sioux. En 1820, la muerte le arrebató suavemente el rifle de las manos. A la noticia de su fallecimiento, el Congreso americano se puso en pie en homenaje al hombre que encarnó lo que también se admiraba en Boston, Nueva York y Baltimore: el valor, la modestia, la honradez y un gran amor a la naturaleza.



Escaneado con CamScanner

# Tecumseh

Ninguno de los caudillos indios logró un éxito permanente ni logró ver terminada su obra; casi todos ellos tuvieron un final desgraciado. También Tecumseh, el gran héroe indio de principios del siglo XIX, es decir, de los últimos años de Medias de Cuero, vio derrumbarse toda su obra. Sin embargo, tal vez su mérito sea mayor de lo que él mismo podía pensar, porque su personalidad hizo ver a los blancos que los indios no tenían por qué ser siempre demonios sanguinarios, sino que, aún siendo extraños, podían actuar tan caballerosamente como un «gentleman». Los blancos no han olvidado todavía a Tecumseh, pero ¿se acuerdan de él todavía los indios?



Tecumseh.

Tenkswatana.

Había nacido en 1770 y era un shawano. No era un caudillo y nunca lo fue. Su nombre significa «Salto de Puma» y los americanos, que le habían venido observando durante años, pensaban que el nombre le convenía: ¿Cuándo va a saltar el puma y qué víctima va a caer en sus garras?

Por otra parte, los nombres indios no siempre eran reflejo del personaje, porque, en tal caso, no hubiera permitido ningún gran caudillo que le llamasen Cuchillo Embotado o Flecha Torcida, pero sí solían, además, expresar algún acontecimiento de la vida del indio.

La juventud de Tecumseh transcurrió durante la guerra de la independencia americana y, como los shawanos habían sido obligados por los iroqueses a combatir al lado de los ingleses, aprendió Tecumseh a dirigir la guerra y observó cómo se deben concentrar y utilizar las tropas, cómo se plantea una batalla y cómo se explota el éxito. En la alianza de los iroqueses



Escaneado con CamScanner

Tecumseh cruza el Mississipi con piraguas.

pudo darse cuenta de lo importante que es la unión al ver la fuerza de aquella agrupación de oneidas, onondagas, cayugas y mohawks.

Al vencer los americanos en la guerra, los iroqueses celebraron la paz con ellos y obligaron a los shawanos a someterse también al nuevo Estado americano. Sólo el caudillo mohawk Thayendanega, a quien los blancos llamaban José Brant, intentó de nuevo crear en el Canadá una gran coalición de indios de 35 pueblos, pero no lo logró.

Todos estos sucesos habían causado gran impresión a Tecumseh. Ahora veía cómo, tras las huellas de Daniel Boone, acudían cada vez más grupos de colonos al país. Con ira pudo ver cómo las tribus vecinas vendían su territorio a los blancos y con qué insensatez gastaban el dinero, entregándose al alcohol que los indios no podían soportar, mientras que los blancos eran capaces de tomar las mismas cantidades sin alterarse.

También el hermano de Tecumseh, Laulewasika o Tenkswatan (con ambos nombres se le cita) había sucumbido al aguardiente y se había marchado a la ciudad de los blancos, donde llevaba una vida miserable mendigando alcohol. Un día, apareció ante su hermano Tecumseh completamente fuera de sí, pero no a causa del aguardiente. Tenkswatana había tenido un sueño en el que se le había ordenado no volver a probar el alcohol e impedir que lo probasen los shawanos. Tenkswatana se había convertido en un profeta según las ideas indias, en una especie de sacerdote hechicero cuyos cánticos y misteriosos discursos escuchaban y obedecían temerosos los indios.

La vuelta de su hermano fue un signo para Tecumseh: había que obrar, los indios debían acordarse de su antigua vida y abandonar todo aquello a lo que habían sido seducidos por los blancos; tenían que evitar las ciudades, vivir juntos como siempre en sus wigwams, ir juntos de caza y servir a sus dioses. Tecumseh no pretendía combatir el cristianismo, porque el gran caudillo indio se había percatado de que la verdad de la religión está en el amor al prójimo y deseaba para su pueblo una actitud interna que combinara las características cristianas y la antigua piedad frente a las fuerzas de la naturaleza.

Ante todo, era preciso que cesase la lucha



Escaneado con CamScanner

de los indios. Todavía no se hablaba de guerra, pero sí de una única y colosal coalición de indios como la había intentado llevar a cabo Thayendanega, a quien Tecumseh conocía. Tal vez los blancos retrocediesen ante un poder indio unánime y decidido, porque el ejemplo de Pontiac había demostrado lo que podía lograrse con la unidad.

Tecumseh recorrió el país en canoas y, cuando iba por los grandes ríos, en piragua (pág. 142), pero también iba a pie por los ocultos senderos de los indios. Sus discursos de propaganda resonaban entre el Ohio y el Mississipi, en las praderas de más allá del padre de los ríos, como muestra la estampa inferior. Los blancos que tuvieron oportunidad de oirle, jamás olvidaron el atronador sonido de su voz. Tecumseh, paciente, se sentaba ante los fuegos de campamento de tribus extrañas y se presentaba a los caudillos con sencillo vestido oscuro: sólo el poder de su personalidad y su abnegación por su causa pudieron crear la más poderosa de las coaliciones indias. Los shawanos, los illinois, los miamis, los ottawas, los lenapas, los ojibwehs, todos olvidaron sus disensiones, y se reunieron en la orilla del Tippecanoe, que vierte sus aguas en un afluente del Ohio, el Wabash. El Tippecanoe está en el actual Estado de Indiana que, entonces, sólo era un territorio administrado por el joven gobernador Harrison. Este observaba con preocupación la asamblea de los pieles rojas y, un buen día, fue Tecumseh a verle para pedirle la rescisión de un tratado por el que los indios wyandot habían vendido una fértil zona de su territorio. Harrison comprendió al indio e incluso estaba de acuerdo con él, pero no podía rescindir el contrato, porque los colonos ya estaban dispuestos a trasladarse al país comprado con sus caballos y sus carromatos. Harrison movió lentamente la cabeza. Tecumseh le miró fijamente y dijo: «Más valdría que mi hermano blanco no escuchase a los diecisiete consejos». (Así llamaban los

Tecumseh habla en favor de la coalición india.

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

indios al gobierno de Washington, compuesto por diecisiete Estados). «Puede ser que vayamos a la guerra. Tecumseh sólo podrá entonces procurar que no se derrame demasiada sangre.» Fue una promesa que Tecumseh cumplió cuando llegó el momento.

De nuevo vio Harrison a Tecumseh. Esta vez acudió el shawano acompañado por una escolta de varios cientos de sioux a caballo y adornados con plumas. Harrison comprendió lo que el shawano quería decirle: había logrado ganar para su causa, para su coalición algonquina, hasta a los pueblos de más allá del Mississipi. El gobernador estaba profundamente preocupado y conmovido. En su diario, escribió lo siguiente: «Este hombre podría fundar un imperio más grande que el de Alejandro. Es un héroe, un caudillo, un soberano innato».

Mientras confundía y excitaba en el gran campamento de Tippecanoe a los pieles rojas con diarios conjuros, danzas, y discursos, Tecumseh prosiguió su labor: quería unificar a todos los indios. Primero fue a ver a los creeks, de los que descendía su madre, pero no escucharon al severo y apasionado shawano. Su caudillo Weatherford, que era hijo de un blanco, no quería someterse al shawano.

Derrotado, recorrió Tecumseh al regresar miles de kilómetros desde Alabama hasta Indiana.

Todo esto sucedió el año 1810. Mientras Tecumseh viajaba para ganar tribus para su gran coalición, Tenkswatana, que se hallaba en Tippecanoe, perdió la paciencia. Es posible que los indios le forzasen, porque querían ver al fin hechos, el alimento se iba haciendo escaso y la severa vida del campamento era incómoda. ¿Por qué no atacar de una vez y expulsar definitivamente a los blancos?

El gobernador Harrison, al que se estaban anunciando continuos ataques a las colonias, se vio obligado al fin a intervenir. Reclutó una tropa de mil hombres, soldados y voluntarios, y marchó contra Tippecanoe. Tenkswatana, a quien los vigías habían comunicado la presencia del enemigo, envió un mensajero a Harrison: «Que tenga paciencia el hermano blanco. Cuando amanezca, vendrá Tenkswatana y escuchará lo que tenga que decirle su hermano blanco». Bien. Aquello significaba una negociación en la madrugada siguiente, pero Harrison hizo colocar centinelas en su campamento y obró bien, porque, al amanecer, las gentes de Tenkswatana atacaron en medio de un horrible chocar de pezuñas de ciervo, gritos y disparos. Pronto se formó una espantosa y salvaje batalla que, al fin, perdieron los indios. Harrison había perdido ciento cincuenta hombres, pero las pérdidas indias fueron mucho mayores. Aún pudieron ver los indios en su fuga cómo los blancos prendían fuego, a sus wigwams. Aquello era el fin de la gran coalición de indios. La precipitación de Tenkswatana destruyó la obra de su hermano y cuando Tecumseh, irónicamente insultado por los sioux fugitivos, se halló ante el carbonizado campamento, se dio cuenta de que había perdido. Harrison le dejó en paz y observó con desconfianza cómo Tecumseh volvió a emprender su obra a pesar de todo.

Por fin creyó el shawano haber encontrado una nueva oportunidad, cuando en 1812, Inglaterra y los Estados Unidos se declararon la guerra. Tecumseh consideró que los ingleses eran un mal menor y se pasó con todos sus partidarios abiertamente a los ingleses, lo que representaba para ellos una ayuda inestimable porque suponía contar con tres o cuatro mil indios como aliados. Además, Tecumseh conocía bien la táctica militar europea, hasta tal punto que, con gran admiración de los oficiales dibujó en cierta ocasión un mapa exacto en una corteza de abedul con su cuchillo (pág. 145).

Tecumseh dibuja un mapa. →

Escaneado con CamScanner

El joven gobernador inglés Brok admiraba a Tecumseh y procuró obtener su amistad. Después de una victoria, se quitó el fajín y se lo tendió al shawano que, sin embargo, se lo pasó a un caudillo de más edad. En los ojos de éste brilló la satisfacción: «Es bueno que Tecumseh sepa honrar la edad como debe ser». Brok sonrió y comprendió la cortesía india (pág. 14 ). Por desgracia, cayó poco después.

Que su sucesor no tenía comprensión alguna para los deseos de Tecumseh se demostró en un combate en el que el caudillo indio no tomó parte en principio. Sin embargo, sus indios lucharon bajo las órdenes de los ingleses y asesinaron salvajemente y sin la menor compasión a los enemigos caídos. De repente, Tecumseh, sumamente irritado apareció en el campo de batalla y llamó al orden a sus hombres, apostrofando severamente al inglés que había permitido que los indios peleasen con tanta crueldad. (Grabado a la derecha.) Nadie, ni blancos ni pieles rojas, se atrevía a oponerse a las órdenes de Tecumseh.

No obstante, Tecumseh estaba ya poco entusiasmado. ¿De qué servía combatir a los americanos con ayuda de los ingleses? Los indios no ganaban nada con ello. El 5 de octubre de 1813 se disputó una batalla en la que Harrison mandaba las tropas americanas, mientras que Tecumseh combatía en el otro bando. En medio del fragor del combate, el caudillo recibió un balazo en el brazo, pero no hizo caso. Un segundo disparo le alcanzó y Tecumseh cayó al suelo: aquello acabó la batalla, pues los combatientes se separaron.

Entre los muchos muertos que había tendidos sobre el campo, estaba Tecumseh. Los americanos, vacilantes, se aproximaron al cadáver de su enemigo; uno le cortó como recuerdo un trozo de su vestido, otros le imitaron y, al final, quedó el indio desnudo sobre el suelo. Entonces, Harrison se quitó su propia capa y la tendió sobre el cadáver.

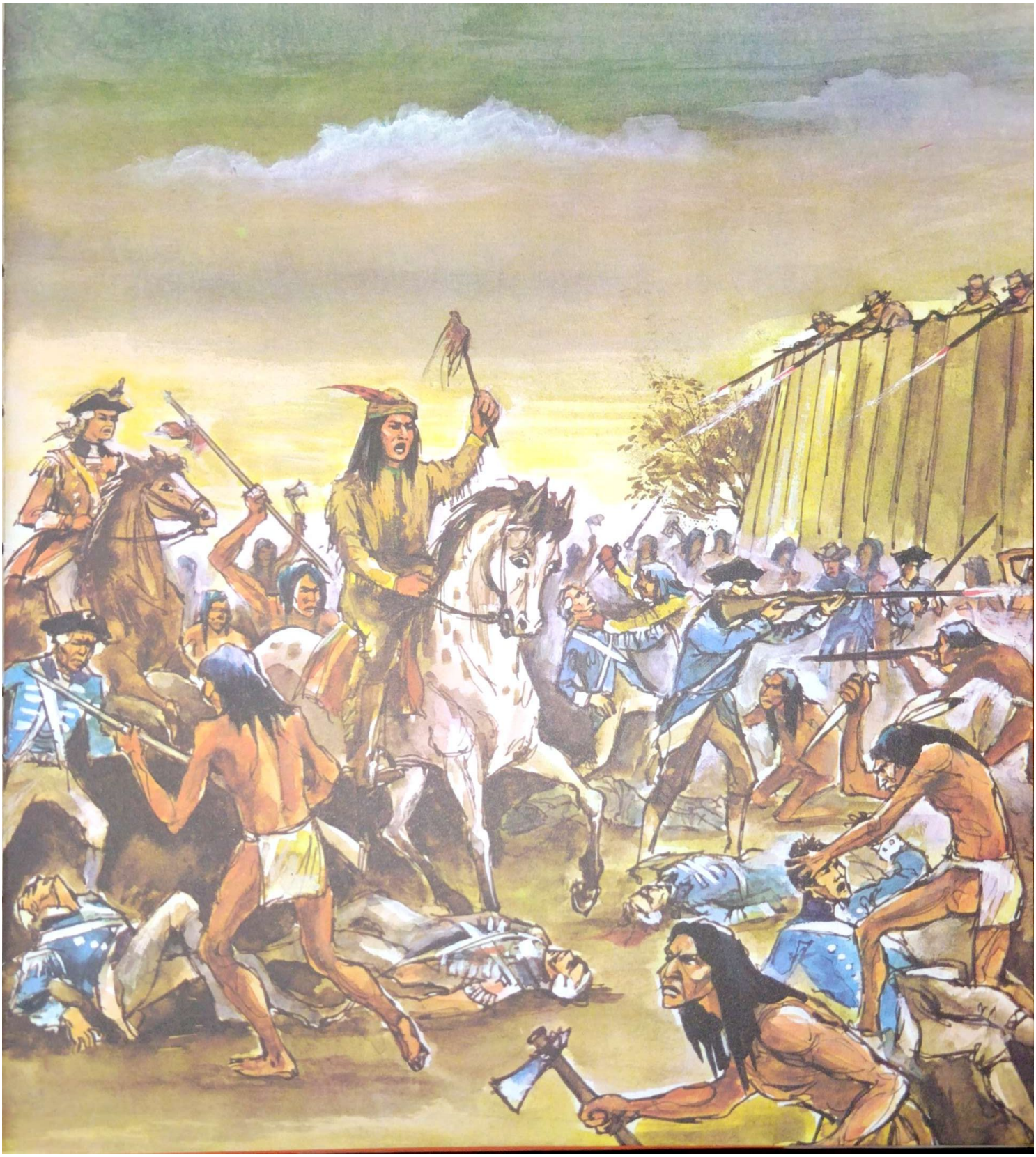
Tecumseh fue enterrado por sus propios enemigos con todos los honores. Los soldados presentaron armas cuando unos caudillos prisioneros llevaron las andas por entre una fila de oficiales americanos. El propio Harrison pronunció una oración fúnebre de su enemigo y elogió su valor, su dominio de sí mismo y su caballerosidad. Finalmente, las salvas de honor retumbaron sobre el sepulcro.

Sin embargo, el más bello homenaje que se le rindió fue que Harrison se preocupó de los indios de Tecumseh en la medida en que le fue posible. Los dejó tranquilos y les proporcionó alimentos para ayudarles durante la época más cruda. De la mujer y los hijos de Tecumseh se preocuparon los ingleses, ya que Tecumseh había sido general de brigada de sus tropas.

Tecumseh intenta impedir el escalpado. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

La Estatua de la Libertad, en la entrada del puerto de Nueva York.

## Llegan los inmigrantes

Cuando un pueblo tiende a expansionarse cada vez más y a hacer cultivables nuevos terrenos, hay que suponer que la población crece muy de prisa y no puede contentarse con el territorio que posee. Sin embargo, en América la situación era distinta cuando comenzó la emigración hacia el oeste: entonces era el país mismo, el libre y salvaje oeste, el que atraía a los hombres.

Sólo cuando las colonias alcanzaron la independencia y se fusionaron en un Estado único empezó a crecer sensiblemente. En diez años —a fines del siglo XVIII— su población aumentó en una tercera parte a pesar de la mala situación económica posterior a la guerra y de que los tiempos estaba aún muy revueltos; pero los americanos tenían suficiente valor para crear familias numerosas, en las que era frecuente la cifra de doce hijos. Por consiguiente, cuando una familia emprendía la marcha hacia el oeste, llevaba consigo el núcleo de un nuevo poblado.

Hasta entonces, la inmigración europea no había sido muy importante, a excepción de los grupos que se establecían en ultramar como comunidades religiosas. Sin embargo, el siglo XIX llevó a América millones de europeos y, al concluirse el siglo, también asiáticos.

América no había podido colonizar los extensísimos territorios del oeste por sus propios medios y necesitaba a los emigrantes. La inmigración en masa comenzó hacia 1840, pero ya anteriormente llegaban barcos y más barcos con su carga humana. Primero eran ingleses, después irlandeses y alemanes y, por último, mucho más tarde, polacos e italianos.

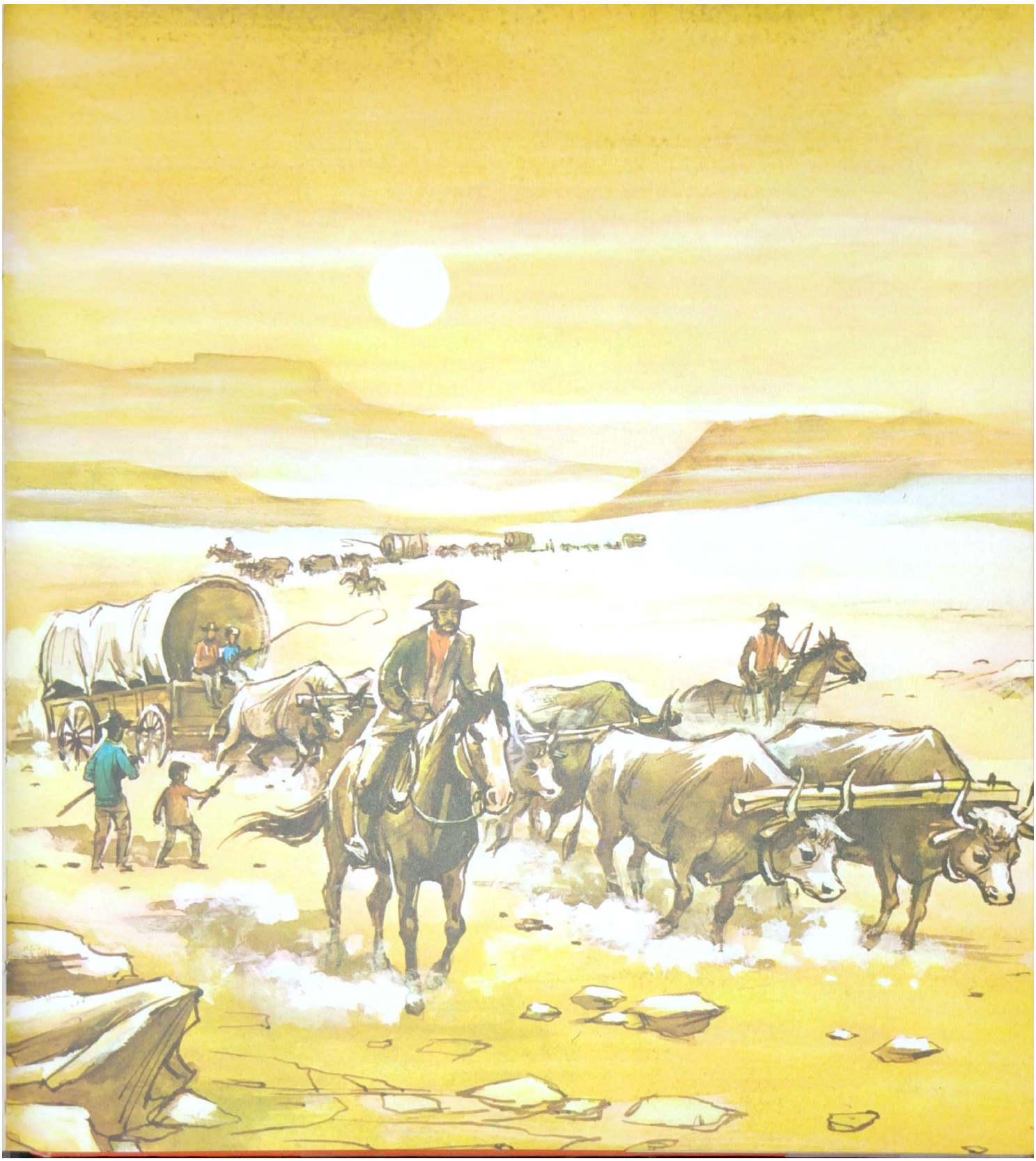
Los que emigraban a mediados del siglo pasado sabían que al otro lado del mar se necesitaban hombres hábiles y activos. Muchas veces eran hombres hartos de Europa, rebeldes que no se dejaban gobernar por sus autoridades y buscaban una vida más libre en otros países. Uno de estos hombres, de cuyas aspiraciones era símbolo la estatua de la libertad emplazada en el puerto de Nueva York, fue el alemán Karl Schurz, que llegó a ser ministro del Interior de los Estados Unidos e impuso un célebre tratado de paz con los indios cheyennes.

Había además trabajadores obreros que no encontraban modo de prosperar en su patria pero cuya capacidad les abría en América

Una caravana, con sus carros entoldados. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

mejores perspectivas. Y, finalmente, acudían también muchos hijos de labradores que no iban a heredar ninguna tierra. Los jóvenes de muchos pueblos emigraban en masa, muchas veces sin alegría y llenos de temor ante lo desconocido. Puede uno imaginarse el dolor de los ancianos ante una despedida definitiva.

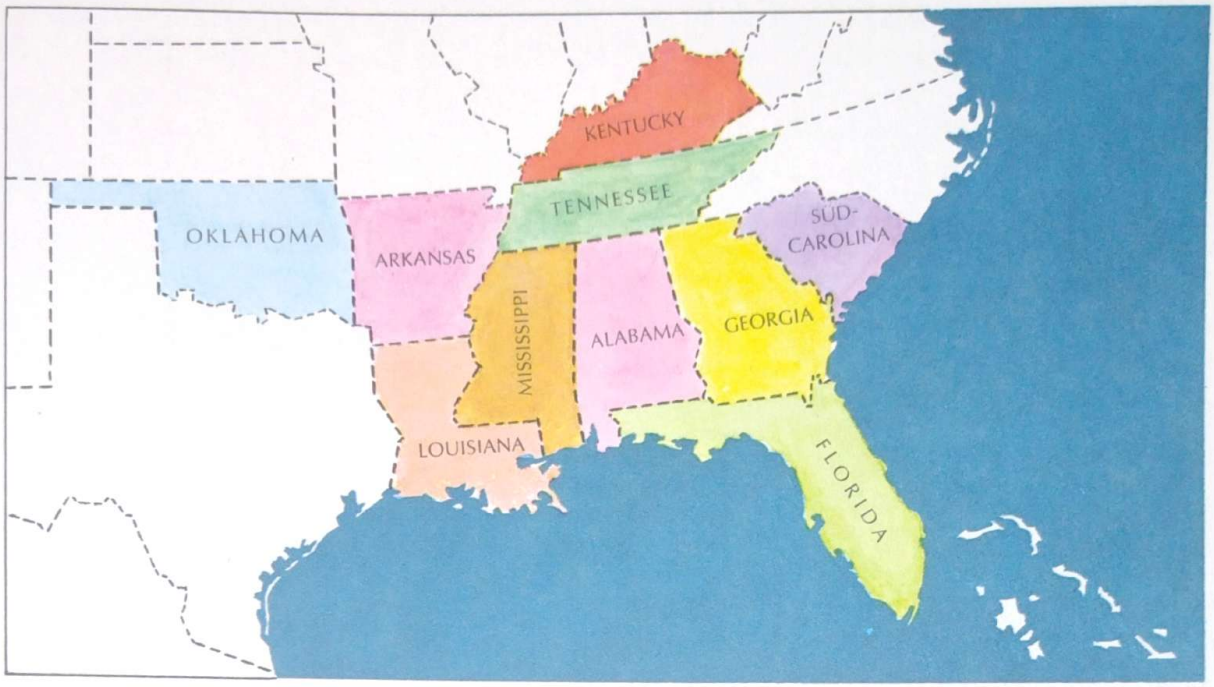
La travesía del Atlántico era cualquier cosa menos un viaje de placer. Todavía circulaban por el mar viejos «cascarones» y en el sollado se amontonaban hombres, mujeres y niños en una atmósfera irrespirable, como muestra la ilustración inferior. El agua potable era escasa y los víveres que llevaban consigo cada familia se acababan muy pronto. Un viaje así era algo desmoralizador. Tampoco los vapores que desde mediados de siglo transportaban, junto con los buques a vela, a los emigrantes ofrecían travesías cómodas. Ciertamente el viaje era más rápido, pero las palas, con su rodar incesante, hacían un ruido infernal.

Podemos imaginar fácilmente el alivio con que los emigrantes se convertían en inmigrantes una vez que, con un respiro de satisfacción, pisaban el suelo americano. No se tenían demasiadas consideraciones con ellos; muchas familias tenían que trabajar para ganar el dinero del pasaje y a otros no les bastaba lo que traían para comprarse un buen terreno. Los alemanes, sobre todo, trataban enseguida de lanzarse adelante, fuera de las ciudades, hacia el oeste, para adquirir un terreno propio. Era la época en que las caravanas de carros entoldados (como en la pág. 149), avanzaban hacia poniente.

Estaban abandonados a sí mismos, pero contaban con lo que los americanos conceden hoy a todo el mundo: la ayuda de buenos vecinos. Podían las granjas estar a kilómetros de distancia unas de otras; el vecino más cercano prestaba su ayuda cuando era necesario. No hizo falta mucho tiempo para que los inmigrantes se hicieran auténticos americanos.

En el sollado, durante la travesía del océano.

Escaneado con CamScanner




Los territorios de las «Cinco Naciones».

# El destino de las «Cinco Naciones»

Algunos blancos que habían establecido su granja entre agricultores indios observaron con sorpresa que no tenían en realidad ningún motivo para sentirse superiores. Al contrario. Ellos eran pobres y tenían que empezar solos y desde el principio, mientras que sus vecinos indios vivían en posesiones magníficamente cuidadas e incluso poseían esclavos negros que trabajaban para ellos. No es, pues, extraño que algunos habitantes de la frontera se casasen con las hijas de un cacique y, dado que en estos pueblos el hombre pasaba a formar parte de la familia de la mujer, se adhiriesen a las tribus de los creeks, los choctaws, los chicasaws o los cheroquis. En la ilustración superior se indican los territorios donde estas tribus vivían.

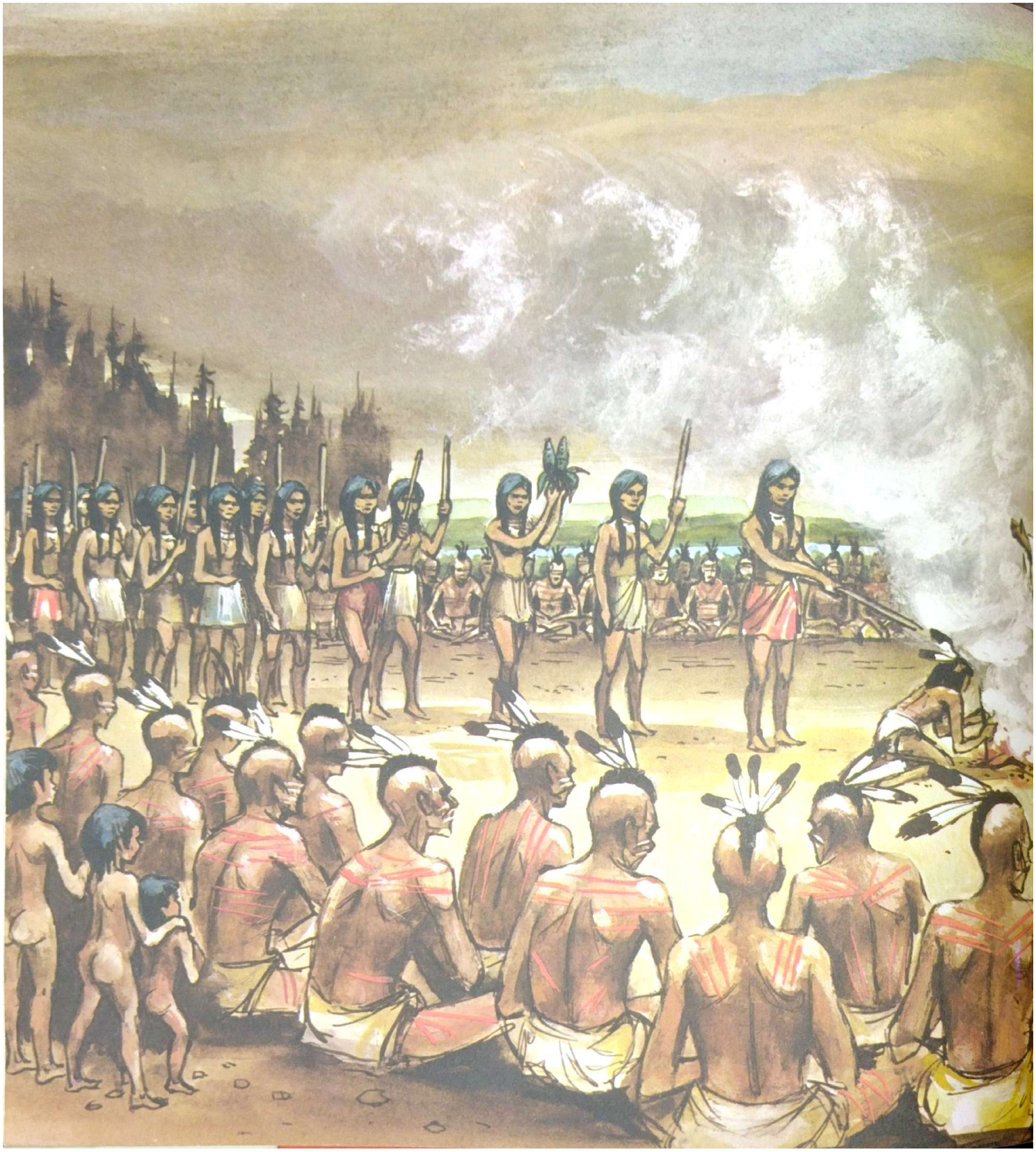
Todos esos pueblos estaban unidos; los cheroquis hablaban una lengua iroquesa, pero los demás pertenecían al mismo grupo lingüístico. Mucho se ha discutido sobre las «Cinco Naciones», a pesar de que, en realidad, no eran más que cuatro; lo que ocurrió es que los seminolas se separaron de los creeks y se consideraron en adelante como un pueblo distinto.

Eran agricultores, pero agricultores indios. En

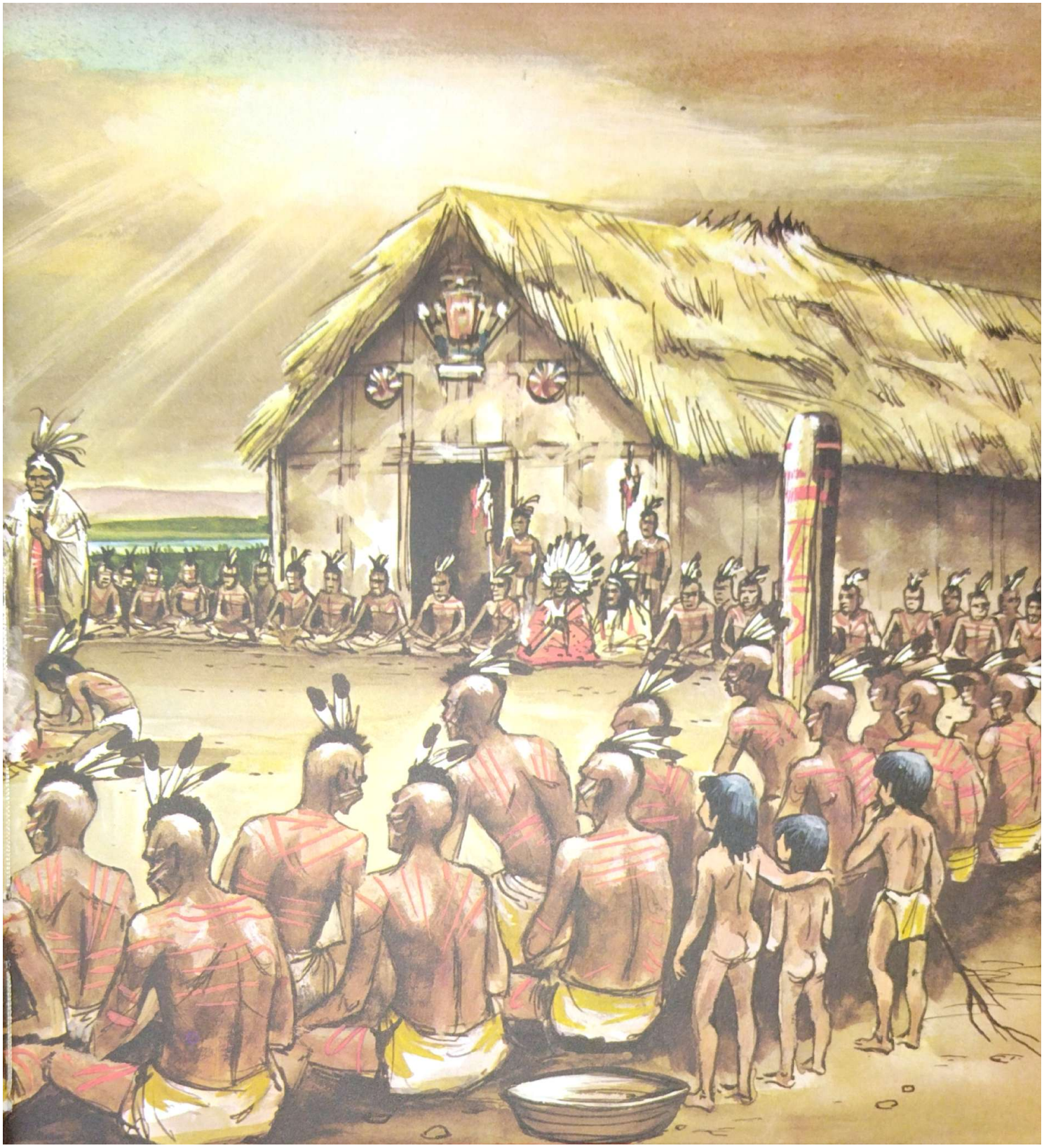
Páginas siguientes: La fiesta del maíz verde. →



Escaneado con CamScanner



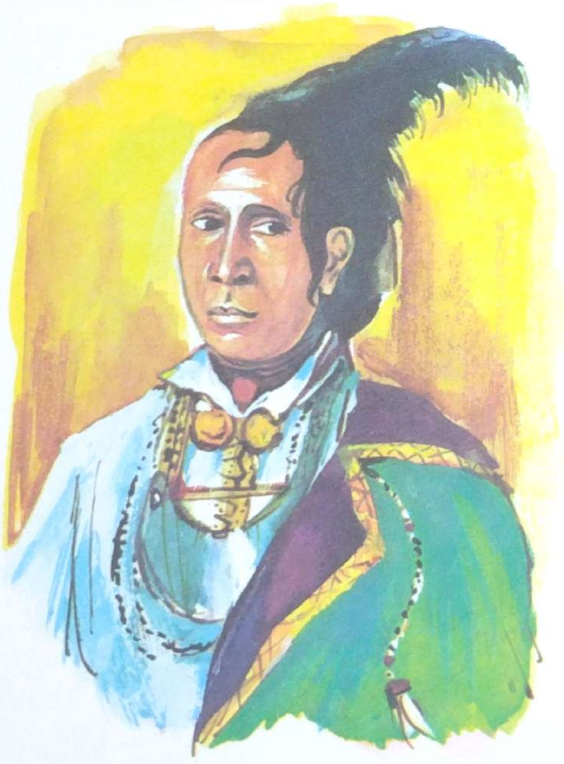
Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

verano iban casi desnudos, se afeitaban el cabello hasta la cola del «scalp», iban tatuados y se pintaban; en especial, se pintaban los rostros de rojo cuando iban a la guerra, como se ve en la página 154, en la que se representa al caudillo Stalking Turkey. Les gustaba pintarse, torturaban a los prisioneros y coleccionaban cabelleras, pero si no había guerra se aburrían soberanamente, porque los trabajos agrícolas eran cosa de mujeres, a las que pertenecían las casas, el territorio y todo cuanto poseían. Las mujeres, en cambio, no podían intervenir en los asuntos de la tribu. Entre estas tribus, el «mico» o cacique tenía más poder que en las del norte. Aquí puede verse a algunos. Cuando se pintaron los retratos, los caudillos no llevaban, como es lógico, sus trajes indios,

El caudillo Stalking Turkey.



El caudillo Mc Intosh.

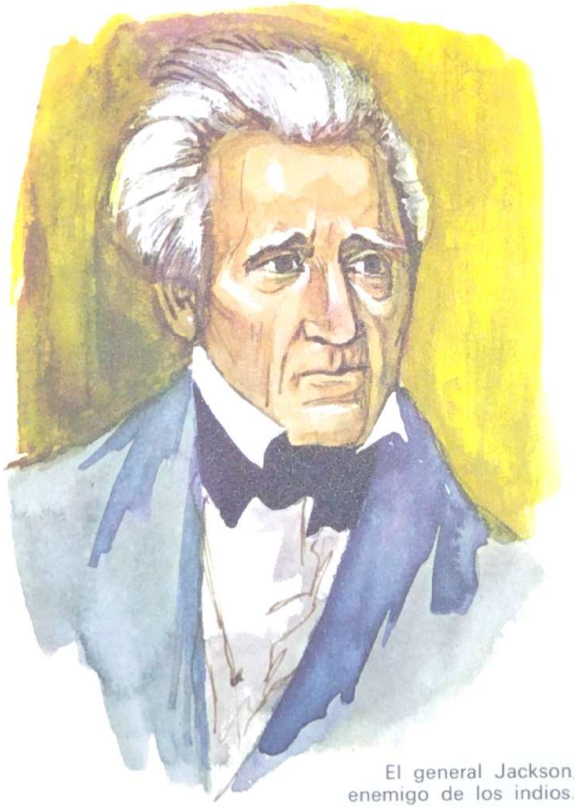
porque ya se habían adaptado ampliamente a los usos de los blancos.

Y ¿por qué no? Eran tan inteligentes que ya de antemano habían comprendido el valor de aprender y saber. Por eso adoptaron el arado, la rueca, los animales domésticos e incluso esclavos negros, que, por otra parte, trabajaban más a gusto con sus amos indios, que no eran tan altivos como los blancos. Mas también los blancos, desde la expedición de Soto, habían aprendido algunas cosas de las tribus indias de las «Cinco Naciones». Ante todo, el cultivo del maíz, en el que los indios eran maestros. Tan importante era el cereal para la vida de estos pueblos, que celebraban en su honor la fiesta principal del año, en julio, la época de la primera recolección de maíz y de la siembra del primer grano verde. Para recibir dignamente la cosecha todo tenía que ser nuevo y estar limpio. Se apagaba el fuego, no se podía cocer maíz y la

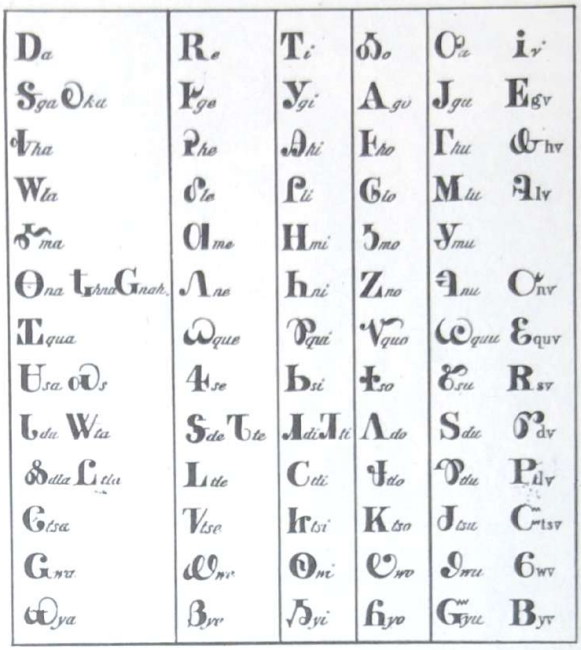


Escaneado con CamScanner

gente limpiaba sus casas y se bañaba, estrenando vestidos. Para estar también interiormente limpios, ayunaban y oraban; cantaban himnos a sus dioses, mejor dicho, a sus espíritus, de los cuales recibía los máximos honores el «señor del hálito», el dios creador. Llegado el día de la fiesta, se reunían los indios en la plaza del poblado, en la que también se encontraba el poste de tortura. Los guerreros ocupaban su sitio por estricto orden de categoría y se pasaba de mano en mano un cuenco con un vomitivo que tenía la misión de provocar la limpieza de las entrañas. Hombres, mujeres y niños celebraban al maíz con cánticos y danzas y, cuando llegaba el punto culminante de la fiesta, se encendía el nuevo fuego (páginas 152/153).



El general Jackson, enemigo de los indios.



El alfabeto de Sequoyah para el idioma cheroquí.

Estas antiguas costumbres se conservaron aún mucho después de que las «Cinco Naciones» tuviesen a los blancos por vecinos y maestros. Los franceses, los holandeses y los españoles se esforzaban en conseguir la alianza de estas poderosas tribus, pero la presión del avance blanco se hizo tan intensa que los caudillos acabaron por temer por su país. Ya hemos indicado que no quisieron apoyar la coalición algonquina de Tecumseh. En 1813, año de la muerte de Tecumseh, empezó el caudillo Weatherford, con sus creeks, una rebelión muy violenta que fue dominada sangrientamente por un irreconciliable enemigo de los indios: el general Jackson, cuyo retrato figura al margen. Jackson, que más tarde llegó a ser presidente de los Estados Unidos, no tenía el espíritu de justicia ni la generosidad de Harrison: lo único que le interesaba era exterminar.

Por desgracia, tampoco las «Cinco Naciones»



Escaneado con CamScanner

Osceola, el heroico caudillo de los seminolas.

estaban acordes. Entre los creeks había una tribu, la «tribu blanca» en cuyas «ciudades blancas» se podía refugiar cualquier fugitivo, que gozaba así del derecho de asilo. Los partidarios de la paz y las tribus belicosas se atacaron frecuentemente entre sí. Cuando algunas tribus decidieron ceder sus territorios y establecerse al oeste del Mississipi, se produjeron nuevas discordias. El caudillo Mc Intosh, cuyo retrato figura en la página 154, fue asesinado por los suyos cuando vendió su territorio para disponer de dinero a fin de reconstruir su tribu.

Las «Cinco Naciones» seguían creyendo aún que el mejor camino era asimilar las costumbres de los blancos. Cuando se dieron cuenta de que no se podía reproducir fielmente su lengua con las letras inglesas, perdieron todo interés en aprender a leer. Sin embargo, el cheroqui Sequoyah se retiró durante años a la soledad al otro lado del Mississipi y elaboró la escritura silábica que se reproduce en la página 155, con la que se podía representar la lengua de los iroqueses. Tras el asombro inicial, la tribu acabó comprendiendo las ventajas de la escritura y jóvenes y ancianos aprendieron en pocos meses a leer y escribir, lo que les hacía tan felices que más de uno emprendió un viaje para poder escribir una carta por medio de un mensajero.

Aún hablaremos del destino de las «Cinco Naciones». Ahora sólo vamos a tratar de un pequeño pueblo que no ha hecho la paz con los Estados Unidos hasta hace muy poco tiempo, concretamente en 1962. Se trata de los seminolas, que se habían separado de su tronco principal, los creeks, y habían marchado a Florida. No les iba mal y en sus grandes territorios trabajaban algunos negros, pero en 1818 las tropas del general Jackson, en su intento de mantener a raya a los indios, entraron en la Florida española. Los guerreros se pintaron el rostro de amarillo, para indicar que estaban dispuestos a morir, y de rojo, como expresión de su sed de sangre, y se tiznaron de negro los cercos de los ojos para ver mejor en la oscuridad. El valeroso caudillo Osceola —su retrato figura en el grabado superior de esta página— dirigió a sus hombres con tanta habilidad que la guerra duró veinte años. Los americanos ojeaban a los seminolas con perros bracos y enviaron decenas de miles de soldados. Muchos seminolas cayeron y otros fueron expulsados, pero cuando por fin se abandonó la guerra por las buenas, por cada seminola caído o prisionero había muerto un americano y la muerte de cada indio había costado unos diez mil dólares. En el penúltimo capítulo volveremos a encontrarnos con los seminolas, que viven todavía en Florida en número de unos mil.



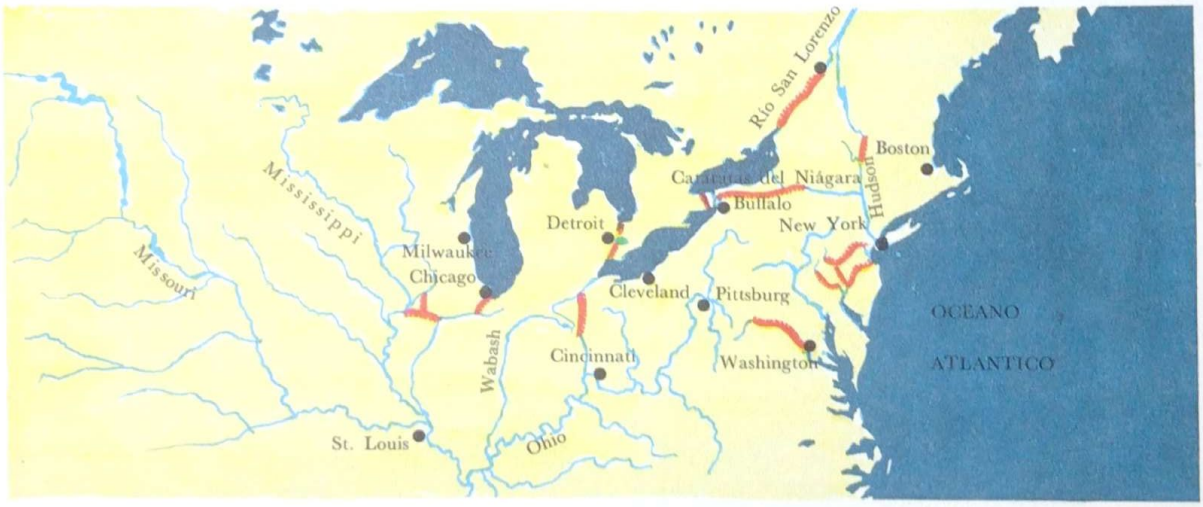
Escaneado con CamScanner

# En el Mississipi

El territorio situado al oeste del Mississipi debía quedar para los indios, porque ¿quién pensaba en vivir en aquellas extensas y áridas llanuras? Así, por lo menos, pensaban los americanos a principios del siglo XIX cuando se disponían a colonizar el codiciado y disputado territorio sito entre el Mississipi y los Apalaches. Después de Kentucky y Tennessee, nuevos territorios ingresaron en la Unión. Sólo en 1812 lo hicieron cinco: Luisiana, el pequeño resto del gigantesco imperio fundado por La Salle, Indiana, Mississipi, Illinois y Alabama. Hay que contemplar la posición de los Estados en el mapa de las páginas 206/207 para comprender que el territorio se cultivó por igual al sur y al norte. En la segunda década del siglo XIX, casi se había duplicado la población de estos territorios.

Y no es poco, si se piensa que entonces no había carreteras rectas, sino apenas unos caminos polvorientos. Los americanos se tomaban con calma el comienzo de la construcción de carreteras, pero se lanzaban hacia el oeste con sus carromatos y caravanas. Ahora bien, si los territorios recién colonizados habían de fructificar, no bastaba con erigir aquí y allá un pueblecito rural rodeado de un amplio círculo de granjas dispersas: era precisa una red viaria que sirviese para el intercambio de bienes y que uniese a los habitantes entre sí y con los de las ciudades del Atlántico y la capital federal de Washington.

¿Para qué estaban entonces los ríos? Estos volvieron a adquirir la importancia que tenían en tiempo de los misioneros franceses, de los soldados y de los traficantes de pieles que cruzaban el país con sus canoas. Claro está que tampoco era cómodo desembarcar cuando había algún rápido o una catarata, tomar la canoa al hombro y andar por el «portage». Había que construir canales que






Escaneado con CamScanner

uniesen a los ríos entre sí y con los lagos y el océano.

El Estado de Nueva York, que limita al norte con el San Lorenzo y los lagos Erie y Ontario, comenzó ya en 1817 a construir un canal muy importante, el del Erie, que, como se ve en el mapa, une el río Hudson con el lago Erie. Se podía, pues, y se puede, pasar del puerto de Nueva York al Hudson, salir de éste por Albany (capital del Estado de Nueva York) y llegar por el canal hasta la ciudad de Buffalo, junto al lago Erie. Un segundo canal rodea las cataratas del Niágara que, como se sabe, bloquean el camino hidrográfico que va desde el lago Ontario al Erie. Sobre este canal de Welland se puede, pues, llegar al lago Ontario y, por tanto, al San Lorenzo. También están comunicados ahora el Hudson y el San Lorenzo por un canal que aprovecha la bajada del Champlain. La gigantesca red de ríos y canales, de la que se construyeron 5.000 kilómetros en veinte años, es la vía de navegación interior más grande del mundo.

La importancia económica de los canales se demuestra en el hecho de que en el canal del Erie, entre Albany y Buffalo, surgieron una ciudad tras otra cuando se empezaron a explotar los productos del suelo. Como es lógico, la mayor parte de las mercancías no se transportan hoy por el canal, sino por ferrocarril.

Cuando los demás Estados vieron el empuje que había tomado Nueva York con la construcción de su sistema de canales, se dedicaron a establecer su propia red de canalización. Así, un canal de 546 kilómetros une al Ohio, en Portsmouth, con la ciudad de Cleveland, en el Erie. La construcción de canales ofrecía dificultades en las regiones montañosas, pero poco a poco la extensa cuenca del Mississipi y sus afluentes quedó unida con los grandes lagos y con el océano por muchos puntos.

El Mississipi seguía siendo la principal arteria de tráfico del país, pero, por desgracia, sólo iba en dirección norte-sur; en realidad, sólo se había aprovechado durante siglos en esa dirección. Aunque el río, de una longitud de 6.000 kilómetros (es el tercero del mundo), tiene poca caída (caída es la diferencia de nivel entre las fuentes y la desembocadura), sus aguas son a veces tan torrenciales que sólo es navegable hacia abajo con barcas de remo o velas. Es un río caprichoso. Según la cantidad de agua que viertan en él sus afluentes, se sale de madre o casi desaparece bajo su lecho. En la época de los deshielos, sus ondas llegan hasta muy al sur. Cuando el río abandona la región montañosa y fluye por terreno llano, hay diques para proteger las riberas, pero a veces se rompen estos diques y el agua turbia inunda las fértiles praderas. Las aguas de su hermano el Missouri fluyen torrencialmente a él al llegar a la ciudad de Saint Louis, y durante un largo trecho se distinguen en el curso del río las turbias y amarillas aguas de su afluente.

Ya La Salle y los suyos se asombraron ante las poderosas «islas» que bloquean el curso de las aguas del río en muchos puntos. Estas «islas» son creación del propio río: la corriente ha ido acumulando grandes bancos con piedras rodadas, barro y árboles desarraigados.

Tampoco fue fácil para La Salle encontrar el brazo de la desembocadura más corto hasta el golfo de Méjico, porque la piedra y el barro que va empujando han hecho que

Un vapor del Mississipi anclado en el muelle. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

la desembocadura penetre ampliamente en el mar. Forma, pues, un delta, constituido por muchos brazos grandes y pequeños. Sólo uno de ellos es utilizado hoy día por los grandes navíos. Sus riberas están recubiertas de hormigón y su lecho se está limpiando constantemente.

Los otros brazos, cuyas aguas fluyen perezosamente por un lecho liso, no se pueden apenas distinguir de las zonas pantanosas. Sobre el inseguro terreno oscilan las plantas tropicales y las aves acuáticas y los caimanes tienen su guarida en estos parajes meridionales.

Al norte del delta se extienden inmensos campos de algodón. Mientras el algodón fue un producto rentable y codiciado en todo el mundo, se habló del «rey algodón». Los esclavos negros lo cultivaban bajo un calor sofocante. Muchos de ellos procedían de Virginia, donde nacían más esclavos de los que se necesitaban, y por esa razón se vendían en Alabama, Luisiana y Mississipi. Desde luego, no cantaban durante la jornada de trabajo, pero después podían oirse sus hermosos e impresionantes cantos, que hoy conocemos todos, como el famoso «Ol'Man River».

El viejo río cobró de pronto gran importancia cuando, en 1812, un barco de vapor atracó en el puerto de Nueva Orleans. No era el primer barco que funcionó en América con vapor. Ya en 1786 se había visto en el puerto de Filadelfia, en el Estado de Pensilvania, un navío de vapor, pero nadie creyó que las máquinas de vapor pudieran rendir bien en el agua.

Mas ahora, los barcos de vapor rejuvenecían al viejo Mississipi. Robert Fulton, un ingeniero americano, había aprovechado la idea del barco de vapor, construyendo un vehículo aprovechable. Como es natural, eran barcos muy distintos a los de hoy. Por lo demás, el que haga un viaje a América los puede ver todavía... Se utilizan para excursiones o están anclados en los puertos del río, transformados en teatros o restaurantes. En la página 159 se representa un magnífico vapor con sus ruedas de palas y las dos chimeneas contiguas. De estas chimeneas brotaba abundante humo y la rueda giraba con un crugido característico.

Con las ruedas de palas que tenían los vapores de entonces, no se podía avanzar tan rápidamente como con la hélice, pero resultaban idóneas para las aguas tranquilas, como aún puede verse en algunos ríos y lagos europeos. La navegación se fue acoplando poco a poco al vapor y la mayor parte de los barcos que cruzaban el océano hasta mediados de siglo, estaban provistos de velas auxiliares, cuando no navegaban totalmente a vela.

No siempre estaba exenta de peligros la navegación en uno de los primeros barcos de vapor y la historia de las ciudades marítimas está llena de terribles explosiones que destrozaron materialmente los buques.

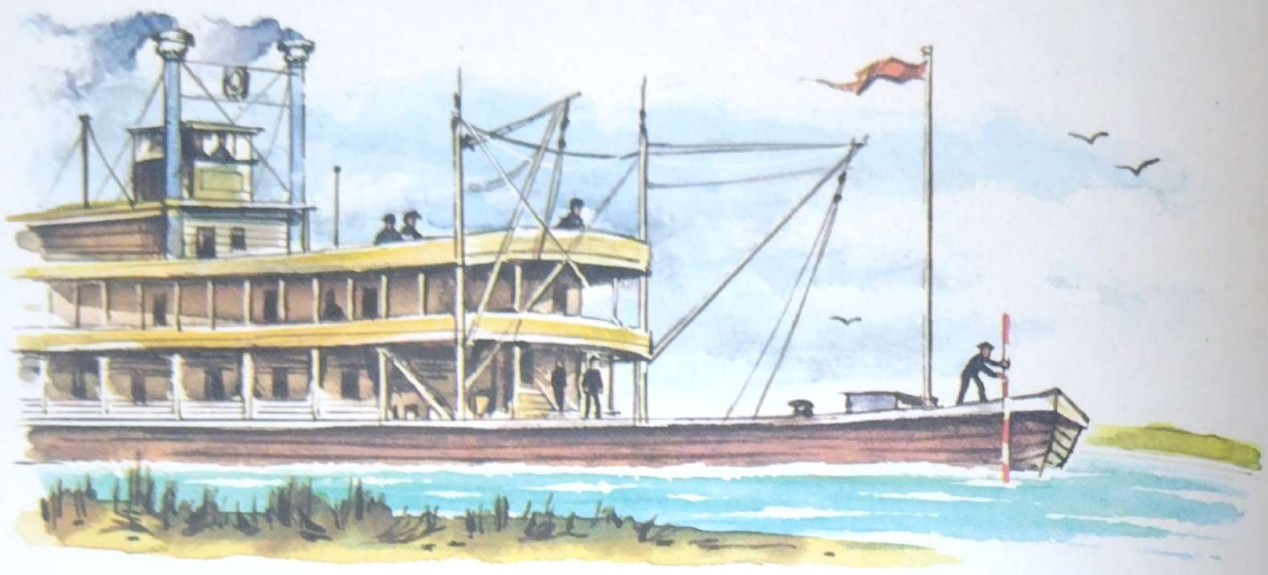
Sin embargo, la mayor parte de los viajes transcurrían pacíficamente. Por fin se podía remontar la corriente del Mississipi, que es navegable hasta la ciudad de Minneapolis, pero no más allá a causa de los rápidos. Era un acontecimiento y el que podía permitírselo se proporcionaba un excelente viaje de placer. Los salones de primera clase eran como los restaurantes elegantes de la ciudad (véase el grabado de la página 163) y el que quería podía incluso

Huckleberry Finn navegando en la balsa.→



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner



«Mark Twain», exclama el práctico.

perder en los salones de juego el dinero que tanto le había costado ganar.

Como es lógico, los excursionistas no eran tan importantes como el transporte de mercancías, que adquirió en esta época un gran auge. Ya en 1820 circulaban sesenta vapores por el río; como aún puede verse hoy, empujaban ante sí pesadas balas de algodón y otras mercancías contra la corriente.

Nueva Orleans, la ciudad fundada por los franceses, que conserva en algunos de sus barrios un sello muy francés, adquirió gran importancia como puerto. El dibujo de la página 164 muestra su aspecto hacia 1870. Nueva Orleans está muy dentro del país, no en el golfo de Méjico, sino en un lugar en el que las riberas del delta ya no son terrenos pantanosos.

La navegación a vapor trajo consigo multitud de nuevas profesiones, entre ellas la de práctico del río. Era una muy importante, porque constantemente se formaban nuevos bancos de arena, aparecían aguas viejas y más de un pueblo fundado junto al Mississipi apareció, después de alguna inundación, en un brazo de río seco, porque el padre de los ríos había desplazado una vez más su cauce. Por eso era necesario que el piloto conociese exactamente el lecho del río y, además, la profundidad exacta. (Véase la ilustración superior). De pie en cubierta, echaba su vara al agua y anunciaba al piloto del barco cuántas brazas había de profundidad. Una braza mide 1,83 metros.

Durante algún tiempo ocupó este puesto un hombre que después se hizo mundialmente famoso como escritor; no todos aquellos a quienes gustan sus libros le conocen por su nombre: Samuel Clemens. Mientras vivió jamás olvidó la voz con la que tantas veces

En un salón a lo largo del Mississipi.→



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Mark Twain.

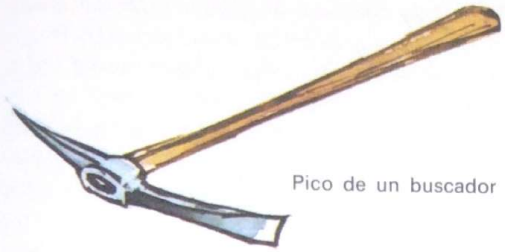
había anunciado en su vida de práctico la profundidad del agua: «Mark Twain» («Dos registrados»), es decir, dos brazas en el mapa de navegación.

Pero sí le conoce cualquiera con el nombre de Mark Twain, y es el creador de Tom Sawyer y de Huckleberry Finn. Quien haya leído los dos libros se hará una idea de cómo era la vida en el gran río, porque fue en sus orillas donde se desarrollaron las graciosas y emocionantes aventuras de ambos héroes: en efecto, fue por el Mississipi por donde Huckleberry Finn navegó con su balsa con el viejo Jimmy y, finalmente, con Tom. Se escondían en la espesa maleza de la ribera y en islas solitarias y resistían grandes peligros que, naturalmente, muchas veces inventaban. La página 161 ilustra esa navegación en la balsa. Mark Twain, que vivió de 1835 a 1910, ha descrito los años de su vida en el río en su obra «La vida en el Mississipi», pero se hizo célebre por sus dos héroes, Tom Sawyer y Huckleberry Finn. En Hannibal, la ciudad natal de su creador, puede verse a los dos muchachos, símbolos de la ciudad.

Nueva Orleans en 1870.

Escaneado con CamScanner

# Oro en el país de los cheroquis



Pico de un buscador de oro.

Para los miembros de las «Cinco Naciones», el Mississipi se convirtió en el río que había de separarlos para siempre de sus territorios patrios.

La expulsión de los indios empezó sin misericordia en el territorio de las «Cinco Naciones» cuando en 1812 se descubrió algo de oro en el territorio de los cheroquis. A pesar de no tratarse de hallazgos importantes, entraron en acción el pico y la criba donde antes sólo los laboriosos campesinos indios cultivaban sus granjas. El avance de los colonos era incontenible.

Es verdad que había una «Oficina de Asuntos Indios» en la capital federal, en Washington, pero estaba integrada en el Ministerio de la Guerra, porque se consideraban a los indios como enemigos y no como americanos. La Oficina tenía que ocuparse de la expulsión de las tribus y cuando en 1830 se aprobó una ley por la que se permitía la compra de los territorios de los indios, la misión de la Oficina se redujo a tener disponible el dinero suficiente para los contratos celebrados con las «Cinco Naciones». En unos ocho años se celebraron unos cien de estos catastróficos contratos. ¿Dónde podían ir los creeks, los choctaws, los chicasas, los cheroquis y los seminolas?

Estaba claro; tenían que emigrar a los territorios vacíos, que recibieron el nombre de «Territorio indio» y constituyen hoy el Estado de Oklahoma. Si se hubiera hecho caso al general Jackson, se habrían enviado allá a todos los indios del este. Jackson, que más tarde llegó a presidente, estaba también dispuesto a fijar una frontera que los colonos blancos no deberían traspasar: el territorio indio comenzaría al oeste de la misma. Sin embargo, nada pudo contener a los grupos de colonos que poco después quisieron poseer también el territorio del oeste, hasta entonces desdeñado. La expulsión de las «Cinco Naciones» duró mucho tiempo. Ya hemos contado cómo los seminolas, dirigidos por Osceola, pudieron salvarse. El general Jesup hubo de reconocer, después de tres meses de campaña, que con sus ocho mil hombres había matado a cuatro indios seminolas y capturado unas cien mujeres y esclavos negros. Una tribu de seminolas se mostró dispuesta al fin a embarcar en la bahía de Tampa, en Florida, navegar hacia el oeste y llegar así al territorio indio, pero, sabedores los indios de que se pretendía capturar a sus negros y tratarlos como esclavos escapados, de la noche a la mañana desaparecieron de la bahía de Tampa.

En cambio, todo eso benefició a los cheroquis. Parte de ellos se salvaron en las inaccesibles montañas de Carolina del Norte, donde, después de mucho ir y venir, se les dejó tranquilos y se les permitió comprar terrenos con su dinero. Estos terrenos constituyen hoy «reservas», es decir, territorios protegidos para los indios, de los que hay toda una serie.

Las demás tribus obtuvieron un plazo de dos años para prepararse al traslado, pero, transcurrido el plazo, se negaron a marcharse. Sabían que era un territorio frío y no protegido, muy distinto a su fértil patria del sur. Sin embargo, su negativa no sirvió de nada: los soldados penetraron en los poblados y los forzaron a la marcha. Tampoco sirvió de nada la petición que dirigieron al Gobierno, en la que pregunta-



Escaneado con CamScanner

ban: «¿Es que hay que expulsarnos como si fuésemos animales salvajes?»

A toda prisa, los creeks, los choctaws, los chicasas, y los cheroquis hubieron de vender su buen ganado y entregar sus bien sembrados campos a los blancos. Después guardaron la última ceniza de su fuego en sus bolsas de cuero, para que les trajese suerte en su nueva patria.

Entonces comenzó una verdadera marcha del hombre. Muchos perecieron en ella, pero los soldados les empujaban hacia adelante y no permitieron a los indios cumplir con su costumbre de enterrar a los muertos. De poco sirvió que algunos de ellos les precediesen con bastones de plumas para aligerar los pies de los emigrantes... fue la marcha de las lágrimas, de la que aún hoy hablan los cheroquis. Una mujer creek compuso la siguiente canción, que los demás cantaban y repetían constantemente:

«Ya no tengo patria.
Soy un desterrado
Empujado junto a las aguas rojas.
Vayamos unidos,
Vayamos a la muerte.»

Pero la historia de las «Cinco Naciones» no terminó de forma tan triste. Enérgicamente, crearon en su nuevo país una nueva vida. Habían llamado al territorio Ok-la-ho-ma, que en idioma choctaw significa «país del piel roja». Hoy se llama así un Estado. El país, que carecía de árboles, era seco y polvoriento, pero sobre él caía de pronto un frío terrible. Eran precisos muchos cuidados para lograr buenas cosechas. Sin embargo, las «Cinco Naciones» o, mejor dicho, lo que quedaba de ellas, se recuperaron muy pronto y lograron poseer de nuevo buenas granjas. Utilizaban el dinero para construir molinos y escuelas, imprimían en lengua sequoyah la Biblia y llegaron a publicar un periódico. Los blancos sonreían cuando veían que los alumnos aplicados aprovechaban hasta la luz de la luna para estudiar. Desde luego, algo había cambiado desde la raíz: como ya no había guerras, tampoco contaba el guerrero para nada; el que tenía algo valía y el pobre siempre era un pobre. Tal cosa nunca había existido entre los indios.

Al estallar la guerra civil, los indios del territorio lucharon con los sudistas y perdieron con ellos. Eso sirvió de pretexto, bien acogido, para quitarles parte de su territorio, afirmándose que habían quebrantado los tratados y que, por lo tanto, no les estaba permitido volver a luchar.

Al fin acabó por expulsarse a los indios de un territorio que habían tenido totalmente para sí y donde habían creado su propia administración, esparciéndolos por distintas partes del país. El 22 de abril de 1889, un disparo de cañón fue la señal que esperaban los colonos blancos, en la frontera del territorio, para irrumpir con sus bienes en él. Del país de los indios nació el Estado de Oklahoma.

Cedazo para cribar la arena del río.



Escaneado con CamScanner

# Los vaqueros

El vaquero o cowboy doma su caballo.

No es necesario decir qué es un vaquero o cowboy. Un vaquero —todo el mundo lo sabe— lleva un enorme sombrero en la cabeza, un pañuelo de color anudado al cuello, unas espuelas en sus botas de tacón alto y un revólver de seis tiros que saca de su canana para —¡pam!— disparar. Y, naturalmente, doma los potros más salvajes con su lazo.

Sí; así eran los cowboys. Pero ¿quién sabe que debían realizar un durísimo trabajo y que no siempre tenían ganas de disparar o montar a caballo? Ya no existen los verdaderos vaqueros, que no se limitaban como hoy a guardar los rebaños a caballo, porque ya no se conducen los rebaños a distancias de 2.000 kilómetros a través de América. Eso es lo que se hacía en la segunda mitad del siglo pasado. En 1866 se condujeron en una ocasión 260.000 terneros desde Tejas hacia el norte. Y el viaje no duraba semanas, sino meses. En el sur de los Estados Unidos había exceso de ganado vacuno, necesario en el norte, donde se pagaba bien. Era, pues, preciso llevar el ganado hasta el punto en que pudiera ser transportado en el ferrocarril, aún raro, o en barco.

Es muy fácil hablar de conducir el ganado a través del país, pero lo que eso significaba sólo lo sabía el cowboy. No era un simple «mozo de vacas», sino un hombre hecho y derecho, suficientemente joven para gustar de la aventura y tan experto como para advertir cualquier peligro y rechazarlo.

La vida diaria consistía en la lenta conducción de las enormes manadas. Como los animales no debían llegar a su destino medio muertos de hambre, iban comiendo por el camino incesantemente, rodeados por cowboys a caballo. Ningún animal debía escaparse ni rezagarse. El polvo subía en espesas nubes por encima del rebaño, los animales mugían, los látigos restallaban y los cascos de los caballos resonaban contra el suelo. Eran terneros con cuernos muy grandes y brillantes, animales bastante salvajes que no podían compararse con las tranquilas vacas de nuestros establos.

Cuando anochecía, se hacía alto. Se colocaba a los teneros, se ataba a los caballos y los cowboys, encendían un fuego de campamento cuyo resplandor llegaba muy lejos en la llanura, poniendo sobre él la inevitable cafetera. Entonces, sin duda, antes de extender sus mantas para echarse a dormir, cantaban sus tristes y nostálgicas canciones vaqueras. Sin embargo, durante la noche se iban revelando las guardias, que en la oscuridad rodeaban a caballo el rebaño con sumo cuidado para no asustar a los animales.

Las guardias eran necesarias. No sólo los lobos, pumas y coyotes se aproximaban a las reses, sino los mismos indios, ya para matar a alguno de los aborrecidos blancos, ya para

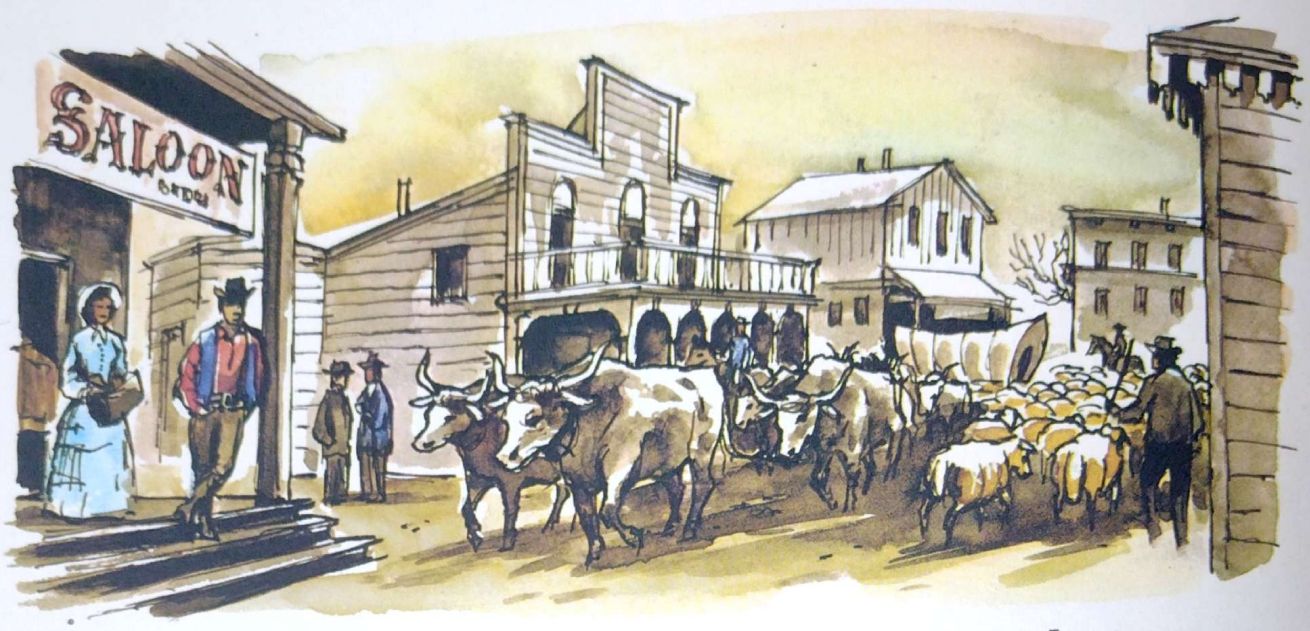
Páginas siguientes: El ganado se acerca a la ciudad. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner




Entrada en una ciudad.

robar algún animal. Y no era raro que los bandidos asaltasen a los conductores, robasen las provisiones y se llevasen los caballos.

Todavía temían más los cowboys a las estampidas. Cualquier pequeño incidente podía irritar a una manada de muchos miles de cabezas. Con velocidad increíble, huían de allí a ciegas, como una masa oscura sin dirección y sin freno. Y lo mismo que antes los rebaños de bisontes, caían, víctimas de la estampida, despeñándose por un precipicio o ahogándose en un río. La estampida podía durar varios días, siempre a la misma velocidad, y a veces en dirección equivocada, por lo que a los cowboys no les quedaba otro remedio que galopar tras el ganado días enteros, e intentar adelantarlo y agruparlo. A veces, bastaba la vista de una serpiente cascabel por parte de las reses de vanguardia, un trueno o el relincho de un caballo durante la noche, para provocar la estampida. Realmente, eran muchas las cosas que podían hacerlo.

Los caballos estaban acostumbrados a las precauciones. Para el cowboy, el caballo era su mejor amigo, al que, como es natural, había que «educar» antes. La mayoría de los caballos eran medio salvajes y pudieron domarse gracias a un duro trabajo (véase la página 167). Tenían que ser resistentes, precavidos y obedientes y no tolerar que los montase más que su dueño.

De esta forma, las manadas de ganado marchaban solitarias durante meses. Poco a poco se fueron formando trechos donde se encontraban los mejores vados, las hierbas más jugosas y las etapas de desierto más cortas. También los novatos distinguían estas rutas porque se veían en la arena los huesos de alguna res muerta o porque alguna cruz de madera indicaba que algún cowboy había sido asesinado por los bandidos o los indios, o mordido por alguna víbora.

Cuando aparecía la ciudad a lo lejos, el cowboy hacía acelerar el paso a las reses, como se ve en la página 168/169. La manada atrave-



Escaneado con CamScanner

saba la ciudad (grabado a la izquierda), se le daba de beber y se dejaba con una guardia...; ¡Pero estaban en la ciudad! En los «saloons» había hermosas muchachas y en el bar (grabado inferior) el cowboy podía desquitarse del polvo de muchas semanas bebiendo licor y perdiendo su dinero a las cartas. Eran frecuentes las peleas y muy a menudo terminaban con un tiroteo y la fuga del homicida. Más de un cowboy honrado huyó de esta forma, refugiándose con algunos bandidos y acabando en la horca.

Asperas como su existencia eran las bromas y los modales de los vaqueros. Nada había más hermoso que entrar al galope en la ciudad disparando las armas al aire y restallando los látigos. Eran casi siempre ciudades pequeñas que olían de lejos a estiércol y alcohol, terminales de las pocas líneas de ferrocarril que había o puertos donde se podía embarcar el ganado hacia su destino. Estas ciudades ganaderas, como Abilene, en Kansas, atraían al cowboy como un imán. Allí reposaba de su larga cabalgada y encontraba compañía y placer antes de volver sobre el caballo.

Gran parte del ganado iba a parar al matadero de Chicago, que desde entonces es conocido como la ciudad de las industrias cárnicas.

En el bar.

Escaneado con CamScanner

# Los esclavos

Más difícil que cuanto se refería a los indios fue resolver lo que había de hacerse con los esclavos negros. A lo largo de los siglos, se transportaron a través del océano unos quince millones de negros, pero no llegaron ni mucho menos todos con vida. En efecto, a fin de transportar la mayor cantidad posible de la preciosa mercancía humana, los tratantes de esclavos ataban a aquellos infelices codo con codo bajo cubierta y les daban la cantidad justa de agua y comida para que no se muriesen en el caso de que las mareas o las tempestades prolongasen el viaje. Son muchos los Estados que han participado en este vergonzoso capítulo del tráfico de esclavos. Los plantadores, que tenían que pagar altos precios por sus esclavos negros, no los trataban mal, aunque fuese simplemente porque sólo los negros vigorosos podían realizar trabajos pesados bajo un calor abrasador. La mayor parte toleraban también que los viejos se quedasen en su cabaña y continuasen recibiendo, como siempre, su puñado de judías, su maíz y sus vestidos. También es cierto que había amos malvados que aprovechaban cualquier oportunidad para recurrir al látigo y hacían azotar al esclavo por su intendente hasta hacerle perder el sentido. Sin em-

Grabado inferior: Los negros entonan sus cantos espirituales.

Derecha: Ante la cabaña del Tío Tom. →

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Louis Armstrong.

bargo, no era el duro trato ni el pesadísimo trabajo lo que más le agobiaba al negro: lo insoportable era su falta de libertad y su carencia de derechos y este sentido se fue agudizando cuanto más tiempo llevaban los negros en América y cuanta mayor ocasión tenían de observar a sus amos blancos.

Para los esclavos no había progreso, ciencia ni escuelas; nadie procuró su libertad, aunque ellos habían contribuido a la independencia americana luchando al lado de sus amos blancos. El negro no tenía derechos. Cuando su amo separaba familias y vendía a la madre en Alabama y los hijos en Virginia, nadie se lo impedía. Los hijos de los esclavos nacían esclavos y jamás podían ser otra cosa.

Aún antes de que el problema de los esclavos se convirtiese en un problema político, aquellos pobres hombres sentían la indignidad humana de su situación. En esa época fue cuando surgieron los cantos espirituales que hoy admiramos por su pura piedad. Cantaban juntos (véase página 172) acerca de sus esperanzas en Dios, que había de abrirles el paraíso.

Los hombres que gobernaban América sabían perfectamente que el problema de la esclavitud era dificilísimo de resolver. A la larga, era imposible que millones de hombres de un país libre estuviesen esclavizados, pero ¿qué pasaría con las plantaciones del sur? ¿Qué hacer con los esclavos libertados? ¿Se les podía reconocer como ciudadanos? ¿Se estaba dispuesto a ello?

El mundo entero conoció la triste situación de los esclavos gracias a una novela por entregas aparecida en un periódico y titulada «La cabaña del tío Tom», de Harriet Beecher-Stowe. El libro, traducido a 37 idiomas, provocó en todas partes lástima y vergüenza, pero con compasión solamente no se resolvía el problema de los esclavos, cuestión más bien política que dio ocasión a la guerra civil que estalló

El dirigente negro Martin Lutero King.



Escaneado con CamScanner

Escena final de la ópera «Porgy and Bess».

entre los Estados del norte y los del sur. Aun así, abolida la esclavitud, el problema de los negros continuó subsistiendo y todavía no se ha resuelto. Los descendientes de los esclavos son hoy hombres modernos que compiten con los blancos en todos los terrenos y entre los que hay ricos y pobres, trabajadores y haraganes, genios y tontos, lo mismo que entre los blancos. Sin embargo, no se ha encontrado aún el camino para lograr la convivencia de negros y blancos.

La música negra se ha impuesto en el mundo entero. Louis Armstrong (pág. 174) es bien recibido en todas partes y, como a otros muchos cantantes de color, se le saluda con entusiasmo. Los poetas hacen comprensible también para los europeos el mundo de los negros; investigadores, soldados, deportistas, políticos de color representan a América en todo el mundo, pero aún no puede nadie responder a la pregunta de si los ciudadanos de color pueden «integrarse», es decir, incluirse totalmente en la vida de los blancos; tampoco pudo hacerlo el líder negro Martin Lutero King, asesinado hace poco tiempo. (Véase su retrato en la pág. 174.) Todavía hay mucha miseria en los barrios donde sólo viven pobres negros desamparados. Uno de estos barrios constituye el fondo de una famosa ópera americana: «Porgy and Bess», de George Gershwin. La ilustración superior muestra una escena de dicha ópera.



Escaneado con CamScanner

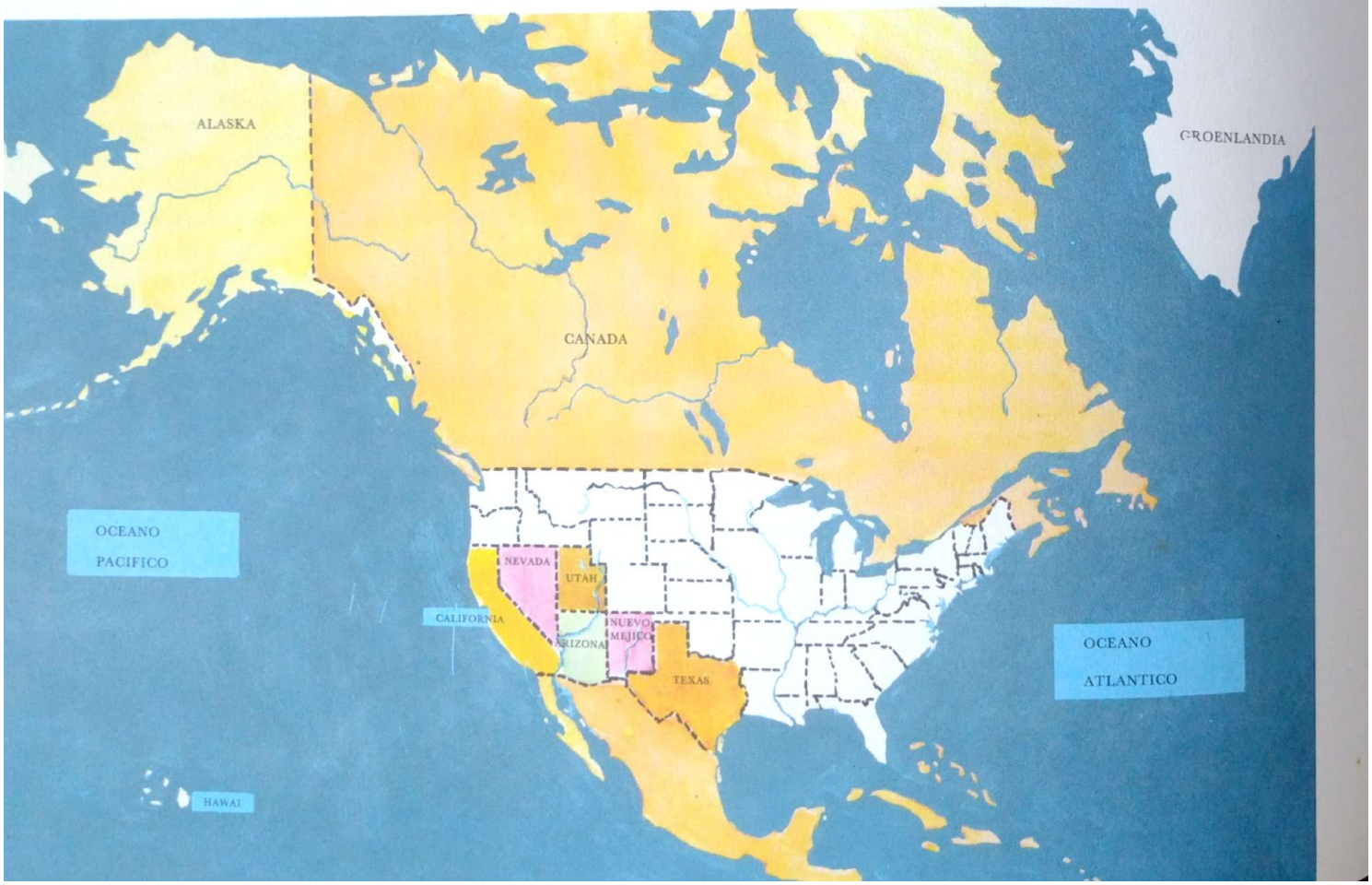
# América crece

A mediados del siglo pasado, el territorio de los Estados Unidos no era, ni mucho menos, tan extenso como hoy. El extremo oeste no estaba incluido. El noroeste estaba bastante poblado y lo mismo ocurría con algunas zonas al sur de los grandes lagos, pero al oeste del Mississipi bajaba bastante la población. ¿De dónde había de venir la gente a poblar tan inmensa zona? Por esa razón pareció oportuno reservar al oeste del gran río un territorio para los indios, ya que los blancos no iban a necesitarlo.

Sin embargo, los Estados Unidos se fueron extendiendo cada vez más hacia el oeste.

Ya en 1803, habían comprado a Francia el enorme territorio de Luisiana y en 1819 adquirieron de España la península de Florida. Fue el antiguo enemigo de los indios, Jackson, quien lo consiguió: persiguió a los seminolas hasta muy dentro del territorio español y se negó durante mucho tiempo a evacuarlo. Finalmente, España se declaró dispuesta a vender Florida por el módico precio de 5 millones de dólares. Florida, donde aún viven los seminolas, no es famosa hoy solamente por sus «Everglades», con sus pantanos y caimanes y plantas tropicales, sino también por la hermosa playa de Miami. En Pensacola hay una famosa Escuela de Marina y Cabo Kennedy, como sabe todo el mundo, es el centro de la navegación espacial norteamericana.

Cuando se adquirió Florida, ya se hablaba de otro territorio que interesaba mucho a los




Escaneado con CamScanner

Naranjos de California.

Estados Unidos: Tejas. Una mirada al mapa de la página 176 nos mostrará que Tejas es el Estado más extenso de la Unión, exceptuando Alaska. Entonces, lo mismo que otros Estados señalados con colores en el mapa, Nuevo Méjico, Arizona, California, Utah y Nevada, pertenecía a España. Eran territorios que después de las exploraciones de Cabeza de Vaca y Coronado se había ido anexionando España, integrándolos en el Virreinato de Nueva España.

En el siglo XIX, Méjico se separó de España al igual que las demás colonias de Hispanoamérica. Se proclamó república independiente en 1823, abarcando grandes territorios situados al norte del Río Grande, que forma hoy la frontera entre Méjico y los Estados Unidos, pero no disponía de hombres dispuestos a colonizar estos territorios y explotarlos, por lo que vio con agrado que los Estados Unidos solicitasen licencia para establecerse en Tejas. La licencia fue concedida con gusto y la colonización se realizó por grandes comunidades, de forma que la población de Tejas era cada vez más americana. Con gran energía y eficacia se convirtió en fecundo aquel suelo árido y seco, y pronto se extendió el algodón donde no había sino cactus y zarzas. Fue surgiendo un rancho tras otro y se empezó también a criar ganado. El cowboy cabalgaba diariamente muchas millas (véase la pág. 179) para cuidar las reses que pastaban libres y sin corrales que las encerrasen. Pero los americanos de Tejas se llevaban mal con el gobierno de Méjico y pronto empezaron a producirse sublevaciones. Entonces, las tropas mejicanas avanzaron contra el fuerte El Alamo, cuya guarnición se defendió heroicamente contra la superioridad numérica del enemigo, aunque al fin hubo de capitular. Fue Sam Houston, un diablo de hombre, quien logró la venganza por la derrota de El Alamo. Había vivido un par de años con los cheroquís y su experiencia le permitió separar por completo a Tejas de Méjico y constituir durante diez años un Estado independiente que, al fin, ingresó voluntariamente en la Unión. Esto sucedió en el año 1845. Tejas aportó a los americanos tesoros con los que no contaban: casi todo el petróleo obtenido en Norteamérica procede de Tejas. Sin embargo, esto se supo mucho más tarde. Méjico vio con desagrado la anexión de su antiguo territorio a los Estados Unidos, pero no hubiera empezado por ello una guerra. Sin embargo, los americanos necesitaban más territorios: ahora les apetecía la lejana Cali-





Escaneado con CamScanner

fornia. El que quiere guerra encuentra fácilmente pretextos y, así, un día comenzó la guerra con Méjico, con la que no estaban de acuerdo todos los ciudadanos americanos. La contienda terminó como era de esperar: Méjico, inferior, perdió y hubo de ceder sus territorios situados al norte de Río Grande: Nuevo Méjico, Arizona, Nevada, Utah, California y parte de Colorado y Wyoming. Los Estados Unidos pagaron quince millones de dólares por tan extensas tierras, lo que realmente no era mucho.

Con California, los Estados Unidos adquirieron un estado de maravillosos paisajes y una de las más hermosas ciudades, San Francisco, así como la mejor fruta del continente (página 177).

Hoy les proporciona, además, el precioso petróleo, y las sorpresas que reservaba pueden verse en el siguiente capítulo.

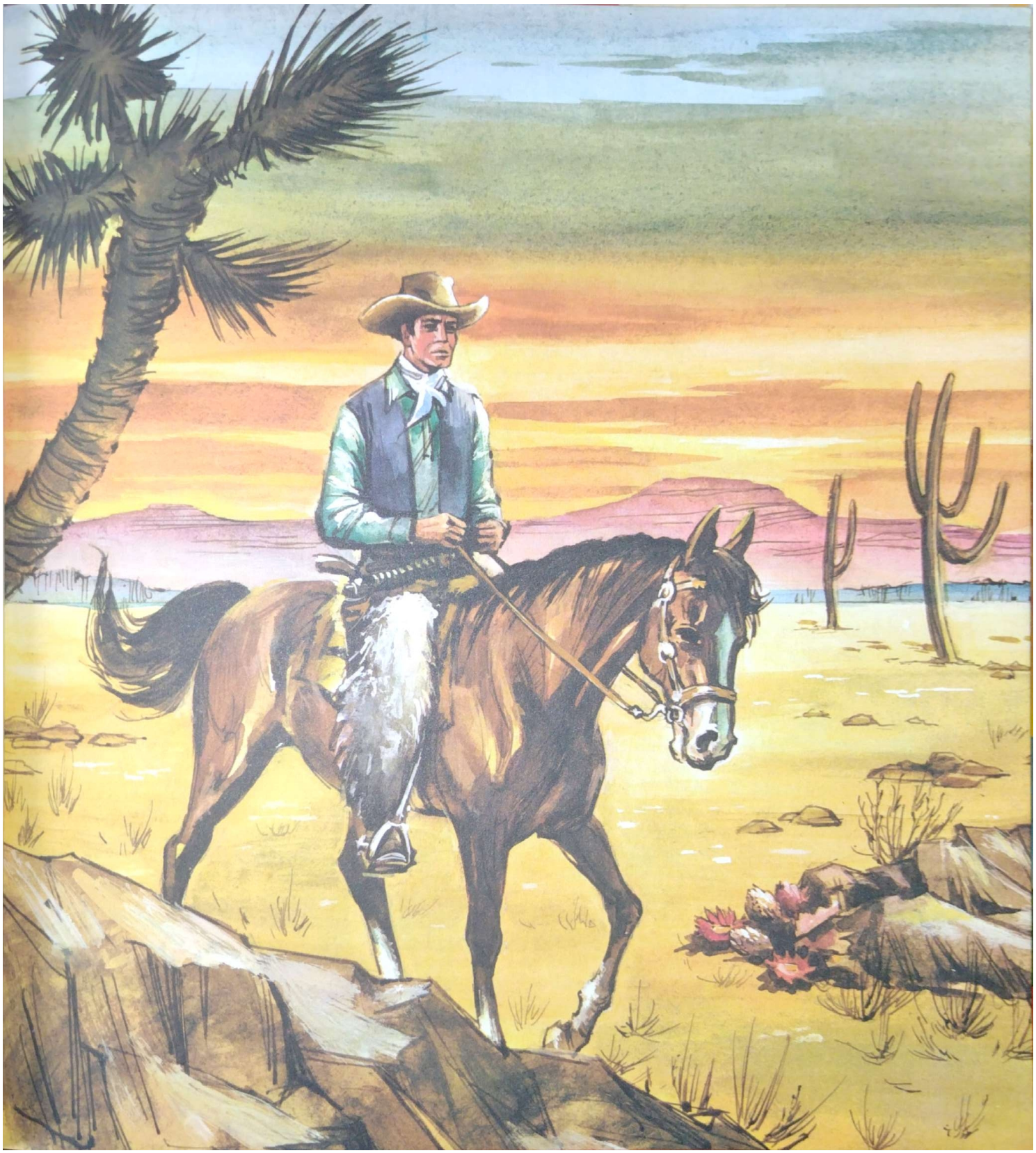
Utah fue colonizado por los miembros de una secta llamada de los mormones, cuyo nombre real es el de Iglesia de Jesucristo de los Santos del Ultimo Día. Doce mil mormones llegaron allá en una caravana que pasó innumerables peripecias y en la que muchos no llegaron a alcanzar sus objetivos. Pero al fin ocuparon, procedentes del este, los territorios desérticos situados entre las grandes cordilleras occidentales. Fundaron una ciudad junto al Gran Lago Salado (Salt Lake City) y fecundaron el país, en el que antes vivían los indios a base de raíces extraídas de la tierra.

En 1846, un tratado con Inglaterra reguló las condiciones de posesión al noroeste. Los Estados Unidos adquirieron los territorios del noroeste, con los que se formaron más tarde los Estados de Washington, Oregon e Idaho, colonizados por los mineros y que contribuyeron a la riqueza nacional con la pesca, la industria de la madera y sus frutas. De esta forma, los americanos poseían a mediados del siglo pasado todos los territorios situados entre ambos océanos. Pero aún avanzaron más al norte, más allá del Canadá británico. Allí había tenido siempre Rusia la mano en el juego y poseía Alaska desde hacía ochenta años. (Véase el mapa de la pág. 178). Mientras los americanos exploraban sistemáticamente el continente partiendo del este, los rusos avanzaban desde el oeste, desde Siberia, hacia el Océano Pacífico. Habían explorado la costa y descubierto Alaska, donde establecieron estaciones de caza y comercio de pieles con los esquimales. Sin embargo, Alaska estaba lejos y era difícil de defender en caso de que Inglaterra o los Estados Unidos la pretendiesen, y además el comercio de pieles estaba agotado porque se habían exterminado sin consideración todos los animales de valor. Por eso Rusia ofreció Alaska a los Estados Unidos y el gobierno de Washington aceptó la oferta, pagando más de siete millones

Cabalgando por las llanuras de Tejas. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

Hawai.

de dólares. Parecía poco y, sin embargo, era tan alto el precio que muchos consideraron la compra como una locura. Nadie pensaba en 1867, cuando se hizo la adquisición que en el país de los eternos hielos, donde vivían 20.000 esquimales y unos 10.000 blancos, había oro. No pasó mucho tiempo sin que la sed de oro de los buscadores les llevase a aquellas latitudes. Hoy, cuando los yacimientos están completamente agotados, la riqueza de Alaska consiste en la pesca, en los bosques y en el renacido negocio de pieles. En 1958, Alaska se convirtió en el 49 Estado de la Unión; su situación avanzada hacia el oeste la hace muy ventajosa en tiempos de guerra como base de aviación. Una importancia parecida tiene otra adquisición de los Estados Unidos que les permitió rebasar su propio continente: la de Hawai, grupo de islas situado en el Océano Pacífico. (Véase el mapa de la pág. 176 y la escena hawaiana de la pág. 180.) Los americanos lograron, mediante contratos con el rey de las islas, que se les concediesen derechos comerciales, y en 1884 se estableció allí la famosa base naval de Pearl Harbour, en la isla Oahu, para terminar ingresando Hawai en la Unión como los demás Estados.

A lo largo de las décadas, las posesiones americanas se incrementaron con algunas islas, como las Filipinas, en el Océano Pacífico, Cuba y Puerto Rico en el Atlántico. De aquella pequeña confederación de estados que se había sacudido el yugo colonial, había surgido una potencia mundial y colonial.



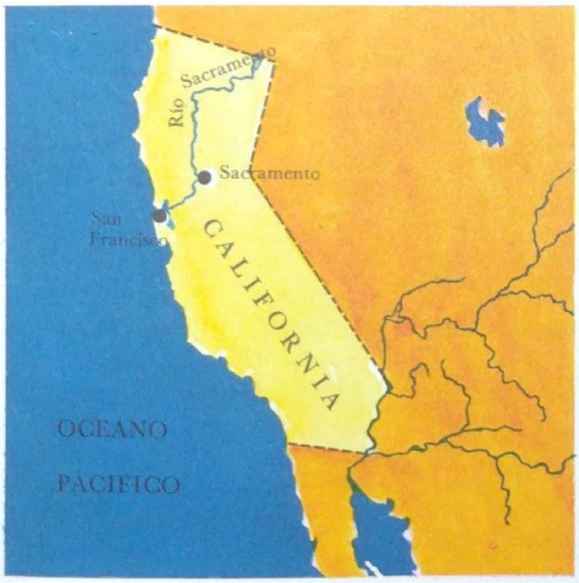
Escaneado con CamScanner

# Oro en Sacramento

La recién adquirida California tenía reservada para los americanos una fantástica sorpresa. Pensemos en Cabeza de Vaca, que, buscando oro, se halló un día desnudo y medio convertido en un salvaje ante el golfo de California, continuando su marcha para llegar a Cibola, el país del oro. En vano. Ningún territorio de América había regalado la riqueza a los hombres. Pero, una vez que los americanos llegaron al oeste, vino la sorpresa.

Todo empezó cuando, unos diez años antes, un suizo, Johann August Sutter, emigró a América. Tenía buenas razones para abandonar su patria: no había tenido suerte y no sólo había dejado tras sí deudas, sino una requisitoria de los tribunales por haber emprendido toda clase de negocios ilegales.

Cuando ya no sabía qué hacer, soñó con comenzar una nueva vida en cualquier parte donde no se le conociese y donde se necesitasen hombres hábiles. ¿Dónde mejor que en América? De esta forma, Sutter se despidió de su mujer e hijos para buscar sin estorbos nuevos horizontes y se embarcó para América.




No se detuvo mucho tiempo en la costa y marchó hacia el oeste, hasta llegar a Missouri, donde instaló una granja. Allí vivió varios años Sutter, cuyo retrato podemos ver en la página 184, hasta que se sintió aburrido. Después de todo, había muchos otros sitios donde no se vería alcanzado en seguida por otros colonos. Aquello ya estaba demasiado explotado y cada vez acudía más gente. Por tanto, había que dirigirse hacia el oeste. El suizo sabía bastante acerca del salvaje oeste y constituyó un grupo con otros hombres, en su mayoría oficiales y aventureros. Se compró un carromato, cargó en él todo lo que necesitaba y partió. Era el año 1837.

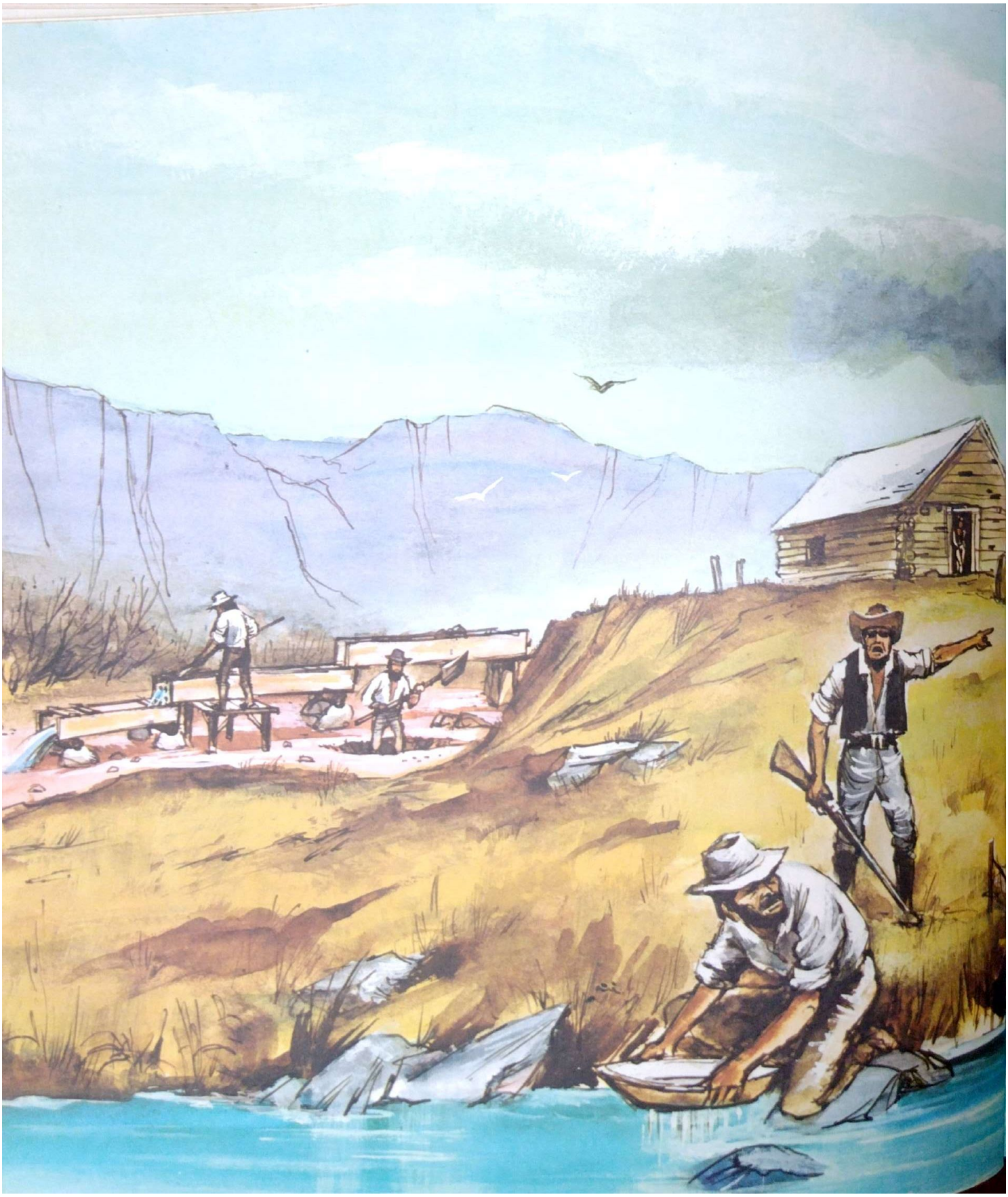
La marcha hacia las Montañas Rocosas por las grandes llanuras y por multitud de cadenas montañosas, era mucho peor de lo que había temido. El hambre, la sed y el sofocante calor ahogaban a los viajeros y dos mujeres que se habían unido a la caravana no pudieron resistir y murieron en el camino.

Pero Sutter llegó después de meses al océano Pacífico, se separó de sus compañeros y les vendió lo que tenía. Se convirtió en navegante, adquiriendo un viejo bote y saliendo con una pequeña tripulación al Océano Pacífico. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué buscaba? Probablemente, lo que le impulsaba era la sed de aventuras. Llegó incluso a las islas Hawai, donde encontró indígenas hábiles y trabajadores que no sólo estaban dispuestos a seguirle en el mar, sino a quedarse con él donde se estableciese. Sutter regresó hacia el este, volvió a alcanzar la costa

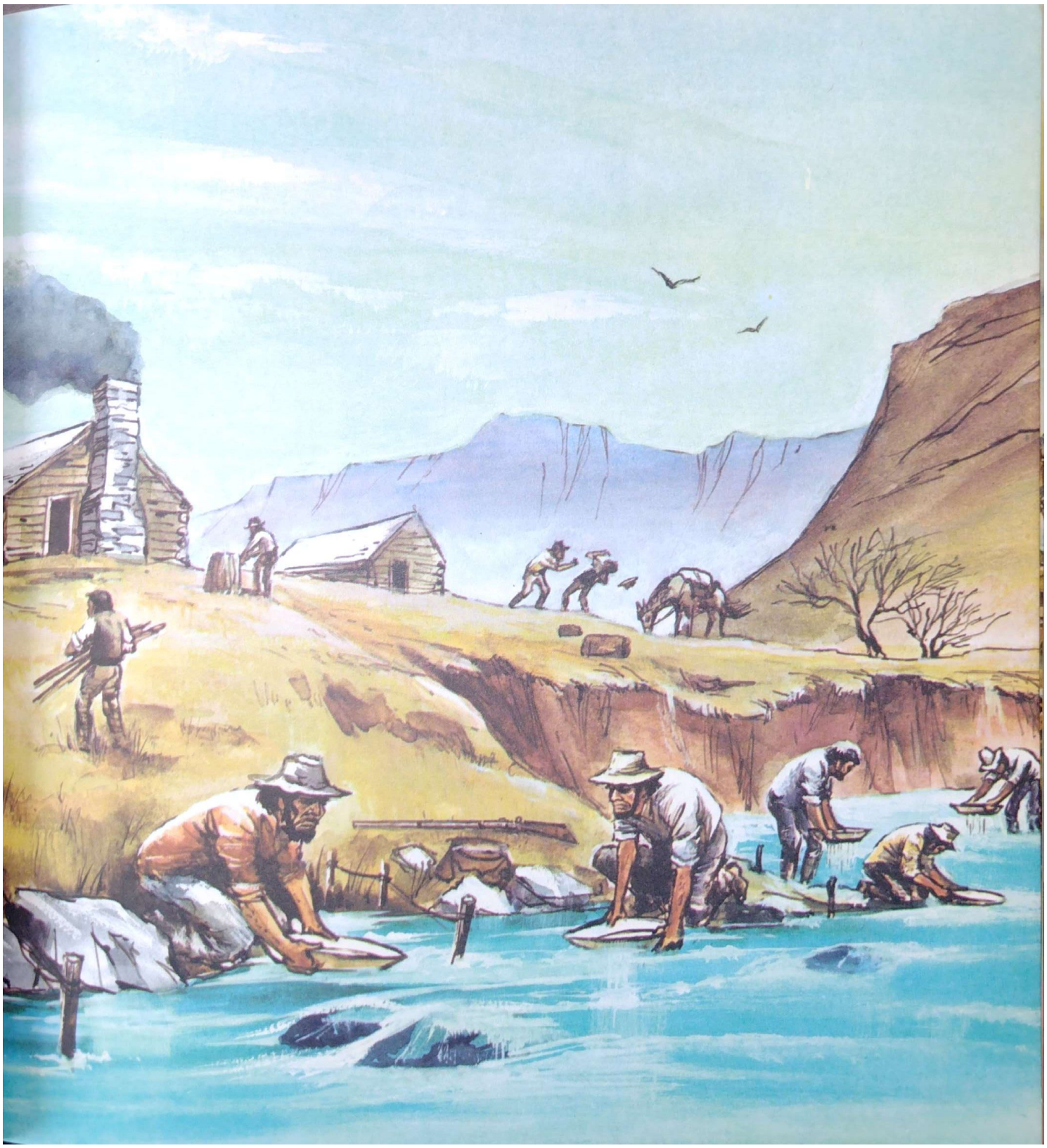
Páginas siguientes: Busca de oro en el Sacramento. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

Johann Sutter.

y la recorrió hacia el norte y el sur, siempre buscando un buen trozo de tierra.

Fue entonces cuando llegó a California. Aún pertenecía a Méjico y era un país casi desconocido, un paraíso para gente pacífica y comodona, venida en su mayor parte de Méjico. En la hermosa bahía que hoy lleva el nombre de la ciudad de San Francisco, habían fundado los españoles, casi setenta años antes, una pequeña misión que se ocupaba de los indios en un lugar llamado Yerba Buena.

En una bahía secundaria más pequeña, Sutter encontró un río que le gustó. Era la desembocadura del Sacramento. (El mapa de la pág. 181 muestra su curso.) Cabalgó a lo largo del valle y encontró tierra fértil y virgen. Los bosques, de un hermoso verde, le ofrecían suficiente madera y el clima suave y húmedo parecía favorable. Allí no se sabía lo que eran el otoño y el invierno.

El gobernador dio con gusto licencia a Sutter para establecerse, derribar árboles y atraer hombres. Lo que Sutter tenía en la cabeza les pareció fantástico a los españoles: el suizo quería fundar allí un reino.



Pero el plan de Sutter se realizó. Buscó más trabajadores de las islas Hawai, alumbró claros en el bosque, valló campos, sembró cereales y fue el primero en criar fruta, hoy tan famosa. De día y de noche funcionaban las sierras cortando la buena madera de los árboles de Sutter; éste la enviaba a la bahía, donde se utilizaba en la construcción de barcos y de casas. Su riqueza aumentó, sus colaboradores prosperaron y, al fin, hizo venir a su mujer y a sus hijos ofreciéndoles una magnífica vida. Por desgracia, era demasiado tarde y su mujer murió muy pronto.

El nombre de Sutter era muy conocido e hizo incluso traer una máquina de vapor, algo completamente nuevo, de los Estados del este.

Un día se acabó todo; fue en 1848, el año de la anexión de California por los americanos.

Sutter se hallaba colocando un nuevo aserradero en un pequeño afluente del Sacramento; muchas veces se ha dibujado después ese aserradero, que era como se ve en el grabado de la derecha.

Una mañana, Marshall, colaborador de Sutter, iba a caballo hacia el aserradero cuando, al pasar una curva, quedó helado contemplando el río: Lo que veía brillar en lo húmedo era... oro. ¡Oro! ¡Oro! Marshall volvió inmediatamente a ver a Sutter y le enseñó las pepitas amarillas. Sutter quedó asombrado: en efecto, lo que había en la mano de Marshall era oro.

¿Quién sabe lo que pensaría Sutter en aquellos momentos? Pensaría que aquello iba a cambiarlo todo y previó tiempos magníficos. Pero lo que no previó fue la increíble rapidez con que se difundió la noticia.

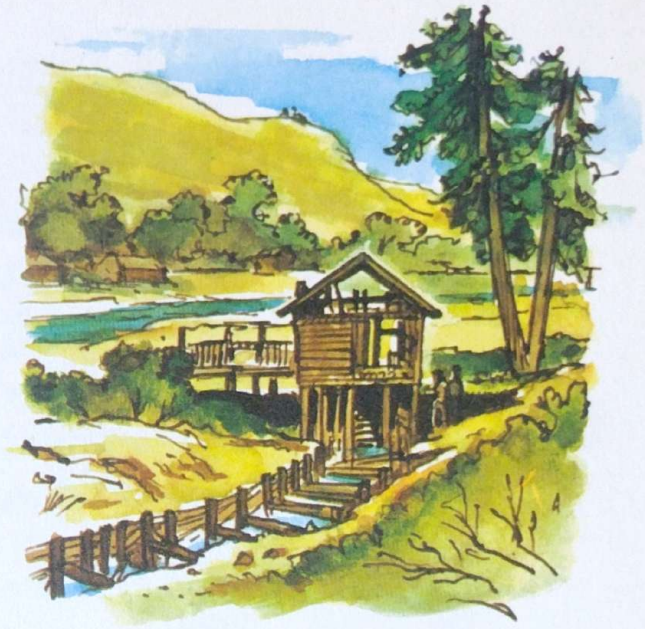
Marshall guardó silencio y los trabajadores a quienes hubo que poner en el secreto para sacar el oro prometieron también no decir nada, pero una mujer se fue de la lengua y la noticia se difundió con la rapidez del rayo: ¡Hay oro en el Sacramento!

Escaneado con CamScanner

Lo que luego sucedió apenas puede imaginarse. Era como si todo el mundo se hubiese vuelto loco. Los trabajadores de Sutter dejaron todo como estaba y corrieron para ser los primeros en lavar las pepitas de la arena y sacarlas a la orilla. De Yerba Buena acudían hombres a granel armados de pico y cedazo; derribaron las vallas, pisotearon las siembras y sacrificaron las reses, porque ¿de qué iban a vivir si no? Solamente Johann Sutter había trabajado por crear bases firmes. Del mísero puerto de San Francisco y de la capital, Monterrey, llovían los hombres. A veces, los veleros tenían que quedar en la bahía porque las tripulaciones se habían ido al Sacramento. Sutter había perdido todo poder sobre su propiedad, y cuando, al principio, intentó oponerse a las salvajes hordas, alguno esgrimió su pico amenazándole. Su derecho y sus trabajos de muchos años no valían nada. La situación fue empeorando, porque la noticia no sólo se difundió en California sino más allá de las Rocosas, en las grandes llanuras y hasta en el este. La gente montaba a caballo, en carretas y atravesaba todo el continente acosada por el miedo de llegar demasiado tarde y no obtener nada. Más de uno se dirigió a California por la larga ruta del cabo de Hornos, dando la vuelta a Sudamérica, o se dirigió por ferrocarril a la estrecha manga de tierra panameña, embarcando allí hacia California. Velero tras velero transportaban su carga humana en San Francisco (grabado superior).

Algunos buscadores encontraron mucho y otros nada. ¿Quién se hizo rico? Los habitantes de San Francisco, los propietarios de los bares rápidamente construidos, donde los buscadores cambiaban su oro por alcohol y en los que bailaban las muchachas que habían aparecido repentinamente en la ciudad.

Todo ello ocurría en la propiedad de Sutter. A él le pertenecía el suelo sobre el que se extendía la ciudad y en el que se había encontrado el oro. Pero ¿de qué le servía? Si él no podía defenderse, los demás no le ayudaban.



Aserradero de Sutter.

Sin embargo, no perdió el valor. Al darse cuenta de que él no ganaba nada con el hallazgo del oro, construyó silenciosamente otra granja, que cultivaba con sus hijos. Entonces reclamó sus derechos ante los tribunales de California, que le dieron la razón: la sentencia declaraba que Johann Sutter era el propietario del terreno y que los buscadores, los aventureros, los posaderos, los caseros y los propietarios de hoteles tenían que marcharse si Sutter se lo exigía. Pero la sentencia no le sirvió de nada, porque no había nadie para ejecutarla. Bandas irritadas asaltaron su casa, sus hijos perecieron y él mismo perdió el juicio. Todavía vivió el infeliz muchos años, abandonó California y reclamó sus derechos en la capital, en Washington, pero nadie le ayudó y hasta hoy nadie ha recogido la herencia de Sutter...



Escaneado con CamScanner

San Francisco en 1848.

Sin embargo, los buscadores de oro, los aventureros, los ladrones y los bandidos, los hombres sedientos de oro habían unido sin querer el salvaje oeste con el resto de América. Sus carreteras eran practicables también para los demás y a causa de ellos hubo tiendas y hoteles, armadores y fletadores cuando ya los buscadores de oro habían desaparecido.

California ya no era una selva, aunque Johann Sutter no ganó nada por ello.



Escaneado con CamScanner

# Los sin ley

Una tarde de verano de 1849, tocó a rebato la campana de alarma de San Francisco. Hombres y mujeres salieron corriendo de los bares, los saloons, las salas de juego, los bailes, las barberías, los despachos de los armadores y las barracas. ¿Dónde era el fuego? Un incendio en aquella ciudad de casetas de madera debía ser algo verdaderamente destructor. Más de un torvo sujeto se hizo sus ideas: mientras ardían las casas, era buena ocasión para robar.

Pero no había fuego. La campana llamaba a los «vigilantes», cuerpo de voluntarios contra las bandas de bandoleros que, desde hacía un año, al descubrirse oro en el Sacramento, habían invadido la ciudad de San Francisco asaltando a la gente en plena calle, robando, asesinando y gobernando a la ciudad por el terror. En aquella tarde de verano, cuatrocientos vigilantes destruyeron el campamento de los bandidos, «The Hounds», es decir, los perros, aunque también podía significar «los cerdos». Cerdos lo eran todos aquellos soldados desertores, ladrones, delincuentes. Los vigilantes les detuvieron y expulsaron de la ciudad porque la cárcel, un velero fuera de servicio surto en el puerto, era demasiado pequeño e inseguro para tales sujetos.

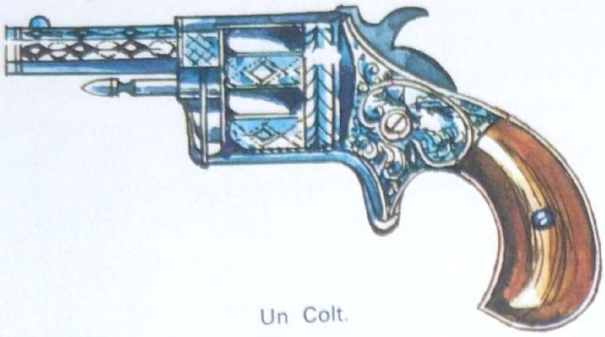
Pero no sirvió de mucho. Había muchos bandidos con tanta influencia en la ciudad que ni siquiera temían la sentencia de los jueces. Los vigilantes procedían con menos suavidad y colgaban a los peores bandidos con o sin sentencia.

El derecho y la ley no tenían fuerza en aquel lejano oeste que acababa de ingresar en la Unión como Estado en la época en que la sed del oro impulsaba a gentes de todas las partes del mundo hacia California. Yerba Buena, el nido de pescadores, pasó en un año de 800 a 30.000 habitantes. No eran tramperos o laboriosos granjeros los que invadieron California primero y después Colorado, Arizona, Montana y Alaska, territorios en los que se había descubierto oro, sino aventureros que querían

El sheriff.



Escaneado con CamScanner



Un Colt.

hacerse ricos rápidamente. Por su causa surgieron calles y pueblos, relaciones comerciales, fábricas y granjas. No eran en sí gente apropiada para fundar un Estado, pero tras ellos llegaron también gentes sedentarias que, de otra forma, tal vez no hubieran ido en mucho tiempo al oeste. Las ciudades crecieron tan rápidamente que el gobierno no tenía influencia alguna en ellas.

En los campamentos de buscadores de oro reinaba el orden por lo general y el «juez de paz» que dictaba sus sentencias al modo inglés, basándose más en su sentido común que en las leyes, no encontraba dificultades, porque se le hacía caso. El que acotaba para sí un trozo de terreno en la orilla o en la ladera de una montaña, tenía derecho a todo el oro que allí se encontrase, tanto si se trataba de una pepita insignificante que de una del tamaño de un garbanzo. No obstante, todo el mundo llevaba al cinto su Colt de cinco tiros (véase grabado superior), y muchas veces lo sacaban en un segundo y disparaban, aunque apenas era necesario en el campamento. Cuando alguien faroleaba diciendo «la ley está en las cinco balas de mi revólver y yo soy el guardián de la ley», debía tener cuidado, no fuera a ser que le cerrasen la boca de un puñetazo.

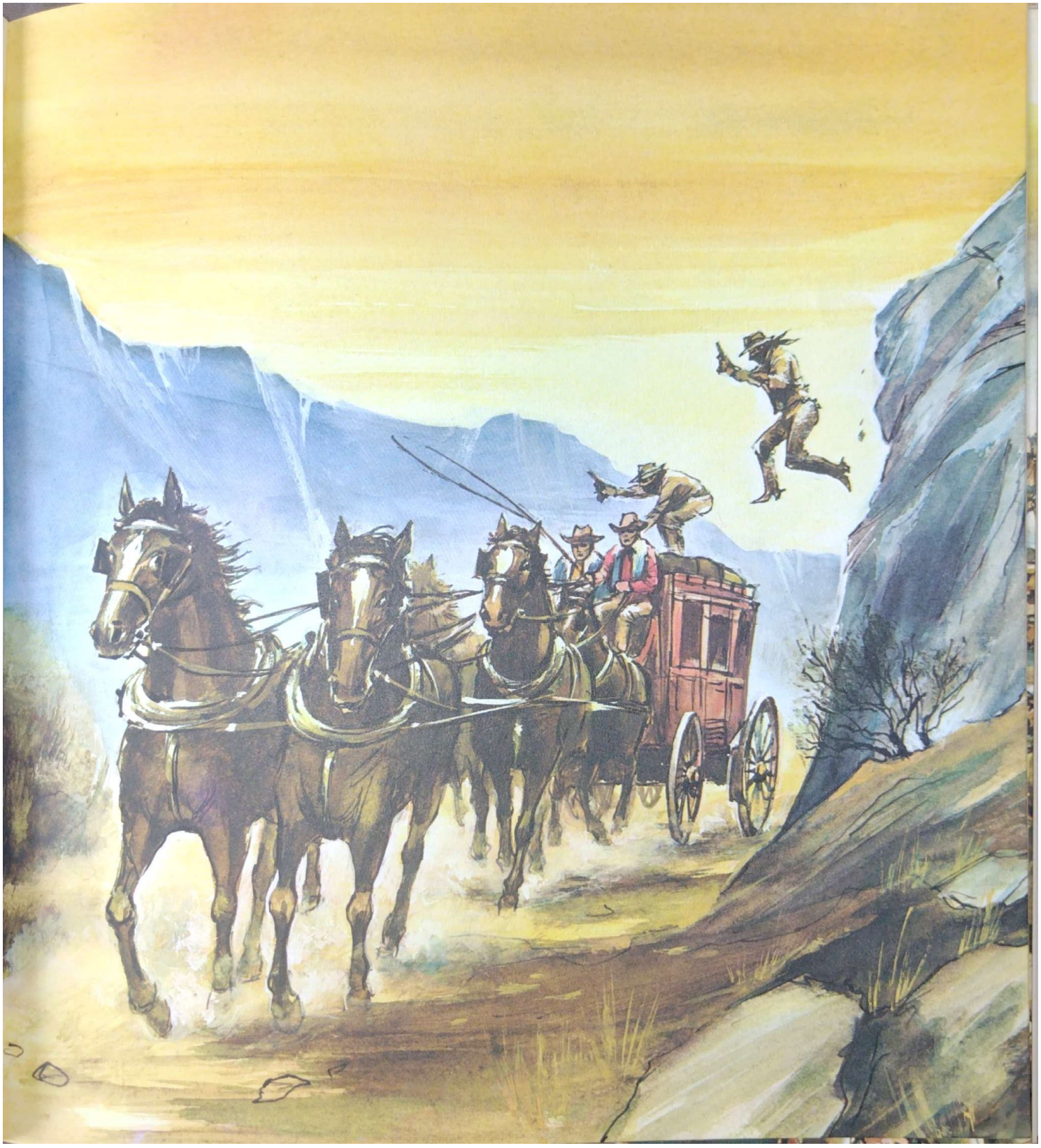
Más abajo, en San Francisco, las cosas eran muy distintas. Muchos de los que, medio locos de felicidad, habían ido a la ciudad, perdieron el primer día su fortuna y tal vez su vida. En los garitos se les sacaba el dinero con cartas marcadas, los cantineros cobraban precios abusivos por el licor, las muchachas les saqueaban o los bandidos los asaltaban en la primera esquina. Los que lograban salvar la piel volvían a la montaña y probaban de nuevo su suerte, pero algunos preferían asociarse a los bandidos... Cuando dejó de merecer la pena buscar oro, el oeste —¡el salvaje oeste!—, estaba lleno de «desesperados» que no habían aprendido nada, no sabían o no querían hacer nada de provecho y se ganaban la vida como monederos falsos, jugadores de ventaja o matones a sueldo, «killers». Añádanse los vaqueros sin trabajo o perseguidos por su brutalidad y, finalmente, como se cuenta en el capítulo siguiente, acabada la guerra civil, también los soldados incapaces de adaptarse a la vida civil. Allí nacieron las célebres bandas que, hasta 1885, sembraron la intranquilidad en América entera. Asaltaban los correos (ilustración de la derecha), entraban en los pueblos al galope disparando sus armas para intimidar de antemano a los ciudadanos, acuñaban dinero falso o robaban y mataban sin sentir remordimiento de conciencia alguna: eran los sin ley.

«Billy the Kid», nacido en Nueva York en 1859, del que se contaba que a los doce años había cometido su primer asesinato y a los diecisiete matado ya a quince personas, era un famoso bandido que murió a los veintidós años, cuando el «sheriff» Garrett disparó sobre él en casa de un amigo. Garrett salvó con ello a más de una persona de las asesinas balas de Billy, pero no se lo agradecieron, porque había matado a Billy por la espalda y eso no era leal... Al año siguiente, Garrett no fue reelegido «sheriff».

Asalto a una diligencia del correo. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

El «sheriff» (véase el grabado de la pág. 187) era elegido por los ciudadanos y tenía la misión de aclarar todos los delitos, desde el robo hasta el asesinato, y detener al autor. En cambio, los delitos contra el Estado o las instituciones estatales, como el asalto al correo, por ejemplo, correspondían a un «marshall» nombrado por el Gobierno. El «sheriff» y el «marshall», o comisario, podían reclutar auxiliares si lo deseaban.

Eran, sin duda, sujetos duros y curtidos que, como el comisario Hickock, se pavoneaban de haber matado a cientos de criminales. Hickock llevaba una larga melena y gustaba de vestir a la moda india, por lo que parecía cualquier cosa menos un policía.

El detective William Pinkerton.

Algunas bandas se hicieron tan poderosas que ni el «sheriff» ni el comisario lograron acabar con ellas. Así, la banda de los cinco hermanos Reno tuvo intimidada a toda la ciudad de Seymour (Indiana). No retrocedían ante ningún asalto o asesinato, engañaban a los soldados que regresaban a casa quitándoles hasta el último centavo, entregaban a los comerciantes en pago moneda falsa y les mataban cuando la rechazaban.

Para acabar con estos cobardes y alevosos criminales, fundó Pinkerton (su retrato figura en la página adjunta), su célebre agencia de detectives. También estaba tras las huellas de los hermanos Reno, pero al principio sólo pudo detener unos cuantos, mientras que los demás proseguían sus fechorías. Sin embargo, Pinkerton logró engañarles: al asaltar un correo que debía transportar dinero; no fue pequeña su sorpresa cuando, en vez de oro, se hallaron frente a Pinkerton y sus hombres. Los detectives fueron más rápidos en disparar que sus adversarios y pudieron detener a los supervivientes.

Una noche, un grupo de hombres con pañuelos rojos en la cara se introdujo en la cárcel, dominó a los centinelas y abrió las celdas donde se hallaban los Reno. Pero no lo hicieron para libertarles. Los enmascarados eran vigilantes que querían acabar de una vez con los bandidos. El cobarde Frank Reno cayó de rodillas implorando gracia, pero fue inútil y terminó, como todos los demás, en la horca. La ley de Lynch era tan canallesca como el asesinato de los bandidos, y ya era hora de que fueran el derecho y la ley quienes tuviesen la palabra.

Muchos «sheriffs», comisarios y enemigos de los bandidos, como los hombres de Pinkerton, eran célebres en América, pero también se conocían los nombres de los bandoleros. Pronto, además, no fueron solamente los periódicos los que relataron las últimas fechorías, o las detenciones y crímenes de los sin ley, sino que apare-



Escaneado con CamScanner

Bandidos en una ciudad del salvaje Oeste.

ció una infinidad de largas novelas en las que se disparaba muchísimo más que en la realidad. Contaban horribles historias, y el gran héroe de estas novelas fue un hombre llamado Cody —antiguo enemigo de los indios y cazador de bisontes— un hombre, por lo demás, inofensivo, que jamás había derramado una gota de sangre. Sin embargo, el autor de aquellas novelas baratas le convirtió en el terror de las praderas con el nombre de Búfalo Bill, y no pasó mucho tiempo sin que el propio Búfalo Bill creyese también sus supuestas hazañas. Así, se le ocurrió una magnífica idea: montó el espectáculo «Búfalo Bils original show», con el que recorrió el mundo durante treinta años entusiasmando a todos los públicos del orbe. En su carpa de atracciones representaba asaltos al tren en los que se hacía fuego a discreción. Entre los campeones de tiro que eran capaces de quitar con el revólver un cigarrillo de la boca de un compañero se hallaba una muchacha, Annie Oakley, que ingresó en el circo de Búfalo Bill a los diecisiete años y llegó a ser la protagonista de la opereta «Annie, get your gun».



Escaneado con CamScanner

# La Guerra Civil

Cuando los americanos, a mediados del siglo pasado, se lanzaron hacia el oeste, tuvieron que resolver el problema de unir los nuevos territorios con los antiguos por medio del ferrocarril y colonizarlos con hombres y poblados. Esta pacífica labor se vio obstaculizada por una oposición política que enfrentó cada vez más a los Estados del norte con los del sur y terminó provocando una guerra. Integraban el primer grupo —obsérvese bien el mapa de las páginas 206/207— los Estados del Atlántico, desde Maine hasta Delaware y los que, tras ellos, se encuentran a la misma latitud. El segundo lo formaban los situados al sur, a partir de Virginia, incluidos los de la costa del Golfo, sobre todo Tejas. Algunos Estados fronterizos como Maryland, Virginia occidental y Kentucky se alineaban alternativamente con un bando y con el otro. Naturalmente, la oposición no surgió porque unos Estados estuviesen al norte y otros al sur, sino por las diferentes constituciones y economías de unos y otros. Los Estados del sur, menos poblados que los del norte, con sus fábricas, ciudades y empresas mercantiles, poseían grandes plantaciones en las que se cultivaban sobre todo tabaco y algodón. Los sudistas vivían como grandes señores en magníficas casas y su riqueza iba y venía con el precio que recibían por el tabaco y el algodón en los mercados mundiales. Se sentían violentados por el norte a tomar muchas medidas que no les interesaban. Y, además, estaba la cuestión de los esclavos.

Los plantadores tenían que comprar negros para sus plantaciones, mientras en el norte se consideraba la esclavitud como algo vergonzoso. Ya en 1820 se había dispuesto que sólo se permitiría la esclavitud en los Estados situados

Abraham Lincoln.

a partir de los 36 grados 3 minutos de latitud sur, pero, evidentemente, ya no bastaba ese límite. Cuando los territorios de las praderas de Kansas y Nebraska tuvieron que ser colonizados, sin consideración a los indios llevados allá, exigieron los Estados del sur que se permitiese en ellos la esclavitud. En realidad, lograron en 1854 una ley según la cual los nuevos colonos de los territorios habían de decidir si Kansas sería o no un Estado esclavista. El día en que se abrió la frontera a los colonos se produjeron salvajes escenas: los carromatos irrumpieron en el país por el norte y por el sur, pues cada parte trataba de enviar a Kansas cuantos partidarios fuese posible para imponer sus opiniones en la votación. Los tiros y las salvajes peleas que se produjeron hicieron que aquel Estado se conociese como «Kansas sangrienta». Al fin ingresó en la Unión, haciendo el número 34 de los Estados, en 1861. La cuestión de Kansas demostró el encarnizamiento que



Escaneado con CamScanner

existía en América y que el problema de la esclavitud ponía a la luz del día. Dos incidentes caldearon aún más a la opinión pública: un rico plantador del Estado esclavista de Missouri vivió largo tiempo en Illinois, donde la esclavitud estaba prohibida y llevó consigo a su negro Dred Scott. Este se negó a seguir viviendo como esclavo: «En Illinois soy libre, porque aquí no puede haber esclavos. No tienen derecho a esclavizarme». Algunos amigos blancos le ayudaron a entablar un proceso ante el Tribunal Supremo, pero Dred Scott no sólo lo perdió, sino que el juez declaró: «Los negros son tan inferiores que no tienen derechos; ni siquiera

El general Grant.

El general Lee.

pueden entablar un proceso». La población de los Estados del norte estaba sumamente indignada, porque, en adelante, cualquier plantador podría establecerse en los Estados del norte con sus esclavos, que seguían siendo de su propiedad, y, con ello, la esclavitud seguía siendo prácticamente posible en todas partes.

Aún hubo otro incidente. En la ciudad de Boston, un esclavo fugado fue reconocido por su dueño, a quien se lo entregó la policía, a pesar de que Boston era una ciudad del norte. No obstante, los policías se atenían a la ley, aunque los bostonianos, llenos de ira, les atacaron y trataron de liberar al negro.

Así fue creciendo el encarnizamiento entre Estados esclavistas y nordistas. En el Parlamento de Washington, donde todos los Estados enviaban sus representantes, se produjeron violentas escenas. Una crisis económica que

Páginas siguientes: Batalla entre las tropas de la Unión → y los sudistas.





Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Un barco cañonero en combate.

produjo un gran paro en el norte agudizó la inquietud en el país.

Ya se hablaba tanto en el norte como en el sur de salirse de la Unión, del Estado federal. Pero cuando el gran presidente Abraham Lincoln (página 192) ocupó su cargo en 1861, afirmó que ningún Estado tenía derecho a hacerlo. La unidad le interesaba sobre todas las cosas, pero sabía que era preciso solucionar el problema de los esclavos y vio la solución en que los Estados del norte obligasen a los del sur a abolir la esclavitud.

Cuando Lincoln abolió en 1863 la esclavitud, ya había estallado hacía tiempo la guerra. Once Estados sudistas fueron los primeros en salirse de la Unión y formaron la Confederación de Estados. Arriaron la bandera estrellada e izaron una bandera propia. No se tardó mucho en disparar y, durante cuatro largos años, de 1861 a 1865, se desarrolló en América la llamada guerra civil, que también se puede considerar como una guerra entre Estados independientes.

El sur tenía menos hombres, pero durante mucho tiempo no se dejó dominar. Su caudillo era el general Lee, pero fue el general Grant quien obtuvo las victorias más decisivas para las tropas de la Unión. (Véase en la pág. 193 a Grant abajo y a Lee arriba.) El general Lee capituló en abril de 1865, después de que los Estados del sur fueron conscientemente asolados para obligarles a firmar la paz. Estaba libre el camino para una nueva organización de los Estados Unidos. Todos los americanos sufrieron en la larga y sangrienta guerra civil. Aún en nuestros días se escriben novelas como la de Margaret Mitchell, «Lo que el viento se llevó», que tratan de aquella guerra, ocurrida más o menos hace cien años. Cuadros, y ahora fotogra-



Escaneado con CamScanner

fías, conservan esos recuerdos. Nuestra estampa de las páginas 194/195 reproduce una batalla junto a uno de los muchos vados de los ríos.

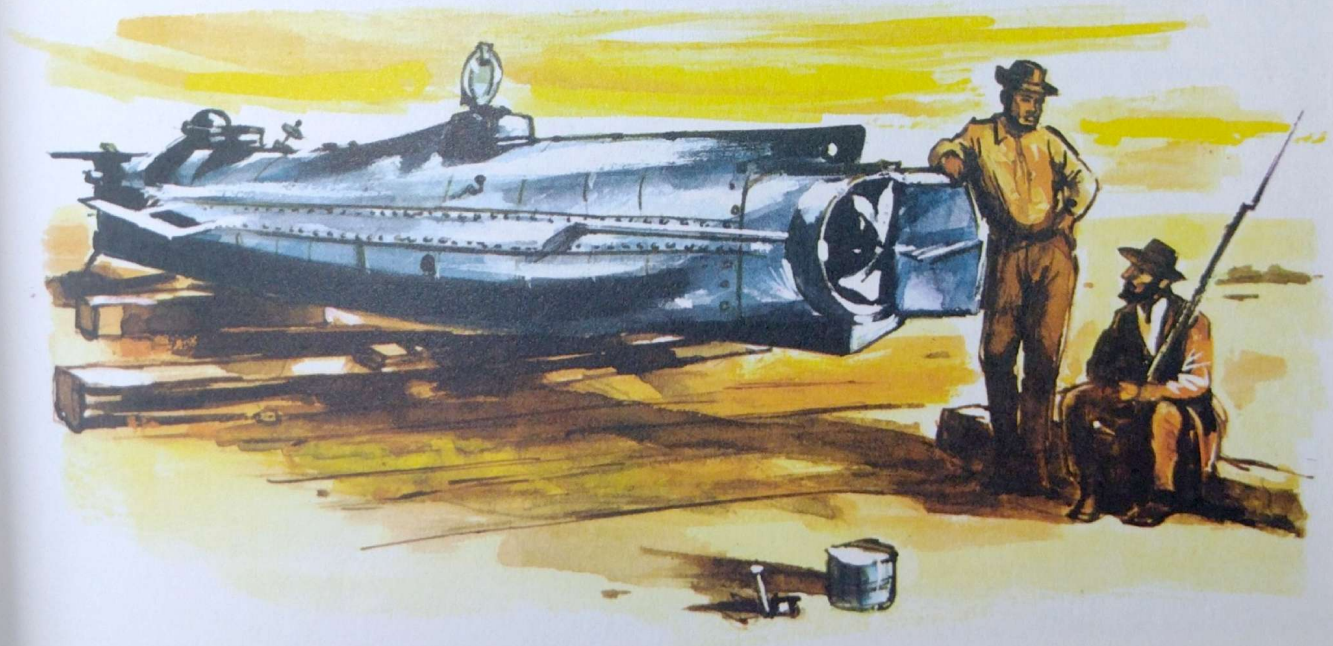
Los nordistas pueden distinguirse por sus uniformes azules, mientras que los soldados del sur llevaban anchos sombreros tejanos, llamados en Estados Unidos «sombreros Stetson», y uniformes caqui. Algunos relatos emocionantes cuentan cómo amigos y parientes se encontraron enfrentados en el campo de batalla.

La guerra se realizó también por mar, deseosos los Estados del norte de bloquear a los del sur. Para romper este bloqueo, los sudistas utilizaron hasta submarinos, por primera vez en la historia. (Véase la página 197.) Otro tipo de barco avanzaba impulsado por ocho hombres, que daban vueltas a un largo eje. Este barco de inmersión podía hacer volar a otro nordista, pero se perdía él mismo con sus hombres al ser arrastrado por el remolino formado por el hundimiento.

También se combatió en las desembocaduras de los ríos. En la página 196 se ve cómo bombardean la ribera unos barcos provistos de cañones.

La guerra asoló por completo el país. Nadie se dio cuenta con tanta claridad cómo Abraham Lincoln de la dificultad de reconciliar entre sí a los Estados del norte y a los del sur que, con la proclamación de la libertad de los esclavos de 1863 habían perdido mucha riqueza. Lincoln, que podía actuar con justicia y sin odio en bien de la unidad y la prosperidad del país, no logró ver terminada su obra: un sudista fanático le asesinó en un teatro un par de días después de la capitulación. La reconstrucción había que hacerla sin Lincoln.

Uno de los primeros submarinos utilizables.



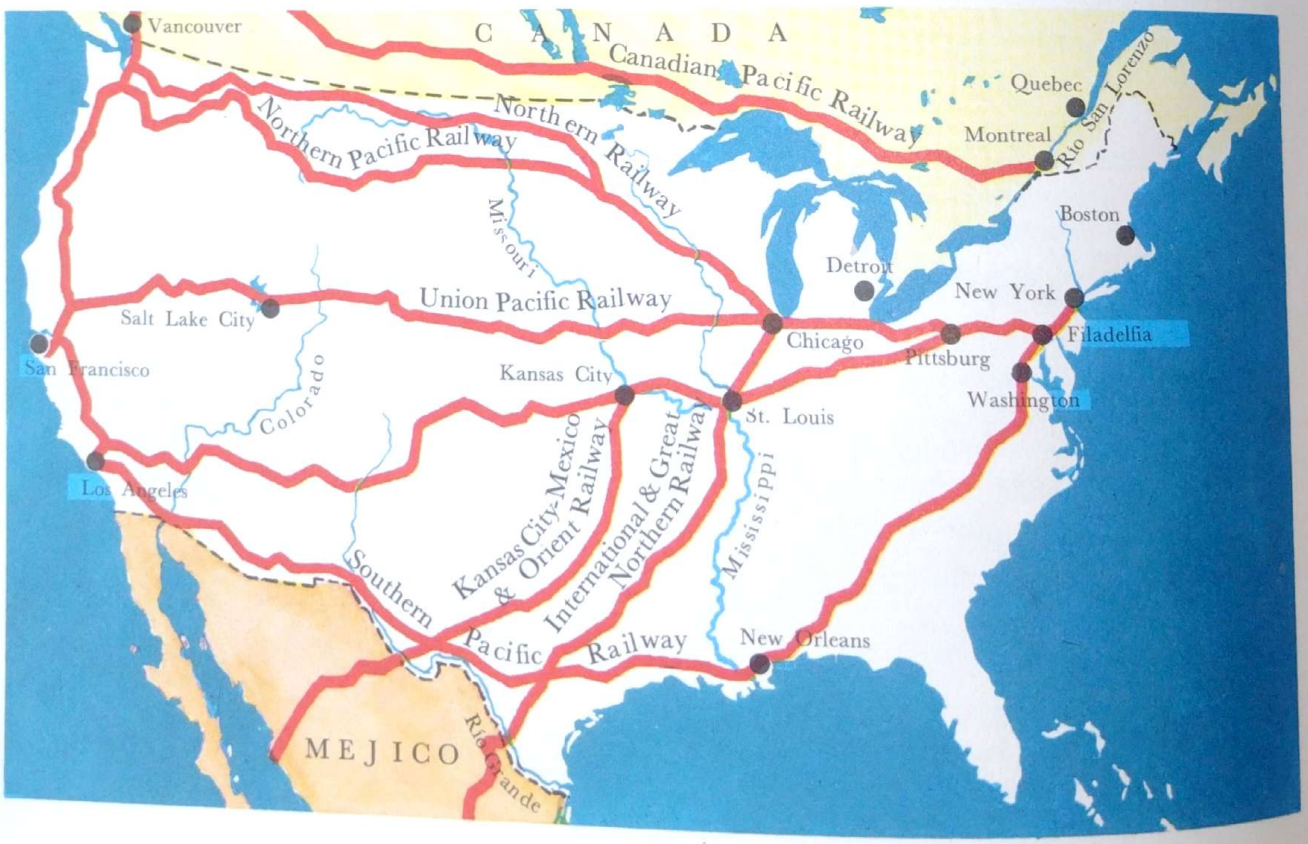


Escaneado con CamScanner

# Los ferrocarriles cruzan el país

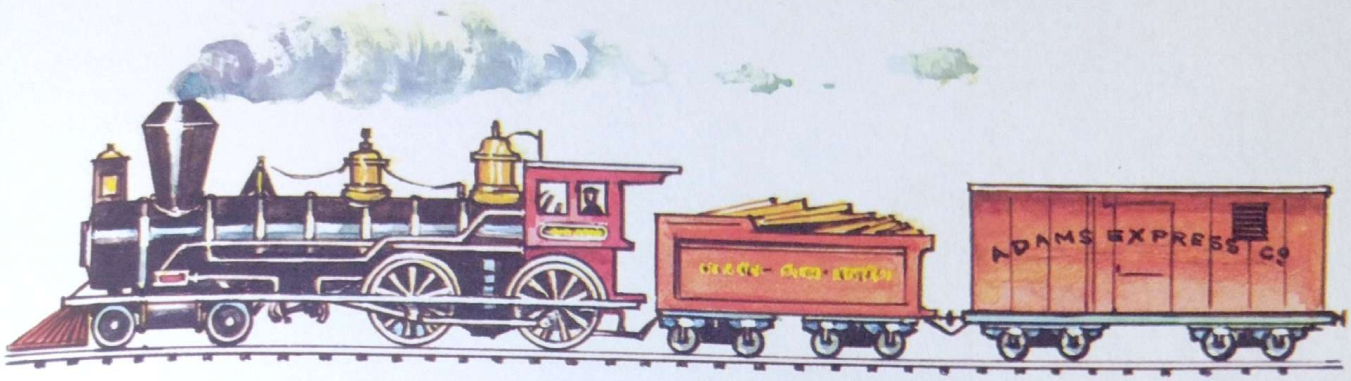
Una de las más importantes tareas que había que realizar después de la guerra fue la construcción de líneas férreas que cruzasen Norteamérica.

Ya antes de la guerra disponían los Estados Unidos de tramos de ferrocarriles de una longitud de casi cincuenta mil kilómetros, pero sólo unían las ciudades costeras del Atlántico con los ríos del interior. Hacia el oeste sólo partía desde 1856 un corto tramo desde Chicago. Los Estados de Ohio, Indiana, Illinois y Michigan apenas tenían ferrocarriles y los que querían continuar hacia el oeste se veían obligados a marchar durante meses en una diligencia. Era una empresa gigantesca la de trazar ferrocarriles a través de un país extensísimo, en el que no había nada de lo que se necesita para la construcción: no había madera para las traviesas, hierro para los raíles ni tampoco campos cultivados ni agua para los trabajadores. No debemos olvidar que las llanuras se hallan cubiertas de espesas capas de nieve en invierno y que las temidas tormentas de nieve imposibilitaban el trabajo. Hacía falta mucho valor para pensar en la construcción de unos tramos que uniesen el Atlántico con el Pacífico.






Escaneado con CamScanner




Tren del Pacífico en 1870.

Pero los americanos poseían este valor. El propio Lincoln pudo firmar durante la guerra la ley que ordenaba la construcción de la famosa línea «Union Pacific». El mapa de la página 198 muestra su ruta y cómo se establecieron las demás líneas. Se contaba con que la construcción de la «Union Pacific» llevaría en el peor de los casos once años, comenzando simultáneamente la construcción por los dos extremos, el oriental y el occidental. Las dos direcciones, que alguna vez tendrían que encontrarse, fueron asumidas por dos compañías privadas distintas; no era el Estado el que ponía las líneas, sino unas sociedades de ferrocarriles. Como es lógico, la construcción consumió grandes cantidades de dinero que no se pudieron recuperar después solamente con el precio de los billetes y el transporte de mercancías. Por tanto, las sociedades querían otra compensación y la obtuvieron mediante primas por cada kilómetro de línea terminado o, lo que era mucho más importante, por terrenos a ambos lados de la vía férrea. Cuando los raíles discurrían por terrenos sin colonizar ni construir, las compañías recibían diez millas de territorio a cada lado, lo que hace unos dieciséis kilómetros que luego podían arrendar o vender. No era difícil encontrar colonos para terrenos tan favorablemente situados junto al ferrocarril. De esta forma, las compañías tenían más interés que nadie en colonizar y poblar el continente. Además, el ferrocarril necesitaba raíles, locomotoras, vagones, instalaciones de reparaciones, cosas todas ellas que habían de ser fabricadas por compañías americanas y para las que había que obtener primero hierro y carbón en las minas. Piénsese en ello para advertir el auge que la industria y la minería lograron gracias al ferrocarril.

En 1865 empezó la construcción en Iowa siguiendo la dirección este-oeste. Al propio tiempo, la otra compañía empezaba en Sacramento. Por el oeste había que superar grandes montañas, desiertos y ríos; había que abrir túneles y tender puentes sobre los precipicios. Tanto en el este como en el oeste había columnas de trabajadores ocupados en derribar árboles y, mientras más se avanzaba por terrenos pelados, más lejos había que transportar los troncos, los raíles y las mordazas. Una vez terminado el tramo era el propio ferrocarril el que traía el material para proseguir la construcción.

Los poceros buscaban agua y los cazadores derribaban bisontes para alimentar a los trabajadores. Mataban tan a tontas y a locas, en número tan irrazonable, que en pocos años



Escaneado con CamScanner

Estación de ferrocarril.

quedaron exterminados grandes cantidades de bisontes. Al propio tiempo se descubrió que el suelo de la pradera y las grandes llanuras no eran estériles, pues se podía plantar trigo y otros cereales, por lo que el ferrocarril ya cargaba en los apeaderos (véase grabado superior) a los granjeros que habían comprado terrenos. Todo marchó increíblemente deprisa, tanto el ferrocarril mismo como la colonización del país. En los últimos meses competían las dos compañías con veinte mil trabajadores en total para llenar las últimas etapas y, el 4 de mayo de 1869, en medio de las Montañas Rocosas, se colocó el último rail, que fue sujeto con un clavo de oro. Los dos tramos se habían dirigido exactamente al encuentro uno de otro y la construcción no había durado once años, sino siete.

Además de esta línea, bautizada con el nombre de «Union Pacific», surgieron otras varias que atravesaban el continente a través u oblicuamente y unían al Canadá con Méjico. Cada vez llegaban más trabajadores ferroviarios como inmigrantes al país y de Rusia se presentaron 15.000 menonitas de origen alemán. Habían emigrado a Rusia, a la que ahora abandonaban para dirigirse a América.

Los solitarios apeaderos se convirtieron en pueblos de mayor importancia. Los vaqueros conducían sus manadas a ellos, y los granjeros enviaban sus productos por tren.

Pero los indios, los señores de las grandes praderas, tuvieron que marcharse. Los tramos atravesaron territorio indio, se violaron los contratos, se expulsó a los hombres y se exterminaron los bisontes: los indios veían reducirse su territorio cada día más.

Las luchas con los indios, los ataques a fuertes solitarios, campamentos de trabajadores y trenes, el envenenamiento de los pozos y la caza de cabelleras, eran cosas que pertenecían a la vida diaria de la construcción del ferrocarril y su consecuencia. Se intentó trasladar a los indios a unas reservas o territorios protegidos, donde no podían vivir como cazadores, sino como agricultores y, como les faltaban medios para ello, hasta los agricultores pasaban hambre en las reservas.

Los comanches y los apaches eran las tribus más salvajes y astutas. Con gran valentía y dirigidos por hábiles caudillos se defendían las tribus sioux. Finalmente, el Gobierno les prometió que les dejaría vivir tranquilos en las «Black Hills», colinas negras, que eran sagradas para ellos y, ante esta promesa, se entregó el orgulloso caudillo Red Cloud (Nube Roja). Pero en las Montañas Negras había oro y no hubo Gobierno que pudiera salvar a los indios de los colonos y los bandidos, que con sus rifles y revólveres invadían la reserva.

Hubo también indios que traicionaron su propia causa y sirvieron a los blancos como

Los bandidos asaltan un tren. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Febril actividad en un tramo de ferrocarril.

espías. Sin espías indios, no hubieran podido los blancos sacar en ocasiones un solo hombre vivo de los fuertes.

Un enemigo encarnizado de los indios era el general Custer que, a pesar de sus exploradores indios, cayó en la celada que le tendió el caudillo sioux Sitting Bull (Toro Sentado). Locamente despreció la superioridad numérica de tres mil jinetes sioux y cheyennes y cayó en el combate con todos sus soldados.

Pero Sitting Bull reconoció que los tiempos de los cazadores indios habían pasado; se entregó y marchó con su gente a una reserva donde vivían miserablemente. Un día llegaron unos funcionarios americanos para detener ilegalmente al caudillo y, al negarse éste, cayó bajo las balas de un explorador indio. Aterrados, huyeron los sioux, pero esta vez los americanos hicieron a fondo su trabajo: en la famosa «batalla» de Wounded Knee (Rodilla Herida), acabaron con todos, hombres, mujeres y niños. Esto sucedió en 1890.



Escaneado con CamScanner

# América se convierte en un país moderno

Los ferrocarriles eran sólo una parte de las innovaciones que transformaron la fisonomía de América en el siglo pasado. Con miles de máquinas e inventos de todas clases, la técnica ayudó a los americanos a tomar posesión del país de Océano a Océano y descubrir y aprovechar sus desconocidos tesoros.

Los Estados del sur ya habían podido comprobar en 1800 hasta qué punto una sola máquina puede transformar la economía y la vida de un país: se trataba de una máquina capaz de desgranar el algodón a una velocidad cien veces superior a la que puede desarrollar el hombre. Para hilar el algodón hay que quitar primero los granos, de los que se extrae aceite. Cuando la máquina, llamada «Cotton Gin», demostró que realizaba el trabajo tan rápidamente que se podía vender el algodón mucho más barato, aumentó de tal manera la demanda que los plantadores sembraron de algodón superficies cada vez mayores. El «rey algodón» iniciaba su reinado en los Estados del sur.

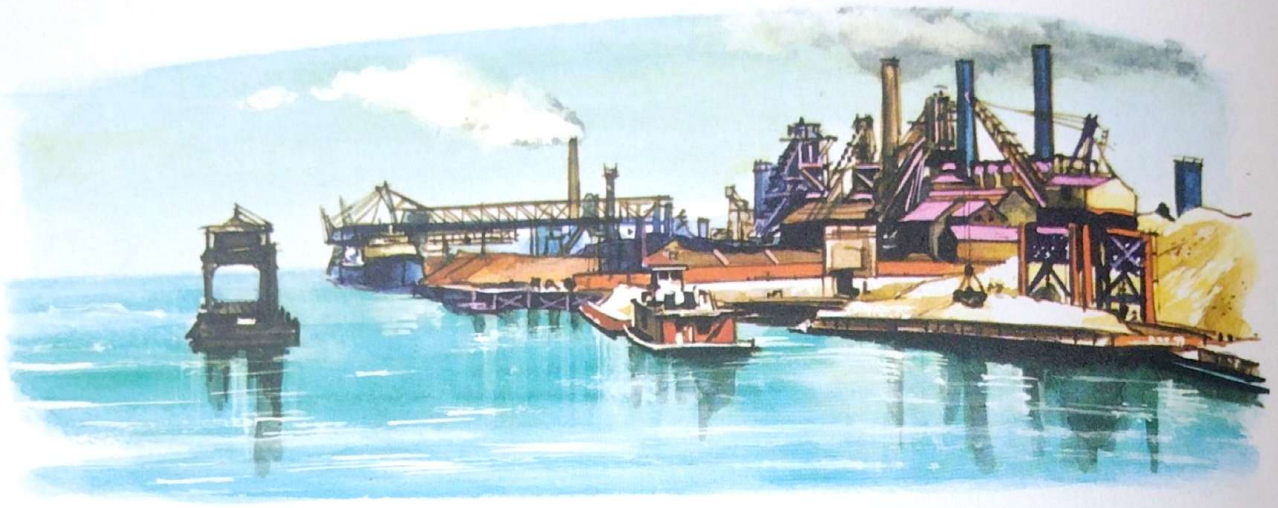
¿Puede uno imaginarse que la invención de una cosa tan insignificante como la alambrada provocase un caos en los Estados Unidos? En 1874 se vendieron grandes cantidades de alambre y nueve años después ya había una fábrica que producía diariamente más de mil kilómetros de alambre. Los nuevos colonos compraban el alambre para afirmar sus derechos sobre el propio suelo en medio del territorio de los ganaderos de las grandes llanuras, ya porque los hubiesen comprado a las compañías de ferrocarriles, ya porque los hubiesen adquirido por otro título o injustamente. Las alambradas servían para vallar grandes extensiones que no hubieran podido acotarse nunca con empalizadas de madera y, la mayoría de las veces, se instalaban las granjas cerca de donde hubiese agua. A veces se producían violentos enfrentamientos, en los que corría la sangre entre ganaderos y agricultores. Hoy, grandes extensiones que antiguamente sólo eran pastos y donde se alimentaban los bisontes, son ondulantes campos de cereales.

La técnica lo transformó todo. Las máquinas se construían en las fábricas y éstas llamaban a los trabajadores, para quienes los albañiles y carpinteros construían viviendas. Las ciudades surgían con su policía, su correo, sus funcionarios, sus comerciantes y sus abogados. El ferrocarril aproximaba sus rieles a las nuevas ciudades y transportaba las materias primas que habían de transformarse en las fábricas. Surgieron minas para extraer el carbón, el hierro y el cobre. Así era la vida en la América del siglo pasado. Hacia 1870 no había en los Estados Unidos ni siquiera veinte grandes ciudades, la mayor parte estaban en la costa atlántica, en los Grandes Lagos, en el Mississipi y en el Ohio. Cincuenta años más tarde se habían duplicado y muchas se extendían en lugares que hasta entonces sólo habían hollado los bisontes. Las cosas iban increíblemente deprisa.

No le faltaban a la industria materias primas. La naturaleza ha concedido a América una enorme riqueza en carbón y minerales mucho más importantes que los codiciados oro y plata. El carbón era necesario para obtener el vapor de las máquinas, pero hay tanto carbón en América que casi la mitad de los transportes del mundo se nutren de él. Al comienzo de la era in-



Escaneado con CamScanner



Fábrica de acero en Chicago.

dustrial, el carbón se encontraba en los montes Apalaches, donde se fundaron ciudades fabriles enteras. El hierro es asimismo muy importante y también hay tanto en América que un tercio aproximadamente de la producción mundial procede de allí.

Del hierro se obtiene el acero, más flexible y duro, por un procedimiento de ennoblecimiento. Hasta la segunda mitad del siglo pasado, la obtención del acero se hacía por medio de un procedimiento muy largo y complicado, pero los americanos Kelly y el inglés Bessemer construyeron el convertidor Bessemer, que permite obtener el acero mucho más rápidamente y a menos coste. Es comprensible, pues, que se crease una fábrica de acero tras otra, de forma que en 1880 había más de mil en funcionamiento.

La industria se extendió primero en zonas especialmente favorables por la proximidad de los yacimientos de carbón, de los puertos, de los canales y de las líneas férreas, en el triángulo que forman Nueva York, Chicago y Saint Louis, tres grandes e importantes ciudades. El grabado superior reproduce una fábrica de acero levantada en Chicago junto a la orilla del lago Michigan. Antes de la industrialización, Pittsburg de Pennsilvania, el antiguo Fort Duquesne, era un lugar sin importancia, pero hacia 1884 se combinó el baratísimo mineral de hierro del lago Superior con el carbón de Pennsilvania y Pittsburg se convirtió en una ciudad como las de la cuenca del Ruhr, llena de chimeneas, altos hornos, vidrerías y carboneras. Por la noche (grabado de la derecha) es magnífico el aspecto de Pittsburg, situado en una península entre los ríos Alleghany y Ohio.

Es comprensible que América atrajese a la gente como un imán. Entre 1821 y 1950 llegaron allá más de seis millones de alemanes, casi otros tantos italianos, no menos ingleses y, además, austríacos, polacos, escandinavos y rusos. Esperaban obtener trabajo y «posibilidades ilimitadas» en los Estados Unidos, ya como colonos en el oeste, ya como trabajadores en las zonas industriales. América no le regalaba a nadie la suerte, pero el que era laborioso y no rehusaba el trabajo podía prosperar.

Cuando afluyen muchas personas a un sitio, hay que procurarles alimento: la industria



Escaneado con CamScanner

obligó así la agricultura a transformarse de arriba abajo.

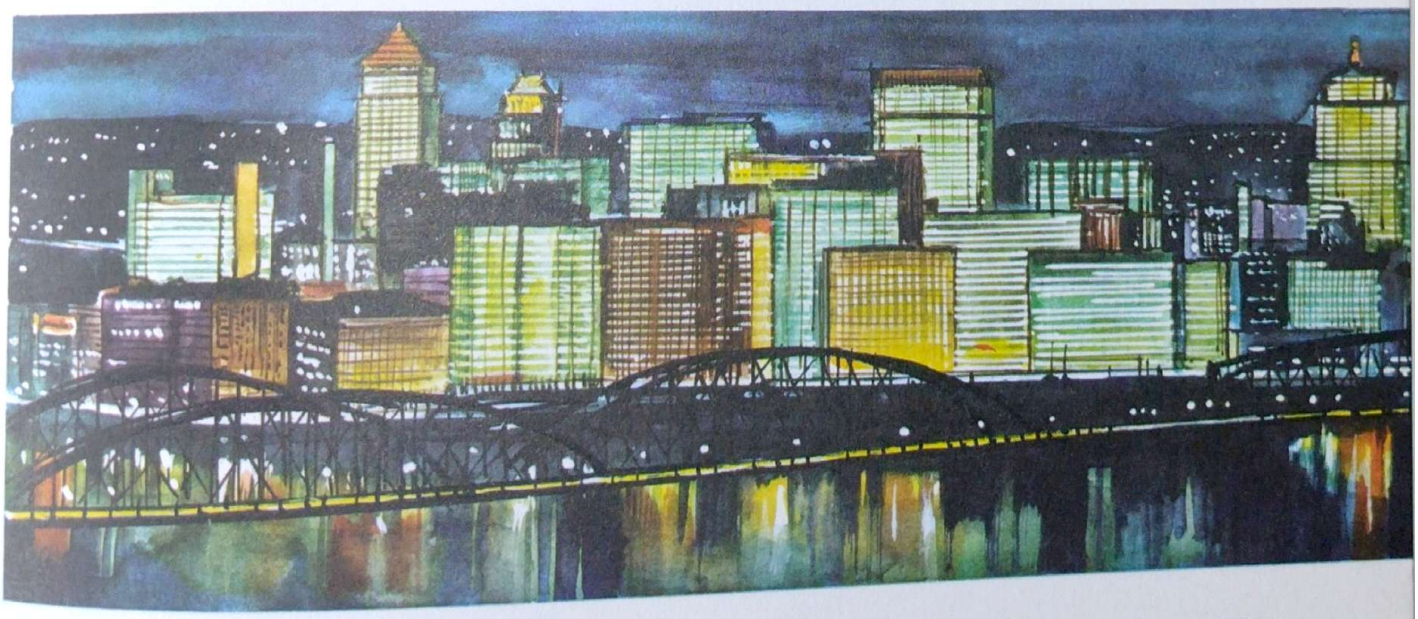
Hemos visto a los «hombres de la frontera», que se adelantaban lo más posible en un país sin colonizar y fabricaban lo que necesitaban ellos y su familia. Tenían ganado, cultivaban cereales, cazaban y sacaban incluso el tabaco de su propia planta. Cuando llegaron los colonos y se establecieron los primeros pueblos rurales, lo que les sobraba a ellos iba a parar a los mercados. Pero las cosas no siguieron así, pues también el granjero empezó a pensar desde un punto de vista económico. Ya no le bastaba con trabajar para satisfacer sus propias necesidades; lo que le interesaba era adquirir máquinas y obtener para ello dinero con la venta de sus productos. Por eso sólo se preocupaba de lo que mejor se daba en su zona y de lo que podía vender más caro. Esta evolución se inició también lentamente en Europa; en América había empezado hace ya cien años. Hoy hablan los americanos de su «cinturón de leche», la zona donde se cría ganado de leche y de carne, que se encuentra en amplios círculos en torno a Chicago. En esta ciudad hay gigantescos mataderos en los que se prepara la carne, no sólo para el consumo de los americanos, sino también para la exportación al resto del mundo.

Al sur, se añade el cinturón de maíz. El maíz es muy codiciado en los Estados Unidos también como pienso. Hay además una zona de maíz y cereales, al sur de la cual está la zona del algodón y, finalmente, en Florida, la de la caña de azúcar, la verdura y la fruta.

También las praderas se transformaron a causa de las exigencias del mundo moderno: sobre el terreno en que pastaron los bisontes durante siglos enteros, florecen hoy magníficos campos de cereales y se han convertido en el granero

Grabado inferior: Pittsburgo de noche.

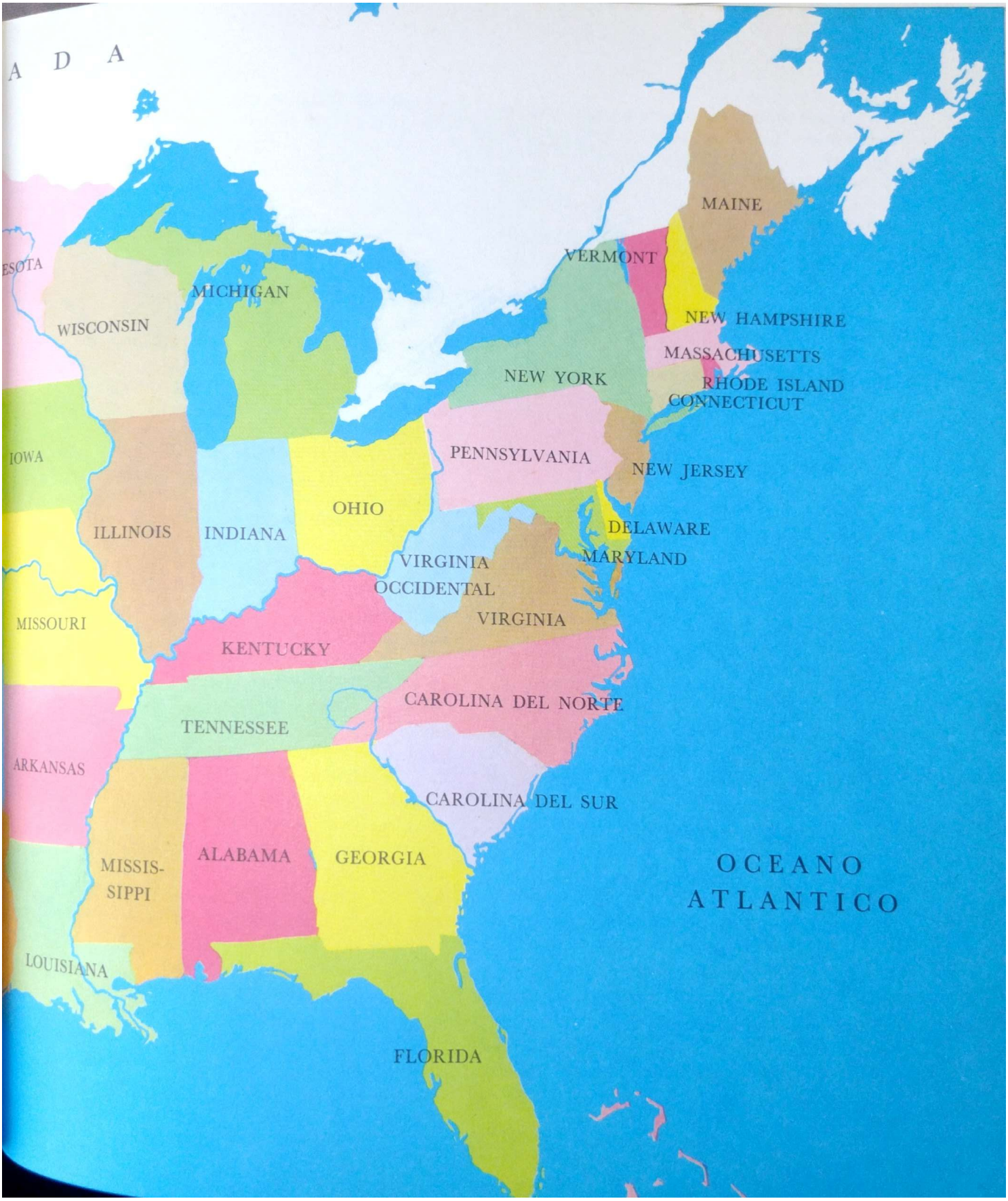
Páginas siguientes: Los diferentes Estados de la Unión. →





Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner




Escaneado con CamScanner

de Estados Unidos; los ganaderos que se habían establecido hubieron de retirarse ante los agricultores. En las áridas extensiones de las Grandes Llanuras, que suponen el tercio del territorio de la nación, pastan gigantescos rebaños al cuidado de los cowboys y los animales son conducidos mediante helicópteros cuando hay que vacunarlos o llevarlos a otro punto.

Para el granjero de los territorios semiáridos y los ganaderos de las Grandes Llanuras suelen venir años malos cuando llueve poco. Entonces, el viento dispersa el abono y la semilla se pierde. Los animales no encuentran agua suficiente ni tampoco pasto. Los americanos llaman a estas zonas «Dust-Bowl» (cuancas de polvo) porque no se puede dominar ni siquiera con los medios de la moderna técnica.

Al volar con un avión sobre los campos de cereales o maíz se tiene la impresión de pasar por encima de un tablero de ajedrez, porque el terreno está perfectamente distribuido. No hay poblados y las granjas están solitarias junto a una carretera; pero sí hay pequeños pobladillos en los que los granjeros se reúnen con los ganaderos para comprar y vender, ir al dentista o al cine. América no se compone solamente de grandes urbes con rascacielos, sino también las granjas solitarias y los pequeños pobladillos son americanos.

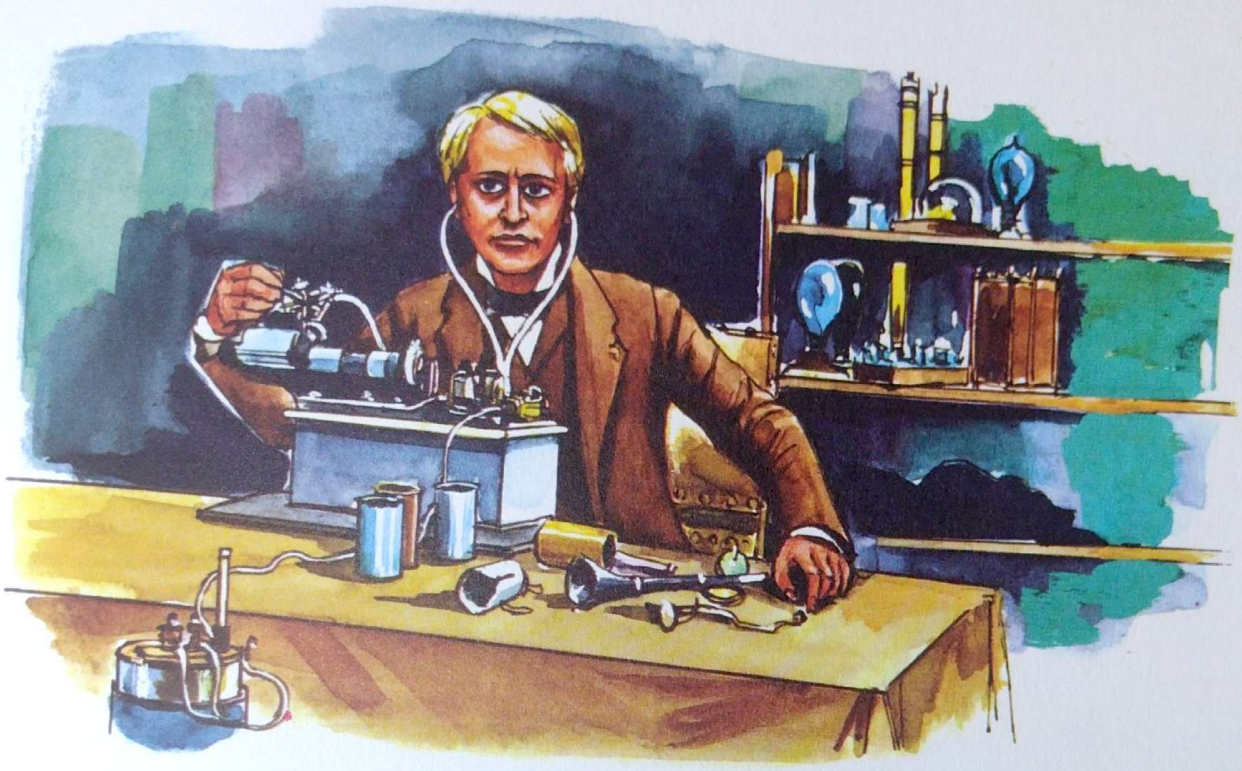
Así se transformó la fisonomía de los Estados Unidos y la evolución tomó un ritmo cada vez más rápido. Era la época de los inventos. Mucho antes de que se comenzase a explotar la electricidad como fuente de energía, se descubrió otra importante posibilidad de aplicación: en 1817 expuso Samuel Morse su telégrafo en la Universidad de Nueva York, aparato que permitía transmitir con la velocidad del rayo las noticias a través de un hilo. También inventó el alfabeto en el que cada letra está representada por puntos y rayas. En 1844 se inauguró la primera línea telegráfica de los Estados Unidos que unía la ciudad de Baltimore, en Maryland, a Washington, la capital federal, una distancia de 70 kilómetros. La red telegráfica fue instalada muy pronto y acoplada en todas las líneas de ferrocarriles. Cuando se piensa en las enormes distancias que hay en América se comprende la importancia de poder unir el este con el oeste mediante un hilo fácil de tender.

Poco después se intentó incluso tender un cable a través del Océano Atlántico para unir Europa y América. El americano Cyrus Field quería tender el cable desde Terranova hasta Irlanda; su plan parecía una locura y sólo era concebible porque se había descubierto entretanto que es posible proteger el hilo con gutapercha, obtenida de la savia del caucho. El plan de Field entusiasmó a los ingleses y a los americanos, de tal manera que obtuvo el dinero necesario para empezar a tender el cable. Con ello dio principio una emocionante era, prologada por muchos fracasos. Ya en 1858 se pudo enviar un mensaje por debajo de las olas del Atlántico: era un saludo de la reina de Inglaterra, pero el cable se rompió y Cyrus Field pasó seis largos y amargos años hasta que, al fin, los dos continentes quedaron unidos por un sólido cable. Al hacerlo, se encontró el cable antiguo con lo que se pudo disponer de dos enlaces.

Ahora llegaba el teléfono. El americano Bell y el alemán Philipp Reiss habían inventado teléfono, pero fue otro el que inventó el micrófono capaz de transmitir la voz humana a muy largas distancias. Este hombre fue Thomas Alva Edison, nacido en Ohio en 1847 y muerto en 1931. En su larga vida realizó más inventos que nadie, pero además fueron inventos de gran importancia. Aparte de esto era un hombre que se había hecho a sí mismo, es decir, que debía el éxito de su vida a su talento y su laboriosidad y no a la categoría o riqueza de una familia. Edison creó el precedente del gramófono y el primer aparato de reproducción de películas,



Escaneado con CamScanner



Edison con el fonógrafo de su invención.

inventó el acumulador y trabajó en los más diferentes aspectos de la técnica. A él le debemos la bombilla eléctrica, que se impuso después de 1880 en América con gran rapidez. Fue Nueva York la primera ciudad que se iluminó de noche.

A mediados del siglo pasado, se descubrió también la utilidad del petróleo que, hasta entonces, sólo habían utilizado los indios con fines medicinales. Todavía no se podía imaginar la importancia que había de adquirir aquel maloliente y turbio aceite cuando John Rockefeller (grabado de la izquierda) empezó a extraer el petróleo del suelo. En Pensilvania brotó el primer petróleo de un agujero hecho en el suelo. También tiene América tanto petróleo que ya no se puede pensar en una industria sin él (del petróleo se obtiene la gasolina) y la tercera parte del petróleo mundial procede de América. En Luisiana, California, las Montañas Rocosas y en muchos otros puntos, se elevan las torres de perforación que parecen un bosque sin hojas en los riquísimos yacimientos de Tejas (grabado superior). Los oleoductos que llevan el petróleo desde los pozos hasta grandes distancias tienen miles de kilómetros de longitud y están ampliamente extendidos por el subsuelo de Norteamérica. Rockefeller se convirtió en el hombre más rico del mundo por el petróleo y la desconsiderada manera como invertía el dinero; hoy la fundación Rockefeller facilita grandes cantidades de dinero que se emplean en proteger la investigación y fomentar la filantropía.





Escaneado con CamScanner

Torres de perforación en Tejas.

John D. Rockefeller.

Inventos cada vez más numerosos fueron transformando el mundo y transformaron a los Estados Unidos con asombrosa rapidez. Llegó el automóvil. En 1903 fundó Henry Ford (grabado de la derecha) sus grandes fábricas de automóviles. Las principales se hallan en Detroit (grabado inferior). Ford consiguió mediante el cálculo exacto de los costes de producción y el máximo ahorro de material y trabajo, fabricar los automóviles más baratos de lo que se tenía como posible. Ha contribuido mucho a que en América el automóvil sea una posesión natural del ciudadano. Como es lógico, el auto transformó el mundo americano mucho más que todo lo demás porque ahora fue cuando se construyeron las grandes carreteras que discurren rectilíneas a lo largo de miles de kilómetros hacia el oeste. En las grandes ciudades (páginas 218/219), se ha intentado reproducir el activísimo tráfico rodado organizado mediante amplias calzadas dobles. Ahora puede decirse, por fin, que los americanos dominan y explotan verdaderamente su territorio de la orilla de un océano a la del otro.

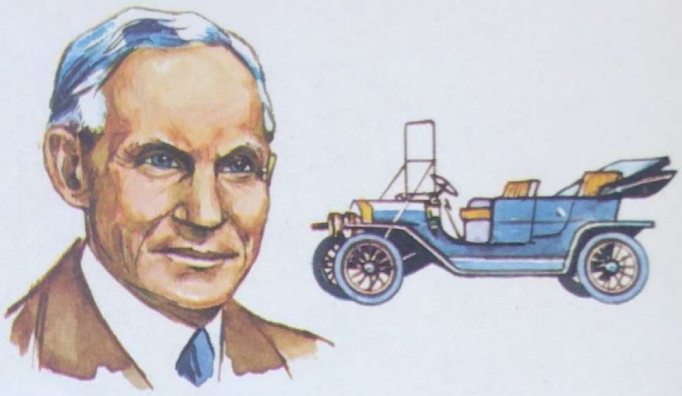
Los problemas del tráfico están naturalmente aún por resolver. Los Estados Unidos han acortado mucho las distancias con la construcción de puentes: en San Francisco está el largo «Golden Gate», de 11 kilómetros, y el



Escaneado con CamScanner

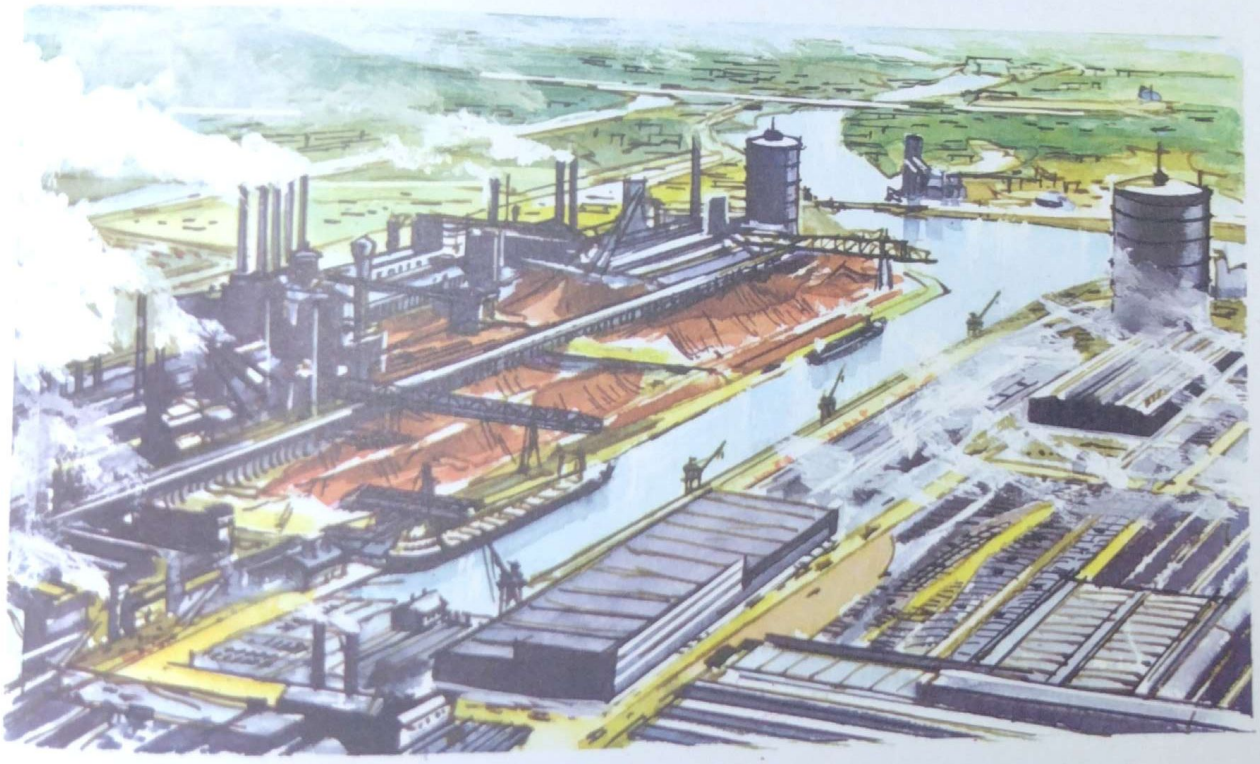
puente hacia Oakland, de trece. Otro ejemplo, es el túnel que atraviesa la bahía Chesapeake y ahorra a los automovilistas tener que pasar con barcazas o rodear la bahía (págs. 216/217). Hoy circulan por una calzada de varias vías hasta una isla artificial y, desde allí, pasan por el túnel bajo la bahía. En nuestro grabado, acaba de pasar el portaaviones «Forrestal» el punto bajo el que pasa el túnel. La construcción, para la que se crearon máquinas especiales, duró unos tres años y medio y costó doscientos millones de dólares.

En el mismo año, 1903, en que Henry Ford fundó su fábrica de automóviles, los hermanos Wright tuvieron su primer triunfo al probar el primer aeroplano útil (grabado superior): desde la ciudad de Dayton (Ohio) lograron volar doce segundos. ¿Se imaginarían ellos la función que el avión había de desempeñar para el hombre? Cuando Charles Lindberg (grabado de la izquierda) sobrevoló el Atlántico en 33 horas el año 1927, todo el mundo celebró la hazaña del audaz americano.



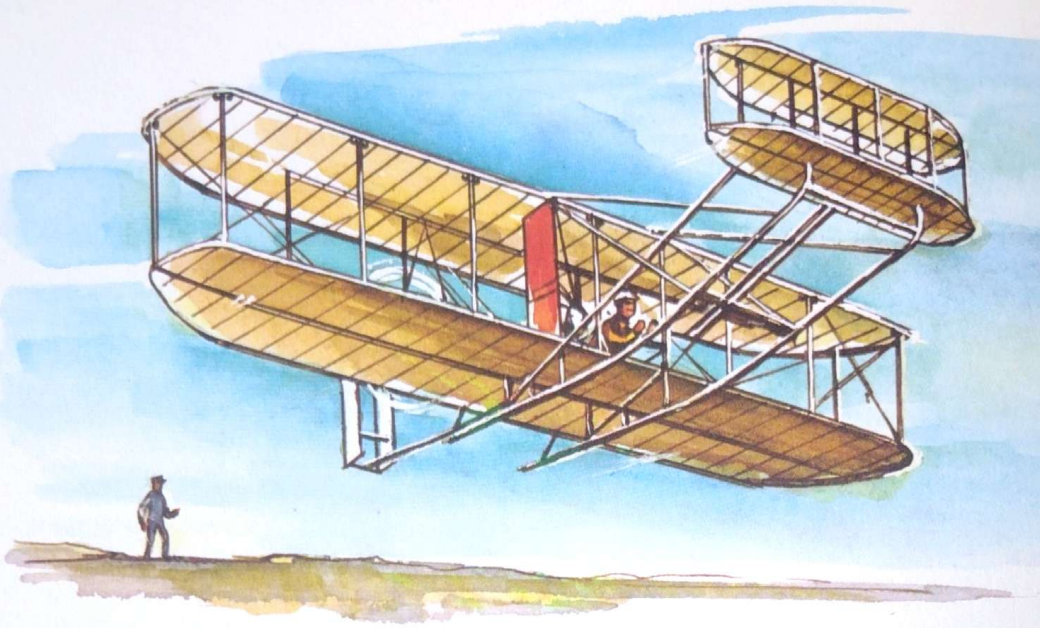
Henry Ford y su célebre modelo T 4.

Una parte de la zona industrial de Detroit.



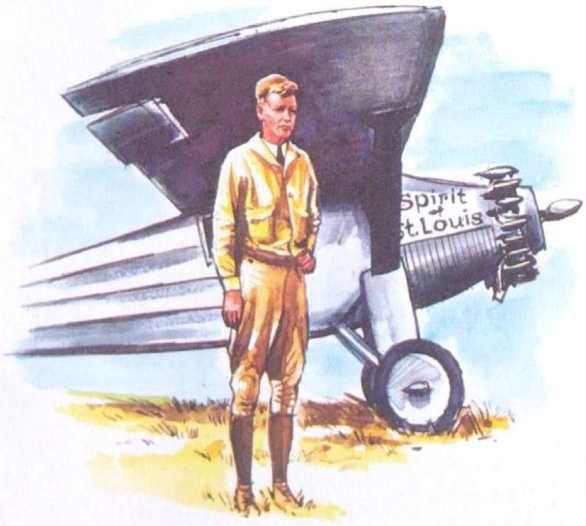


Escaneado con CamScanner



El vuelo de los hermanos Wright en 1903.

Por mucho que los hombres intervengan en el paisaje, no podrán nunca someter las fuerzas de la naturaleza. Los tornados, o huracanes continúan asolando hoy grandes extensiones de terreno, sobre todo en el golfo de Méjico. En 1906 un terremoto destruyó la ciudad de San Francisco y hasta muy recientemente, las aguas del Mississipi y sus afluentes inundan amplias zonas agrícolas. Sin embargo, los americanos pudieron suavizar las inundaciones construyendo presas para recoger el agua de los arroyos de las montañas y dirigirla por canales a los campos de regadío, para evitar inundaciones o para obtener energía eléctrica. La más célebre presa del este es la TVA, la presa de Tennessee que se reproduce en la página 213 uno de los 21 diques que tiene el embalse. En el plan y su realización no sólo participaron políticos, investigadores y técnicos, sino también los granjeros, que reconocieron que el país, protegido de inundaciones, tenía necesidad de una repoblación forestal y bosques para hacer más sólido el suelo y conservar la humedad. El embalse proporciona hoy la corriente eléctrica más barata de los Estados Unidos y, por ello, se instalan allí nuevas industrias que requieren mucha electricidad, tal como las

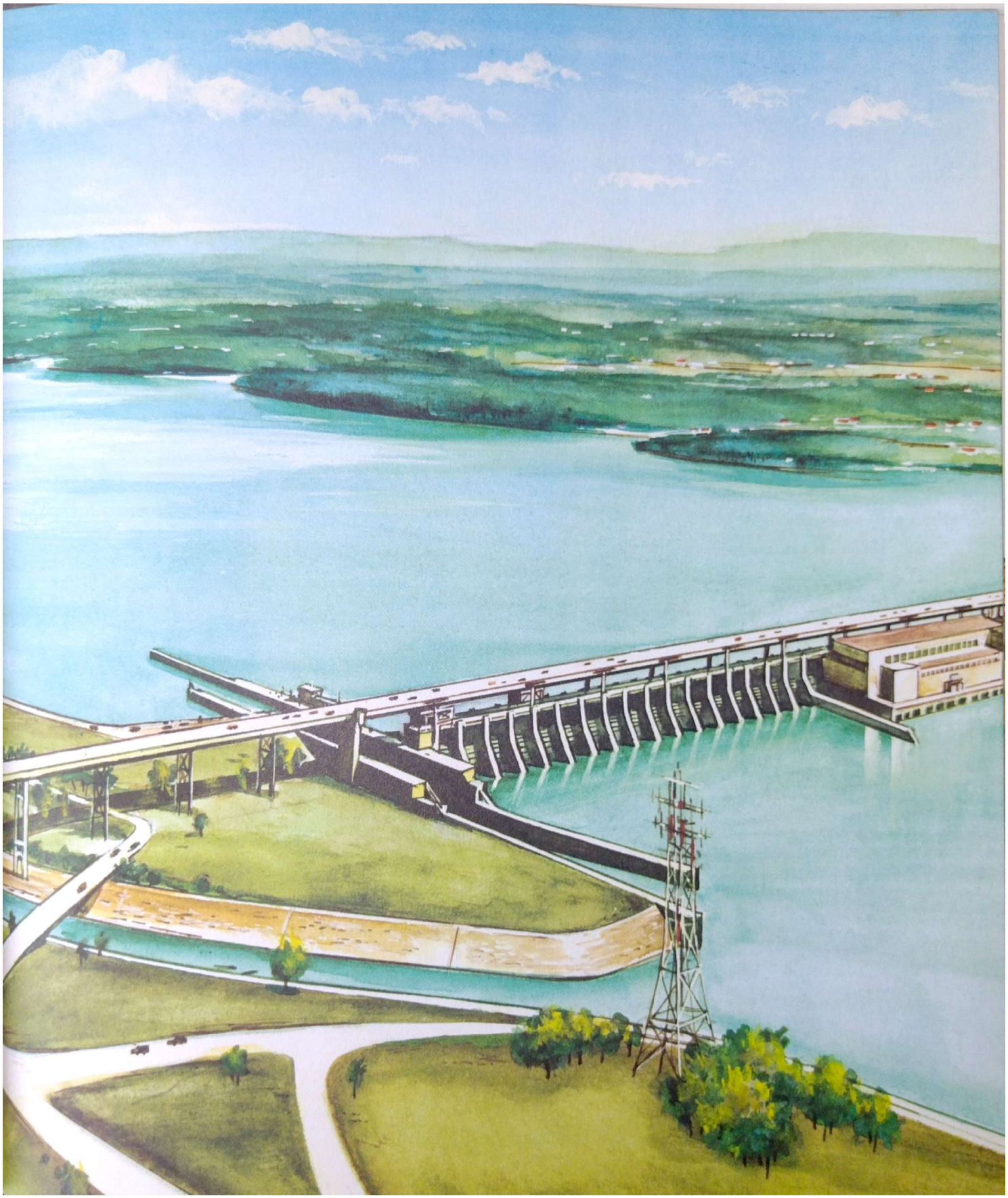



← Charles Lindberg antes de su vuelo transoceánico.

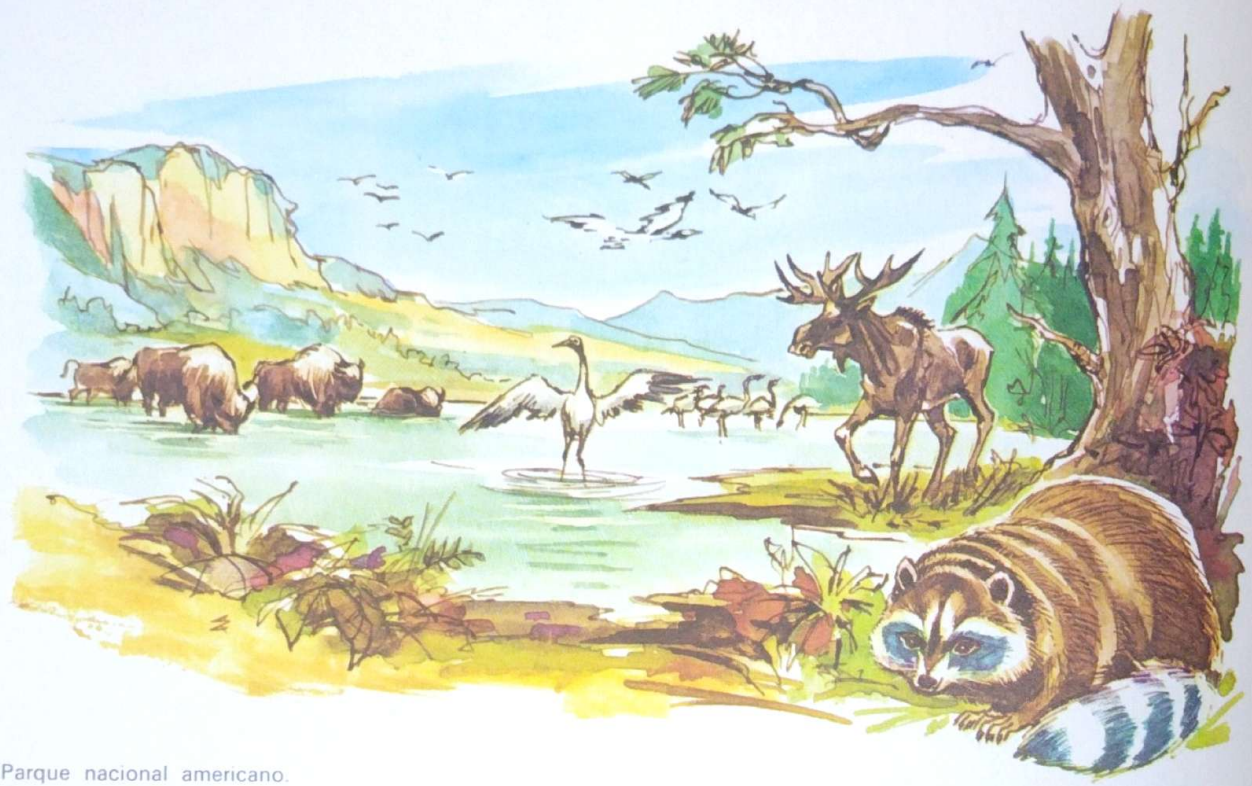
Uno de los grandes diques → del embalse de Tennessee.



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner



Parque nacional americano.

del aluminio que es muy importante para la aviación.

En los decenios en que los americanos transformaron tan eficazmente su país en un país moderno, no se han preocupado solamente de la economía y de la técnica. También la ciencia y el arte encontraron cultivadores entre los hombres que se habían hecho ricos gracias a la industria. Los poetas americanos se ocuparon del pasado del país y plasmaron en sus obras los efectos de la vida moderna sobre los seres humanos. En la «Metropolitan Opera» de Nueva York cantaron y cantan los mejores cantantes del mundo; el museo de arte moderno posee obras maestras de todos los países.

El más moderno de las artes, el cine, se creó una industria propia en Hollywood, junto a Los Angeles (California). Allí trabajó Walt Disney, el padre del ratón Mickey y autor de otras muchas películas de dibujos que son el encanto de los niños. También rodó magníficas películas de la naturaleza, pero lo que pretendía principalmente era dar una alegría a los niños.

←Palomas emigrantes.

Disneylandia.→

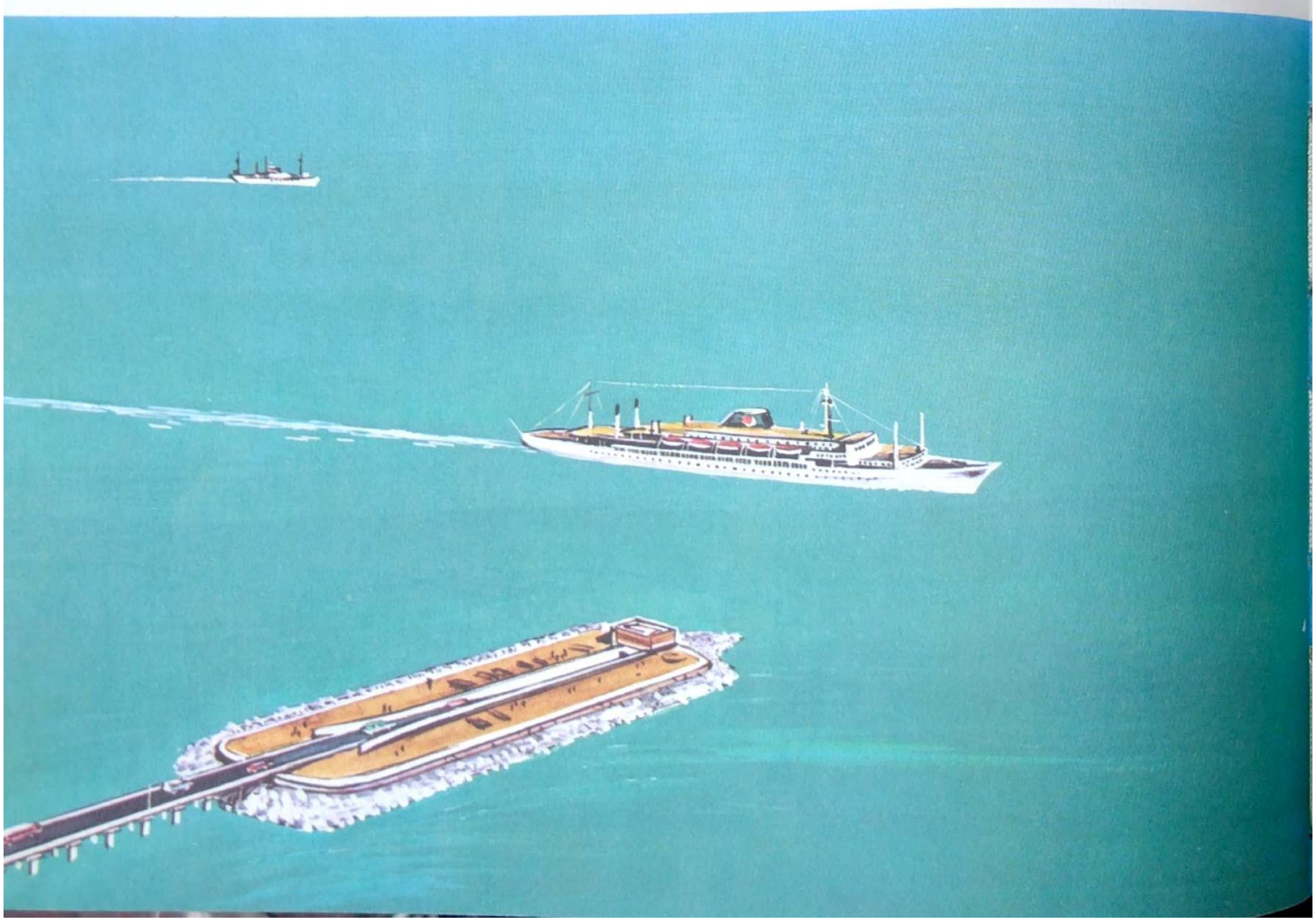


Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

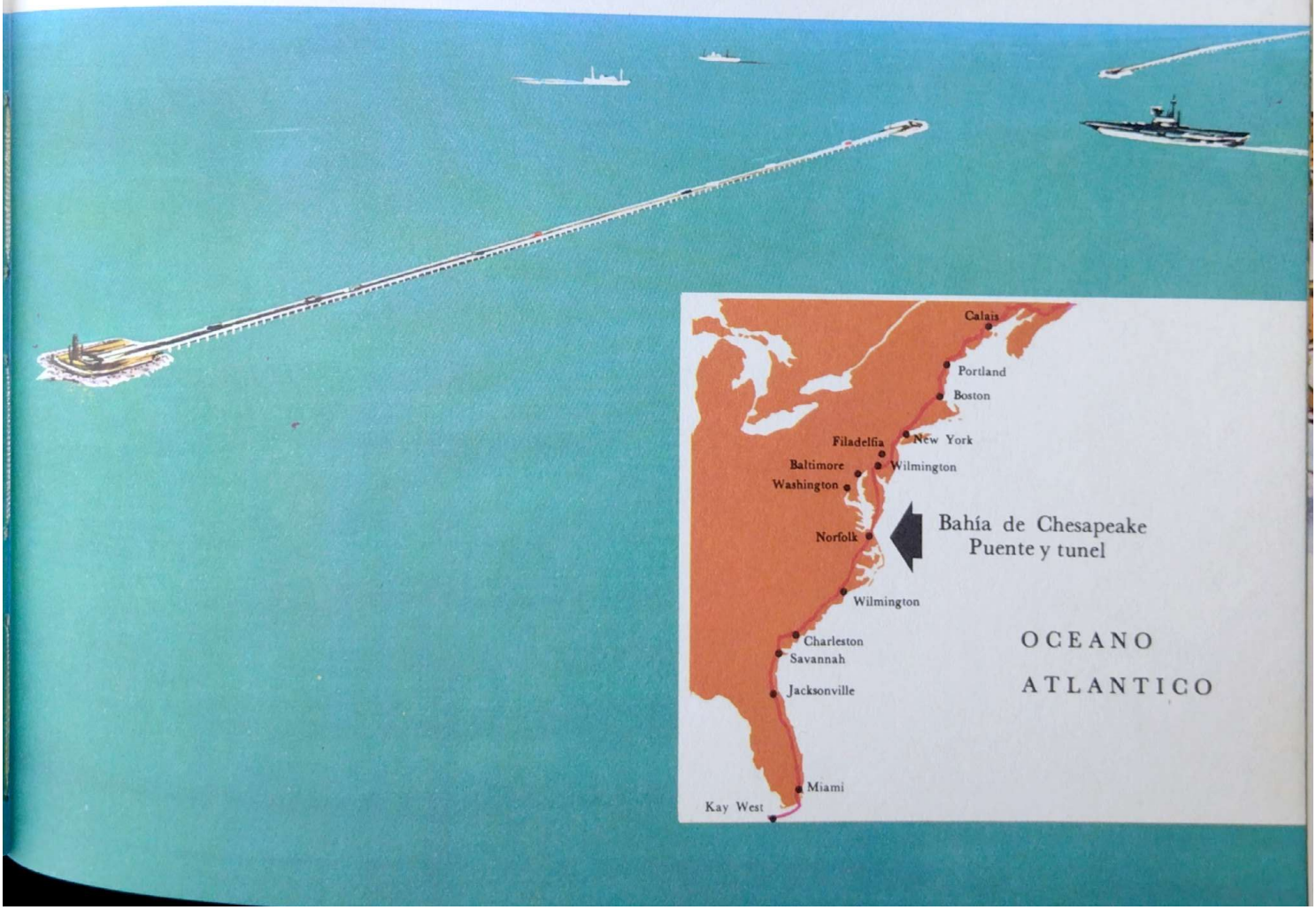
En «Disneylandia» (de la que se da una perspectiva en la página 215) creó un paraíso infantil en el que se da vida a los personajes de los cuentos y en el que los visitantes pueden vivir aventuras del pasado. A pesar de la modernización de la vida y del país, todavía puede admirarse la belleza de sus paisajes originales, porque los Estados Unidos han creado una serie de maravillosos parques nacionales en los que se conservan los paisajes más salvajes y magníficos con su fauna. Allí encontramos el oso gris, el bisonte, la paloma torcaz cuyas bandadas oscurecían en otros tiempos el sol. El grabado de la página 214 reúne algunos de esos raros animales en un pequeño paraíso.

Abajo: El puente túnel de la Bahía Chesapeake.



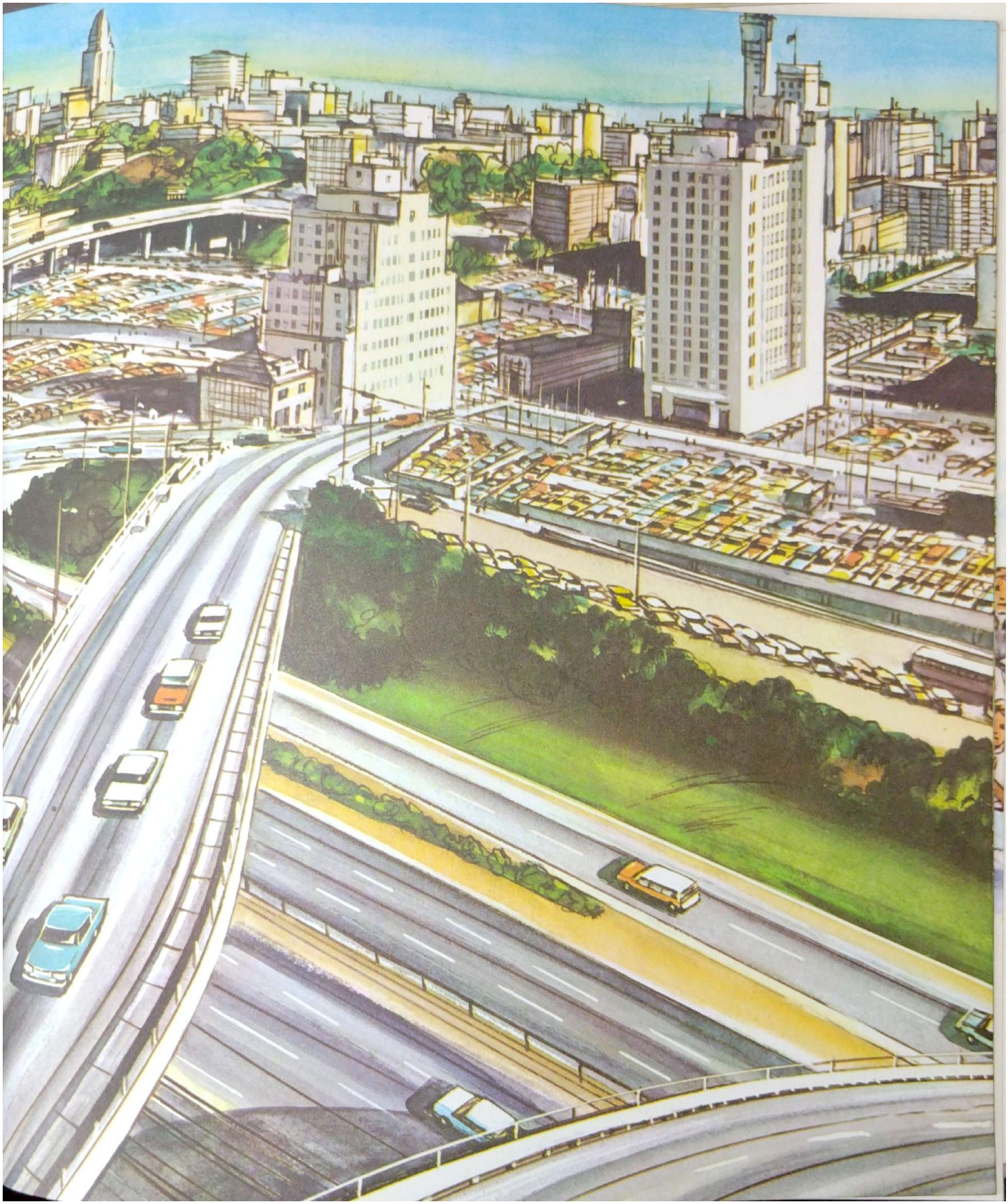
Escaneado con CamScanner

Páginas siguientes: Red de autopistas de San Francisco. →




Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

# Dos guerras mundiales

Los americanos tenían que realizar una enorme tarea cuando se trataba de colonizar su país de costa a costa, y aprovechar sus productos naturales mediante la industrialización a fin de hacerlos utilizables para todos sus ciudadanos. Pero pronto advirtieron que no podían quedarse solos como muchos de ellos hubiesen preferido, sino que tenían que preocuparse por lo que sucedía en el mundo.

Los Estados Unidos producían más de lo que podían absorber en buenas condiciones y por eso buscaron compradores en el extranjero. Lo mismo que Rockefeller, que exportó a China lámparas de petróleo y, lógicamente, pudo vender mucho petróleo en China, hicieron otras muchas empresas. Los Estados Unidos

Presidente Wilson.

Presidente Roosevelt.

obligaron al Japón, que permanecía impermeable a todo lo que fuese extranjero, a abrir sus puertos a los barcos y las mercancías extranjeras. Esto produjo una evolución imprevista. El Japón, unido al extranjero por el comercio, se transformó a su vez en una potencia industrial que se interesaba especialmente por los territorios situados en el Océano Pacífico, donde ya los americanos tenían influencia y querían vender sus productos. Todo ello provocó después numerosas tensiones y enfrentamientos. El comercio mundial al que los Estados Unidos no podían sustraerse unía cada vez más sólidamente a los países del mundo, unión que es hoy tan sólida que una crisis en un Estado provoca inmediatamente la crisis económica de otros.

En 1914, estalló en Europa una guerra como las muchas que había habido en aquel conti-

Aviones japoneses bombardean Pearl Harbour. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

nente envejecido y lleno de disensiones. Las «potencias centrales», Alemania y Austria-Hungría, se enfrentaron a Rusia y las «potencias occidentales», Francia e Inglaterra y sus aliados. Los Estados Unidos permanecieron neutrales, pero a los grandes bancos americanos les interesaba mucho la victoria de los occidentales porque les habían prestado mucho dinero para armamentos. Entonces sucedió algo que llenó de indignación a los americanos: Alemania intentó hundir con submarinos los navíos enemigos que bloqueaban a Alemania en su comercio. En 1915 hundieron al buque inglés «Lusitania», en el que viajaban 139 viajeros americanos. Después de inútiles negociaciones, los Estados Unidos entraron en la guerra en 1917. Como Japón y América intervenían en la lucha al lado de las potencias mundiales, la guerra europea se transformó en mundial.

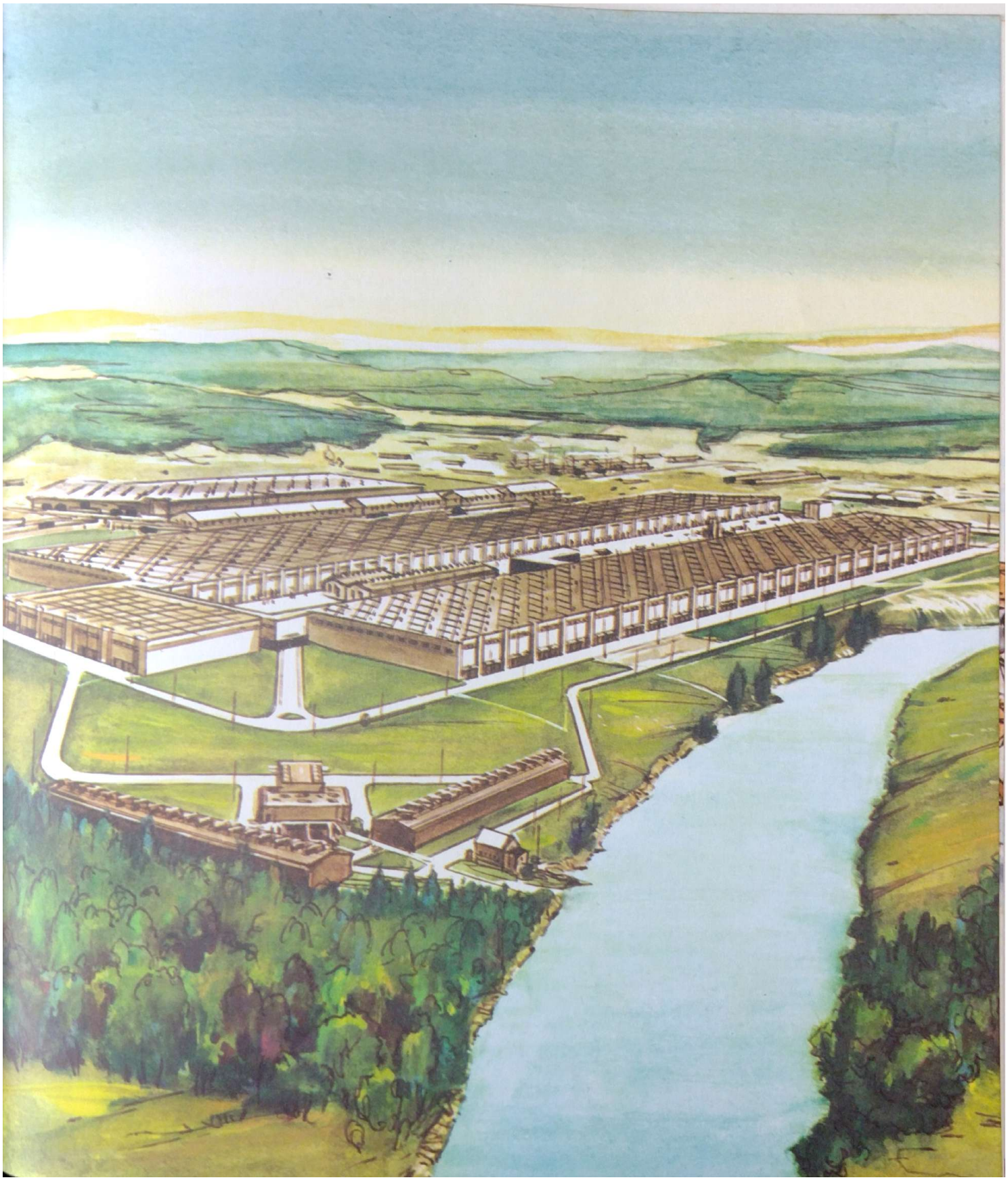
A Europa vinieron dos millones de soldados americanos, de los que ni uno solo perdió su vida a causa de los submarinos alemanes. Sus frescas energías y sus buenas armas aceleraron la derrota de las potencias centrales. El presidente Wilson (página 220, arriba) marchó a Europa como árbitro, por decirlo así, que quería procurar una paz justa, razonable y perpetua. Pero conocía muy poco la situación de Europa para evitar que las condiciones de paz fuesen injustas por muchos conceptos y origen de nuevos enfrentamientos. Para desilusión de Wilson su propio país no apoyó su plan favorito de fundar una sociedad de naciones que resolviese pacíficamente las disputas entre los Estados. La Sociedad llegó a fundarse, pero los Estados Unidos no entraron en ella para no complicarse el comercio mundial.

← Explosión de la primera bomba atómica en el desierto de Nevada.

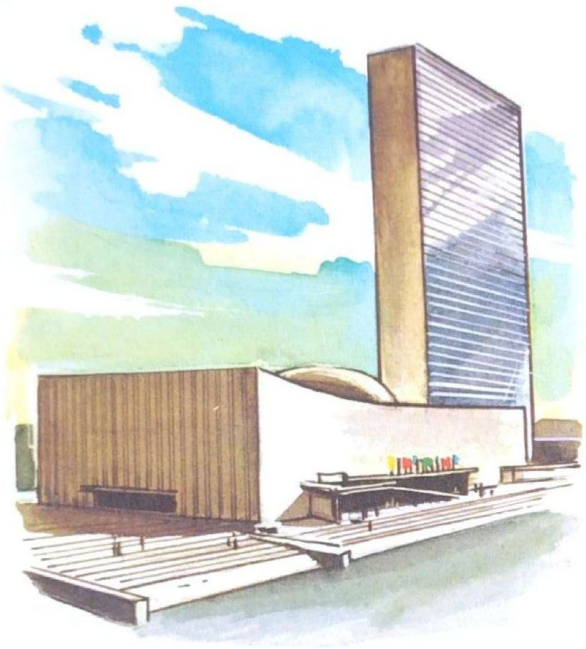
Central atómica de Oat Ridge. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner



Edificio de la ONU en Nueva York. Delante la gran sala de sesiones.

Pero se demostró más tarde que no podían quedarse al margen: en 1939 estalló en Europa una nueva guerra. Como en la anterior ocasión, los Estados Unidos permanecieron neutrales, pero esta vez los japoneses luchaban al lado de los alemanes, que volvían a combatir contra ingleses, franceses y rusos. Entre el Japón y los Estados Unidos hacía ya tiempo que no existían buenas relaciones porque ambas potencias se disputaban la hegemonía en Asia y pretendían dominar la política y el comercio en Asia. Mientras el Japón y los Estados Unidos estaban negociando aún, atacaron repentinamente los japoneses a la flota americana, surta en Pearl Harbour, en las islas Hawai (véase pág. 221). Ocho buques de guerra volaron por los aires y más de cuatro mil quinientos soldados cayeron muertos o heridos. El serio golpe, del que América se recuperó con admirable energía, provocó, como era lógico, la entrada de los Estados Unidos en la guerra contra el Japón y sus aliados. Franklin D. Roosevelt (pág. 220), el enérgico presidente de los Estados Unidos envió armas y tropas a todos los frentes y decidió con ello el resultado de la guerra. En 1945 el conflicto terminó en Europa y seis meses más tarde en el Japón, donde los americanos habían arrojado sobre Hiroshima y Nagasaki la primera bomba atómica a fin de obligar al enemigo a rendirse por medio de tan inhumana arma. La página 222 muestra el famoso hongo que forma el humo de la explosión de prueba que se realizó en un desierto de Nevada. Por su parte, la página 223 muestra la central nuclear de Oak Ridge, donde se aprovecha la desintegración del átomo para obtener energía con fines pacíficos.

Han pasado para siempre los tiempos en los que los americanos creían tener que ocuparse solamente de sí mismos. Aún terminada la segunda Guerra Mundial, los americanos han perdido muchos de sus soldados en otros lugares, como Corea o Vietnam. La Sociedad de Naciones tuvo una heredera después de la segunda Guerra Mundial: la ONU (Organización de las Naciones Unidas), cuyo centro es el edificio de la ONU en Nueva York. Arriba, a la izquierda, se ve un dibujo de la gran sala de congresos con el rascacielos donde se aloja la Secretaría General. Allí los representantes de muchas naciones se esfuerzan en dilucidar las disputas que surgen entre las naciones.



Escaneado con CamScanner

# Un mohawk en el rascacielos

¿Cómo se adaptaron los indios al mundo moderno? ¿Cómo viven hoy día? El que recorre América tendrá frecuentes oportunidades de ver a los indios en sus reservas y el que visite los Estados del sur podrá presenciar la gran fiesta anual de todos los pueblos indios, en la que hombres y mujeres celebran sus antiquísimas danzas. En el grabado inferior podemos ver representada una danza de los «hopis», de los indios «pueblo». Pero estas son fiestas y danzas que se organizan a menudo para los blancos. Es más importante saber cómo se sienten los indios en un mundo en el que ya no hay sitio ni piezas de caza para ellos y en el que también el agricultor indio necesita máquinas modernas para poder vender a buen precio sus reses y sus cereales.

Algunas tribus no llevan una vida muy dis-

Los hopis danzan para los turistas.



Escaneado con CamScanner

Pescadores indios en California.

tinta a la que llevaban hace cien años; así, el indio californiano sigue lanzando vigorosamente su red al agua (grabado superior). A los que mejor les ha ido es a los indios «pueblo», que no han tenido guerras encarnizadas con los blancos. Hoy continúan viviendo en los poblados y conservan mucho de sus antiguas costumbres y de su antigua unión. Su habilidad manual les produce mucho dinero: los mimbres que teje Alcario Gachupin (véase la pág. 227) y las vasijas que fabrica Dora Montoya de la misma forma que sus padres hace cien años (página 227, arriba), sus joyas de plata y objetos parecidos, son piezas que los turistas americanos compran entusiasmados.

Otras tribus del sudoeste, como los navajos y los apaches, se defendieron de los blancos con asaltos y expediciones de rapiña hasta que, poco a poco, fueron sucumbiendo ante la superioridad del enemigo. Se les desterró y mantuvo en campamentos como prisioneros de guerra hasta que se pudo observar que los indios nunca aprendían por estos procedimientos a cuidar de sí mismos. Por eso, la mayor parte de las tribus del sudoeste volvieron a sus territorios de origen.

Pero entonces se presentaron nuevas dificultades, que acabaron por desilusionar también a los americanos bien intencionados. Los indios estaban muy lejos de poder comprender el mundo moderno y de defenderse contra los abusos de astutos comerciantes y especuladores y no podían tampoco utilizar la técnica y la ciencia para mejorar su agricultura. Los navajos, por ejemplo, se negaban, lo mismo que los apaches, a enviar a sus hijos a la escuela, a lo que estaban obligados por un tratado. La segunda Guerra Mundial provocó un cambio en esta mentalidad: los indios lucharon junto a los blancos e incluso hubo un sioux que llegó a general. Los navajos estaban sumamente orgullosos cuando tenían que enviar noticias en su idioma, que nadie podía descifrar. Entonces fue cuando los indios aprendieron a estimar la técnica y la ciencia y alguno dejó escrito lo siguiente: «Enviad a mi hijo a la escuela. Tiene que aprender algo».

En ocasiones, los indios sobresalían también



Escaneado con CamScanner

en los deportes. En 1912, un indio, Jim Thorpe, ganó el decatlón en los juegos olímpicos. El rey de Suecia le felicitó con las siguientes palabras: «Es Ud. para mí el deportista más grande de todos los tiempos».

En conjunto, el número de los indios ha vuelto a aumentar desde que han cesado las guerras contra los blancos. El grupo más fuerte es el de los navajos. En la reserva viven unos cien mil en un territorio más grande que Baviera. Crían ovejas, cultivan maíz y poseen la serrería más moderna de los Estados Unidos, en la que unos cien navajos trabajan los árboles nacidos a 3.000 metros de altura.

Derecha: alfarera pueblo.
Abajo: indio pueblo tejiendo mimbre.

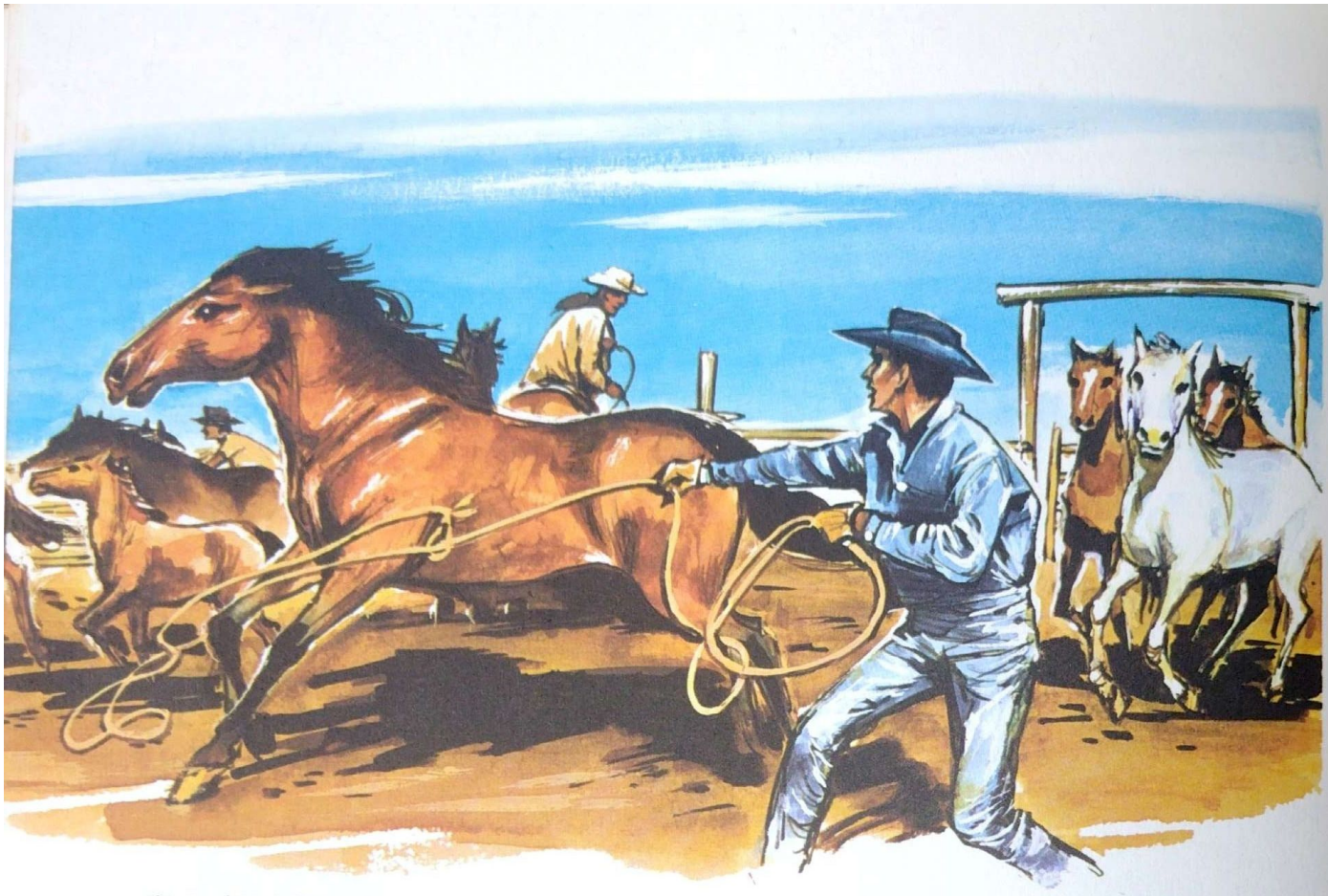
Los navajos tienen una representación popular propia y contratan a los abogados más caros cuando tienen algún pleito con un blanco.

Se han promulgado y abolido muchas leyes con las que se quería proteger a los indios de especuladores y acostumbrarlos al mundo moderno. Pero el gobierno tiene aún muchas facilidades para intervenir en su vida, a pesar de que en 1943 se les concedió una amplia autonomía.

Las tribus de las praderas, cazadores, que debían convertirse en pastores, tuvieron grandes dificultades para acostumbrarse a la nueva situación. Odiaban las casas y la agricultura, que les aburría. Dejaban arruinarse las casas



Escaneado con CamScanner



Un cowboy indio.

porque estaban acostumbrados a sus tipis que se abandonaban cuando ya estaban muy sucios. Algunas tribus crían ahora caballos y reses y van aumentando poco a poco el número de sus miembros. El grabado superior muestra a un cowboy indio que coge a un caballo con su lazo.

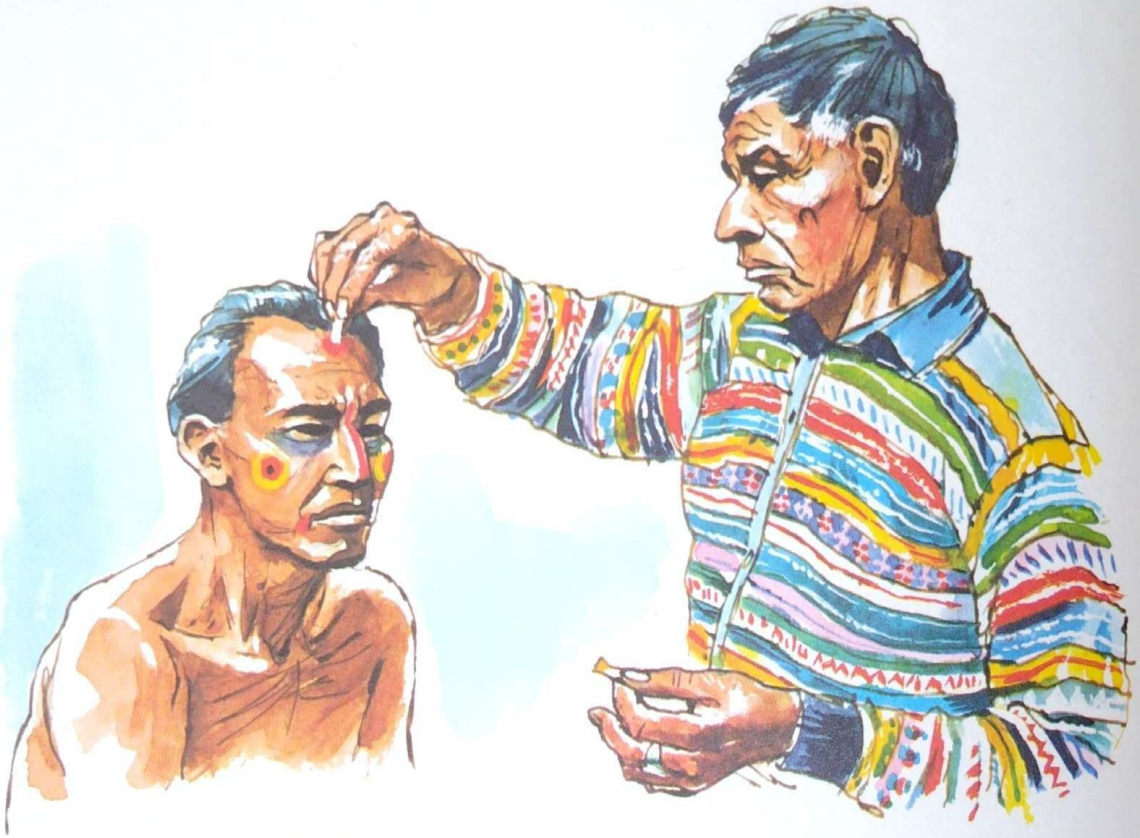
Una de las últimas tribus que se entregaron fueron los cheyennes, algonquinos que vivían junto a los sioux. Para ellos, se creó una reserva en Oklahoma, donde estuvieron a punto de perecer de hambre. Querían regresar a su patria, a Dakota del Norte, y vivir allí como agricultores, como cien años antes de convertirse en cazadores, y cuando se les retuvo en Oklahoma se escaparon en 1878 unos cientos de hombres, mujeres y niños. En una espantosa marcha de invierno avanzaron hacia el norte, acosados y nunca descubiertos por las tropas americanas. Sus caudillos, Dull Knife (Cuchillo Embotado) y Littl Wolf (Pequeño Lobo) comprendieron que todos ellos, los últimos cheyennes, perecerían si se les continuaba acosando. Así hubiera sucedido si en Washington no hubieran puesto finalmente su atención sobre la situación de los cheyennes. El ministro del Interior, Carl Schurz, un inmigrante alemán, fue a verlos y concluyó un tratado de paz, con lo que el pequeño grupo de supervivientes regresó a la reserva.

Un mohawk en lo alto de un rascacielos. →



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner



Indios seminolas pintándose el rostro a la antigua usanza.

El pueblo de las praderas de la tribu sioux con sus muchas tribus, entró en 1862 en conflicto con las tropas americanas. Muchos indios se marcharon al Canadá, entre ellos, un muchacho de doce años que volvió más tarde a los Estados Unidos, estudió medicina y escribió libros sobre los sioux. Su nombre era Charles Eastman y su libro se titulaba «Ohijesa».

También se habían refugiado en Canadá muchos iroqueses, mientras que otros viven hoy en el Estado de Nueva York; son unos quinientos mohawks. Estos se han adaptado perfectamente a la época y a la técnica: como padecen menos vértigo y son más seguros en su equilibrio que ningún blanco, hacen sus trabajos en las alturas, no sólo como limpiaventanas (véase la página 229), sino también en puentes elevados, grúas y donde se necesiten obreros del acero que no padezcan de vértigo. Reciben salarios horarios de unas doscientas cincuenta y cinco pesetas (al cambio) y, pese al trabajo moderno y a la vida de la gran urbe, continúan siendo indios que hasta mantienen en vigor la antigua liga iroquesa.

También tribus que nunca se establecieron con los blancos utilizan algo de lo que les han visto. Los seminolas de Florida navegan los pantanos y allanan los canales con botes de metal provistos de motores de avión. Pero, porque viven como siempre, se mantienen ale-



Escaneado con CamScanner

jados de los blancos y como mucho, les permiten mirar cuando se pintan el rostro a la antigua usanza (pág. 230). Los seminolas —¡es increíble!— han celebrado en 1962 un auténtico tratado de paz con los Estados Unidos.

Habría aún mucho que contar sobre la actual vida de los indios. Los indios no quieren, como los negros, una «equiparación de derechos» respecto a los blancos; quieren sencillamente seguir siendo ellos mismos. Pero si no quieren vivir como seres extraños representantes de una época pasada para distracción de los turistas, tienen que adaptarse a la vida de hoy y eso es difícil porque los indios piensan de otra forma que los blancos, tienen siempre tiempo, no necesitan planear, según creen ellos. En el Congreso de Washington hay también un semiindio que defiende los derechos de los pieles rojas. Sabe que no tiene que luchar por la equiparación, sino por paciencia y comprensión.

# Astronautas

Aquí comienza el último capítulo de este libro y ha llegado el momento de dirigir nuestro pensamiento a los primeros, en los que se describe cómo los europeos conocieron América. Buscadores de oro, conquistadores, científicos, cazadores de pieles, tramperos, fronteros, pioneros: América abundó siempre en hombres que tendían a lo lejano y desconocido.

Ahora, América es uno de los dos países que encabezan el avance hacia el espacio sideral.

En 1903, el primer avión se mantuvo doce segundos en el aire; en 1961, el ruso Yuri Gagarin fue el primer hombre que abandonó la Tierra. Durante milenios ha soñado la humanidad con volar y, cuando al fin lo consiguió, sólo pasaron sesenta años hasta que pudieron lanzarse al universo. Tan rápidamente se desarrolla hoy la ciencia y la técnica.

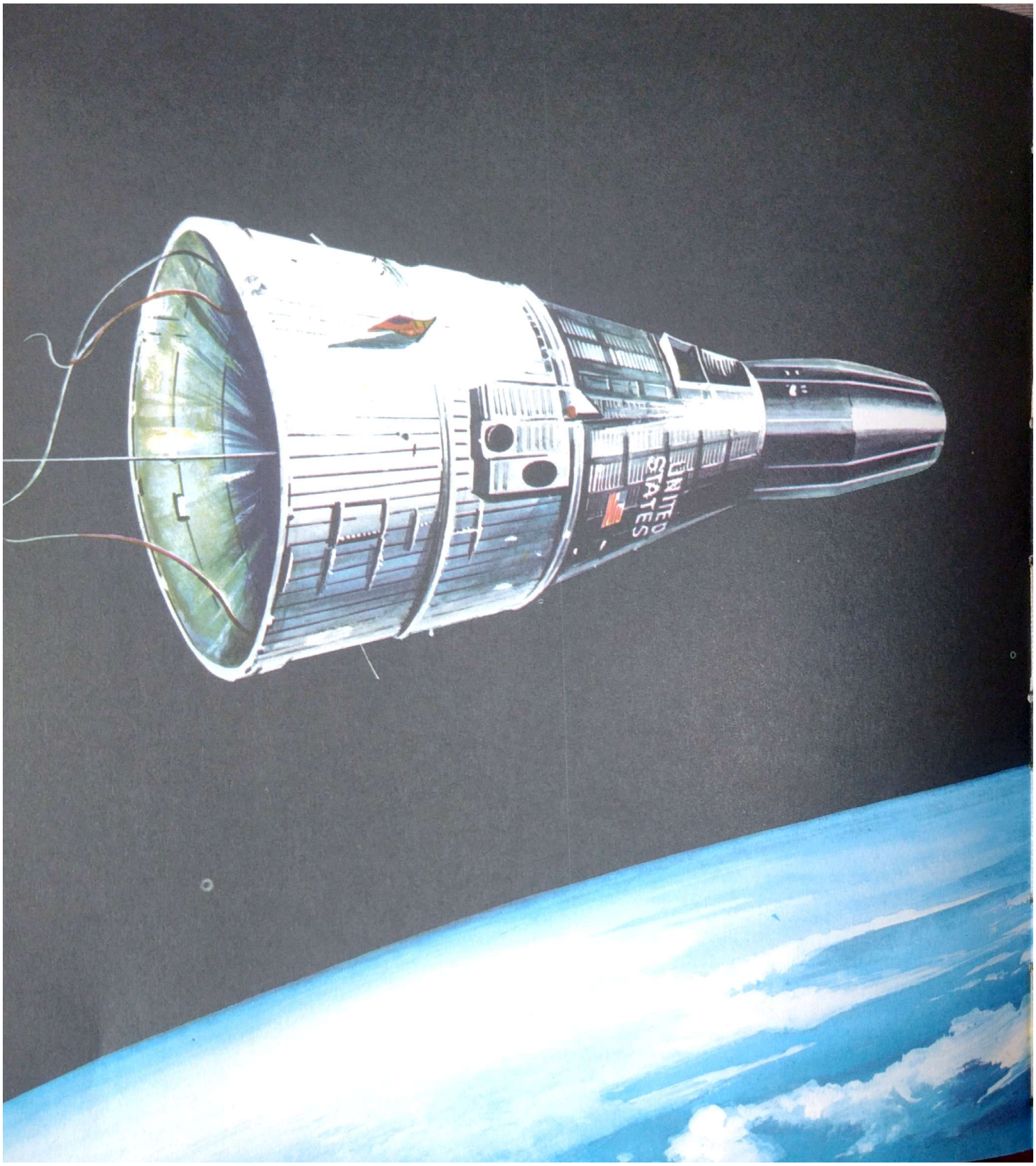
Entre el vuelo a gran altura y el vuelo espacial hay una diferencia fundamental: por mucho que se eleve un avión, está sometido a la gravedad, que lo atraerá en cuanto la fallen los motores o pierda velocidad. La Tierra atrae a los cuerpos hacia sí. Claro está que con la distancia, la atracción de la gravedad disminuye, pero aún es lo suficientemente fuerte para mantener a la Luna en su órbita alrededor de nuestro planeta.

Cuando un cuerpo quiere abandonar la Tierra, tiene que llevar una velocidad inicial mínima de 11,2 kilómetros por segundo.

Páginas siguientes: Gemini VI y VII en su encuentro en → el espacio el 15-12-1965.

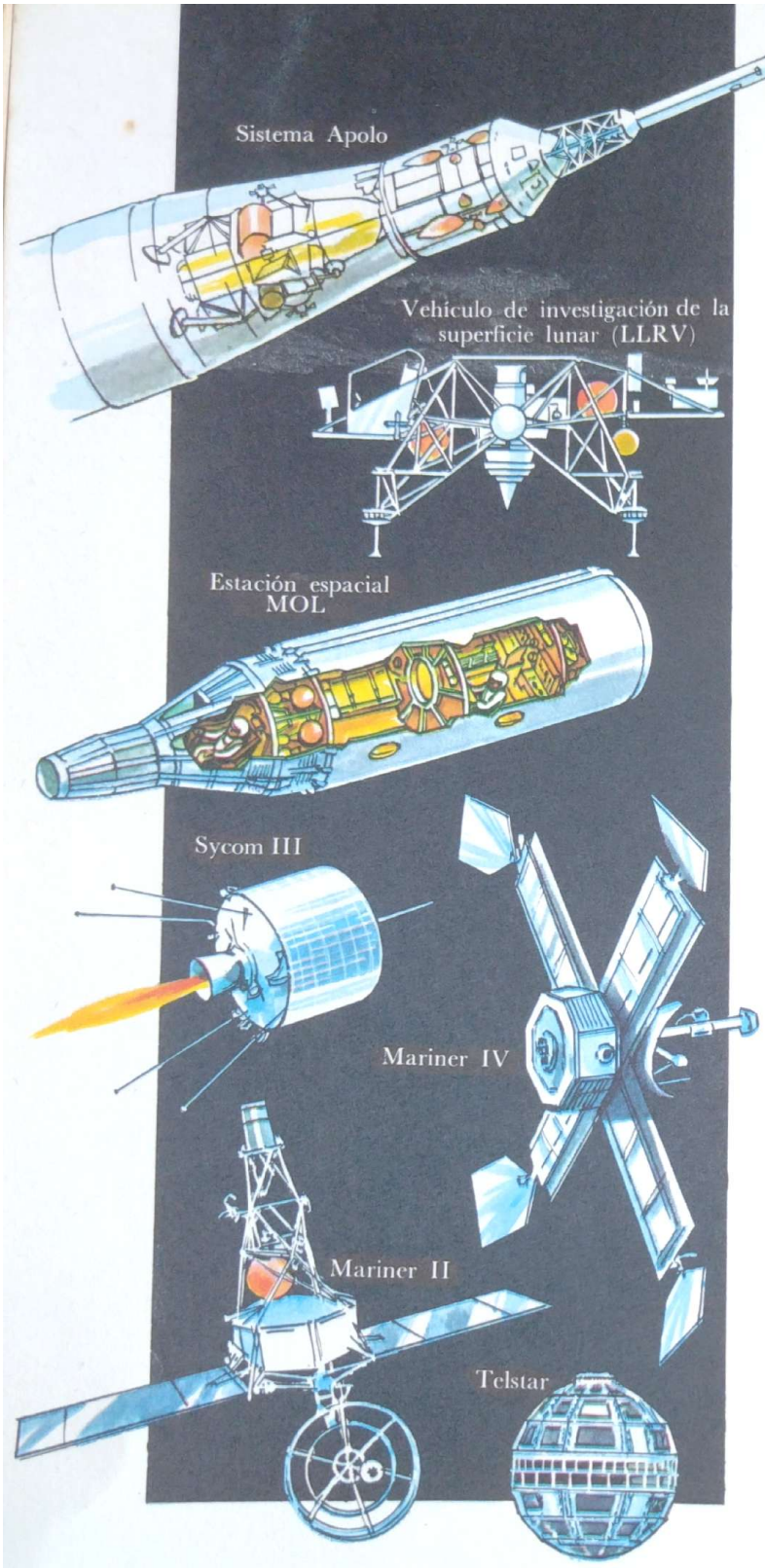


Escaneado con CamScanner



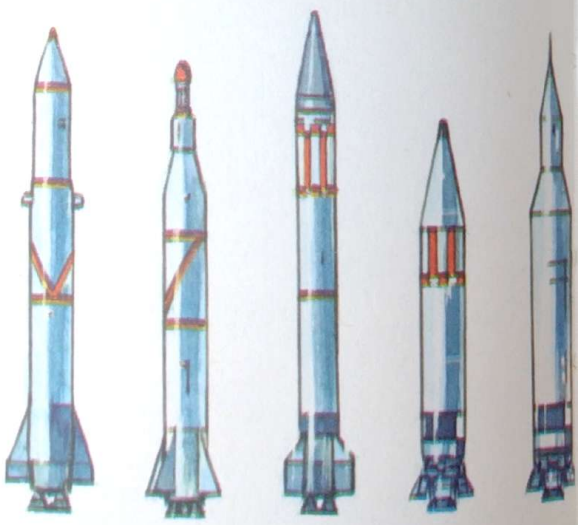

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner




Semejante velocidad sólo puede lograrse hasta ahora con un cohete. La «fuerza de impulso» que se produce por el retroceso de una explosión en el cohete lo eleva. Fundamentalmente lo mismo sucede con los cohetes y fuegos artificiales de la noche de fin de año que con el «Titan» que lanza una cápsula «Geminis» al espacio. Por tanto, los cohetes son verdaderos vehículos.

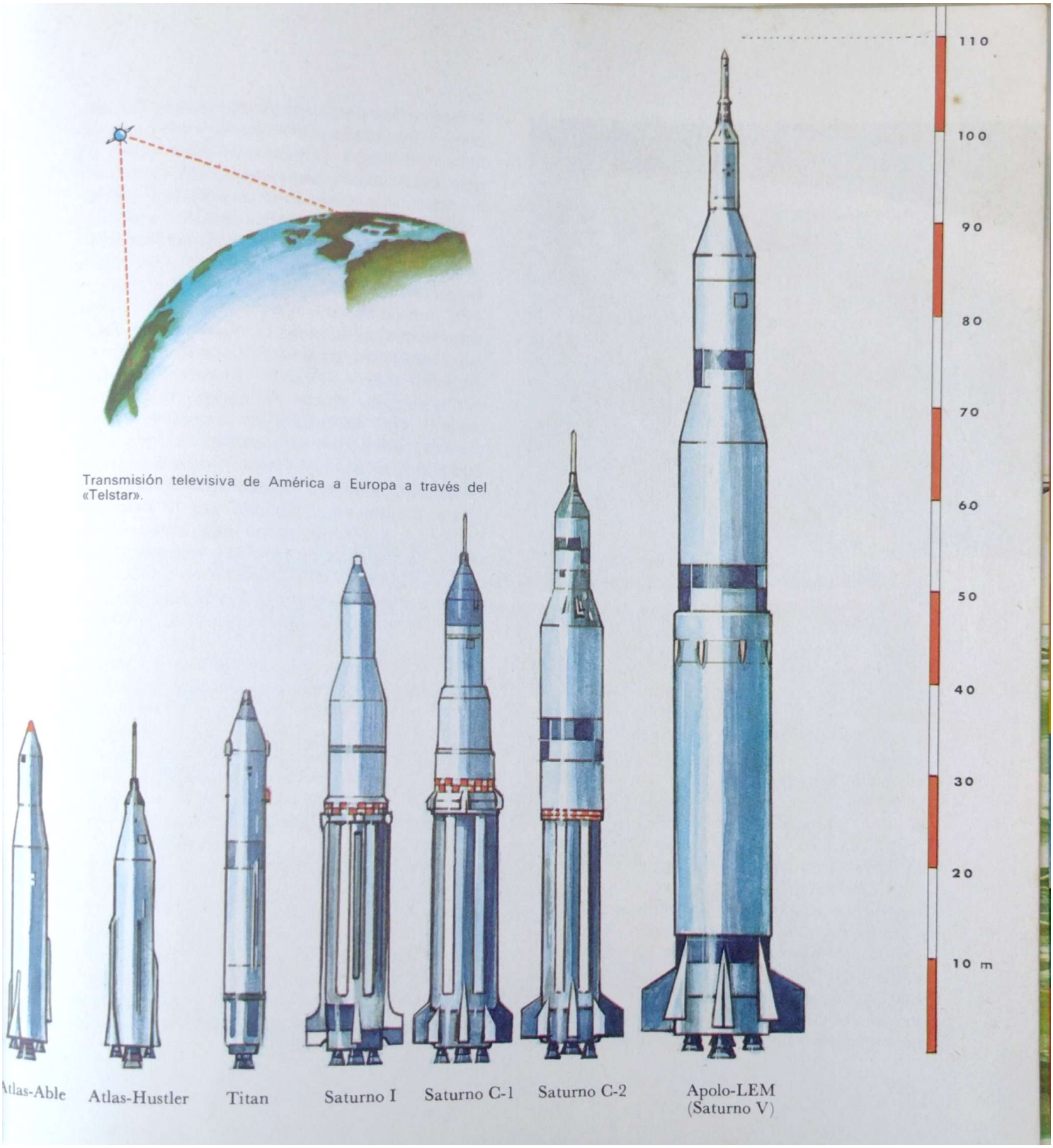
Como aún no pueden llevar todo el combustible que necesitarían, se acoplan varios cohetes a un conjunto y se encienden uno tras otro impulsando con su fuerza de impulso la carga útil. Estas dos páginas reproducen a la derecha una serie de cohetes y, a la izquierda, lo que estos cohetes impulsan, satélites, sondas espaciales, cápsulas. Los satélites giran alrededor de la Tierra como lunas artificiales. Observan el tiempo sobre la Tierra y, con sus señales radiadas, pueden advertirnos de la formación de una tempestad peligrosa. El satélite «Telstar» sirve como puente televisivo entre América y Europa; recibe la imagen y la retransmite a la tierra. Las sondas espaciales como el «Mariner» no giran en torno a la tierra, sino que avanzan hacia el espacio. Sus instrumentos miden la



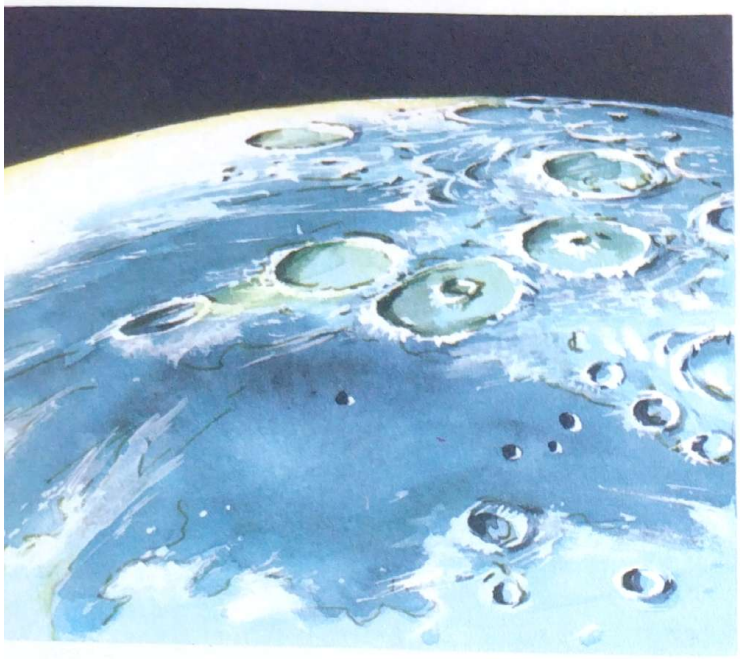
Vanguard Jupiter-C Redstone Thor-Able Thor-Hustler

Escaneado con CamScanner

Transmisión televisiva de América a Europa a través del «Telstar».




Escaneado con CamScanner



La superficie de la Luna vista por una cámara desde el Ranger 7.

clase y la fuerza de las radiaciones en el espacio y el número de meteoritos que puedan constituir un peligro para las cápsulas tripuladas. Otros se envían con objeto de sacar fotografías a la Luna, una de cuyas caras nunca podemos ver desde la Tierra (pág. 236); las fotos son transmitidas por radio. Los «Mariner» deben fotografiar también con sus cámaras los planetas Marte y Venus.

Pero lo más interesante es, como es lógico, la navegación espacial de los seres humanos. Antes de poder lanzar al espacio a los astronautas, fue necesario hacer preparativos científicos y técnicos que duraron muchos años. Los americanos han empleado su dinero, su energía y su capacidad, pero para llevar a cabo todo esto han podido apoyarse en los trabajos previos de los científicos de todo el mundo. Alemania ha contribuido por medio del profesor Hermann Oberth a los preparativos científicos. Por otra parte la evolución de los cohetes, que se había impulsado en Alemania por razones de guerra, fue extraordinariamente útil tanto para los rusos como para los americanos. Werner von Braun y otros especialistas alemanes encontraron así en América un campo de actividad que Europa no podía ofrecerles en parte alguna.

Es preciso aclarar un problema difícil: ¿Cómo soportarían los hombres la ingravidez, es decir, la ausencia de gravedad? Cuando la cápsula espacial llega a la altura prevista y entra en órbita dirigida desde la Tierra, continúa su marcha sin necesidad de combustible. La «fuerza centrífuga» que existe en todos los cuerpos que giran y tiende a sacarlos de su trayectoria, se halla entonces equilibrada con la fuerza de gravedad ejercida por la tierra. El hombre y cualquier objeto deja entonces de pesar. No se podía decir de antemano qué efectos podía producir esto en el cuerpo humano, pero parece ser que sí lo soporta y el vuelo de quince días de los americanos James Lowell y Frank Bormann no parece haberles perjudicado en nada, aunque no se podían mover y ni siquiera estirar. La ingravidez determina un comportamiento distinto al que se observaría en la Tierra. No se puede verter agua, porque se disgrega en miles de bolitas que vuelan por la cápsula; las migas y los pelos afeitados de la barba podrían fijarse en los instrumentos, por lo que no se deben permitir su presencia.

El estado de ingravidez dura aunque el astronauta, como White, abandone la cápsula y flote junto a ella sostenido solamente por una cuerda de oro. No advierte nada de su vertiginosa velocidad, pero no podría siquiera atornillar un tornillo sin un destornillador especialmente construido, porque sería él quien girase en torno al tornillo, ya que le faltaría un punto de apoyo en el espacio.



Escaneado con CamScanner

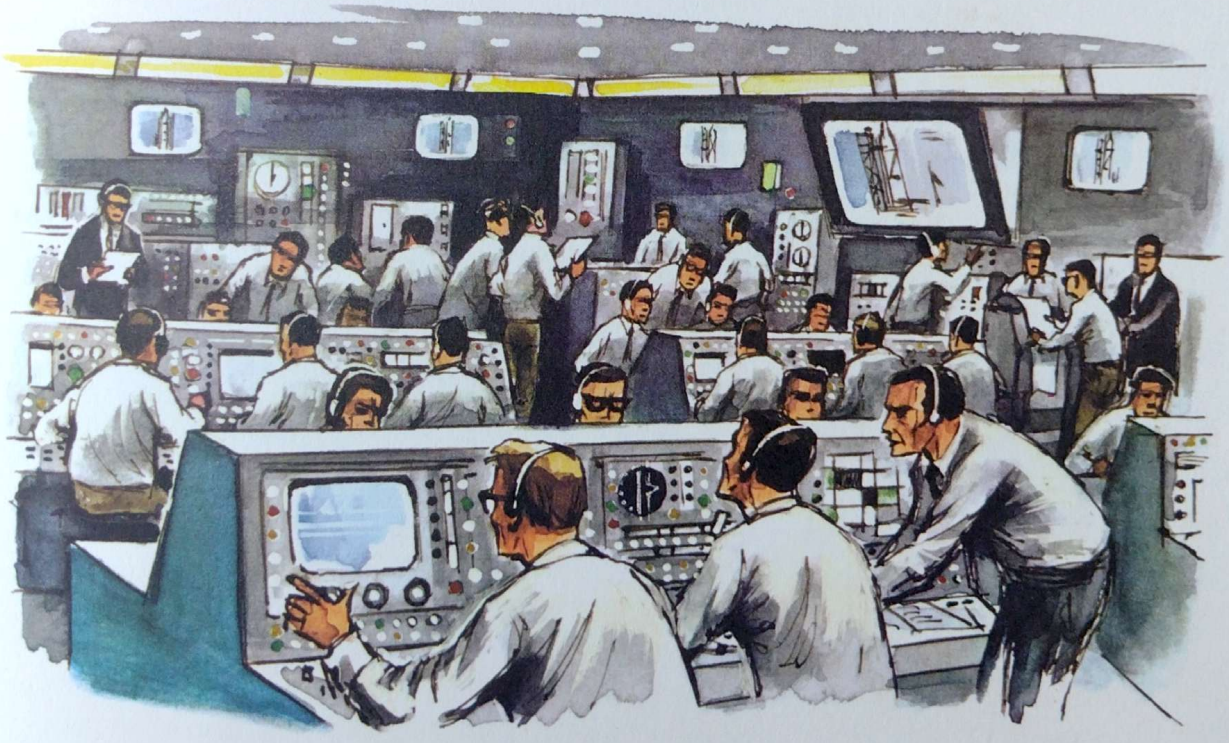
La segunda gran dificultad consiste en traer de nuevo la cápsula a la tierra con seguridad. Se encienden unos cohetes de frenado y se disminuye la velocidad y, con ella, la fuerza centrífuga. Se hace notar la fuerza de gravedad de la Tierra y la cápsula se acerca a ella a vertiginosa velocidad. Al penetrar en la capa atmosférica de la Tierra, se produce tal calor de fricción que la cápsula se fundiría si no fuese protegida por una especie de funda que se derrite, pero protege la cápsula. Poco después, se abren los paracaídas que sirven de freno y permiten que la cápsula se pose en la Tierra más despacio y con toda seguridad.

Durante todo el viaje, los astronautas permanecen en comunicación radiofónica con la Tierra. En las salas de control (grabado inferior) hay docenas de especialistas que observan la marcha de la empresa, dan órdenes y consejos y —cada uno en su pequeña competencia específica— comprueban todos los detalles.

Los americanos amerizan en el océano. En un amplio círculo en torno al punto de caída, vigilan barcos y portaaviones a fin de descubrir el punto de amaraje.

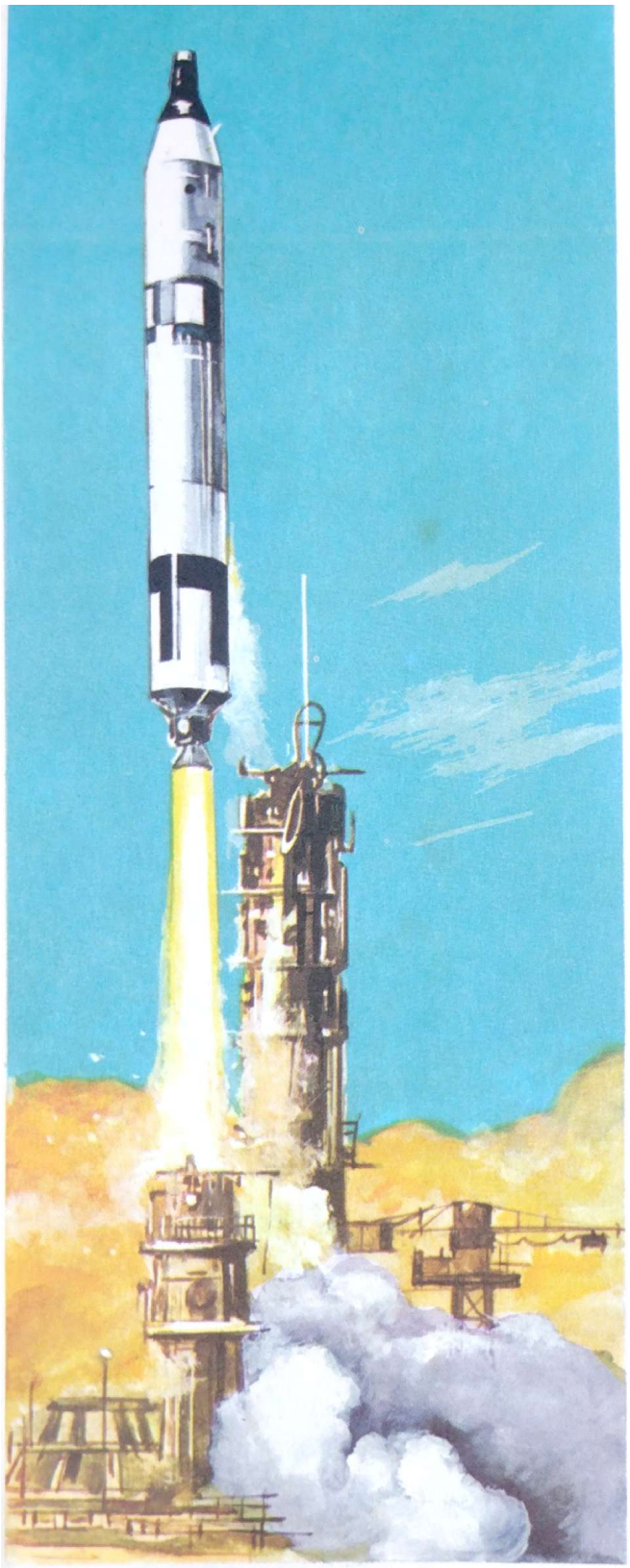
La cápsula lanza luces verdes, con lo que la pueden distinguir los aviones en la altura y los hombres ranas saltan con sus paracaídas, colocan un flotador en torno a la cápsula y esperan (grabado de la derecha) hasta que la cápsula es izada con una grúa a bordo del portaaviones. A veces, los pobres astronautas, después de

Grabado inferior: En el centro de control de Houston (Tejas) los especialistas técnicos y científicos siguen atentamente el camino de los astronautas.





Escaneado con CamScanner



haber terminado felizmente su aventura, se marean en el mar.

Si se quisiera algún día llegar a algún planeta, sería preciso transbordar en medio del camino o colocar estaciones espaciales en el espacio. Por eso tiene tanta importancia que el astronauta se pueda mover fuera de la cápsula. Tenía mucha importancia también la prueba que hicieron los americanos el 15 de diciembre de 1965 con «Gemini VII» y «Gemini VI»: las dos cápsulas espaciales se aproximaron una a la otra hasta una distancia inferior a un metro (páginas 232 y 233). El 16 de marzo, lograron Neil Armstrong y David Scott unir sólidamente su cápsula espacial con otra que previamente se había puesto en órbita. Pero en aquel momento, se produjo un cortocircuito que hizo que la cápsula empezase a girar sobre sí misma a razón de una vuelta por segundo. Fue una avería bien resuelta por la decisión y el valor de los pilotos que pudieron regresar sanos y salvos a la tierra demostrando que el hombre en el espacio no tiene por qué darse por perdido aunque falle la técnica.

Por fin, en julio de 1969 llegaron a la Luna los americanos.

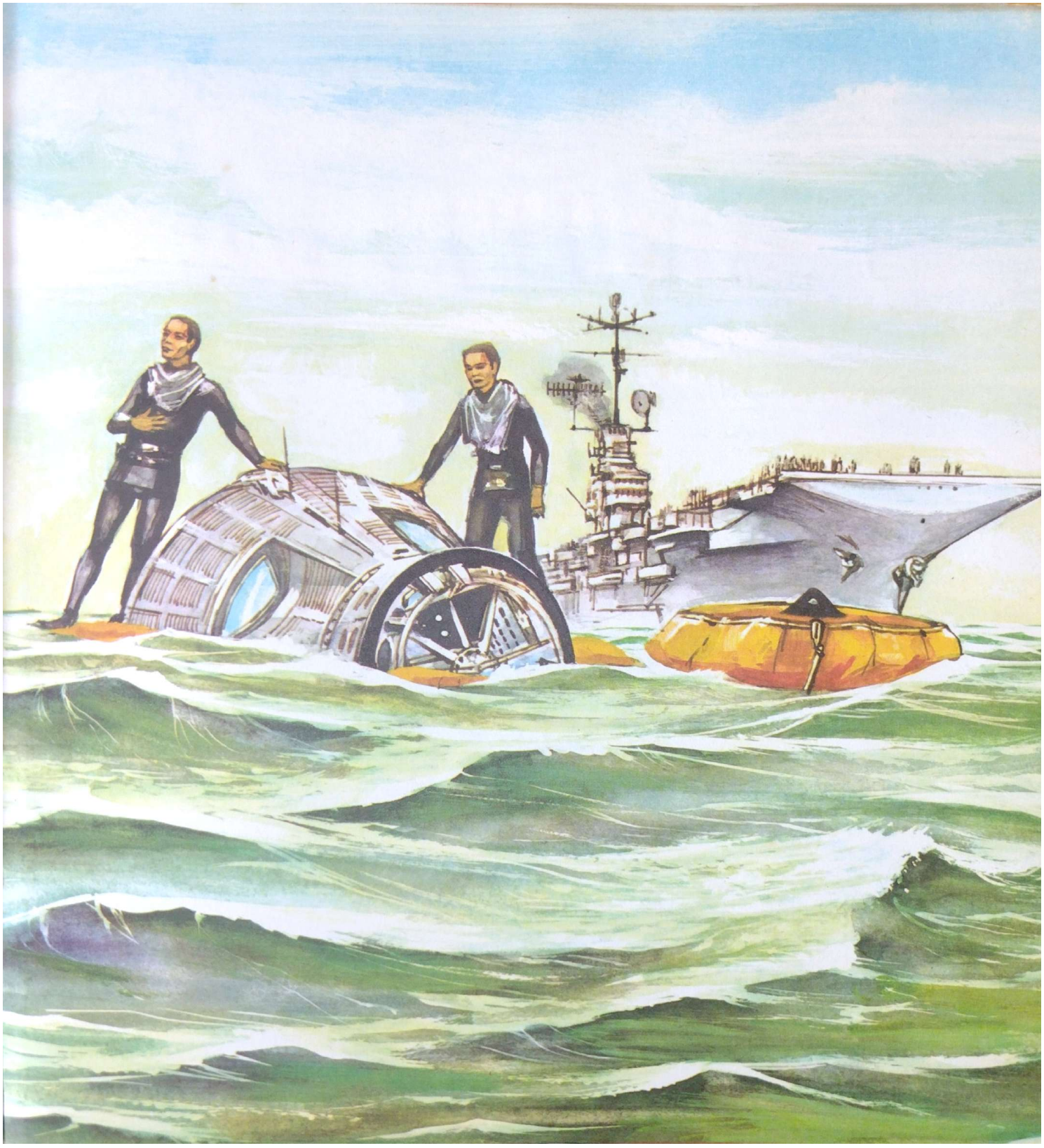
El centro americano para el envío de cohetes al espacio (página 238) está en Florida y se llama Cabo Kennedy en memoria del joven presidente (grabado inferior) asesinado en 1963 en Dallas. Para muchos europeos encarnaba la América de hoy, joven, briosa e inteligente.

← Lanzamiento de un cohete Titán II.

Los hombres rana sujetan la cápsula caída en el océano. →



Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner

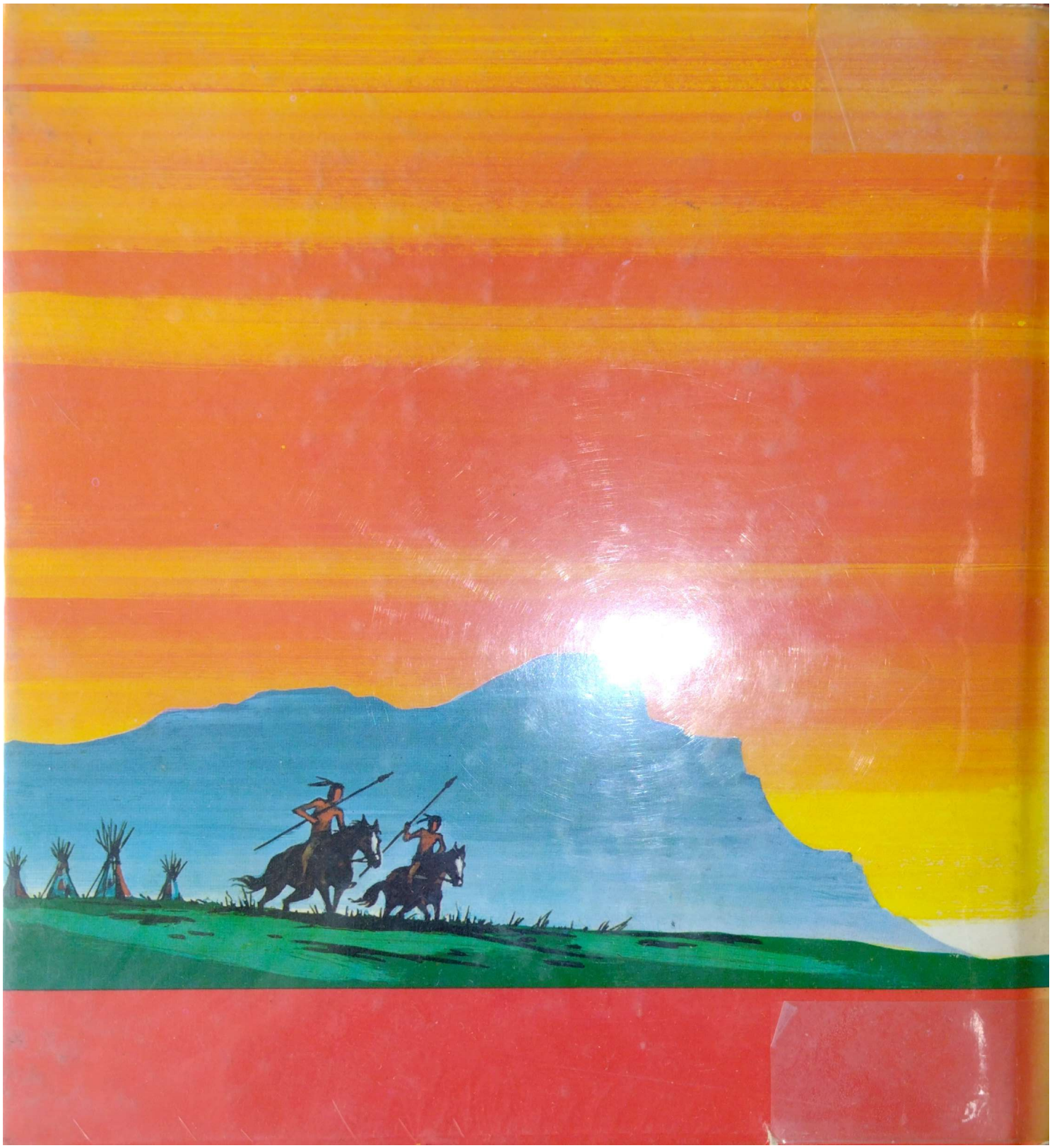
Presidente John F. Kennedy.



Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner

Escaneado con CamScanner



Escaneado con CamScanner